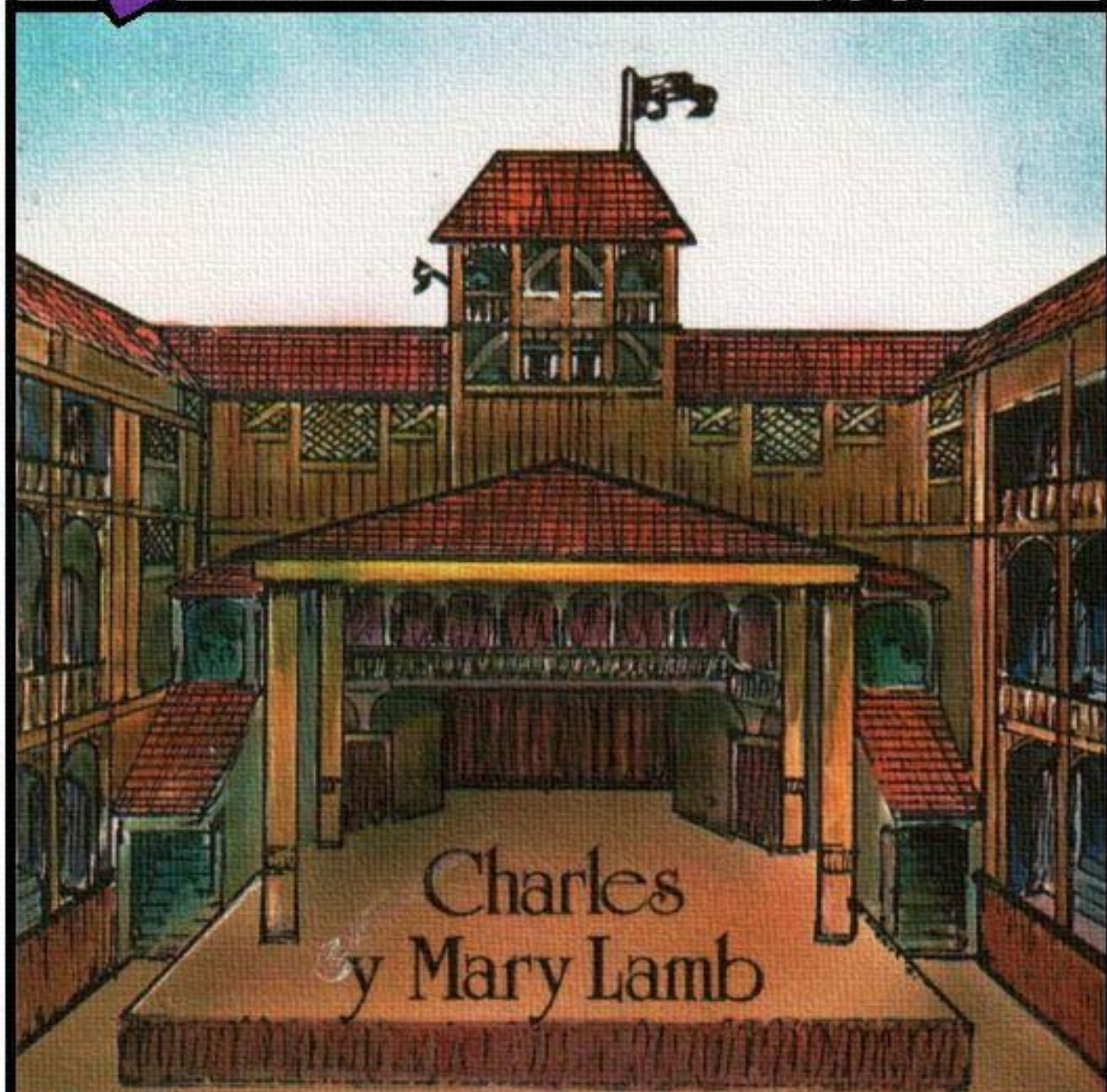


TUS  
LIBROS



Cuentos basados en el teatro  
de Shakespeare



Lectulandia

Cuando los hermanos Charles y Mary Lamb emprendieron la tarea de convertir en relatos breves las principales comedias y tragedias de Shakespeare, sólo perseguían un objetivo: acercar a los jóvenes lectores las obras del más grande escritor inglés, no siempre aconsejables en su crudeza original, a juicio de la moral pacata de la época. Y, si es cierto que la lectura de estas historias no eximirá a nadie de leer las obras maestras de donde procedieron, también es verdad que poseen una notable virtud: la de demostrar, a través de la detallada y en ocasiones transparente línea argumental que las grandes obras de la literatura no tienen por qué ser insípidas o aburridas.

Charles Lamb & Mary Lamb

# **Cuentos basados en el teatro de Shakespeare**

**Tus libros - 59**

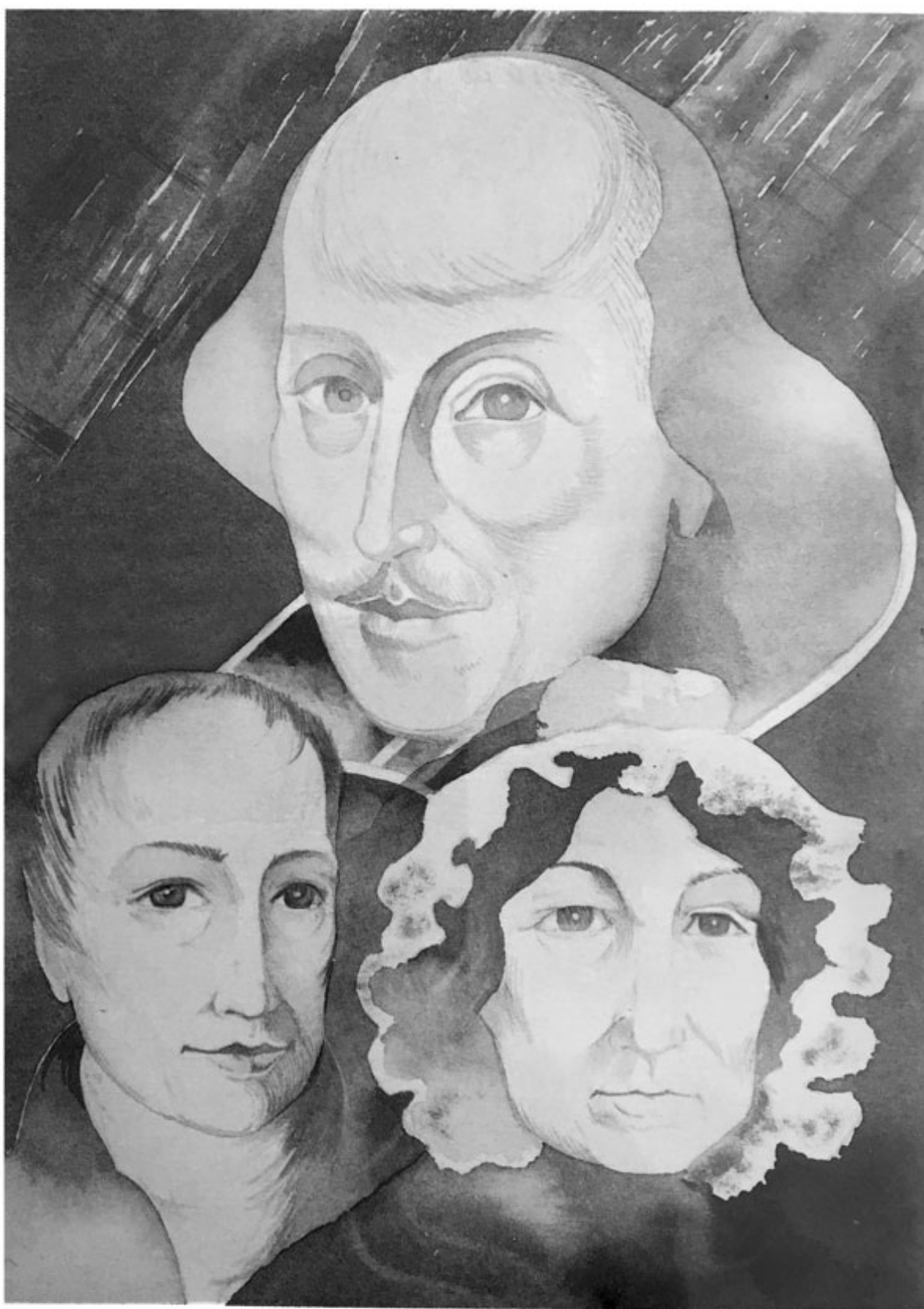
**ePub r1.0**

**orhi 11.02.2020**

Título original: *Tales from Shakespeare*  
Charles Lamb & Mary Lamb, 1807  
Traducción, apéndice y notas: Andrea Morales Vidal  
Ilustraciones: M. <sup>a</sup> Rosa Perrotti  
Grabado de los autores: Shula Goldman

Editor digital: orhi  
ePub base r2.1





CHARLES LAMB (1775-1834) y MARY ANN LAMB (1764-1847)

*La presente obra es traducción directa e íntegra del original inglés en su primera edición, publicada por William Godwin, Londres, 1807.*

*Las ilustraciones, originales de M.<sup>a</sup> Rosa Perrotti, han sido realizadas expresamente para esta edición*

## Prefacio

*Estos cuentos fueron escritos con la intención de ponerlos a disposición de los jóvenes lectores como introducción al estudio de Shakespeare, por lo que, cada vez que ha sido posible darles cabida, se han utilizado sus propias palabras; y en lo que necesariamente se ha agregado para lograr la forma narrativa, se ha tenido cuidado de elegir aquellas palabras que menos alteren la belleza de la lengua inglesa en que escribiera; por lo tanto, y en la medida de lo posible, se han evitado las palabras introducidas en nuestro idioma con posterioridad a su época.*

*Cuando lleguen a conocer la fuente de donde nacen estas narraciones, los jóvenes lectores notaran que, en los cuentos que tienen su origen en las tragedias, muy frecuentemente se citan las propias palabras de Shakespeare, casi sin variaciones, tanto en las partes narrativas como en los diálogos; pero en los cuentos hechos a partir de la comedias, los escritores se consideraron escasamente capaces de dar forma narrativa a sus palabras, por lo que tememos que, en este caso, para los jóvenes no familiarizados con la escritura teatral, el uso del diálogo resulte excesivo. Pero esta falta, si la es, se debe al premeditado deseo de utilizar las palabras de Shakespeare tanto como fuera posible; y si los «dijo él» y «dijo ella» de preguntas y respuestas pueden parecer tediosas a los jóvenes oídos, deberán disculparlo, pues era el único modo de ofrecer algunos indicios y anticipos del gran placer que les aguarda cuando sean mayores y tengan acceso al magnífico tesoro del cual se han extraído estas pocas monedas de escaso valor y sin pretender más mérito que el de mostrar estas estampas débiles e imperfectas de la imagen inigualable de Shakespeare. Y es justo llamarlas estampas débiles e imperfectas, pues la belleza de su lenguaje ha sido destruida con demasiada frecuencia debido a la necesidad de cambiar muchas de sus excelentes palabras por otras tanto menos expresivas de su verdadero sentido, para que su lectura resulte algo semejante a la prosa, y aun en algunos pasajes el verso libre se reproduce sin variaciones, con la esperanza de que su sencillez haga creer al joven lector que lee prosa; pero incluso así,*

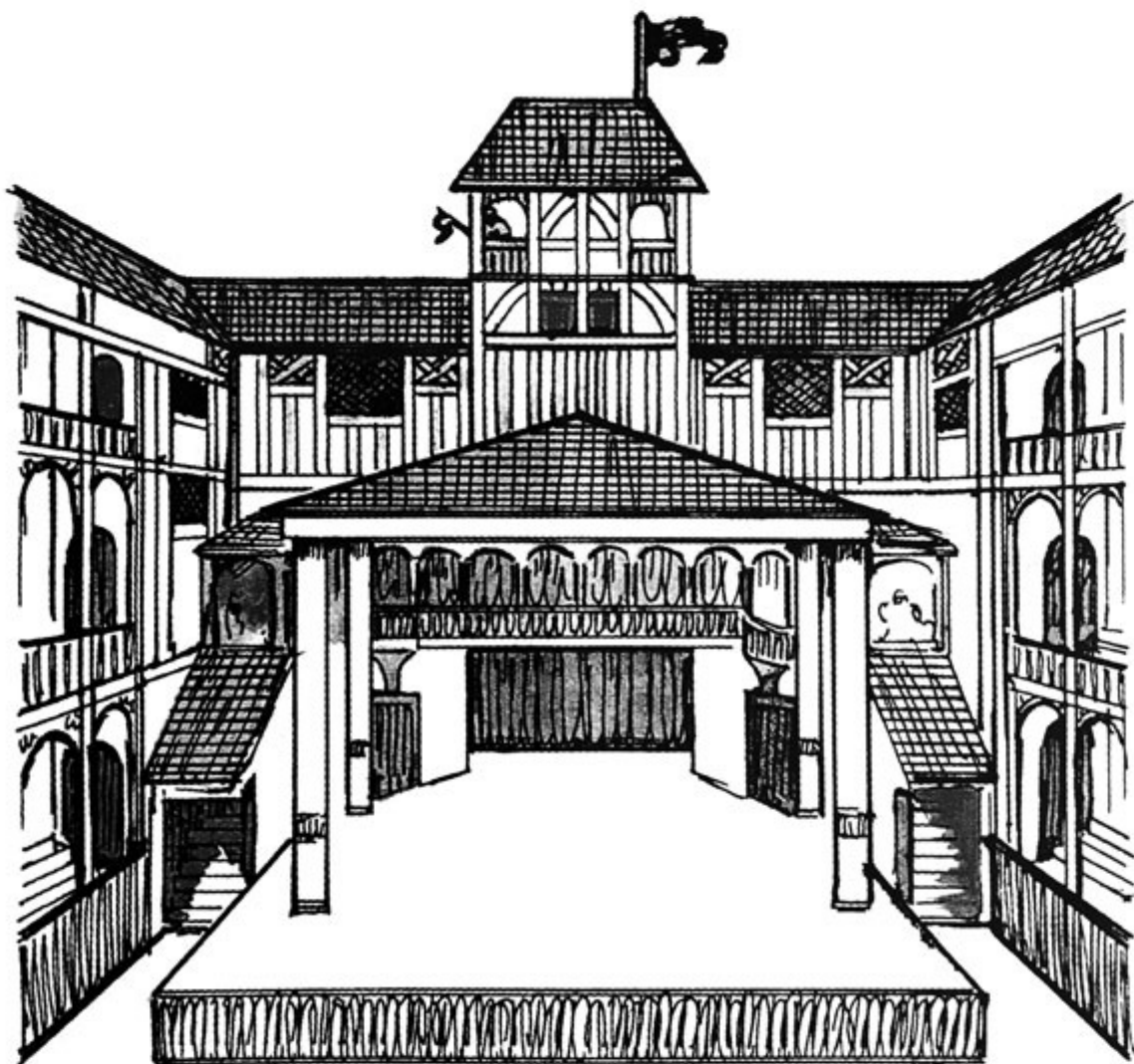
*su lenguaje resulta trasplantado del suelo a que pertenece, su primitivo jardín poético, por lo que pierde mucha de su belleza original.*

*Hemos deseado que la lectura de estos cuentos resulte fácil para los muy jóvenes y esto ha estado en la mente de los autores hasta el límite de sus posibilidades, pero el tema de la mayoría de ellos lo ha convertido en una tarea muy difícil. No ha sido cosa fácil poner las historias de hombres y mujeres en términos que resulten conocidos para los más pequeños. También hemos pretendido escribir para las jovencitas, puesto que los varones tienen autorización para hacer uso de la biblioteca paterna a una edad mucho más temprana que las niñas, y a menudo conocen de memoria las mejores escenas de Shakespeare antes de que a sus hermanas tan siquiera se les haya permitido hojear este libro masculino; y por lo tanto, en vez de recomendar este libro de cuentos a los jóvenes varones que, tanto mejor, pueden leer el original, pedimos su generosa ayuda para que expliquen a sus hermanas aquellas partes que les resulten más difíciles de comprender; y cuando las hayan ayudado a superar las dificultades, tal vez (y seleccionando cuidadosamente lo que es apropiado para el oído de una jovencita) podrían leerles algún pasaje que les haya gustado de estas historias con las palabras exactas de la escena de la cual ha sido tomado; y esperamos que los hermosos extractos, los pasajes selectos que hayan elegido ofrecer a sus hermanas, serán mejor comprendidos y apreciados al tener la noción general de la historia que estos imperfectos resúmenes pretenden ofrecer. Y si éstos tienen la fortuna de resultar gratos a algún joven lector, esperamos que con ello no suceda nada peor que estimular el deseo de hacerse algo mayor para conquistar la autorización de leer las Obras Completas en el original (no siendo tal deseo pueril ni irracional). Cuando el tiempo y el permiso de amigos juiciosos pongan las Obras Completas en sus manos descubrirán, tanto en aquellas que se resumen aquí como en muchas otras que no han sido tocadas, muchos acontecimientos sorprendentes y giros de fortuna que, por su variedad infinita, no tienen cabida en este pequeño libro, además de todo un mundo de vivaces y alegres personajes, tanto masculinos como femeninos, cuyo humor temimos que se perdería si hubiésemos intentado reducir su extensión.*

*Cualquiera que haya sido el significado de estos cuentos para los jóvenes lectores, el mayor deseo de los escritores es que, en la madurez, las auténticas obras de Shakespeare les resulten una lección de acciones y pensamientos tiernos y honorables y les enseñen cortesía, benevolencia, generosidad, humanidad: que enriquezcan su fantasía y fortalezcan su virtud,*



*apartándolos de sentimientos egoístas o mercenarios, puesto que estas páginas están repletas de ejemplos que enseñan dichas cualidades.*



*Reconstrucción de W. H. Godfrey de The Fortune, teatro de la ópera de Shakespeare. Era un teatro abierto, con un proscenio muy semejante al del Globe, donde se representaron la mayor parte de las obras de Shakespeare. Para más detalles, véase apéndice, página 345.*

## *La tempestad*

Había cierta isla en medio del mar, cuyos únicos habitantes eran un anciano llamado Próspero y su hija Miranda, una joven muy hermosa. Era tan pequeña cuando llegó a la isla que no recordaba más rostro humano que el de su padre.

Vivían en una gruta o refugio hecho en la roca; estaba dividido en varios aposentos, a uno de los cuales Próspero llamaba su estudio. Guardaba en él sus libros que, en su mayoría, trataban de magia, estudio hacia el cual, por aquel entonces, cualquier hombre instruido sentía gran inclinación; y el conocimiento de este arte le resultó muy útil, pues habiendo sido arrojado por un revés de la fortuna a esta isla que había sido encantada por una bruja llamada Sycorax, muerta allí poco antes de su llegada, Próspero, gracias a su arte, pudo devolver la libertad a muchos buenos espíritus que Sycorax había aprisionado dentro de los grandes árboles por haber rehusado llevar a cabo sus malvados propósitos. De ellos, el principal era Ariel.

Ariel, un geniecillo travieso, no tenía nada perverso en su naturaleza, salvo que tal vez experimentaba demasiado placer atormentando a Calibán, a quien tenía ojeriza por ser éste el hijo de su vieja enemiga Sycorax. Próspero había encontrado a Calibán en los bosques; era un extraño ser deforme, mucho menos humano en apariencia que un mono. Lo llevó consigo a su refugio y le enseñó a hablar, y Próspero hubiera sido muy bondadoso con él, pero la mala índole que Calibán había heredado de Sycorax, su madre, le impedía aprender nada que fuera bueno o útil. Por lo tanto, recibía trato de esclavo y estaba destinado a traerles leña y a hacer las labores más pesadas, y Ariel estaba encargado de forzarle a prestar tales servicios.

Cuando Calibán era perezoso y descuidaba su trabajo, Ariel (que era invisible a todos, menos a Próspero) se acercaba a hurtadillas y lo pellizcaba y a veces le daba un revolcón en el lodo, y entonces, tomando la forma de un mono, le hacía muecas. Luego, transformándose velozmente en un erizo, se tumbaba al paso de Calibán, que temía que las afiladas púas del erizo hirieran sus pies desnudos. Cada vez que Calibán era negligente en el trabajo que

Próspero le encomendaba, Ariel le atormentaba con una diversidad de tales trucos fastidiosos.

Teniendo estos poderosos espíritus sometidos a su voluntad, Próspero podía controlar los vientos y las olas del mar. Por su mandato se desató una violenta tempestad, en medio de la cual mostró a su hija un hermoso navío que luchaba con las embravecidas olas que amenazaban con tragarlo en cualquier instante y en el que, le dijo, había muchos seres vivientes semejantes a ellos mismos.

—Oh, querido padre —dijo ella—, si con vuestro arte habéis desatado esta horrible tormenta, tened piedad de sus penalidades. Mirad, el velero se hará pedazos. Si yo tuviera poder, haría que la tierra se tragase al mar antes de que el buen barco con todas las almas preciosas que lleva resultase destruido.

—No te espantes de tal manera, hija Miranda —dijo Próspero—. Nadie ha sufrido daño alguno. Así lo he ordenado: nadie en el barco debe resultar herido. Lo que he hecho ha sido en tu beneficio, mi querida niña. Tú ignoras quién eres ni de dónde vienes y no sabes mucho más sobre mí, salvo que soy tu padre y que vivo en esta pobre gruta. ¿Puedes recordar un tiempo anterior a la llegada a este refugio? Me parece que no puedes, pues entonces aún no alcanzabas los tres años de edad.

—Sí puedo, señor —replicó Miranda.

—¿Qué? —preguntó Próspero—. ¿Alguna otra casa o persona? Dime lo que puedes recordar, mi niña.

Miranda dijo:

—Me parece como traer un sueño a la memoria. Pero, ¿no hubo alguna vez cuatro o cinco mujeres que me cuidaban?

Próspero respondió:

—Las hubo y más. ¿Cómo es posible que esto aún esté vivo en tu mente? ¿Recuerdas cómo llegamos hasta aquí?

—No, señor —dijo Miranda—. No recuerdo nada más.



—Hace doce años, Miranda —continuó Próspero—, yo era duque de Milán y tú eras una princesa y mi única heredera. Tenía un hermano menor, cuyo nombre es Antonio, a quien le confié todo; y, puesto que yo era dado a la vida retirada y a los estudios profundos, entregué, sencillamente, la administración de mis asuntos de estado a tu tío, mi hermano desleal (pues eso resultó ser, sin duda). Yo, desinteresándome de la vida mundana, me encerré entre mis libros y dediqué todo mi tiempo al perfeccionamiento de mi mente. Mi hermano Antonio, que por esta razón me reemplazó en el poder, comenzó a creer que el duque era él. La oportunidad de hacerse popular entre mis súbditos, que le concedí, despertó en su mala índole la soberbia ambición de arrebatarme mi ducado, lo que hizo sin demora con la ayuda del rey de Nápoles, un poderoso príncipe que era mi enemigo.

—¿Por qué razón —dijo Miranda— no nos eliminaron en ese mismo momento?

—No se atrevieron, niña mía —respondió su padre—: tan entrañable era el cariño que me profesaba mi pueblo. Antonio nos llevó a bordo de una nave y cuando estábamos algunas leguas mar adentro nos obligó a subir en una pequeña embarcación que no tenía ni siquiera aparejos, vela o mástil; y allí nos abandonó creyendo que pereceríamos. Pero un bondadoso señor de mi corte, un tal Gonzalo, que me tenía afecto, había ocultado en el bote agua, provisiones, aparejos y algunos libros que me son más preciosos que mi ducado.

—¡Oh, padre! —dijo Miranda—. ¡Cuántos problemas os debo de haber causado entonces!

—No, querida mía —dijo Próspero—. Tú eras un pequeño querubín y me diste fuerzas. Tus inocentes sonrisas me ayudaron a hacer frente a mi infortunio. Nuestros alimentos alcanzaron hasta el día en que ganamos la orilla de esta isla desierta y, desde entonces, mi mayor deleite ha sido el de enseñarte, Miranda, y bien que has aprovechado mis lecciones.

—¡Que el cielo os lo agradezca, mi querido padre! —dijo Miranda—. Ahora decidme, por favor, vuestras razones para desatar esta tormenta marina.

—Has de saber —dijo su padre—, que gracias a esta tormenta mis enemigos, el rey de Nápoles y mi cruel hermano, serán arrojados a las playas de esta isla.

Habiéndolo dicho, Próspero tocó levemente a su hija con su varita mágica y ella se durmió, porque justo en aquel momento Ariel, el espíritu, se presentaba ante su amo para rendir cuentas del desarrollo de la tempestad y de la forma en que había dispuesto de la tripulación del barco; y puesto que los



espíritus eran invisibles a los ojos de Miranda, Próspero no quería que lo viera conversando con el aire, como le parecería a ella.

—Bien, mi valiente genio —dijo Próspero a Ariel—, ¿cómo has llevado a cabo tu misión?

Ariel describió brevemente la tormenta y los terrores de los marinos y cómo el hijo del rey, Ferdinando, había sido el primero en saltar al mar, por lo que su padre creyó perdido a su hijo, tragado por las olas del mar.

—Pero está a salvo —dijo Ariel—, en un rincón de la isla. Está sentado con los brazos cruzados y se lamenta tristemente por la desaparición del rey, su padre, a quien supone ahogado. Pero ni un solo pelo de su cabeza ha sufrido daño y sus ropas principescas, aunque empapadas por el mar, parecen más nuevas que antes.

—Bien hecho, mi delicado Ariel —dijo Próspero—. Tráelo acá. Mi hija debe ver al joven príncipe. ¿Dónde están el rey y mi hermano?

—Los dejé buscando a Ferdinando, a quien tienen pocas esperanzas de encontrar, pues creen haberlo visto perecer. No se ha perdido nadie de la tripulación del barco, aunque cada uno piensa que ha sido el único en salvarse, y el barco, aunque invisible para ellos, está seguro en el puerto —respondió Ariel.

—Ariel —dijo Próspero—, has cumplido fielmente tu cometido, pero todavía queda trabajo.

—¿Más trabajo aún? —dijo Ariel—. Permitidme que os recuerde, señor, que me prometisteis la libertad. Os ruego que recordéis que os he prestado valiosos servicios: no os he mentado y os he servido sin resentimiento ni murmuración.

—Vaya, vaya —dijo Próspero—, ¿es que ya no recuerdas el tormento del que te he librado? ¿Has olvidado ya a la perversa bruja Sycorax, a quien la edad y la envidia casi habían doblado en dos? ¿Dónde había nacido? Habla, dime.

—En Argel, señor —dijo Ariel.

—Conque sí, ¿eh? —dijo Próspero—. Deberé relatarte lo que has sido, ya que me parece que no lo recuerdas. A Sycorax, la bruja malvada, la desterraron de Argel a causa de sus brujerías, tan terribles que el oído humano no puede soportar escucharlas. Los marineros la abandonaron en este lugar y, puesto que eras un espíritu demasiado delicado como para ejecutar sus pérfidas órdenes, ella te aprisionó en el árbol donde te encontré gimiendo. De ese tormento, recuérdalo, te liberé yo.

—Perdonadme, querido señor —dijo Ariel, avergonzado por haber parecido ingrato—. Obedeceré vuestras órdenes.

—Hazlo —dijo Próspero— y te daré la libertad.

Entonces le indicó lo que debería hacer a continuación y Ariel partió, dirigiéndose en primer lugar a donde había dejado a Ferdinando, que seguía sentado sobre la hierba y en la misma actitud melancólica.

—Oh, mi joven señor —dijo Ariel al verlo—, pronto os sacaré de aquí. Me parece que debéis ser conducido a donde mi señora Miranda pueda contemplar vuestra bella estampa. Venid, señor, seguidme.

Y entonces comenzó a cantar:

*En el fondo del mar yace tu padre;  
sus huesos en coral se han convertido,  
y lo que eran sus ojos hoy son perlas.  
Nada de él se ha perdido, aún perdura,  
pero el agua del mar lo ha transformado  
en algo extraño y rico. Las ondinas  
a cada hora tocan sus campanas.  
¡Escuchad, ya las oigo! Ding, ding, dong<sup>[1]</sup>*

Estas extrañas noticias sobre su desaparecido padre sacaron al príncipe rápidamente de la necia desesperación en que se hallaba sumido. Con asombro siguió el sonido de la voz de Ariel, hasta que esta lo condujo a donde se encontraban Próspero y Miranda, sentados bajo la sombra de un árbol de grandes proporciones. Resulta que Miranda nunca hasta entonces había visto un hombre, exceptuando a su propio padre.

—Miranda —dijo Próspero—. Dime qué miras a lo lejos.

—Oh, padre —dijo Miranda, extrañamente sorprendida—, seguramente se trata de un espíritu. ¡Cielos!, cómo mira en derredor. Creedme, señor, que se trata de una hermosa criatura. ¿No es un espíritu, acaso?

—No, mi niña —respondió su padre—. Come y duerme y posee sentidos en todo semejantes a los nuestros. El joven que ves estaba en el barco. Está algo perturbado por el dolor, pero bien se puede considerar un hombre bello. Ha perdido a sus compañeros y va errante en su busca.

Miranda, que creía que todos los hombres tenían rostros graves y barbas grises como su padre, estaba encantada con el aspecto del bello y joven príncipe, y Ferdinando, viendo a tan hermosa dama en aquel lugar deshabitado, y puesto que a causa de los extraños sonidos que había escuchado no esperaba más que prodigios, creyó que se encontraba en una

isla encantada y que Miranda era la diosa de aquel lugar y, como a tal, se dirigió a ella.

Ella respondió tímidamente que no era una diosa, sino una sencilla doncella; y ya estaba a punto de contarle quién era cuando Próspero la interrumpió. Estaba satisfecho de ver que se admiraban el uno al otro, pues percibió claramente que, como se dice, se habían enamorado a primera vista, pero para poner a prueba la constancia de Ferdinando, resolvió arrojar algunas dificultades en su camino, por lo que, adelantándose, se dirigió al príncipe con ademán severo, diciéndole que había venido a la isla como espía para arrebatársela a él, que era el señor del territorio.

—Seguidme —dijo—. Os ataré de pies y manos. Beberéis agua de mar. Moluscos, raíces secas y vainas de bellotas serán vuestro alimento.

—No dijo Ferdinando—. Resistiré tal contratiempo hasta ver un enemigo más poderoso.

Y desenvainó su espada, pero Próspero, agitando su varita mágica lo paralizó donde estaba, impidiéndole que se moviera.

Miranda, abrazada a su padre, le dijo:

—¿Por qué sois tan hostil? Tened piedad, señor. Yo seré su garantía. Este es el segundo hombre que veo en toda mi vida y a mis ojos parece un hombre sincero.

—Silencio —dijo el padre—. Una palabra más hará que me enfade, niña. ¿Qué es esto? ¿Un abogado para un impostor? Piensas que no existen otros hombres tan gallardos como él, porque sólo has visto a Calibán y a éste.

Dijo todo esto para probar la constancia de su hija, pero ella replicó:

—Mis inclinaciones son más modestas. No tengo deseos de conocer a ningún hombre mejor parecido.

—Venid, joven —dijo Próspero al príncipe—. No tenéis poder para desobedecerme.

—Desde luego que no —dijo Ferdinando.

Y sin saber que había sido privado de toda capacidad de resistencia por obra de magia, se asombraba viéndose impulsado a seguir a Próspero de tan extraña manera. Volviendo su mirada hacia Miranda hasta donde le alcanzaba la vista, dijo, mientras seguía a Próspero al interior de la gruta:

—Mi espíritu está completamente encadenado, como si estuviera sumido en un sueño, pero las amenazas de este hombre y la debilidad que siento me parecerán leves si con mi cautiverio consigo algún día poseer a esta dulce doncella.

Próspero no retuvo a Ferdinando en la gruta mucho tiempo; al poco, llevó a su prisionero al exterior y le ordenó realizar una dura faena, cuidando de que su hija Miranda se enterara del rigor de la tarea que le había impuesto, y entonces fingió que se retiraba a su estudio para poder observarlos en secreto.

Próspero había ordenado a Ferdinando que apilara unos troncos muy pesados. Por no estar los hijos de reyes muy habituados a los trabajos rudos, Miranda, no mucho más tarde, encontró a su amado casi desfallecido de fatiga.

—¡Ay! —dijo ella—. No trabajéis tanto. Mi padre está en su estudio, donde permanecerá tres horas. Os ruego que reposéis.

—Oh, mi querida dama —dijo Ferdinando—, no me atrevo. Debo terminar mi tarea antes de descansar.

—Si os sentáis —dijo Miranda—, yo llevaré los leños mientras tanto.

Pero Ferdinando no podía aceptar su proposición de ninguna manera. En vez de ayuda, Miranda resultó un estorbo, pues comenzaron una larga conversación, de tal modo que la tarea de llevar leños progresaba muy lentamente.

Próspero, que había impuesto este trabajo a Ferdinando meramente como una manera de poner a prueba su amor, no se encontraba sumergido en sus libros, como suponía su hija, sino que, para sorprender su conversación, permanecía, invisible, junto a ellos.

Ferdinando le preguntó su nombre, que ella le dijo, agregando que lo hacía contraviniendo las órdenes expresas de su padre.

Ante este primer ejemplo de desobediencia de su hija, Próspero sólo sonrió, pues habiendo hecho, con su magia, que su hija se enamorara tan súbitamente, no le enfadaba que ella expresara su amor olvidándose de acatar sus órdenes. Y escuchó con agrado un largo discurso de Ferdinando en el cual él le aseguraba que la amaba más que a cualquiera de las damas que había conocido en el pasado.

En respuesta a estas alabanzas a su belleza que, dijo él, sobrepasaba la de todas las demás mujeres del mundo, ella respondió:

—Yo no recuerdo el rostro de ninguna mujer, ni he visto más hombres que vos, mi buen amigo, y mi querido padre. No sé cómo son las facciones humanas en otras tierras, pero creedme, señor, que no desearé más compañero en el mundo que vos, ni mi imaginación podrá crear más forma de mi agrado que la vuestra. Pero, señor, temo qué os hablo demasiado libremente, olvidando los mandatos de mi padre.

Ante esto, Próspero sonrió y movió la cabeza como diciendo: «Esto se desarrolla precisamente según mis deseos; mi hija será reina de Nápoles.»

Y entonces Ferdinando, en otro elegante y largo discurso (puesto que los jóvenes príncipes hablan con frases galantes), contó a la inocente Miranda que él era el heredero de la corona de Nápoles y que ella sería su reina.

—Ay, señor —dijo ella—, soy una necia al llorar por algo que me alegra. Os daré mi respuesta en pura y sagrada inocencia. Soy vuestra esposa, si me desposáis.

Próspero evitó los agradecimientos de Ferdinando haciéndose visible ante ellos.

—No temas nada, mi niña —dijo—. He estado oyendo y apruebo todo lo que habéis dicho. Y a ti, Ferdinando, si te he tratado con demasiada severidad, te lo compensaré con creces dándote a mi hija. Todas las vejaciones que has sufrido no eran más que pruebas puestas a tu amor y las has resistido noblemente. Aquí tienes mi obsequio, que tu amor verdadero ha ganado merecidamente: toma a mi hija y no sonrías si te digo que está por encima de cualquier elogio.

Luego, diciéndoles que tenía asuntos que requerían su presencia, les indicó que tomaran asiento y conversaran hasta su vuelta. Y esta vez Miranda no pareció en absoluto dispuesta a desobedecerle.

Cuando Próspero los dejó, llamó a Ariel, el espíritu, quien se presentó rápidamente ante él, ansioso de rendir cuentas de lo que había hecho con el hermano de Próspero y con el rey de Nápoles. Ariel dijo que lo había dejado con la razón casi perdida a causa del miedo y las extrañas cosas que les había hecho ver y oír. Estando ya fatigados de vagar y famélicos por falta de alimento, súbitamente había puesto un banquete ante ellos, y luego, justo en el momento en que se disponían a comer, apareció ante sus ojos en forma de arpía, un monstruo voraz con alas, y el festín se desvaneció. Luego, para su completo asombro, esta supuesta arpía les dirigió la palabra, recordándoles su crueldad al arrebatarse su ducado a Próspero, abandonándolo, junto con su hija de corta edad, para que encontraran en el mar una muerte segura. Esta era la causa, les dijo, de los terrores que los afligían.

El rey de Nápoles y Antonio, el hermano traidor, se arrepintieron del injusto daño que habían hecho a Próspero, y Ariel dijo a su señor que estaba seguro de la sinceridad de su arrepentimiento y que él, que era sólo un espíritu, no podía evitar sentir lástima por ellos.

—Entonces tráelos aquí —dijo Próspero—. Si tú, que no eres más que un espíritu, sientes piedad de su desdicha, cómo no he de compadecerlos yo, que

soy un ser humano como ellos. Tráelos prontamente, mi ingenioso Ariel.

No mucho más tarde, Ariel regresó con el rey, Antonio y el anciano Gonzalo, que lo habían seguido, maravillados por la violenta música que, para atraerlos a presencia de su señor, hacía sonar en el aire. Este Gonzalo era el mismo que antaño proporcionara a Próspero libros y provisiones cuando había sido abandonado por su perverso hermano en un casco de embarcación, creyendo que perecería en medio del mar.

La tristeza y el terror habían embotado sus sentidos de tal modo que no reconocieron a Próspero. Este se dio a conocer primero al buen anciano Gonzalo, llamándolo su salvador; y entonces su hermano y el rey supieron que él era el agraviado Próspero.

Antonio, con dolorosas palabras de pesar y auténtico arrepentimiento, pidió perdón a su hermano, y el rey expresó su sincero remordimiento por haber ayudado a Antonio a derrocar a su hermano. Próspero los perdonó y, con el compromiso de que le sería devuelto su ducado, dirigiéndose al rey de Nápoles dijo:

—También yo os reservo un regalo.

Y, abriendo una puerta, le mostró a su hijo Ferdinando, que jugaba al ajedrez con Miranda.

Nada podía sobrepasar el júbilo de padre e hijo ante tan inesperado encuentro, pues cada uno creía que el otro se había ahogado durante la tormenta.

—¡Oh, prodigio! —dijo Miranda—. ¡Cuán nobles criaturas! ¡Será un bello mundo el que produce tales gentes!

Ante la belleza y la excelencia de las virtudes de la joven Miranda, el rey de Nápoles estaba casi tan asombrado como lo estuviera su hijo.

—¿Quién es esta doncella? —dijo—. Me parece que es la propia diosa que nos separó y ha vuelto a reunirnos.

—No, señor —respondió Ferdinando, sonriendo al ver que su padre había caído en el mismo error que él cuando viera a Miranda por primera vez—. Ella es mortal, pero por obra de la inmortal Providencia me pertenece. La elegí cuando no podía pedirlos vuestro consentimiento, padre, sin saber que estabais con vida. Ella es la hija de este Próspero, el famoso duque de Milán, de cuyo renombre tanto he oído hablar, pero a quien nunca había visto hasta ahora. De él he recibido una nueva vida y se ha convertido en un segundo padre para mí al hacerme entrega de esta querida dama.

—Entonces yo debo ser su padre —dijo el rey—, pero, oh, qué extraño resulta tener que pedir perdón a mi propia hija.

—Basta ya de esto —dijo Próspero—. No recordemos querellas del pasado, puesto que tan felizmente han visto su fin.

Y entonces Próspero abrazó a su hermano asegurándole, una vez más, la sinceridad de su perdón y diciendo que la todopoderosa Providencia había permitido que él fuera arrancado de su pobre ducado de Milán para que su hija heredara la corona de Nápoles, puesto que, a causa de su encuentro en aquella isla desierta, se había dado el caso de que el hijo del rey se enamorara de Miranda.

Próspero pronunció estas bondadosas palabras a fin de consolar a su hermano; a Antonio le dio tanta vergüenza y remordimiento que los sollozos le impedían hablar; y el anciano Gonzalo lloró al presenciar tan feliz reconciliación y rogó que el cielo bendijera a la joven pareja.

Entonces Próspero les dijo que su barco estaba refugiado en el puerto y con todos sus marineros a bordo y que él y su hija los acompañarían en su regreso al hogar, a la mañana siguiente.

—Mientras tanto —dijo—, compartid los refrigerios que mi pobre vivienda puede proporcionaros y para distraeros, por la tarde, os relataré la historia de mi vida desde que desembarqué en esta isla.

Luego llamó a Calibán para que preparara algunos alimentos y pusiera en orden la gruta, y la comitiva quedó muy asombrada por la salvaje apariencia y las toscas formas del feo monstruo, el cual, dijo Próspero, era el único sirviente que los atendía.

Antes de abandonar la isla, Próspero liberó a Ariel de su servicio para gran alegría del travieso geniecillo, quien, aunque había servido a su amo fielmente, siempre añoraba poder disfrutar de la libertad de vagar por el aire sin cortapisas, bajo los verdes árboles, entre frutos agradables y flores de dulce aroma, como un ave silvestre.

—Mi fantástico Ariel —dijo Próspero al geniecillo al liberarlo—, te echaré de menos. Sin embargo, tendrás tu libertad.

—Gracias, querido señor —dijo Ariel—, pero permitidme que antes de que digáis adiós a la ayuda de vuestro fiel espíritu, cuide del regreso de vuestro barco acompañándolo con vientos propicios y luego, señor, cuando sea libre, ¡cuán alegremente viviré!

Ariel cantó, entonces, esta hermosa canción:

*Donde liba la abeja libo yo;  
en el cáliz descanso de una prímula,  
donde me acojo cuando grita el búho.  
Y después del verano, alegremente,*



*voy volando en el dorso del murciélago.  
Alegremente viviré yo ahora  
bajo la flor que cuelga de la rama<sup>[2]</sup>.*

Entonces Próspero enterró profundamente sus libros de magia y su varita mágica, porque estaba resuelto a no hacer uso nunca más de sus artes de hechicería. Y, de esta manera, habiendo triunfado sobre sus enemigos y reconciliado con su hermano y con el rey de Nápoles, ya no le faltaba, para completar su felicidad, más que volver a ver su tierra natal, tomar posesión de su ducado y ser testigo de los felices esponsales de su hija con el príncipe Ferdinando, que el rey prometió que se celebrarían con gran esplendor tan pronto regresaran a Nápoles. Donde pronto estuvieron de regreso, tras un viaje apacible, expertamente dirigido por el espíritu Ariel.

## *El sueño de una noche de verano*

Existía una ley en la ciudad de Atenas que daba poder a sus ciudadanos para obligar a sus hijas a contraer matrimonio con quien ellos quisieran; y si una hija se negaba a casarse con el hombre que el padre le había elegido por esposo, el padre, por esta ley, tenía la facultad de hacerla sentenciar a muerte; pero puesto que los padres no suelen desear la muerte de sus propias hijas, aun cuando hayan dado pruebas de ser un tanto rebeldes, raras veces, o nunca, se hacía cumplir la ley.

Se dio el caso, sin embargo, de un anciano cuyo nombre era Egeo, quien sí se presentó ante Teseo (por entonces duque reinante de Atenas), quejándose de que su hija Hermia, que había recibido la orden de casarse con Demetrio, joven perteneciente a una noble familia ateniense, se negaba a obedecerle, porque estaba enamorada de otro joven ateniense llamado Lisandro. Egeo pedía a Teseo que se hiciera justicia y deseaba que esta ley cruel se ejecutara en contra de su hija.

Como excusa por su desobediencia, Hermia alegó que Demetrio había estado enamorado de su querida amiga Helena y que Helena amaba a Demetrio con locura; pero esta honorable razón con que Hermia explicó su desobediencia a la orden de su padre no conmovió al inflexible Egeo.

Teseo, pese a ser un príncipe magnánimo y clemente, carecía de poder para cambiar las leyes del país y, por lo tanto, sólo podía conceder a Hermia cuatro días para que reflexionara; concluido ese plazo, si aún se negaba a casarse con Demetrio, sería ejecutada.

Cuando el duque dio por finalizada la audiencia, Hermia fue a ver a su enamorado Lisandro y le informó del peligro en que estaba, diciéndole que, o bien renunciaba a él y se casaba con Demetrio, o bien perdía la vida en un plazo de cuatro días.

Lisandro se apesadumbró mucho al oír tan malas noticias; pero, recordando que una tía suya vivía a cierta distancia de Atenas, y que allí no podía aplicarse la cruel ley contra Hermia (puesto que se circunscribía a los

límites de la ciudad), propuso a Hermia huir aquella misma noche de su hogar paterno e irse juntos a casa de su tía, donde él la desposaría.

—Nos encontraremos —dijo Lisandro— en el bosque que está a unas cuantas millas de la ciudad; en ese bosque encantador donde, en el delicioso mes de mayo, a menudo paseamos con Helena.

Hermia aceptó la proposición con alegría y sólo le comunicó a su amiga Helena el proyecto que tenía de fugarse. Como las doncellas hacen tonterías a causa del amor, Helena, muy mezquinamente, decidió ir a contárselo a Demetrio, a pesar de que no podía esperar ningún beneficio traicionando el secreto de su amiga; sólo el triste placer de ir al bosque tras su enamorado infiel, porque bien sabía que Demetrio iría hasta allí en persecución de Hermia.

El bosque en el cual Lisandro y Hermia se proponían reunirse era el territorio favorito de esos pequeños seres que conocemos con el nombre de *Hadas*. En él, Oberón y Titania, rey y reina de las hadas, y toda su diminuta corte se entregaban a sus diversiones nocturnas.

Por aquel entonces, entre el pequeño rey y la reina de los duendes existía una agria querella; ya no se reunían a medianoche en las sombrías avenidas del amable bosque, sino que reñían hasta que todos los elfos se metían en los dedalitos de las bellotas, donde se escondían atemorizados.

La causa de esta desgraciada querella era la negativa de Titania de entregar a Oberón un niño sustraído cuya madre había sido amiga de Titania. Cuando ésta murió, Titania robó el niño a su nodriza y lo crió en el bosque.

La noche en que los enamorados debían reunirse en el bosque, Titania, mientras paseaba con sus damas de honor, se encontró con Oberón, que era seguido por su cortejo de hadas.

—Mal encuentro a la luz de la luna, orgullosa Titania dijo el rey de las hadas.

—¿Eres tú, celoso Oberón? —replicó la reina—. Hadas, evítadle; no quiero su compañía.

—¡Detente, hada imprudente! —dijo Oberón—. ¿No soy yo vuestro señor? ¿Por qué Titania irrita a su Oberón? Dadme vuestro niño robado para que sea mi paje.

—Calma tu corazón —respondió la reina—. Ni con todo tu reino de las hadas podrás comprarme al niño.

Y así dejó a su señor sumido en la ira.

—Bien, haz lo que quieras —dijo Oberón—. Antes de que amanezca te haré pagar esta injuria.

Entonces Oberón envió a buscar a Puck, su favorito y consejero privado.

Puck (también llamado algunas veces Robín el Buen Muchacho) era un duende ingenioso y travieso, que solía hacer cómicas travesuras en las aldeas vecinas; a veces se introducía en las lecherías y desnataba la leche; otras, se zambullía en el batidor de la mantequilla y, mientras con su forma liviana y alada danzaba haciendo figuras fantásticas, la lechera agitaba el batido inútilmente, tratando de convertir la crema en mantequilla. Tampoco corrían mejor suerte los zagales de la aldea: cada vez que Puck tenía el capricho de jugar en el barril de la cerveza, era seguro que ésta se estropeaba. Cuando un grupo de buenos vecinos se reunían a beber tranquilamente una cerveza, Puck se metía de un salto en la jarra adoptando la forma de un cangrejo, y cuando alguna vieja comadre se disponía a beber, se le colgaba de los labios, derramando la cerveza sobre su mustia barbilla; y luego, cuando la misma anciana se sentaba gravemente a contar a sus vecinos una historia triste y melancólica, Puck le quitaba el escabel antes de que se posara en él y la pobre señora daba con su humanidad en el suelo, y las viejas comadres se sujetaban los costados de risa, jurando que jamás habían pasado un momento más divertido.

—Ven aquí, Puck —dijo Oberón al pequeño y alegre bribonzuelo noctámbulo—. Tráeme una de esas flores que las doncellas llaman pensamiento. El jugo de esa florecilla púrpura puesto sobre los párpados de un durmiente, puede hacer que éste, al despertar, se enamore con embeleso de lo primero que vean sus ojos. Derramaré algunas gotas del jugo de esa flor sobre los párpados de mi Titania mientras duerme y caerá rendida de amor ante la primera cosa que vea al abrir los ojos, aun si se tratase de un león o un oso, o un mono entrometido o un simio diligente; y antes de que haga desaparecer el hechizo, lo que puedo hacer con otro encantamiento que conozco, la haré que me entregue al niño para hacerlo mi paje.

Puck, que gustaba de las travesuras como nadie, estaba sumamente divertido con el juego que su amo había ideado, y corrió en busca de la flor; y mientras Oberón esperaba el regreso de Puck, vio a Demetrio y Helena, que entraban al bosque, y escuchó cómo Demetrio regañaba a Helena por seguirlo y, luego de muchas palabras descorteses por su parte y de gentiles reproches por la de Helena, que le recordaba su antiguo amor por ella y sus promesas de fidelidad verdadera, él la abandonó, como dijo, a merced de las fieras, y ella se echó a correr tras él tan rápido como podía.

El rey de las hadas, que siempre sentía inclinación por los enamorados sinceros, sintió una gran compasión por Helena; y puede que, como Lisandro

había dicho que solían pasear a la luz de la luna por aquel bosque encantador, Oberón hubiese visto a Helena en los tiempos felices en que Demetrio la adoraba. Fuese ello así, o no, cuando Puck regresó con la pequeña flor púrpura, Oberón dijo a su favorito:

—Toma una parte de esta flor, pues ha estado aquí una dulce doncella ateniense que está enamorada de un joven desdeñoso. Si lo encuentras dormido, deja caer unas gotas del bálsamo de amor sobre sus ojos, pero cuida bien de hacerlo cuando ella esté cerca de él, para que lo primero que vea al despertar sea la dama desdeñada. Reconocerás al hombre por su vestimenta ateniense.

Puck prometió ocuparse de este asunto con gran diligencia, y entonces Oberón, sin que Titania lo percibiera, fue a su morada, donde ésta se disponía a reposar. Su habitación de hada era un vergel donde crecían el tomillo silvestre, las primulas dulces violetas bajo un palio de madreselvas rosas y eglantinas. Titania dormía siempre allí una parte de la noche, cubriéndose con la lustrosa piel de una culebra, que, aunque era un manto muy pequeño, bastaba para envolver a un hada.

Encontró a Titania dando órdenes a sus hadas sobre las actividades que debían realizar mientras ella dormía.

—Algunas de vosotras —decía su majestad—, mataréis la plaga que crezca en los brotes de los rosales, y otras haréis la guerra a los murciélagos para arrancarles las alas y hacer abrigo con ellas para mis pequeños elfos; y las demás vigilaréis para que no se acerque a mí el ruidoso búho que ulula por la noche. Pero antes, me adormeceréis con una canción de cuna.

Y comenzaron a cantar esta canción:

*Manchadas serpientes de lengua bífida,  
espinosos erizos, no os dejéis ver;  
salamandras, bichejos y gusanillos,  
la Reina de las Hadas no perturbéis.  
Rui señor melodioso, canta en la rama,  
cántanos nuestra dulce canción de cuna:  
A la nanita, nana, nanita, ea.  
Ningún encantamiento, daño o hechizo  
ronde el sueño de nuestra amable señora;  
ea, pues, buenas noches, nanita, ea<sup>[3]</sup>.*

Cuando las hadas hubieron hecho dormir a su reina con su hermosa canción de cuna, la dejaron para ir a hacer las importantes tareas que les había

encomendado. En aquel momento Oberón se acercó silenciosamente a su Titania, y puso unas gotas del bálsamo de amor sobre sus párpados, diciendo:

*Aquel a quien veáis al despertar  
por vuestro verdadero amor vais a tomar.*

Pero volvamos a Hermia, que aquella noche se había escapado de casa de su padre por evitar la muerte a que la sentenciaba su negativa a casarse con Demetrio. Cuando llegó al bosque, encontró a su querido Lisandro, que la esperaba para llevarla a casa de su tía; pero antes de llegar a atravesar la mitad del bosque, Hermia se encontró tan fatigada, que Lisandro, muy preocupado por su amada, que había confirmado su afecto por él hasta el punto de poner en peligro su vida, la persuadió para que se durmiera hasta el alba sobre un lecho de suave musgo y, tendiéndose él mismo a poca distancia, pronto estuvieron profundamente dormidos. Y así se los encontró Puck, el cual, viendo a un hermoso joven dormido, vestido a la manera de los atenienses, y a una bella dama que dormía cerca de él, llegó a la conclusión de que éstos debían de ser la doncella ateniense y el galán indiferente en cuya búsqueda había sido enviado por Oberón y dedujo, naturalmente, que puesto que estaban solos, ella sería lo primero que él viera al despertar; de modo que, sin más, procedió a derramar un poco de jugo de la pequeña flor púrpura sobre sus ojos. Pero ocurrió que Helena venía en la misma dirección, y fue ella, en vez de Hermia, lo primero que Lisandro vio al abrir los ojos, y, aunque resulte extraño, el hechizo era tan poderoso que todo su amor por Hermia se esfumó, y se enamoró de Helena.

Si al despertar hubiera visto antes a Hermia, el error cometido por Puck no hubiera tenido consecuencias, puesto que todo su amor era para la fiel doncella, pero resultó una broma muy cruel que el pobre Lisandro se viera compelido por el efecto de un hechizo amoroso a dejar a su leal Hermia, para correr en pos de otra dama, abandonando a la dormida Hermia en el bosque, siendo medianoche.

Y así fue como sucedió esta calamidad. Helena, como ya se ha relatado, se empeñó en seguir los pasos de Demetrio cuando éste escapó de ella tan groseramente; pero no podía continuar por mucho tiempo tan desigual carrera, ya que los hombres aguantan más que las damas en una carrera larga. Helena no tardó en perder de vista a Demetrio; y, mientras vagaba, abatida y desamparada, llegó donde dormía Lisandro:

—¡Ah! —dijo—. Aquí está Lisandro tendido en el suelo.  
¿Estará muerto o dormido?

Y luego, tocándolo suavemente, dijo:

—Buen señor, despierta si estás vivo.

Al oír esto Lisandro abrió los ojos y (habiendo comenzado a hacer su efecto el hechizo amoroso) de inmediato se dirigió a ella con extravagantes palabras de amor y admiración, diciéndole que superaba a Hermia en belleza tanto como una paloma supera a un cuervo, y que él estaba dispuesto a atravesar el fuego por ella, y muchos otros discursos amorosos de esta índole. Helena, sabiendo que Lisandro era el enamorado de su amiga Hermia, y estaba solemnemente comprometido a desposarla, se sintió llena de ira al oírse tratada de tal modo, pues pensó (y con razón) que Lisandro se mofaba de ella.

—Oh, ¿por qué habré venido al mundo si todos se burlan y se ríen de mí? —dijo ella—. ¿No es bastante que nunca reciba una mirada dulce o una palabra bondadosa de Demetrio, para que además vos pretendáis cortejarme de manera tan burda? Yo creía, Lisandro, que teníais más delicadeza.

Diciendo con ira estas palabras, se alejó corriendo y Lisandro la siguió totalmente olvidado de Hermia, que aún dormía.

Cuando Hermia despertó encontrándose sola, se sintió triste y atemorizada y vagó por el bosque sin rumbo y sin saber qué le había sucedido a Lisandro, ni cómo ir en su busca. Mientras tanto Demetrio, sin poder dar con Hermia ni con su rival Lisandro y fatigado de su infructuosa persecución, se quedó profundamente dormido; y así lo encontró Oberón. Por algunas preguntas que había hecho a Puck, se había enterado de que éste había aplicado el hechizo amoroso sobre los ojos de quien no correspondía; y ahora, habiendo encontrado a la persona para la cual estaba destinado en principio, tocó los párpados del dormido Demetrio con el bálsamo de amor y éste se despertó de inmediato, siendo Helena lo primero que vio. Y, al igual que Lisandro hiciera antes, comenzó a decirle frases amorosas; y justo en aquel momento Lisandro, seguido por Hermia (pues por el desgraciado error de Puck ahora le tocaba a Hermia correr en pos de su amado), hizo su aparición; y entonces Lisandro y Demetrio, hablando al unísono, cortejaron a Helena, estando cada uno de ellos bajo el influjo del mismo y potente hechizo amoroso.

La perpleja Helena creyó que Demetrio, Lisandro y su, en el pasado, querida amiga Hermia, habían urdido aquella trama para burlarse de ella.

Hermia estaba tan sorprendida como Helena; no comprendía por qué Lisandro y Demetrio, que antes le profesaban su amor, se habían convertido en enamorados de Helena; y a Hermia no le parecía que se tratara de una broma.

Las damas, que habían sido las amigas más afectuosas, ahora se dirigían palabras airadas.

—Malvada Hermia —dijo Helena—, ¿has sido tú quien ha instigado a Lisandro para que me humille con alabanzas fingidas? Y a tu otro enamorado, a Demetrio, que acostumbraba a apartarme casi con el pie, ¿no le has pedido a él que me llame Diosa, Ninfa, admirable, preciosa y celestial? No me hablaría así, pues me aborrece, si no le hubieras impulsado a mofarse de mí. Despiadada Hermia, que te has unido a los hombres para burlarte de tu pobre amiga, ¿has olvidado nuestra amistad que data desde los días de escuela? ¿Cuántas veces, Hermia, nos hemos sentado en el mismo cojín, cantando la misma canción, bordando la misma flor con nuestras agujas, forjadas en el mismo molde, creciendo juntas como una cereza doble cuya separación apenas se veía? Hermia: no es amistoso de tu parte, ni es femenino, el asociarse con los hombres para poner en ridículo a tu pobre amiga.

—Me asombran tus acaloradas palabras —dijo Hermia—. No me burlo de ti; más parece que tú te burlas de mí.

—¡Ay! —le respondió Helena—. Seguid, fingid un aspecto serio y hacedme muecas cuando vuelvo la espalda y luego, con un guiño de ojos, continuad la broma. Si tuvierais algo de piedad, elegancia o modales, no me utilizaríais de este modo.

Mientras Helena y Hermia se dirigían estas duras palabras, Demetrio y Lisandro las dejaron para luchar, en el bosque, por el amor de Helena. Cuando descubrieron que los galanes las habían abandonado, se separaron, y una vez más vagaron cansadamente por el bosque en busca de sus enamorados.

Tan pronto como se hubieron marchado, el rey de las hadas, que con el pequeño Puck había estado escuchando sus disputas, le dijo:

—Esto ha sucedido por tu negligencia, Puck, ¿o es que lo hiciste a propósito?

—Creedme, señor de las sombras —respondió Puck—, que fue un error. ¿No me dijisteis que reconocería al hombre por sus ropas atenienses? Sin embargo no lamento que esto haya sucedido, pues sus riñas resultan una diversión excelente.

—Has oído —dijo Oberón—, que Demetrio y Lisandro han ido a buscar un lugar adecuado para enfrentarse. Te ordeno que cubras la noche con una espesa niebla, y que conduzcas a esos hasta que estén tan perdidos en la oscuridad que no sean capaces de volver a encontrarse. Imita, a cada uno, la voz del otro y, con hirientes improperios incítalos a seguirte, haciéndoles



creer que siguen la voz de su rival. Harás esto hasta que estén tan agotados que no puedan ir más lejos y, cuando caigan rendidos por el sueño, derrama el jugo de esta otra flor sobre los ojos de Lisandro, quien, cuando despierte, habrá olvidado su reciente amor por Helena y volverá a estar enamorado de Hermia; y entonces las dos encantadoras damas podrán ser felices con el hombre que quieren y pensarán que todo lo sucedido no fue más que un mal sueño. A ello con rapidez, Puck, mientras yo veo qué dulce amor ha encontrado mi Titania.

Titania dormía aún y Oberón, viendo que dormía cerca de ella un cómico que se había perdido en el bosque, se dijo: «Este individuo será el auténtico amor de mi Titania»; y cubrió la cabeza del cómico con otra de asno que se le adaptó tan perfectamente como si hubiese crecido sobre sus propios hombros. Aunque Oberón le puso la cabeza de asno muy delicadamente, esto lo despertó, y levantándose, sin darse cuenta de lo que Oberón le había hecho, fue hacia el lecho donde dormía la reina de las hadas.

—Oh, ¿qué ángel ven mis ojos? —dijo Titania abriendo los ojos y comenzando a sentir el efecto del jugo de la pequeña flor púrpura—. ¿Eres tan sabio como bello?

—Señora —dijo el estúpido payaso—, si tengo ingenio suficiente como para salir del bosque, ya me parece bastante.

—Fuera del bosque no quieras ir —dijo la enamorada reina—. Yo soy un genio de especie poco común. Te amo. Ven conmigo y te daré hadas que te sirvan.



Entonces hizo venir a cuatro elfos: sus nombres eran Brote de Guisante, Telaraña, Polilla y Grano de Mostaza.

—Cuidadme a este amable gentilhombre —dijo la reina—; brincad tras sus pasos, caracoleando ante su vista; alimentadlo con uvas y melocotones y robad para él las colmenas de miel a las abejas. Ven, siéntate junto a mí —le dijo al cómico—, y déjame jugar con tus adorables mejillas peludas, mi bello asno, y besar tus grandes y hermosas orejas, mi noble alegría.

—¿Dónde está Brote de Guisante? —dijo el cómico con cabeza de asno, no prestando demasiada atención a los requerimientos de la reina de las hadas y muy orgulloso, en cambio, por sus nuevos criados.

—Aquí, señor —dijo el pequeño Brote de Guisante.

—Ráscame la cabeza —dijo el cómico—. ¿Dónde está Telaraña?

—Aquí, señor —dijo Telaraña.

—Bien, señor Telaraña —dijo el estúpido cómico—, ve y mata la abeja roja que hay encima de aquel cardo y, mi buen señor Telaraña, tráeme su buche. No te apures demasiado, señor Telaraña, y cuidado con romper el buchecito de la miel. Lamentaría verte cubierto de miel. ¿Dónde está Grano de Mostaza?

—Aquí, señor —dijo Grano de Mostaza—. ¿Qué se os ofrece?

—Pues nada —dijo el payaso—. Sólo que ayudes a don Brote de Guisantes a rascarme. Debo ir al barbero, señor Grano de Mostaza, pues me da la impresión de que tengo la cara terriblemente peluda.

—Mi dulce amor —dijo la reina—. ¿Qué te apetece comer? Enviaré a un hada atrevida a la madriguera de la ardilla para que te traiga nueces nuevas.

—Más bien quisiera un puñado de guisantes secos —dijo el cómico que, con su cabeza de asno, tenía el apetito de un asno—. Pero te ruego que nadie de tu gente me perturbe, porque me voy a dormir.

—Duerme, pues —dijo la reina—, y te envolveré con mis brazos. ¡Oh, cuánto te amo! ¡Oh, cuán prendada estoy de ti!

Cuando el rey de las hadas vio al cómico dormido entre los brazos de la reina, se presentó ante ella y le reprochó el haber prodigado sus favores a un asno.

Ella no podía negarlo, ya que el cómico, con la cabeza de asno que ella había coronado de flores, dormía entre sus brazos.

Cuando Oberón se hubo burlado de ella durante algún tiempo, una vez más le pidió el niño sustraído; y esta vez, avergonzada por haber sido descubierta por su propio señor con su nuevo favorito, no se atrevió a negárselo.

Oberón, habiendo obtenido de esta manera el niño que por tanto tiempo había querido hacer su paje, se apiadó de la desgraciada situación en que su divertida estratagema había puesto a Titania y le vertió en los ojos un poco de jugo de la otra flor; y la reina de las hadas recobró el juicio de inmediato, y se maravillaba de su último desvarío, diciendo cuán aborrecible le resultaba la visión del extraño monstruo.

Entonces Oberón le quitó al cómico la cabeza de asno y lo dejó que continuara su siesta con su propia cabeza de necio sobre los hombros. Oberón y su Titania estaban ahora perfectamente reconciliados y él le relató la historia de los enamorados y sus querellas de medianoche; y ella accedió a acompañarlo para ver el final de sus aventuras.

El rey y la reina de las hadas encontraron a los enamorados y sus damas dormidos sobre la hierba, a no mucha distancia uno del otro; pues Puck, para enmendar su primer error, con la mayor diligencia había conseguido llevarlos a todos al mismo lugar, sin que ellos lo supieran; y cuidadosamente había quitado el hechizo de los ojos de Lisandro mediante el antídoto que le había dado el rey de las hadas.

Hermia fue la primera en despertar, y al ver que su perdido Lisandro dormía tan próximo a ella, lo contemplaba preguntándose la razón de su extraña volubilidad: Lisandro abrió los ojos en aquel momento y, viendo a su querida Hermia, recobró la razón que había tenido nublada por obra del hechizo de amor; y junto con su razón, volvió su amor por Hermia y comenzaron a charlar sobre las aventuras de la noche, dudando de si tales sucesos habían ocurrido en realidad, o si ambos habían estado soñando el mismo sueño desconcertante.

Para entonces también se habían despertado Helena y Demetrio y, como aquel apacible sueño había aquietado el ánimo alterado y colérico de Helena, escuchó ésta embelesada las declaraciones de amor que Demetrio continuaba haciéndole; las cuales, para sorpresa suya y también para su contento, comenzó a percibir que eran sinceras.

Estas encantadoras damas, extraviadas en la noche, una vez desaparecida su rivalidad, volvieron a ser las amigas más sinceras; olvidaron las malas palabras dichas y serenamente se preguntaban cuál sería el mejor camino a seguir en su situación actual. Pronto convinieron que, dado que Demetrio había renunciado a sus pretensiones sobre Hermia, se empeñaría en convencer a su padre para que éste revocara la cruel sentencia de muerte que se le había impuesto. Demetrio se disponía a regresar a Atenas con tan cordial propósito,

cuando fueron sorprendidos por la aparición de Egeo, el padre de Hermia, que había llegado al bosque en pos de su hija fugitiva.

Cuando comprendió que Demetrio ya no se casaría con su hija, dejó de oponerse a su matrimonio con Lisandro, y dio su consentimiento para que el matrimonio se realizara en un plazo de cuatro días, que era la misma fecha en que Hermia había sido condenada a morir. También en ese día la feliz Helena aceptó casarse con su amado, y ahora fiel, Demetrio.

El rey y la reina de las hadas, espectadores invisibles de la reconciliación, contemplaron el final feliz de esta historia de enamorados, debido a los buenos oficios de Oberón, y esto les produjo tal satisfacción, que los bondadosos espíritus decidieron celebrar las próximas nupcias con juegos y diversiones en todo el reino de las hadas.

Y si a alguien le molesta esta historia de hadas y sus extravagancias, por juzgarlas increíbles y extrañas, no tiene más que pensar que ha estado dormido y soñando, y que todas estas aventuras han sido las creaciones de un sueño; y espero que ninguno de mis lectores sea tan insensato como para sentirse ofendido por un bello e inofensivo sueño de una noche de verano.

## *Cuento de invierno*

Leontes, rey de Sicilia, y su reina, la bella y virtuosa Hermíone, convivían por aquel tiempo en la mayor armonía. Tan feliz era Leontes en su amor por esta dama excelente, que ninguno de sus deseos quedaba sin cumplir, salvo que a veces deseaba volver a ver a su viejo amigo y compañero de estudios Polixenes, rey de Bohemia, y presentárselo a su reina. Leontes y Polixenes habían crecido juntos desde su más tierna infancia pero, habiendo sido llamados a gobernar sobre sus respectivos reinos debido a la muerte de sus padres, hacía muchos años que no se encontraban, a pesar de que con frecuencia intercambiaban obsequios, cartas y embajadas cordiales.

Finalmente y después de insistentes invitaciones, Polixenes vino desde su corte de Bohemia a la de Sicilia a visitar a su amigo Leontes.

Al principio, la visita le resultó muy agradable a Leontes. Recomendó al amigo de su juventud a la reina, para que ésta le brindara atenciones especiales, y parecía que, contando con la presencia de su querido amigo, su felicidad se veía colmada. Charlaban sobre los viejos tiempos; recordaban sus días escolares y sus travesuras juveniles, contándoselas a Hermíone, que siempre tomaba parte alegremente en estas conversaciones.

Cuando, tras una larga estancia, Polixenes se disponía a partir, Hermíone, de acuerdo con los deseos de su esposo, unió sus súplicas a las suyas para que Polixenes prolongara su visita.

Y en ese momento comenzaron las penalidades de la buena reina, pues Polixenes, que había rehusado quedarse ante las peticiones de Leontes, fue ganado por las palabras gentiles y persuasivas de Hermíone y postergó por algunas semanas su partida. Ante esto y a pesar de que hacía tantos años que Leontes conocía los principios honorables y la integridad de Polixenes, su amigo, así como la excelente disposición de su virtuosa reina, el rey de Sicilia fue presa de unos celos irrefrenables. Con cada atención que Hermíone brindaba a Polixenes, aunque obedeciera a los expresos deseos de su esposo y deseara agradarle simplemente, aumentaban los desgraciados celos del rey; y de ser un amigo afectuoso y sincero y el mejor y más amable de los esposos,

súbitamente Leontes se convirtió en un monstruo feroz e inhumano. Mandó buscar a Camilo, uno de los señores de su corte e, informándole de la sospecha que abrigaba, le ordenó que envenenara a Polixenes.

Camilo era un hombre bueno; y, sabiendo con certeza que los celos de Leontes no tenían el menor fundamento en la realidad, en vez de envenenar a Polixenes, le comunicó las órdenes de su señor y se avino a escapar con él lejos de los dominios de Sicilia; y Polixenes, con la ayuda de Camilo, llegó sano y salvo a su propio reino de Bohemia, donde Camilo vivió desde entonces en la corte del rey, convirtiéndose en el favorito y en el mejor amigo de Polixenes.

La huida de Polixenes encolerizó al celoso Leontes más aún; se dirigió a los aposentos de la reina, donde la buena dama se encontraba sentada en compañía de su hijito Mamilio, quien comenzaba a contar a su madre, para divertirla, una de sus mejores historias. En aquel momento hizo su entrada el rey y, arrebatándole al niño, envió a Hermíone a prisión.

Mamilio, aunque era un niño de muy pocos años, amaba a su madre tiernamente; y al verla deshonrada, descubriendo que le había sido arrebatada para enviarla a prisión, lo tomó tan a pecho, que lentamente comenzó a languidecer y a morir de pena. Perdió el sueño y el apetito y se temía que el dolor acabaría con él.

El rey, una vez encarcelada la reina, encomendó a dos señores sicilianos, Cleomenes y Dión, que fueran a Delfos a preguntar al oráculo del templo de Apolo si la reina le había sido infiel.

Cuando llevaba algún tiempo en prisión, Hermíone dio a luz una niña y la pobre dama sintió un gran consuelo viendo a la hermosa criatura, a la que dijo:

—Mi pobre y pequeña prisionera, yo soy tan inocente como tú.

Hermíone tenía una amiga bondadosa en la persona de Paulina, mujer de espíritu noble que estaba casada con Antígono, un señor siciliano, y cuando Paulina supo que su real señora estaba de parto, se dirigió a la prisión donde había sido confinada Hermíone, y le dijo a Emilia, la dama que se ocupaba de ella:

—Te ruego, Emilia, que le digas a la buena reina que, si su majestad se atreve a confiarme a la niña, yo la llevaré ante el rey, su padre. Quién sabe si, al ver a esta inocente niña, su corazón llegaría a ablandarse.

—Noble señora —replicó Emilia—, informaré a la reina de vuestro noble ofrecimiento; hoy mismo expresaba sus deseos de que alguna persona amiga osara llevar a la niña ante el rey.

—Y dile —dijo Paulina—, que hablaré a Leontes abiertamente en su favor.

—Recibid eternas bendiciones —dijo Emilia— por vuestra bondad para con nuestra graciosa majestad.

Emilia fue entonces en busca de Hermíone, quien entregó el bebé al cuidado de Paulina con gran satisfacción, pues temía que nadie tendría el valor de llevar a la niña ante su padre.

Paulina se hizo cargo de la recién nacida, consiguió a toda costa que el rey la recibiera y, sin tomar en consideración a su marido, que, temeroso de la ira del rey, intentó detenerla, depositó al bebé a los pies de su padre, pronunciando un noble discurso en defensa de Hermíone, en el que reprochó severamente al rey su falta de humanidad y le imploró que tuviera piedad de la niña y de su inocente esposa. Pero la brillante amonestación de Paulina sólo agravó el rechazo de Leontes, quien ordenó a Antígono, su marido, que se la llevara de su vista.

Cuando Paulina se retiró, dejó a la niña a los pies de su padre, pensando que al encontrarse a solas con ella, él le dirigiría la mirada y se apiadaría de la inocencia desvalida.

La bondadosa Paulina se había equivocado, pues no bien hubo salido, el despiadado padre le ordenó a Antígono, el esposo de Paulina, que cogiera a la niña y la llevara, por mar, para dejarla morir en alguna playa desierta.

Antígono, al contrario que el buen Camilo, obedeció la orden de Leontes con demasiada fidelidad, pues se llevó inmediatamente a la niña a bordo de una nave y se hizo a la mar con la intención de abandonarla en la primera playa desierta que encontrara.

El rey estaba tan absolutamente convencido de la culpabilidad de Hermíone, que no esperó al regreso de Cleomenes y Dión, a quienes había enviado a consultar al oráculo de Apolo, en Delfos. Y antes de que la reina se hubiera recuperado de su alumbramiento y de la pérdida de su preciosa niña, la sometió a un juicio público ante todos los señores y nobles de su corte. Y cuando todos los grandes señores, los jueces y la nobleza del país se hallaban reunidos para juzgar a Hermíone, y la desgraciada reina se encontraba de pie, como un prisionero, para ser juzgada por sus súbditos, Cleomenes y Dión se presentaron ante la asamblea y entregaron al rey la respuesta del oráculo, que venía sellada; y Leontes ordenó que se rompiera el sello y que las palabras del oráculo fueran leídas en alta voz, y éstas fueron sus palabras: *«Hermíone es inocente, Polixenes no tiene culpa alguna, Camilo es un súbdito fiel, Leontes es un tirano celoso y el rey se quedará sin heredero si aquel que está perdido*



*no aparece.»* El rey no dio crédito a las palabras del oráculo; dijo que era falso y había sido inventado por los amigos de la reina y solicitó al juez que procediera a juzgar a la reina; pero mientras Leontes hablaba, entró un hombre y le dijo que el príncipe Mamilio, que había oído que su madre podía ser sentenciada a muerte, abatido por la pena y la vergüenza, había muerto de repente.

Hermíone, al enterarse de la muerte de su querido niño, tan afectuoso que había perdido la vida por la tristeza que le causaba su infortunio, cayó desvanecida; y Leontes, con el corazón herido por las noticias, comenzó a sentir piedad por la desdichada reina y ordenó a Paulina y a sus damas de compañía que se la llevaran y velaran por su recuperación. Paulina regresó muy pronto, informando al rey que Hermíone había muerto.

Cuando Leontes supo que la reina había muerto, se arrepintió de su crueldad con ella; y entonces, convencido de que su mal trato había destrozado el corazón de Hermíone, creía en su inocencia y también que las palabras del oráculo eran verdaderas, pues dedujo que el «si aquel que está perdido no aparece», se refería a su hija menor y que ya no tendría un heredero, habiendo muerto el joven príncipe Mamilio; y estaba dispuesto a renunciar a su reino con tal de recuperar a su hija. Leontes se sumió en los remordimientos y pasó muchos años de duelo, embargado de tristeza y arrepentimiento.

El barco en que Antígono llevaba a la princesita fue desviado por una tormenta hasta la costa de Bohemia, el mismo reino del buen rey Polixenes. Allí desembarcó Antígono y allí abandonó a la niña.

Antígono no regresó a Sicilia para contar a Leontes dónde había abandonado a su hija, porque cuando se dirigía hacia el barco, salió un oso del bosque y lo despedazó; un castigo merecido por haber obedecido la despiadada orden de Leontes.

La niña estaba vestida y enjoyada ricamente, pues Hermíone la había arreglado con esmero antes de enviarla ante Leontes, y Antígono había prendido un papel a su manto donde había escrito el nombre de *Perdita* y algunas palabras que sugerían su noble cuna y su suerte adversa.

La pobre niña abandonada fue encontrada por un pastor. Se trataba de un hombre de buenos sentimientos, que se llevó a Perdita a su casa y la entregó a los tiernos cuidados de su mujer; pero la pobreza incitó al pastor a ocultar la fortuna que había llegado a sus manos, por lo que abandonó aquella región del país para que nadie supiera de dónde había conseguido sus bienes y, con una parte de las joyas de Perdita, compro rebaños de ovejas y se convirtió en

un campesino muy acomodado. Educó a Perdita como a su propia hija y ella no llegó a saber que podía ser otra cosa que la hija de un pastor.



La pequeña Perdita creció y se convirtió en una encantadora doncella y, pese a no tener mayor educación que la propia de la hija de un pastor, los dones naturales que había heredado de su regia madre resplandecían a través de la incultura de su mente, de tal manera que nadie hubiera podido deducir, por su comportamiento, que no había sido criada en la corte de su padre.

Polixenes, el rey de Bohemia, tenía un hijo único, cuyo nombre era Florisel. En cierta ocasión en que el joven príncipe cazaba cerca de la morada del pastor, vio a la supuesta hija del anciano, y la modestia, belleza y regio comportamiento de Perdita lo hicieron enamorarse de ella al instante. Pronto, bajo el nombre de Doricles y con un disfraz de gentilhombre, se convirtió en visitante asiduo de la residencia del anciano pastor. Las frecuentes ausencias de Florisel de la corte alarmaron a Polixenes y dispuso que fuera vigilado, por lo que descubrió su amor por la bella hija del pastor.

Polixenes hizo llamar entonces a Camilo, el fiel Camilo que le había salvado la vida de la furia de Leontes, y le expuso su deseo de que lo acompañara a casa del supuesto padre de Perdita.

Polixenes y Camilo, ambos disfrazados, llegaron a la morada del pastor cuando se celebraba la fiesta de la esquila y, aunque nadie los reconoció, como todos los forasteros eran bienvenidos a la fiesta de la esquila, también a ellos los invitaron a pasar y a unirse a la diversión general.

Todo era jovialidad y alegría. Se dispusieron las mesas y se iniciaron grandes preparativos para celebrar el rústico festejo. En el prado, frente a la casa, bailaban algunos muchachos y muchachas, mientras otros jóvenes se dedicaban a comprar cintas, guantes y cosas por el estilo a un buhonero que había llamado a la puerta.

Mientras tenía lugar tan animada escena, Florisel y Perdita se encontraban sentados en un rincón apartado y tranquilo, al parecer más interesados en conversar que deseosos de participar en los juegos y simples diversiones de los que los rodeaban.

El rey estaba disfrazado de tal guisa, que era imposible que su hijo pudiera reconocerlo, y por ello se aproximó lo suficiente como para oír la conversación. La manera sencilla, pero no falta de elegancia, de charlar Perdita con su hijo, sorprendió no poco a Polixenes, que dijo a Camilo:

—Esta es la muchacha de humilde cuna más bonita que he conocido; todo lo que hace, o dice, la hace parecer algo superior a ella, demasiado noble para este lugar.

—Desde luego es la flor y nata de la reunión —replicó Camilo.

—Por favor, mi buen amigo —dijo el rey al pastor—, ¿quién es el gentil doncel que conversa con vuestra hija?

—Le llaman Doricles —respondió el pastor—. Él dice que ama a mi hija y la verdad es que sería difícil decir cuál de los dos ama al otro más profundamente. Si el joven Doricles la consigue, ella le ofrecerá lo que él ni siquiera se imagina.

Con esto se refería al resto de las joyas de Perdita; pues, tras haber adquirido algunos rebaños de ovejas con una parte de ellas, el pastor había guardado cuidadosamente el resto para su dote.

Polixenes se dirigió entonces a su hijo:

—Y bien, joven —le dijo—, tu corazón parece repleto de algo que te distrae de los festejos. Cuando yo era joven, acostumbraba a colmar a mi amada de regalos, pero tú has dejado que el buhonero se marche y no le has comprado a tu doncella ni un obsequio.

El joven príncipe, que poco sabía que estaba hablando con el rey, su padre, replicó:

—Respetable señor, ella no aprecia tales insignificancias; los regalos que Perdita espera de mí, los guarda mi corazón.

Y luego, volviéndose hacia Perdita, le dijo:

—Oh, escúchame, Perdita, delante de este anciano señor, que parece haber estado, en su tiempo, enamorado: él oirá lo que te prometo.

Florisel llamó entonces al anciano extranjero para hacerlo testigo de la promesa solemne de matrimonio que hiciera a Perdita, diciendo a Polixenes:

—Os ruego que confirméis nuestro compromiso.

—¡Confirmad vuestro divorcio, joven señor! —dijo el rey, descubriendo su identidad.

Y Polixenes le reprochó entonces a su hijo que se hubiera atrevido a comprometerse con una muchacha del pueblo y llamó a Perdita «pastorzuela, cayado de ovejas» y otros apelativos despectivos, amenazándola con que, si alguna vez permitía a su hijo volver a verla, la condenaría a ella y también al viejo pastor, su padre, a una muerte terrible.

El rey se marchó en seguida, iracundo, y ordenó a Camilo que lo siguiera en compañía del príncipe Florisel.

Cuando el rey hubo partido, Perdita, cuya naturaleza regia se había despertado ante los insultos de Polixenes, dijo:

—Aunque estemos perdidos, no he tenido demasiado miedo, y una o dos veces estuve a punto de hablar y de decirle que el mismísimo sol que brillaba

sobre su palacio no se esconde sobre nuestra choza, sino que alumbra de la misma manera.

Y luego añadió tristemente:

—Pero ahora he despertado del sueño y ya no lo seguiré abrigando. Dejadme, señor. Iré a ordeñar mis ovejas y a llorar.

El bondadoso Camilo había quedado encantado con el ánimo y la decorosa conducta de Perdita y, comprendiendo que el joven príncipe estaba demasiado enamorado como para renunciar a su dama por orden de su padre, pensó en una manera de reconciliar a los enamorados, ejecutando al mismo tiempo un plan que acariciaba en la mente.

Hacía mucho tiempo que Camilo sabía que Leontes, el rey de Sicilia, se había convertido en un sincero penitente, y aunque Camilo era el amigo que gozaba del favor del rey Polixenes, no podía evitar el deseo de volver a ver su tierra natal y a su antiguo rey y señor. Así que propuso a Florisel y Perdita que los acompañaría a la corte de Sicilia, donde podría conseguir la protección de Leontes para ellos, hasta que, mediante sus buenos oficios, pudieran conseguir que Polixenes los perdonara y consintiera su matrimonio.

Ellos accedieron a esta oferta con grandes muestras de alegría y Camilo, que se hizo cargo de todos los preparativos relativos a la fuga, permitió que el anciano pastor los acompañara.

El pastor se llevó el resto de las joyas de Perdita, las ropas con las que la había encontrado y el papel que llevaba prendido en su manto.

Tras un feliz viaje, Florisel y Perdita, Camilo y el viejo Pastor llegaron sanos y salvos a la corte de Leontes. Leontes, que aún guardaba luto por su difunta Hermíone y por su hija desaparecida, recibió a Camilo muy bondadosamente y dio su cordial bienvenida al príncipe Florisel. Pero Perdita, a quien Florisel presentó como princesa, pareció cautivar toda la atención de Leontes, quien notó un parecido entre ella y la difunta reina Hermíone; y esto hizo que su dolor se reavivara diciéndose que tan encantadora criatura bien podría ser su propia hija si él no la hubiera destruido con tanta crueldad.

—Y de esa forma —le dijo a Florisel—, también perdí la compañía y la amistad de tu respetable padre, a quien ahora deseo volver a ver aunque ello me cueste la vida.

Cuando el viejo pastor supo cuánto interés había despertado Perdita en el rey, y que éste había tenido una hija que había sido abandonada recién nacida, comenzó a comparar el momento en que había encontrado a Perdita y la forma en que había sido abandonada, con las alhajas y otras muestras de su

noble cuna; de todo lo cual resultaba imposible no llegar a la conclusión de que Perdita y la desaparecida hija del rey eran la misma persona.

Florisel y Perdita, Camilo y la fiel Paulina estaban presentes cuando el anciano pastor relató al rey la forma en que había hallado a la niña, y también las circunstancias en que Antígono encontró la muerte, pues había presenciado cómo el oso lo devoraba. Entonces les presentó el rico manto con que Paulina recordaba que Hermíone había envuelto a la niña y asimismo una preciosa alhaja que Hermíone le había puesto alrededor del cuello, cosa que Paulina también recordaba y, finalmente, el pastor hizo entrega del papel, cuya escritura Paulina reconoció como de su marido. Y no cupo duda de que Perdita era la hija de Leontes, lo que sumió a Paulina en una noble lucha en la que sus sentimientos de dolor por la muerte de su esposo se oponían a la alegría de ver cumplida la profecía del oráculo, habiéndose encontrado heredero para el rey en su hija tan largamente perdida. Cuando Leontes supo que Perdita era su hija, lo embargó la enorme tristeza de que Hermíone no viviera para contemplarla y durante mucho tiempo no fue capaz de decir más que:

—Ay, vuestra madre, vuestra madre.

Paulina interrumpió esta escena feliz aunque desgarradora, diciéndole a Leontes que ella tenía una estatua recién terminada por un excepcional maestro italiano, Julio Romano, que había conseguido un parecido con la reina tan perfecto, que si su majestad accedía a ir a su casa a verla quedaría casi convencido de que se trataba de la verdadera Hermíone. Todos se pusieron en camino; el rey ansioso por ver la imagen de su Hermíone y Perdita deseosa de conocer el aspecto de la madre a quien nunca pudo ver.

Cuando Paulina apartó la cortina que ocultaba la famosa estatua, ésta guardaba tanta semejanza con Hermíone, que todo el dolor del rey se avivó al verla y lo dejó incapaz de hablar o de moverse durante un buen rato.

—Me complace vuestro silencio, mi señor —dijo Paulina—, que evidencia vuestro asombro. ¿No es cierto que la estatua se parece mucho a la reina?

—Ahí está, con la misma majestad que cuando la herí por primera vez —dijo el rey finalmente—. Sin embargo, Paulina, Hermíone no tenía tantos años como aparenta en esta estatua.

—Lo que dice mucho en favor del escultor —replicó Paulina—, pues la ha representado como si hubiera vivido hasta ahora. Pero permitidme que corra la cortina, señor, no sea que creáis que tiene movimiento.

—No corras la cortina —dijo el rey entonces—. Quisiera haber muerto. Fíjate bien, Camilo, ¿no dirías que ha respirado? Sus ojos parecen tener movimiento.

—Debo correr la cortina, mi señor —dijo Paulina—. Estáis tan arrobado que terminaréis por convenceros de que la estatua tiene vida.

—Oh, dulce Paulina —dijo Leontes—, veo veinte años al mismo tiempo, y aún pienso que un aliento emana de ella. ¿Qué fino cincel sería capaz de dar forma a la respiración? Que nadie se burle de mí, porque voy a besarla.

—Oh, mi señor, absteneos —dijo Paulina—. El color de sus labios está todavía húmedo; manchareis los vuestros con el aceite de la pintura. ¿Puedo correr la cortina?

—No, no estos veinte años... —dijo Leontes.

Perdita, que durante toda esta escena había permanecido de rodillas contemplando en silenciosa admiración la estatua de su inigualable madre, dijo en ese momento:

—Y ese mismo tiempo podría quedarme así, mirando a mi querida madre.

—Debéis controlar este delirio —dijo Paulina a Leontes—; permitidme correr la cortina o preparaos para un asombro aún mayor. En efecto, puedo hacer que la estatua cobre movimiento y baje del pedestal y os coja de la mano. Pero entonces pensaréis, y yo sostengo que no es así, que me asisten poderes malignos.

—Me alegra oír lo que puedes hacer con ella —dijo el maravillado rey—, pues será tan sencillo hacerla hablar como moverse.

Paulina entonces ordenó que sonara una música lenta y solemne que tenía preparada para ese momento, y para asombro de todos los espectadores, la estatua bajó de su pedestal y echó sus brazos al cuello de Leontes. La estatua comenzó a hablar entonces, pidiendo bendiciones para su esposo y para su pequeña, la recién hallada Perdita.

No era un prodigio que la estatua se abrazara al cuello de Leontes y bendijera a su esposo y a su hija. No era un prodigio, pues la estatua no era otra que la misma Hermíone, la auténtica, la reina en persona.

Paulina había informado al rey de la muerte de Hermíone, pero era falso; pensaba que la única manera de salvar la vida de su regia señora era ésa, y desde entonces la reina había vivido con la buena Paulina, sin querer jamás que Leontes supiera que vivía hasta que supo que Perdita había sido hallada, pues si bien hacía mucho que había perdonado el daño que Leontes le había infligido, no podía perdonar su crueldad con su hijita recién nacida.



Y habiendo vuelto a la vida la difunta reina de este modo, y recuperada su hija, Leontes, que llevaba tantos años de sufrimiento, apenas podía soportar tal exceso de felicidad.

Por todas partes no se oyeron más que felicitaciones y discursos afectuosos. Y los felices padres le agradecían al príncipe Florisel que hubiera querido a su hija cuando su origen parecía humilde y también bendecían al viejo pastor por haberles salvado a la pequeña. Camilo y Paulina estaban encantados de haber vivido para llegar a ver tan inmejorable fruto de sus leales servicios.

Y para que no faltara nada para completar tan extraña e inesperada alegría, en aquel mismo momento el propio rey Polixenes entró en el palacio.

Cuando Polixenes comenzó a notar la ausencia de su hijo y de Camilo, y sabiendo que Camilo hacía tiempo que deseaba regresar a Sicilia, llegó a la conclusión de que allí encontraría a los fugitivos y, partiendo rápidamente tras ellos, le cupo la suerte de llegar justo en el momento más feliz de la vida de Leontes.

Polixenes tomó parte en la alegría general, perdonó a su amigo Leontes por los infundados celos que había concebido contra él, y una vez más se quisieron con el mismo calor de su amistad de infancia. Ya no había razón para temer que Polixenes se opusiera al enlace de su hijo con Perdita. Ya no se trataba de una «pastorzuela», sino de la heredera de la corona de Sicilia.

Y así hemos llegado a ver cómo la paciencia de la sufriente Hermíone fue finalmente recompensada. La excelente dama vivió aún muchos años en compañía de su Leontes y su Perdita, siendo la más feliz de las madres y de las reinas.

## *Mucho ruido y pocas nueces*

Hero y Beatriz eran dos damas que vivían en el palacio de Messina. Hero era hija de Leonato, gobernador de Messina, y Beatriz, su sobrina.

Beatriz era de temperamento vivaz y le gustaba divertir a su prima Hero, de naturaleza más grave, con sus chispeantes humoradas. Cualquier cosa que sucediera era, con seguridad, materia de regocijo para la alegre Beatriz.

La historia de estas damas comienza en el momento en que unos jóvenes de alto rango en el ejército, a su paso por Messina de regreso de una guerra que acababa de terminar y en la que se habían distinguido por su gran valor, hicieron una visita a Leonato. Entre ellos se encontraba don Pedro, príncipe de Aragón, y su amigo Claudio, que era un señor florentino, y también los acompañaba el impetuoso e ingenioso Benedicto, señor de Padua.

Estos extranjeros ya habían estado antes en Messina, y el hospitalario gobernador los llevó a presencia de su hija y su sobrina, dándoles el trato que corresponde a viejos conocidos y amigos.

Benedicto, desde el momento en que entró en el salón, comenzó una animada conversación con Leonato y el príncipe. Beatriz, a quien no le agradaba quedar fuera de ninguna conversación, interrumpió a Benedicto diciéndole:

—Me maravilla que continúe hablando, señor Benedicto; nadie le escucha.

Benedicto era tan parlanchín como Beatriz, pero esta libertad no le gustó; pensó que hablar de manera tan impertinente no convenía a una dama bien educada, y recordó que la última vez que estuvo en Messina Beatriz solía elegirlo como blanco de sus risueñas chanzas. Los que peor aguantan una broma son precisamente aquellos que están siempre dispuestos a gastársela a los demás, cosa que también le sucedía a Benedicto y a Beatriz; estos dos agudos ingenios nunca hasta entonces habían estado juntos sin que una verdadera guerra de burlas se desencadenara entre ellos, y siempre se separaban molestos el uno con el otro. Por ello, cuando Beatriz lo interrumpió

en la mitad de su discurso diciéndole que nadie prestaba atención a lo que decía, Benedicto, fingiendo que no había notado su presencia, dijo:

—Y bien, mi querida doña Desdén, ¿todavía estáis viva?

Y una vez más se rompieron las hostilidades entre ellos y se trabaron en una airada discusión, en la cual Beatriz, aunque sabía que él había dado buenas pruebas de valor en la última guerra, dijo que ella bien podría comerse a todos sus muertos y, habiendo observado que el príncipe parecía disfrutar con la conversación de Benedicto, lo llamó «bufón del príncipe». Este sarcasmo caló más profundo en la mente de Benedicto que todo lo que Beatriz había dicho con anterioridad. La alusión a que era un cobarde, al decir que ella podría comerse a todos los que había dado muerte, no fue tomada en cuenta, pues se sabía un hombre valiente; pero no hay nada que los grandes ingenios teman tanto como la acusación de ser bufones, puesto que a veces ella resulta un tanto demasiado cercana a la verdad; así que Benedicto odió a Beatriz sinceramente por haberlo llamado «bufón del príncipe».

La recatada Hero permanecía silenciosa en presencia de los nobles invitados y, mientras Claudio observaba atentamente los favores con que el tiempo había mejorado su belleza y contemplaba la gracia exquisita de su fina figura (porque era una joven admirable), el príncipe se divertía grandemente escuchando el humorístico diálogo que se desarrollaba entre Beatriz Y Benedicto, y le susurró a Leonato:

—Esta es una joven de mucho humor. Sena una excelente esposa para Benedicto.

—Oh, señor mío, señor mío, al cabo de una semana de estar casados se habrían trastornado de tanto hablar replicó Leonato ante esta sugerencia.

Pero aunque Leonato pensara que formarían una pareja discordante, el príncipe no renunció a la idea de unir al par de ingeniosos.

Cuando el príncipe regresaba del palacio acompañado por Claudio, descubrió que el matrimonio que había ideado entre Beatriz y Benedicto no era el único que estaba en proyecto en el afable grupo, ya que Claudio habló sobre Hero en términos tales, que hicieron que el príncipe sospechara lo que estaba ocurriendo en su corazón, y, siendo la idea de su agrado, preguntó a Claudio:

—¿Sientes inclinación hacia Hero?

—Oh, mi señor, la última vez que estuve en Messina la miré con ojos de soldado que se sentía atraído, pero que no disponía de tiempo para el amor; pero ahora, en este feliz período de paz, los pensamientos guerreros han salido de mi mente dejando un espacio que llena una multitud de

pensamientos dulces y delicados, y todos ellos reflejan cuán bella es la juvenil Hero y me recuerdan mi inclinación por ella antes de irme a la guerra —fue la respuesta de Claudio a la pregunta del príncipe.

El príncipe tomó tan a pecho la confesión de Claudio de su amor por Hero, que no perdió tiempo en solicitar a Leonato que aceptara a Claudio por yerno. Leonato accedió a la proposición y el príncipe no tuvo mayores dificultades para persuadir a la gentil Hero que prestara atención a la petición del noble Claudio, que era un señor de raras virtudes y sumamente cabal; y Claudio, con la ayuda del bondadoso príncipe, pronto convenció a Leonato para que éste fijara la celebración de su matrimonio con Hero en una fecha muy próxima.

Claudio debería esperar sólo unos pocos días antes de desposarse con la bella dama, pero se quejaba de que el intervalo le resultaba tedioso, porque, de hecho, la mayoría de los jóvenes se impacientan cuando deben esperar a que llegue el acontecimiento en el cual han puesto sus ansias: por ello el príncipe, para que se le hiciera más breve el plazo, propuso, como una especie de alegre pasatiempo, que inventaran alguna ingeniosa estratagema para hacer que Benedicto y Beatriz se enamoraran el uno del otro. Claudio, con gran entusiasmo, aceptó participar en esta fantasía del príncipe, y Leonato les prometió su apoyo, y hasta la misma Hero dijo que estaba dispuesta a hacer cualquier discreto encargo que ayudara a conseguir un buen esposo para su prima.

El plan inventado por el príncipe consistía en que los caballeros hicieran creer a Benedicto que Beatriz estaba enamorada de él y que Hero convenciera a Beatriz de que Benedicto estaba enamorado de ella.

El príncipe, Leonato y Claudio comenzaron sus maniobras primero: en cierta ocasión en que Benedicto estaba sentado en una glorieta leyendo tranquilamente, el príncipe y sus colaboradores tomaron posiciones entre los árboles detrás de la glorieta, pero tan cerca de Benedicto que éste no podría dejar de oír lo que estaban diciendo, y luego de una charla sin importancia, el príncipe dijo:

—Ven aquí, Leonato. ¿Qué fue lo que me dijiste el otro día, que tu sobrina Beatriz se había enamorado del señor Benedicto? Nunca se me hubiera ocurrido que esa dama se enamorara de alguien.

—Yo tampoco lo creía, mi señor —respondió Leonato—. Es de lo más extraordinario que se haya prendado de Benedicto, a quien, a juzgar por su comportamiento, siempre le demostró antipatía.

Claudio confirmó lo dicho agregando que Hero le había contado que Beatriz estaba tan enamorada de Benedicto, que con certeza se moriría de pena si no era posible hacer que él la quisiera, cosa que a Leonato y a Claudio les parecía imposible que sucediera, puesto que éste había sido siempre muy poco amigo de los encantos femeninos y, en particular, de los de Beatriz.

El príncipe fingió considerarlo, manifestando su gran compasión por Beatriz, y dijo:

—No estaría mal informar a Benedicto de esto.

—¿Con qué fin? —dijo Claudio—. Él lo convertiría en un juego para atormentar más aún a la pobre doncella

—Y si lo hiciera —dijo el príncipe—, sería una buena razón para colgarlo, porque Beatriz es una dama dulce y excelente y sumamente sensata en todo menos en su amor por Benedicto.

Entonces el príncipe hizo una seña a sus compañeros indicando que debían marcharse y dejar a Benedicto que reflexionara sobre lo que por casualidad había escuchado.

Benedicto había estado oyendo la conversación con gran ansiedad y se dijo para sus adentros al oír que Beatriz estaba enamorada de él:

«¡Vaya! ¡Conque es por ahí por donde van los tiros!»

Y cuando se hubieron ido comenzó a razonar consigo mismo de esta manera:

«No puede tratarse de una broma, pues parecían muy serios y han sabido la verdad de labios de Hero, y parecen sentir piedad de la dama. ¡Enamorarse de mí! Está bien: pues será correspondida. Nunca en la vida pensé en casarme. Pero cuando decía que moriría soltero no pensaba que viviría para estar casado. Ellos dicen que la dama es bella y virtuosa. Y así es. Y sensata en todo, menos en amarme. Bien, esa no es una prueba evidente de insensatez. Pero aquí se acerca Beatriz. Desde hoy es una bella dama. Advierto algunas huellas de amor en ella.»

Beatriz se acercó a él y le dijo, con su aspereza habitual:

—He sido enviada, contra mi voluntad, a pedirlos que vengáis a cenar.

Benedicto, quien nunca antes había estado dispuesto a hablarle tan cortésmente, respondió:

—Hermosa Beatriz, os agradezco que os hayáis molestado.

Y cuando Beatriz se alejó, después de haberle dicho dos o tres frases ácidas, Benedicto creyó haber observado una oculta buena intención en las descorteses palabras que había pronunciado, y dijo en voz alta:

—Si no me apiado de ella, es que soy un villano. Si no la quiero, soy un judío. Iré a conseguir su retrato.

Y así cayó este caballero en la red que habían desplegado en torno suyo, siendo ahora el turno de Hero de representar su papel con Beatriz, para lo cual hizo venir a Úrsula y Margarita, dos de sus damas de compañía, y le dijo a Margarita:

—Mi buena Margarita, corre a la sala; allí encontrarás a mi prima Beatriz conversando con el príncipe y con Claudio. Susúrrale al oído que Úrsula y yo paseamos por el huerto y que toda nuestra charla se refiere a ella. Invítala a introducirse a hurtadillas en la glorieta, donde las madreselvas que el sol ha hecho florecer ahora, cual favorito ingrato, al astro le vedan la entrada.

Esta glorieta a la que Hero deseaba que Margarita atrajera a Beatriz era el mismo refugio amable donde Benedicto acababa de ser un atento oyente.

—Allí la llevaré, tenedlo por seguro —le dijo Margarita.

Hero se hizo acompañar por Úrsula al huerto y entonces le dijo:

—Mira, Úrsula, cuando venga Beatriz comenzaremos a pasearnos por este sendero y nuestra charla tratará únicamente de Benedicto, y cuando yo lo nombre tú tendrás el papel de alabarlo por encima de los merecimientos de ningún hombre. Y yo iré diciendo lo mucho que Benedicto ama a Beatriz. Comienza ahora, pues mira cómo Beatriz corre pegada al suelo, como un avefría, para atisbar nuestra conversación.

Así que comenzaron, y Hero exclamó, como en respuesta a algo que Úrsula hubiera dicho:

—No, en verdad, Úrsula, ella es demasiado desdeñosa; su espíritu es tan esquivo como el de los pájaros salvajes que habitan en los roqueríos.

—¿Pero estáis segura de que Benedicto ama a Beatriz tan devotamente?’

—Por lo menos —replicó Hero—, eso es lo que dicen el príncipe y mi señor, Claudio, quienes me rogaron que se lo hiciera saber a ella; pero yo los convencí de que, si de verdad querían a Benedicto, nunca debían permitir que Beatriz se enterara de ello.

—Ciertamente —dijo Úrsula—, no sería bueno que supiera de su amor, pues bien puede hacerlo objeto de burlas.

—A decir verdad —dijo Hero—, todavía no ha habido un hombre, por sabio, noble, joven o excepcionalmente apuesto que fuera, a quien ella no haya criticado.

—Desde luego, y tal mordacidad no es nada encomiable —dijo Úrsula.

—No —respondió Hero—, pero ¿quién se atrevería a decírselo? Si yo le hablara, me destrozaría con sus burlas.

—Oh, no hacéis justicia a vuestra prima —dijo Úrsula—. No puede tener tan poco juicio como para rechazar a un hombre tan especial como el señor Benedicto.

—Él tiene excelente reputación —dijo Hero—. En verdad que es el mejor hombre de toda Italia, exceptuando a mi querido Claudio.

Y luego hizo a su dama una señal de que era tiempo de cambiar de tema, y Úrsula dijo:

—¿Y cuándo será vuestro matrimonio, señora?

Hero le contó entonces que se casaría con Claudio al día siguiente, y le expresó su deseo de que entraran para ver sus nuevos atavíos, pues deseaba consultarle sobre su vestimenta para el próximo día. Beatriz, que había estado oyendo el diálogo con una ansiedad que le cortaba la respiración, exclamó cuando se hubieron alejado:

—¿Qué fuego quema mis oídos? ¿Puede ser cierto? ¡Adiós desprecio y burla y orgullo de doncella, adiós! Benedicto, adelante con tu amor. Yo te pagaré con la misma moneda, permitiendo que tu mano amorosa domestique mi fiero corazón.

Debe de haber sido un amable espectáculo el ver a estos viejos enemigos convertidos en cariñosos amigos y poder contemplar su primer encuentro después de haber sido inducidos a gustarse mutuamente gracias al risueño artificio del bien dispuesto príncipe. Pero ahora hay que prestar atención a un triste revés de la suerte de Hero. La mañana siguiente, que sería el día de sus nupcias, trajo la tristeza al corazón de Hero y de su padre, Leonato.

El príncipe tenía un medio hermano que había regresado de la guerra junto con él a Messina. Este hermano, cuyo nombre era don Juan, era un hombre melancólico y disconforme y su espíritu parecía afanarse en urdir villanías. Odiaba al príncipe, su hermano, y odiaba a Claudio por ser amigo del príncipe, y se propuso impedir el matrimonio de Claudio con Hero sólo por el maligno placer de hacer desgraciados a Claudio y al príncipe, pues sabía que el príncipe tenía el corazón puesto en la boda con casi tanto empeño como el propio Claudio; y para llevar a cabo tan perverso propósito, se valió de un tal Borachio, un hombre casi tan malo como él mismo, a quien estimuló con la oferta de una gran recompensa. Este Borachio cortejaba a Margarita, la dama de compañía de Hero, y sabedor de ello don Juan, lo convenció para conseguir la promesa de Margarita de que esa noche conversaría con él desde el balconcillo de la habitación de su señora, una vez que Hero estuviera dormida, y también de que se vistiera con las ropas de Hero, para hacer creer

a Claudio con más seguridad que se trataba de Hero, pues ese era el fin que pensaba alcanzar con su perversa intriga.

Don Juan fue entonces donde el príncipe y Claudio y les dijo que Hero era una dama poco prudente, puesto que hablaba con hombres desde la ventana de su habitación a medianoche. Esta era la noche anterior a la boda y él se ofreció a llevarlos esa noche a donde pudieran comprobar con sus propios oídos cómo Hero conversaba con un hombre desde su ventana, y ellos aceptaron seguirlo. Claudio dijo:

—Si esta noche veo algo que sea razón para no casarme con ella, mañana, en presencia de aquellos ante quienes quiero desposarla, allí mismo la deshonoraré.

Y el príncipe añadió:

—Y ya que te he ayudado a conseguirla, me uniré a ti para humillarla.

Cuando don Juan los condujo aquella noche cerca de la habitación de Hero, pudieron ver a Borachio de pie bajo la ventana y vieron a Margarita asomada a la ventana de Hero, charlando con Borachio; y como Margarita estaba, vestida con las mismas ropas que Hero llevaba puestas, el príncipe y Claudio leyeron que se trataba de la propia Hero.

Nada podía igualar la ira de Claudio al hacer (como creyó) este descubrimiento. Todo su amor por la inocente Hero de golpe se convirtió en odio y decidió que, tal como, había dicho, al día siguiente la humillaría en la iglesia; y el príncipe estuvo de acuerdo en ello, convencido de que ningún castigo sería lo suficientemente severo para la atrevida dama, que osaba conversar con un hombre desde su ventana la misma noche anterior a su casamiento con el noble Claudio.

Al día siguiente, cuando todos se hallaban reunidos para celebrar el matrimonio y Claudio y Hero estaban de pie frente al sacerdote, y el sacerdote, o fraile, que así le llamaban, oficiaba la ceremonia del matrimonio, Claudio, en los términos más vehementes, proclamó la culpa de la intachable Hero, la cual, sorprendida por las extrañas palabras que decía, exclamó mansamente:

—¿Se siente bien mi señor para hablar tan abusivamente?

Leonato, profundamente horrorizado, le dijo al príncipe:

—Mi señor, ¿por qué no habláis?

—¿Por qué habría de hablar? —dijo el príncipe—. Yo mismo he sido deshonorado al tratar de unir a mi querido amigo con una mujer sin merecimientos. Has de saber, Leonato, que yo mismo, mi hermano y el



ofendido Claudio anoche, a medianoche, la hemos visto conversando con un hombre desde la ventana de su habitación.

Benedicto, estupefacto por lo que estaba oyendo, dijo:

—Parece que no habrá boda.

—¡Ay, Dios mío, así es! —replicó Hero, herida en el corazón.

Y entonces la desamparada dama cayó en un desvanecimiento que a todas luces parecía de muerte. El príncipe y Claudio abandonaron la iglesia, sin detenerse a ver si Hero se recuperaría y sin tomar en consideración la angustia en que habían hundido a Leonato. De tal modo la ira les endurecía el corazón.

Benedicto se quedó para ayudar a Beatriz a reanimar a Hero y dijo:

—¿Cómo está la señora?

—Muerta, creo —contestó la desesperada Beatriz, que quería a su prima y que, conociendo la virtud de sus principios, no podía creer nada de lo que había oído decir en contra de ella.

No era ese el caso de su pobre y anciano padre, que creyó la historia de la vergüenza de su hija; inspiraba lástima el verlo lamentándose sobre ella, mientras ella yacía como muerta ante él, y él hubiera querido que nunca volviera a abrir los ojos.

Pero el viejo fraile era un hombre de gran sabiduría, que había observado mucho la naturaleza humana y que había fijado su atención en el semblante de la dama al oírse acusada, y había advertido como aparecían mil rubores de vergüenza y que luego una blancura angelical se imponía a los rubores y en sus ojos vio un fuego que contradecía las erradas palabras del príncipe acerca de su honestidad de doncella. Por eso le dijo al doliente padre:

—Llamadme necio; desconfiad de mi cultura, pero no de mi conocimiento; no os volváis a fiar de mi edad, ni de mi vocación, ni de mi reverencia si no es verdad que la dulce dama no tiene culpa y es víctima de un error perverso.

Cuando Hero se hubo recobrado de su desvanecimiento, el fraile le dijo:

—¿Quién es el hombre por el cual se la acusa?

—Ellos saben de qué me acusan. Yo no lo sé —replicó Hero.

Luego dijo, volviéndose a Leonato:

—Oh, padre mío, si podéis probar que algún hombre ha conversado conmigo a horas indebidas, o que la noche pasada intercambié palabras con criatura alguna, repudiadme, odiadme, torturadme hasta la muerte.

—El príncipe y Claudio son víctimas de algún extraño malentendido —dijo el fraile.

Entonces aconsejó a Leonato que hiciera saber que Hero había muerto, cosa fácil de creer, puesto que Hero, al perder el conocimiento, parecía muerta; y también le aconsejó que vistiera de luto, le hiciera un monumento y llevara a cabo todos los ritos que corresponden a un funeral.

—¿Qué resultará de todo ello? —preguntó Leonato—. ¿Cuál será el resultado?

—El conocimiento de su muerte cambiara la calumnia en piedad, lo que no está mal, pero no todo lo bien que yo espero. Cuando Claudio sepa que ha muerto, en el mismo momento de escuchar tales palabras, la idea de ella en vida se introducirá suavemente en su imaginación. Entonces comenzará su duelo, si alguna vez el amor embargó su corazón, y deseará no haberla acusado de semejante manera, aunque le parezca que su acusación era cierta.

—Leonato, seguid el consejo del fraile, y aunque sabéis cuánto aprecio al príncipe y a Claudio, juro por mi honor que no revelaré este secreto ante ellos —dijo entonces Benedicto.

Habiendo convencido a Leonato estas razones, éste aceptó y dijo tristemente:

—Estoy tan afligido que me dejo guiar por cualquier recurso.

El buen fraile se retiró entonces con Hero y Leonato para consolarlos y reconfortarlos y Beatriz y Benedicto se quedaron solos, y éste resultó ser el encuentro con el cual sus amigos, que habían concebido la graciosa intriga, esperaban divertirse tanto. Ahora esos amigos estaban abrumados de aflicción y parecía que cualquier pensamiento jocoso hubiera desaparecido para siempre de sus mentes.

Benedicto fue el primero en hablar, diciendo:

—Señora Beatriz, ¿habéis llorado todo este tiempo?

—Sí, y todavía lloraré más —dijo Beatriz.

—Ciertamente —dijo Benedicto—. Estoy convencido de que vuestra dulce prima ha sido insultada.

—Oh —dijo Beatriz—, ¡cuánto daría yo al hombre que la rehabilitase!

—¿Existe alguna manera de demostrar esa amistad? No quiero a nadie en el mundo tanto como a vos. ¿No es extraño? —dijo entonces Benedicto.

—Para mí también sería posible decir que no quiero a nada en el mundo más que a vos, y podríais no creerme, aunque no miento. No confieso nada y nada niego —dijo Beatriz—. Estoy triste por mi prima.

—Por mi espada —juró Benedicto—, me queréis y yo declaro que os amo. Vamos. Pedidme cualquier cosa y la haré por vos.

—Matad a Claudio —dijo Beatriz.

—Ni por todo el oro del mundo —dijo Benedicto, que quería a su amigo Claudio y estaba convencido de que había sido engañado.

—¿Acaso no es Claudio un canalla que ha calumniado, burlado y deshonrado a mi prima? —dijo Beatriz—. ¡Oh, si yo fuese hombre!

—¡Escuchadme, Beatriz! —dijo Benedicto.

Pero Beatriz se negaba a oír nada que se pudiera decir en defensa de Claudio y seguía exigiendo a Benedicto que vengara el ultraje infligido a su prima, y dijo:

—¡Hablar desde su ventana con un hombre! ¡Qué historia! Dulce Hero. Ha sido ofendida, calumniada, arruinada. ¡Oh, si yo fuera hombre para enfrentarme a Claudio! ¡O si tuviera algún amigo que fuera hombre y lo hiciera por mí! Pero el valor se derrite en cortesías y cumplidos. Si a pesar de mis deseos no puedo transformarme en hombre, moriré mujer, entonces, de tristeza.

—Calma, mi buena Beatriz —dijo Benedicto—. Con esta mano os juro que os amo.

—Usadla por mi amor en otra cosa que no en juramentos —dijo Beatriz.

—¿Creéis de corazón que Claudio ha sido injusto con Hero? —preguntó Benedicto.

—Sí —respondió Beatriz—. Tan seguro como que tengo entendimiento y corazón.

—¡Suficiente! —dijo Benedicto—. Me comprometo. Lo desafiaré. Beso vuestra mano y me retiro. Por esta mano: Claudio deberá pagar caras sus cuentas. Creedme lo que oís. Podéis consolar a vuestra prima.

Mientras Beatriz discutía tan ardientemente con Benedicto e influía en su espíritu galante con la fuerza de sus airados juicios a fin de comprometerlo a defender la causa de Hero, llegando al punto de enfrentarse a su querido amigo Claudio, Leonato desafiaba al príncipe y a Claudio a responder con sus espadas por la injuria con que habían deshonrado a su hija, la cual, afirmó, había muerto de dolor. Pero ellos, por respeto a su edad y a su padecimiento, le dijeron:

—No, no luchéis con nosotros, buen anciano.

Y entonces hizo su aparición Benedicto, quien también desafió a Claudio para que respondiera con su espada por la ofensa infligida a Hero, y Claudio y el príncipe se dijeron:

—Esto es obra de Beatriz.

Con todo, Claudio hubiera aceptado el desafío de Benedicto; pero sucedió que en aquel momento la justicia divina quiso ofrecer una prueba mejor de la

inocencia de Hero que la suerte incierta de un duelo.

Mientras el príncipe y Claudio todavía hablaban sobre el desafío de Benedicto, un magistrado trajo a Borachio prisionero ante el príncipe. Le habían oído contar a uno de sus compañeros la felonía que don Juan le había encomendado.

Borachio, en presencia de Claudio, le confesó todo al príncipe y le dijo que quien conversaba con él desde la ventana, vestida con las ropas de su señora, había sido Margarita, a quien ellos habían confundido con Hero. Y ya no quedó ninguna duda, en lo que respecta al príncipe y Claudio, que ensombreciera la inocencia de Hero. Si todavía hubiera quedado la menor sospecha, ésta se hubiera desvanecido con la huida de don Juan, quien, al enterarse de que su villanía había sido descubierta, escapó de Messina para evitar la justa cólera de su hermano.

El corazón de Claudio se sintió hondamente herido al descubrir que había acusado a Hero injustamente y que ésta, pensaba él, había muerto al oír sus crueles palabras, y entonces volvió a embargarlo el recuerdo de la imagen de su adorada Hero tal como era en el momento en que su amor se había despertado por primera vez; y cuando el príncipe le preguntó si lo que había oído no pesaba sobre su corazón como una lápida, le respondió que mientras Borachio hablaba se sentía como si hubiera bebido veneno.

Y el arrepentido Claudio imploró al anciano Leonato que lo perdonara por la grave ofensa contra su hija, prometiéndole que aceptaría cualquier penitencia que quisiera imponerle para pagar su falta de creer la falsa acusación contra su prometida, a quien le debía una reparación.

La penitencia que Leonato le impuso fue la de contraer matrimonio a la mañana siguiente con una prima de Hero que se había con vertido en su heredera y que guardaba gran parecido con Hero. Claudio, tomando en consideración la solemne promesa que le había hecho a Leonato, dijo que estaba dispuesto a desposar a la joven, aunque fuera una etíope. Pero su corazón estaba muy contrito y pasó toda la noche llorando de remordimientos y pesadumbre junto a la tumba que Leonato había hecho levantar para Hero.

Llegada la mañana, el príncipe acompañó a Claudio a la iglesia, donde ya se encontraban el buen fraile con Leonato y su sobrina, para celebrar el matrimonio. Leonato presentó a Claudio a su prometida, que llevaba una máscara para que Claudio no viera su rostro. Y Claudio dijo a la dama enmascarada:

—Dadme vuestra mano, frente a este santo sacerdote. Soy vuestro esposo, si me aceptáis.

—Ya cuando vivía fui vuestra esposa —dijo la desconocida dama, la cual, quitándose la máscara, resultó no ser una sobrina, como se simulaba, sino la hija de Leonato, la propia Hero.

Podemos estar seguros de que ésta fue una sorpresa deliciosa para Claudio, que la creía muerta, así que casi no podía dar crédito a sus ojos de la alegría, y el príncipe, que estaba igualmente asombrado por lo que veía, exclamó:

—¿Acaso no es ésta la misma Hero que había muerto?

—Estuvo muerta, señor, mientras vivía la calumnia replicó Leonato.



El fraile prometió una explicación para este aparente milagro una vez que la ceremonia hubiera concluido, y ya estaba casándolos cuando lo interrumpió Benedicto, que quería que los casara al mismo tiempo a él y a Beatriz. Cuando Beatriz hacía algunas objeciones y Benedicto la desafiaba a que demostrara su amor por él, del cual él había tenido conocimiento por Hero, se produjo una amable aclaración y entonces descubrieron que ambos habían sido inducidos a creer en un amo que nunca había existido, convirtiéndose en verdaderos enamorados por obra de una travesura; pero el afecto al cual habían llegado a través de aquella broma inocente había crecido con verdadera fuerza y ya no iba a desaparecer aunque la aclaración fuera en serio; y puesto que Benedicto se había empeñado en desposarla, no estaba dispuesto a admitir que nada en el mundo lo contrariara, y alegremente siguió con la broma, jurándole a Beatriz que sólo la quería por lástima y porque había oído que ella se moría de amor por él, y Beatriz alegó que aceptaba después de haber sido largamente persuadida y en parte para salvarle la vida, pues había oído que sufría de tisis. Y así se reconciliaron los dos alocados ingenios, uniéndose una vez que Claudio y Hero estuvieron casados. Y para completar la historia, don Juan, el cerebro de la felonía, fue capturado en su huida y devuelto a Messina, y menudo castigo fue para este hombre sombrío y disconforme el ver la alegría imperante y los festejos que, al haber fracasado su intriga, se celebraban en el palacio de Messina.

## *Como gustéis*

En el tiempo en que Francia estaba dividida en provincias (o ducados, que así se les llamaba), gobernaba una de esas provincias un usurpador, el cual había depuesto y exiliado a su hermano mayor, el duque legítimo.

El duque así expulsado de sus dominios se retiró, con un grupo de sus seguidores más fieles, al bosque de Arden<sup>[4]</sup>, donde el buen noble vivía en compañía de sus amigos más leales, que por él se habían sometido a un voluntario exilio, mientras sus tierras y su hacienda enriquecían las arcas del usurpador, y pronto la costumbre convirtió la vida de descuidada naturalidad que allí llevaba en más placentera para ellos que la pompa y desasosegado esplendor de la vida cortesana. En aquel lugar vivían a semejanza del antiguo Robin Hood de Inglaterra, y al bosque acudían diariamente muchos nobles y jóvenes cortesanos que dejaban volar el tiempo despreocupadamente, como lo hacían quienes vivieron la edad de oro. En verano permanecían echados bajo la excelente sombra de los grandes árboles del bosque, observando los juegos y desafíos de los indómitos venados, y sentían tanto cariño por las moteadas bestias, que parecían ser los primitivos habitantes del bosque, que se apenaban al verse forzados a matarlos para procurarse la carne para su propia comida. Cuando los gélidos vientos invernales hacían que el duque sintiera el cambio debido a su adversa fortuna, lo soportaba pacientemente diciéndose: «Estos helados vientos que soplan sobre mi cuerpo son consejeros sinceros; no adulan, sino que me muestran con verdad mi condición, y, aunque muerden duramente, sus colmillos no son tan desgarradores como la falta de cariño y la ingratitud. Pienso que, se diga lo que se diga contra la adversidad, de ella se pueden obtener, sin embargo, algunos buenos frutos; como la piedra que, siendo una medicina preciosa, se extrae de la cabeza del ponzoñoso y despreciado sapo.» Y de esta manera el paciente duque sacaba una conclusión útil de todo lo que veía y, con ayuda de esta inclinación moralizante, en esta vida alejada de la sociedad podía encontrar lenguas en los árboles, libros en el fluir de los arroyos, sermones en las piedras y el bien en todas partes.



El duque desterrado tenía una hija única que se llamaba Rosalinda y a quien el usurpador, el duque Federico, retuvo en la corte al expulsar a su padre, como compañera de su hija Celia. Entre ambas damas existía una sólida amistad, no dañada en absoluto por las querellas entre sus progenitores, y Celia, por todos los medios a su alcance, trataba de reparar en la persona de Rosalinda la injusticia cometida por su padre en perjuicio del padre de Rosalinda, que había sido depuesto, y cuando sucedía que el recuerdo de su exiliado padre y su propia dependencia del usurpador entristecía a Rosalinda, la única preocupación de Celia era consolarla y alegrarla.

Un día en que Celia conversaba con Rosalinda amablemente, como era su costumbre, y le decía: «Te lo ruego, Rosalinda, prima querida, alégrate», entró un mensajero de parte del duque para preguntarles si querían presenciar una lucha que estaba a punto de comenzar, en cuyo caso deberían dirigirse de inmediato al patio frente al palacio. Y Celia, pensando que ello divertiría a Rosalinda, accedió a asistir.

En aquellos tiempos la lucha, que hoy sólo practican los cómicos de la legua, era un deporte favorito hasta en la corte los príncipes y a ella acudían damas y princesas. Así que Celia y Rosalinda fueron a presenciar el combate. Éste tenía visos de ser un espectáculo muy trágico, pues un hombre grande y poderoso y que había practicado durante mucho tiempo el arte de la lucha y había matado a muchos hombres en enfrentamientos de esta clase, en aquel momento se disponía a luchar con un hombre muy joven, el cual, por su extrema juventud y desconocimiento del arte, hacía pensar a los espectadores que, con seguridad, se encaminaba a la muerte.

El duque, al ver a Celia y Rosalinda, dijo:

—¿Cómo es, hija y sobrina, que habéis venido a ver la lucha? Encontraréis poca diversión en ello; hay demasiada desigualdad entre los hombres, y por piedad hacia el joven, quisiera disuadirlo de que luchara. Habladle, damas, y ved si podéis persuadirlo.

Las damas aceptaron el humanitario encargo con mucha satisfacción, y Celia, primero, intentó hacer desistir al joven forastero de su empeño, y luego Rosalinda le habló tan bondadosamente y con una preocupación tan sincera por el peligro que estaba a punto de correr, que, en vez de que tan gentiles palabras lo indujeran a olvidar su propósito, todos sus pensamientos se concentraron en que su coraje le permitiera destacarse ante los ojos de una dama tan adorable. Rehusó la solicitud de Celia y Rosalinda con palabras tan corteses y modestas, que éstas quedaron aún más preocupadas por él, y el joven concluyó su negativa diciendo:

—Lamento negar algo a unas damas tan delicadas y excelentes, pero permitidme que vuestros bellos ojos y amables deseos me acompañen en esta prueba; si soy derrotado, la vergüenza será para uno que nunca fue agraciado; si me matan, el muerto será uno que quería morir; no haré mal a ningún amigo, pues no tengo ninguno que me llore, ni causaré daño al mundo, pues no poseo nada en él. No hago más que ocupar un lugar en esta tierra que puede tener mejor uso cuando yo lo haya dejado.

Y así comenzó la lucha. Celia deseaba que el joven forastero no resultara herido, pero los sentimientos de Rosalinda por él eran más profundos. Él había dicho que carecía de amigos y que deseaba la muerte, lo que hizo que Rosalinda lo hermanara con su propio infortunio, y sintió una piedad tan profunda por él y se preocupó tan intensamente por el peligro que corría durante la lucha, que en aquellos momentos casi se podría haber dicho que se había enamorado de él.

La bondad que estas nobles y lindas damas demostraron por el joven desconocido le dio fuerza y coraje y le hizo llevar a cabo maravillas, y acabó por infligir una derrota total a su oponente, el cual quedó tan malherido, que durante un rato no pudo ni hablar ni moverse.

El duque Federico, muy satisfecho por el valor y la destreza que había mostrado el joven forastero, preguntó por su nombre y por sus orígenes con la intención de brindarle su protección.

El forastero dijo que su nombre era Orlando y que era el hijo menor de sir<sup>[5]</sup> Rowland de Boys.

Sir Rowland de Boys, el padre de Orlando, había fallecido hacía algunos años, pero en vida había sido un súbdito fiel y un amigo estimado del duque deportado, y por ello, cuando Federico supo que Orlando era hijo de un amigo de su hermano, toda su inclinación por el joven se volvió disgusto y abandonó el palacio de muy mal humor. Como odiaba oír pronunciar el nombre de cualquier amigo de su hermano y, sin embargo, no podía dejar de admirar el valor del joven, dijo, mientras se retiraba, que hubiera querido que Orlando fuera hijo de cualquier otro hombre.

A Rosalinda le agradó mucho saber que su nuevo favorito era hijo de un viejo amigo de su padre.

—Mi padre estimaba a sir Rowland de Boys —le comentó a Celia—, y si yo hubiese sabido que este joven era su hijo, hubiese coronado con lágrimas mis ruegos para que no se expusiera.

Las damas, entonces, se dirigieron hacia él y, viéndole confundido por el repentino rechazo del duque, le hablaron con palabras bondadosas y

estimulantes, y cuando ya se alejaban, Rosalinda se volvió para decirle al valiente hijo menor del antiguo amigo de su padre más frases cordiales, y quitándose una cadena que llevaba al cuello, añadió:

—Caballero, llevad esto en recuerdo mío. Yo también he sido desheredada por la fortuna; si no fuera así os haría un obsequio más valioso.

Cuando las damas estuvieron a solas, la conversación de Rosalinda seguía discurriendo en torno a Orlando, y Celia comenzó a percibir que su prima se había enamorado del apuesto luchador, y por eso le dijo:

—¿Es posible que te hayas enamorado tan súbitamente?

A lo que Rosalinda replicó:

—El duque, mi padre, quería a su padre entrañablemente.

—Sin embargo —dijo Celia—, ¿se debe por ello concluir que tú quieras a su hijo entrañablemente? Pues por la misma razón, yo debería odiarlo, ya que mi madre odiaba a su padre; pero yo no odio a Orlando.

La cólera que Federico sintiera al tener ante sus ojos al hijo de sir Rowland de Boys, lo que le recordó los muchos amigos con que contaba el duque deportado entre los miembros de la nobleza, y también porque últimamente se había sentido molesto con su sobrina por el aprecio que sus virtudes le granjeaban entre la gente, que la compadecía a causa de la suerte corrida por su padre, hizo que su maldad se dirigiera de pronto contra ella. Mientras Celia y Rosalinda conversaban acerca de Orlando, Federico se presentó en la habitación y, con aspecto iracundo, ordenó a Rosalinda que abandonara el palacio al instante y que fuera a reunirse con su padre en el exilio; a Celia, que inútilmente intercedía en su favor, le dijo que sólo había tolerado a Rosalinda por su causa.

—En aquel entonces —le dijo Celia— no os pedí que le permitierais quedarse, pues era demasiado joven para conocer su valía; pero ahora que conozco sus merecimientos y que llevamos tanto tiempo compartiendo el mismo lecho, levantándonos a la misma hora, estudiando, jugando y comiendo juntas, no puedo vivir si no es en su compañía.

Federico replicó:

—Ella es demasiado sutil para ti; su suavidad, hasta su mismo silencio, su paciencia, hablan a la gente, y la compadecen. Eres una necia al interceder por ella, pues tú parecerás más brillante y virtuosa cuando ella ya no esté; así que no abras la boca en favor suyo, pues la condena que le he impuesto es irrevocable.

Cuando Celia comprendió que no podría convencer a su padre de que permitiera que Rosalinda se quedara, generosamente decidió partir con ella; y,

abandonando el palacio de su padre aquella misma noche, partieron en busca del padre de Rosalinda, el duque desterrado en el bosque de Arden.

Antes de ponerse en camino, Celia pensó que sería arriesgado que dos jóvenes doncellas viajaran tan ricamente ataviadas y propuso que deberían ocultar su rango vistiendo de campesinas. Rosalinda dijo que sería todavía más seguro si una de ellas se vestía de hombre, y rápidamente acordaron que, puesto que Rosalinda era la más alta, se vestiría como un joven campesino y Celia llevaría ropas de zagala, y dirían que eran hermano y hermana; Rosalinda dijo que se llamaría Ganimedes y Celia eligió el nombre de Aliena.

Disfrazadas de tal guisa y llevándose sus joyas y dinero para cubrir sus necesidades, las dos jóvenes emprendieron el camino, que había de ser largo, pues el bosque de Arden estaba muy lejos, más allá de los límites de los dominios del duque.

La dama Rosalinda (o Ganimedes, como deberá llamarse desde ahora) parecía que, junto con su vestimenta masculina, había adquirido un valor masculino. La leal amistad que Celia le había demostrado al decidirse a acompañarla durante las muchas leguas de fatigoso trayecto hizo que el recién creado hermano, en reconocimiento a su sincero afecto, mostrara un ánimo optimista, como si en realidad se tratara de Ganimedes, el rústico hermano de corazón valiente de la gentil campesina Aliena.

Cuando por fin llegaron al bosque de Arden desaparecieron las posadas cómodas y los buenos alojamientos que habían encontrado en su camino, y, sintiéndose necesitadas de cama y comida, Ganimedes, que había sostenido la mora de su hermana animosamente valiéndose de frases amables y divertidos comentarios durante todo el trayecto, no tuvo más remedio que confesar a Aliena que estaba tan agotada que su corazón quería traicionar su apariencia de hombre echándose a llorar como mujer; y Aliena declaró que no podía ir más lejos y una vez más Ganimedes trató de recordar que era deber de hombre el dar consuelo y apoyo a una mujer, por su mayor fragilidad, y para aparentar valor a los ojos de su nueva hermana le dijo:

—Vamos, no te desanimes, hermana Aliena; ya estamos llegando al fin de nuestro viaje por el bosque de Arden.

Pero la virilidad fingida y el coraje forzado ya no las sostenían, pues aunque se encontraban en el bosque de Arden, no tenían idea de dónde encontrar al duque; y aquí hubiera finalizado tristemente el viaje de las extenuadas damas, expuestas a extraviarse y a perecer por falta de alimentos; pero, providencialmente, mientras se hallaban sentadas en la hierba, casi muertas de fatiga y sin esperanzas de recibir ayuda, quiso la fortuna que un

campesino pasara por allí, y, una vez más, Ganimedes trató de expresarse con decisión masculina y dijo:

—Pastor, si en este solitario paraje el oro nos puede procurar hospitalidad, os ruego que nos llevéis a un lugar donde descansar, porque mi hermana está agotada del viaje y desfallece por falta de comida.

El hombre respondió que él sólo era el sirviente de un pastor y que la casa de su amo estaba a punto de ser vendida y que, por tanto, sólo encontrarían una pobre acogida, pero que si lo acompañaban serían bienvenidos a lo que hubiera. Siguieron al hombre, pues la perspectiva de ser socorridas había renovado sus fuerzas, y compraron la casa y las ovejas del pastor y tomaron como criado al hombre que las había conducido allí; y ya que por este azar de la suerte habían conseguido un buen refugio y provisiones suficientes, decidieron permanecer en él hasta saber en qué lugar del bosque habitaba el duque.

Cuando se hubieron repuesto de las fatigas del viaje, comenzaron a disfrutar de su nueva forma de vida, y estaban a punto de imaginarse que eran en verdad el pastor y la pastora que fingían ser; sin embargo, Ganimedes recordaba de vez en cuando que en otros tiempos había sido la dama Rosalinda, que había querido entrañablemente al valiente Orlando por ser este hijo de sir Rowland de Boys, el viejo amigo de su padre, y aunque Ganimedes creía que Orlando estaba a mucha distancia, a tantas leguas como las que habían recorrido en su fatigoso viaje, de pronto resultó que también Orlando se encontraba en el bosque de Arden, y fue así como sucedió tan extraña coincidencia:

Orlando era el hijo menor de sir Rowland de Boys, quien al morir lo entregó al cuidado de su hermano mayor, Oliveros, siendo entonces Orlando un niño muy pequeño. Al dar su bendición a Oliveros le encargó que se ocupara de la educación de su hermano, legándole los bienes propios de la dignidad de tan antigua casa. Oliveros resultó ser un hermano indigno de su responsabilidad, que, sin tomar en cuenta las instrucciones de su padre moribundo, nunca envió a su hermano a la escuela y lo retuvo en casa en el mayor abandono y sin darle educación alguna. Pero la naturaleza y las nobles cualidades de la mente de Orlando eran tan parecidas a las de su excelente padre, que, sin tener ninguna de las ventajas de la educación, parecía, sin embargo, un joven que hubiera sido criado con el mayor de los cuidados. Y Oliveros tenía tanta envidia de la finura y las dignas maneras de su inculto hermano, que finalmente quiso deshacerse de él, y para conseguirlo hizo que algunas personas lo convencieran para que se enfrentara al afamado luchador,

el cual, como se ha dicho anteriormente, ya había dado muerte a muchos hombres. Ahora bien, el cruel abandono en que lo había mantenido su hermano era la causa por la que Orlando había dicho que deseaba morir al no tener ningún amigo.

Cuando, echando por tierra las malvadas esperanzas que había concebido, su hermano resultó victorioso, sus celos y su maldad no tuvieron límites y juró que prendería fuego a la habitación donde dormía Orlando; pero, cuando esto juraba, lo oyó un antiguo y fiel criado de su padre, que quería a Orlando por su parecido con sir Rowland. El anciano le salió al encuentro cuando regresaba del palacio del duque y, al ver a Orlando, el peligro en que se encontraba su apreciado joven señor le hizo proferir estas apasionadas exclamaciones:

—¡Oh, mi gentil señor, mi dulce señor, vivo retrato de sir Rowland! ¿Por qué sois virtuoso, gentil, fuerte y valiente? ¿Por qué tuvisteis la dicha de derrotar al famoso luchador? ¡Las alabanzas se os han adelantado demasiado velozmente!

Orlando, sin comprender el significado de todo aquello, le preguntó qué sucedía. Y el anciano le reveló que su perverso hermano, celoso del cariño que el pueblo le profesaba y que, además, se había enterado de la fama que le había ganado su victoria en el palacio del duque, tenía el propósito de darle muerte incendiando su habitación aquella misma noche, y, por tanto, le aconsejaba que evitara el peligro a que estaba expuesto huyendo de inmediato, y sabiendo que Orlando no disponía de dinero, Adán (pues éste era el nombre del anciano) había traído sus propios ahorros, y le dijo:

—Tengo quinientas coronas, mis economías de cuando servía a vuestro padre y que guardé para cuando mis viejas piernas me impidieran seguir trabajando. Os las ofrezco, y el Señor, que hasta a los cuervos alimenta, será el consuelo de mi ancianidad. Aquí está el oro; os lo entrego y permitidme ser vuestro criado. Aunque viejo en apariencia, puedo hacer todo lo que haría un hombre más joven para atender vuestros asuntos y necesidades.

—Oh, mi buen anciano —dijo Orlando—, ¡qué bien mostráis la constante devoción de aquel tiempo, ya pasado! ¡Cuán diferente sois de lo que hoy se estila! Nos marcharemos juntos, y antes de que se haya agotado el salario de vuestra juventud, habré hallado algún modo de mantenernos a ambos.

Así se pusieron en camino el fiel sirviente y su querido señor; y Orlando y Adán caminaron sin cesar, sin rumbo fijo, hasta que llegaron al bosque de Arden, donde sufrieron las mismas penurias por falta de alimentos en que se habían encontrado Aliena y Ganimedes. Anduvieron vagando de un lado para

otro en busca de alguna vivienda habitada, hasta llegar casi al límite de sus fuerzas a causa del hambre y la fatiga. Finalmente, Adán dijo:

—Oh, querido señor, estoy muerto de hambre y ya no puedo continuar.

Se dejó caer en el suelo, se tendió, pensando que aquel lugar sería su tumba, y se despidió de su querido señor. Orlando, al verlo en tal estado de debilidad, lo cogió en brazos y se lo llevó bajo unos árboles protectores, al tiempo que le decía:

—Ánimo, mi viejo Adán. Da descanso a tus extenuadas piernas y no hables de morir.

Orlando se puso entonces a buscar algo de comer y casualmente llegó al lugar del bosque donde habitaba el duque. Éste y sus amigos estaban a punto de cenar, hallándose el duque sentado sobre la hierba y sin más palio que la umbría protección de los grandes árboles.

Orlando, que estaba desesperadamente hambriento, sacó la espada, con la intención de hacerse con la carne por la fuerza, y dijo:

—Deteneos, no comáis más. Necesito vuestra comida.

El duque le preguntó si era la desesperación lo que lo hacía tan audaz o si, simplemente, desconocía los buenos modales. A esto Orlando respondió que estaba a punto de morir de hambre; entonces el duque le dijo que podía sentarse a comer con ellos y que era bien venido. Orlando, al oírlo hablar tan cortésmente, guardó la espada y enrojeció de vergüenza por los groseros modales con que había pedido comida.

—Os ruego que me disculpéis —dijo—. Me pareció que todo aquí era salvaje y por ello preferí valirme de la violencia; pero quienes quiera que seáis, que así dejáis pasar las lentas horas del día con negligencia, sentados bajo la sombra de estas ramas melancólicas y en medio de este deshabitado lugar; si alguna vez habéis conocido días mejores; si alguna vez el tañido de las campanas os ha llamado a la iglesia; si alguna vez os habéis sentado a la mesa de un hombre honrado; si alguna vez habéis enjugado una lágrima de vuestros ojos y sabéis lo que es sentir piedad o que se apiaden de uno, entonces que mis corteses palabras os inclinen a serme benévolos.

—Cierto es que somos hombres (como decís) que han conocido días mejores —replicó el duque—, y aunque nuestra morada sea ahora este bosque agreste, hemos vivido en pueblos y ciudades y el tañido de sagradas campanas nos ha llamado a misa; hemos compartido nuestra mesa con hombres buenos y hemos enjugado lágrimas, que han brotado de nuestros ojos, engendradas por la santa piedad. Así, pues, podéis sentaros y compartir nuestras viandas hasta que os saciéis.

—Hay un pobre anciano —dijo Orlando— que ha arrastrado su invalidez legua tras legua por seguirme, movido sólo por su amor por mí. A él lo oprimen dos males al mismo tiempo: la vejez y el hambre. Hasta que él no quede satisfecho, yo no tocaré un bocado.

—Id a buscarlo y traedlo aquí —dijo el duque—. No comeremos hasta que estéis de regreso.

Orlando partió entonces como cierva que busca a su cervatillo para alimentarlo y regresó prontamente trayendo a Adán en sus brazos; entonces le dijo el duque:

—Podéis dejar vuestra venerable carga. Ambos sois bien venidos.

Y dieron alimentos al anciano, reconfortando su corazón hasta que estuvo reanimado y hubo recuperado su fuerza y su salud.

El duque preguntó a Orlando por su identidad, y cuando se enteró de que era hijo de su viejo amigo sir Rowland de Boys, lo tomó bajo su protección, y Orlando y su anciano criado se quedaron a vivir con el duque en el bosque.

La llegada de Orlando al bosque tuvo lugar no muchos días más tarde que la de Ganimedes y Aliena y cuando éstas, como ya hemos visto, adquirieran la casa del pastor.

Ganimedes y Aliena se llevaron una gran sorpresa al descubrir el nombre de Rosalinda grabado en los árboles, junto con sonetos amorosos también dirigidos a ella; y mientras se preguntaban cómo podía suceder semejante cosa, se encontraron con Orlando y observaron que llevaba al cuello la cadena que Rosalinda le había regalado.

A Orlando no se le ocurrió pensar que Ganimedes podía ser la bella princesa Rosalinda, la cual, con su noble deferencia y su favor, había ganado su corazón, hasta tal punto que pasaba el tiempo grabando su nombre en la corteza de los árboles y escribiendo sonetos que alababan su belleza. Y habiéndole gustado la graciosa apariencia del pastorcillo, comenzó a conversar con él y creyó ver una semejanza entre Ganimedes y su adorada Rosalinda, aunque éste no tuviera en absoluto el porte digno de la noble dama, pues Ganimedes adoptaba los modales atrevidos que se ven a menudo entre los jóvenes cuando están entre ellos, sean niños u hombres, y con gran sutileza y humor le habló de un cierto enamorado quien —le dijo— «ronda por nuestro bosque y arruina los arbolillos grabando "Rosalinda" en sus cortezas; y también cuelga odas de los espinos y elegías de las zarzas, todo ello loando a la misma Rosalinda».

—Si pudiera encontrar al enamorado —dijo—, le daría un buen consejo que lo curaría de su pasión.



Orlando confesó que él era el enamorado del que estaba hablando y pidió a Ganimedes que le diera el buen consejo que había mencionado. El remedio propuesto por Ganimedes y su consejo era que Orlando visitara todos los días la casa donde vivía con Aliena.

—Y entonces —dijo Ganimedes— yo fingiré ser Rosalinda y tú fingirás cortejarme de la misma manera que lo harías con la verdadera Rosalinda y yo imitaré las fantásticas actitudes que toman las damas antojadizas con sus enamorados, hasta hacerte sentir vergüenza de tu amor. Y de esta manera me propongo curarte.

Orlando no tenía mucha fe en el remedio, pero accedió a ir todos los días a casa de Ganimedes y actuar cual galanteo simulado. Así que cada día visitaba a Aliena y Ganimedes, llamaba «mi Rosalinda» al pastor Ganimedes y le decía, día tras día, todas las refinadas palabras y aduladores requiebros que los jóvenes gustan de usar cuando cortejan a sus damas. Sin embargo, no parecía que Ganimedes consiguiera ningún progreso en la curación del amor de Orlando por Rosalinda.

Aunque Orlando pensaba que todo esto no era más que un juego (y sin soñar que Ganimedes fuera su verdadera Rosalinda), la oportunidad que se le ofrecía de decir todas las cosas tiernas que embargaban su corazón convenía tanto a su fantasía como a la de Ganimedes, que gozaba de su travesura secreta, sabiendo que tan delicados discursos de amor iban dirigidos a la persona correcta.

De esta manera los jóvenes dejaron transcurrir gratamente muchos días y la buena Aliena, viendo que ello hacía feliz a Ganimedes, la dejaba hacer a su modo y se divertía con el cortejo fingido y no se preocupaba de recordar a Ganimedes que la dama Rosalinda todavía no se había dado a conocer a su padre, el duque, cuyo refugio en el bosque habían llegado a saber por Orlando. Un día Ganimedes se había encontrado con el duque y había intercambiado algunas palabras con él, y el duque le había preguntado cuál era su origen. Ganimedes le había respondido que sus antepasados eran tan buenos como los suyos, lo que hizo sonreír al duque, pues no podía sospechar que el gentil pastorcillo era de familia real. Así que, cerciorada de que el duque se encontraba bien y contento, Ganimedes se alegró de poder postergar las explicaciones más serias para unos días más tarde.

Una mañana, cuando Orlando se dirigía a visitar a Ganimedes, vio a un hombre que yacía en el suelo con una gran serpiente verde enrollada alrededor de su cuello. La serpiente, al ver que Orlando se aproximaba, se deslizó entre los matorrales. Orlando se acercó más y entonces vio una leona

que estaba agazapada con la cabeza pegada al suelo y con aspecto de gato al acecho, en espera de que el hombre dormido despertara, pues se dice que los leones no atacan cuando su presa duerme o está muerta. Parecía que Orlando había sido enviado por la divina providencia a salvar al hombre del peligro de la serpiente y la leona, pero cuando Orlando vio el rostro de éste, descubrió que el durmiente expuesto al doble peligro no era otro que su hermano Oliveros, el que lo había tratado tan cruelmente y lo amenazara con quemarlo vivo; y casi estuvo tentado de dejar su presa a la leona hambrienta; pero el afecto fraternal y su bondad natural hicieron que olvidara la rabia inicial contra su hermano y, desenvainando su espada, atacó a la leona y la mató, habiendo salvado así la vida de su hermano tanto del peligro del veneno de la serpiente como de la furiosa leona; pero, antes de que Orlando pudiera vencer a la leona, ésta le desgarró un brazo con sus afiladas garras.

Mientras Orlando se batía con la leona, despertó Oliveros y, al ver que su hermano Orlando, a quien había tratado con tanta crueldad, lo había salvado de la furia de una fiera salvaje, arriesgando su propia vida, de inmediato se sintió invadido por la vergüenza y el remordimiento, arrepintiéndose de su conducta indigna y, cubierto de lágrimas, rogó el perdón de su hermano por el daño que le había causado. Orlando se alegró de ver su arrepentimiento y, perdonándolo de buena gana, se abrazaron estrechamente, y desde aquel día Oliveros quiso a Orlando con sincero afecto fraternal, aunque había llegado al bosque empeñado en su destrucción.

Como la herida del brazo de Orlando había sangrado mucho, se encontró demasiado debilitado como para ir a visitar a Ganimedes, de modo que pidió a Oliveros que fuera a informar a Ganimedes, «a quien, en broma, llamo mi Rosalinda», dijo Orlando, del accidente que le había ocurrido.

Esto fue lo que hizo Oliveros, quien contó a Aliena y Ganimedes cómo Orlando había salvado su vida; cuando hubo terminado el relato sobre el valor de Orlando y su propia escapada providencial, les hizo saber que él era el hermano de Orlando, el que lo tratara con crueldad, y también les contó su reconciliación.

El sincero pesar que Oliveros manifestara por sus ofensas pasadas causó tan viva impresión en el bondadoso corazón de Aliena, que al instante se enamoró de él, y Oliveros, al observar su compasión por el dolor que sentía por sus errores, también se enamoró de ella repentinamente. Pero mientras el amor se infiltraba de esta manera en los corazones de Aliena y Oliveros, también ocupaba el de Ganimedes, quien, al saber del peligro en que había estado Orlando y que había sido herido por la leona, sufrió un

desvanecimiento y, al recobrarse, explicó que había simulado el desmayo en su personaje de Rosalinda, y Ganimedes le dijo a Oliveros:

—Decidle a vuestro hermano Orlando lo bien que he simulado un desmayo.

Pero Oliveros notó, por la palidez de su apariencia, que el desvanecimiento había sido real, y muy asombrado por la debilidad que mostraba el joven, dijo:

—Está bien si lo habéis simulado; ahora fortaleced vuestro corazón y simulad que sois un hombre.

—Eso hago —dijo Ganimedes—, pero ojalá hubiera sido mujer.

Oliveros alargó mucho su visita y, cuando por fin regresó donde su hermano, llevaba muchas novedades para él, porque además de contarle que Ganimedes se había desmayado al oír que estaba herido, le relató cómo se había enamorado de la bella pastora Aliena y que ésta había prestado oídos a sus galanteos ya en esta primera reunión. Y como cosa casi resuelta, le dijo a su hermano que se casaría con Aliena, a quien amaba tan profundamente, y que se quedaría en aquel lugar y se haría pastor, dejando a Orlando al cuidado de sus bienes y de sus tierras.

—Tienes mi consentimiento —dijo Orlando—. Tu matrimonio se celebrará mañana y yo invitaré al duque y sus amigos. Ve a persuadir a tu pastora, que ahora estará a solas, pues ahí se acerca su hermano.

Oliveros fue en busca de Aliena; Ganimedes, a quien Orlando había visto acercarse, venía a saber en qué estado estaba la herida de su amigo.

Cuando Orlando y Ganimedes comenzaron a charlar acerca del súbito amor que se había despertado entre Oliveros y Aliena, Orlando dijo que había aconsejado a su hermano que persuadiera a su bella pastora para que contrajeran matrimonio al día siguiente; y luego añadió cuán feliz sería si también él pudiera celebrar sus nupcias con Rosalinda ese día.

Ganimedes, que veía muy bien aquella decisión, le dijo que si Orlando amaba en realidad a Rosalinda tanto como decía, podría obtener su deseo, porque se comprometía a hacer que Rosalinda se presentara al día siguiente y dispuesta a casarse con Orlando.

Fingió que este fenómeno aparentemente extraordinario podía producirse con gran facilidad, dado que Ganimedes y Rosalinda eran la misma persona, aunque ello requeriría de artes de magia, que dijo haber aprendido de un mago famoso que era su tío.

El enamorado Orlando, creyendo sólo a medias lo que oía, le preguntó a Ganimedes si hablaba seriamente.

—Por mi vida que sí —le contestó Ganimedes—. Así que viste tus mejores ropas e invita al duque y sus amigos a tu boda, pues si mañana deseas desposar a Rosalinda, ella estará aquí.

A la mañana siguiente, luego de que Oliveros hubiera obtenido el consentimiento de Aliena, se presentaron ante el duque, acompañados por Orlando.

Estaban todos reunidos para celebrar el doble matrimonio y sólo una de las novias había aparecido, por lo que todo el mundo se hacía muchas preguntas y conjeturas; pero casi todos coincidían en pensar que Ganimedes se había burlado de Orlando.

El duque, al saber que se trataba de su propia hija la que se haría venir de tan extraña manera, preguntó a Orlando si creía realmente que el pastorcillo podría realizar lo que había prometido; y mientras Orlando respondía que no sabía qué pensar, entró Ganimedes y le preguntó al duque si consentiría el matrimonio de su hija con Orlando si él la hacía venir.

—Eso es lo que haría si tuviera reinos que ofrecerle —dijo el duque.

Entonces Ganimedes preguntó a Orlando:

—¿Y tú dices que te casarás con ella si la hago venir?

—Eso haría —dijo Orlando— si fuera rey de muchos reinos.

Entonces Aliena y Ganimedes se retiraron juntas, y Ganimedes, quitándose sus vestimentas masculinas y vistiendo de nuevo como mujer, sin necesidad de magia, se transformó velozmente en Rosalinda, y Aliena, cambiando su vestido campesino por sus ricos ropajes, se transformó, con igual facilidad, en la dama Celia.



Durante su ausencia el duque dijo a Orlando que, en su opinión, el pastor Ganimedes era muy parecido a su hija Rosalinda, y Orlando dijo que también él había observado la semejanza.

No tuvieron tiempo para preguntarse cómo se resolvería todo porque en seguida hicieron su entrada Celia y Rosalinda vistiendo sus propios vestidos y, sin tratar de hacer creer que había llegado por arte de magia, Rosalinda se arrojó en brazos de su padre y le pidió su bendición. A todos los presentes les pareció tan maravilloso que apareciera tan de repente, que pensaron que igual era cosa de magia; pero Rosalinda ya no quería jugar con su padre y le contó la historia de su destierro y de su vida de pastorcillo en el bosque con su prima Celia, que pasaba por su hermana.

El duque confirmó el consentimiento que ya había dado al matrimonio y al mismo tiempo se casaron Orlando con Rosalinda y Oliveros con Celia. Y aunque sus nupcias no se podían celebrar en la simplicidad del bosque con todo el boato y esplendor acostumbrado en tales ocasiones, no ha existido día de bodas más feliz. Mientras comían carne de venado bajo la fresca sombra de los árboles protectores, como para colmar la dicha del buen duque y los enamorados, llegó inesperadamente un mensajero trayendo felices nuevas para el duque: le era devuelto su ducado.

El usurpador, airado por la huida de su hija Celia y sabiendo que día tras día se dirigían al bosque de Arden hombres de gran valía que deseaban unirse al legítimo duque en su exilio, muy celoso del gran respeto que inspiraba su hermano en la adversidad, se había puesto a la cabeza de un ejército considerable y se había dirigido al bosque con el objetivo de capturar a su hermano y cruzar espadas con él y sus seguidores. Pero, por un maravilloso designio de la providencia, este mal hermano fue disuadido de su siniestro propósito, pues justo en el momento de comenzar a adentrarse en el bosque le salió al encuentro un anciano santo, un eremita, con el cual conversó largamente y que finalmente hizo que su corazón rechazara su vil intención. Desde aquel mismo momento se había transformado en un sincero penitente y había resuelto poner fin a su ilegal gobierno, retirándose a un convento hasta el fin de sus días. El primer acto de su reciente arrepentimiento había sido el de enviar un mensajero a su hermano (como ya se ha dicho) ofreciéndole la restitución de su ducado, que por tanto tiempo había usurpado, y con él la hacienda y las tierras de sus amigos, los fieles compañeros de su desventura.

Estas felices nuevas, tan inesperadas como bien recibidas, llegaron en el momento justo, magnificando el júbilo de los festejos por la boda de las princesas. Celia felicitó a su prima por la buena fortuna del duque, el padre de

Rosalinda, y muy sinceramente deseó su dicha, aunque ella ya no era la heredera del ducado, sino que, a causa de la devolución de su padre, la heredera era ahora Rosalinda: así era el cariño de las primas, desprovisto de cualquier sombra de envidia o celos.

Para el duque se presentaba ahora la oportunidad de recompensar dignamente a los amigos leales que lo habían acompañado en su destierro, y sus nobles seguidores, aunque habían compartido pacientemente su adversa fortuna, se sintieron muy satisfechos de poder regresar en paz y prosperidad al palacio de su legítimo duque.

## *Los dos hidalgos de Verona*

En la ciudad de Verona vivían dos jóvenes hidalgos, cuyos nombres eran Valentino y Proteo, entre los que subsistía una larga e ininterrumpida amistad. Habían estudiado juntos y siempre habían compartido sus horas de descanso, excepto cuando Proteo iba a visitar a la dama de la cual estaba enamorado. Y estas visitas a su dama y la pasión de Proteo por la hermosa Julia, eran los dos únicos puntos de desacuerdo de los buenos amigos, puesto que Valentino, no estando enamorado, solía aburrirse un tanto de oír la eterna conversación de su amigo sobre Julia, y entonces se reía de Proteo y, con palabras amables, ridiculizaba su pasión amorosa, declarando que nunca invadirían su mente unas fantasías tan ociosas, diciendo preferir la vida libre y feliz que llevaba, en contraste con los ansiosos temores y esperanzas del enamorado Proteo.

Una mañana Valentino fue a casa de Proteo a informarle que tendrían que separarse durante algún tiempo, pues él se disponía a partir para Milán. Proteo, que no quería separarse de su amigo, empleó muchos argumentos para convencer a Valentino de que no lo dejara solo, pero Valentino le dijo:

—No trates de persuadirme, mi querido Proteo. No malgastaré mi juventud quedándome ociosamente en casa como un zángano. Los jóvenes caseros quedan reducidos a un ingenio doméstico. Si tus afectos no estuvieran encadenados a las miraditas tiernas de tu venerada Julia, te pediría que me acompañas a conocer las maravillas del mundo más allá de nuestras fronteras; pero como estás enamorado, sigue amando y quiera Dios que tu amor prospere.

Y se separaron con mutuas expresiones de inquebrantable amistad.

—Querido Valentino, adiós —dijo Proteo. Piensa en mí cuando veas algo digno de valor en tus viajes y hazme partícipe de tu felicidad.

Aquel mismo día Valentino emprendió su viaje rumbo a Milán y, cuando su amigo se hubo alejado, Proteo se sentó a escribir una carta para Julia, que entregó a su sirvienta Lucetta para que se la hiciera llegar a su amada.

Julia correspondía al amor de Proteo sinceramente, pero era una doncella de nobles principios y consideraba que no convenía a su dignidad de dama



dejarse conquistar muy fácilmente; por ello fingía ser insensible a su pasión, con lo que él se sentía muy inseguro del progreso de su cortejo.

Y cuando Lucetta ofreció la carta a Julia, no quiso recibirla y reprendió a su criada por aceptar cartas de Proteo, ordenándole que saliera de la sala. Pero como realmente deseaba saber lo que decía la carta, muy pronto volvió a llamar a su criada y, cuando Lucetta regresó, le preguntó:

—¿Qué hora marca el reloj?

Lucetta, que sabía que su señora verdaderamente quería ver la carta más que enterarse de la hora, sin responder a su pregunta le ofreció nuevamente la carta que había rechazado. Julia, enfadada porque su criada había demostrado saber lo que realmente quería, rompió la carta en trocitos, arrojándolos al suelo, y una vez más le ordenó a su criada que abandonara la sala. Lucetta, al retirarse, se detuvo a recoger los fragmentos que habían quedado de la carta. Pero Julia, que no quería perderlos dijo, simulando cólera:

—Márchate ya y deja los papeles. Quieres manosearlos para irritarme.

Entonces Julia comenzó a juntar los trozos lo mejor que pudo. Primero compuso estas palabras: «Herido por el amor Proteo»; y se lamentó por estas y otras palabras de amor similares que había podido componer aunque estaban despedazadas, como ella decía, «heridas» (palabra sugerida por la expresión «herido por el amor Proteo»). Luego siguió dirigiéndose a las dulces palabras, y les dijo que las guardaría en su seno como en un lecho hasta que cicatrizaran las heridas, y que besaría, uno a uno, cada trocito de papel para hacerse perdonar.

Y continuó hablando de esta manera encantadora e infantilmente femenina hasta que fue incapaz de recomponer la carta, y molesta por su propia ingratitud por haber destruido palabras tan dulces y amorosas, como ella decía, escribió a Proteo una carta mucho más tierna que todas sus cartas anteriores.

Proteo se sintió muy feliz al recibir respuesta tan favorable, y, leyéndola, exclamó:

—¡Dulce amor, dulces líneas, dulce vida!

Pero en medio de su rapto lo interrumpió su padre:

—¿Qué pasa? —preguntó el anciano señor—. ¿Qué carta es ésa que lees?

—Mi señor —respondió Proteo—, es una carta de mi amigo Valentino, desde Milán.

—Pásame la carta —dijo su padre—. Déjame conocer las novedades.

—No hay novedades, señor —dijo Proteo muy alarmado—, pero cuenta en cuánta estima lo tiene el duque de Milán, que diariamente lo honra con sus

favores y cuánto quisiera tenerme con él para compartir su fortuna.

—¿Y qué piensas de su deseo? —preguntó su padre.

—Dependo de vuestra voluntad, excelencia, y no del deseo de un amigo —dijo Proteo.

Se daba el caso de que el padre de Proteo acababa de estar conversando con un amigo sobre el tema. Su amigo había dicho que se extrañaba de que su excelencia tolerara que su hijo pasara su juventud en casa, cuando la mayoría de los padres enviaban a sus hijos a buscar fortuna a otras tierras.

—Algunos —le había dicho—, los mandan a la guerra, a probar su suerte en ella; otros a descubrir ignotas islas, y otros a estudiar en universidades extranjeras; ahí está el ejemplo de su compañero Valentino, que se ha ido a la corte del duque de Milán. Vuestro hijo está capacitado para cualquiera de esas empresas y, cuando llegue a la madurez, será una gran desventaja para él el no haber viajado en su juventud.

El padre de Proteo pensó que el consejo de su amigo era muy razonable y, cuando Proteo le dijo que Valentino «quisiera tenerlo con él para compartir su fortuna», decidió de inmediato enviar a su hijo a Milán; y sin dar razones a Proteo que explicaran su repentina decisión, pues era costumbre de aquel terco anciano el dar órdenes a su hijo y no el discutirlos con él, le dijo:

—Mis deseos son iguales a los de Valentino.

Y viendo el asombro de su hijo, añadió:

—No te sorprendas tanto de que decida de improviso enviarte a pasar una temporada en la corte del duque de Milán, porque lo que decido está decidido, y se acabó. Mañana deberás estar preparado para partir. No busques excusas, pues mi orden es perentoria.

Proteo sabía que sería inútil tratar de discutir con su padre, que nunca había tolerado que se opusiera a su voluntad, y se culpó a sí mismo por haber dicho a su padre una falsedad en lo concerniente a la carta de Julia, lo que le había impuesto la triste necesidad de tener que abandonarla.

Ahora que Julia sabía que iba a perder a Proteo por una temporada muy larga, dejó de fingir indiferencia y se despidieron muy tristemente, haciéndose muchos votos de amor y fidelidad. Proteo y Julia se intercambiaron anillos, prometiendo guardarlos para siempre en recuerdo mutuo; y así, tristemente, comenzó Proteo su viaje a Milán, residencia de su amigo Valentino.

Valentino gozaba realmente de la estimación del duque de Milán, tal como Proteo, falsamente, le había contado a su padre. Pero aún le había sucedido algo más y esto ni lo hubiera soñado Proteo: Valentino había

renunciado a la libertad de que tanto le gustaba presumir y se había convertido en un enamorado tan apasionado como Proteo.

Quien había operado este increíble cambio en Valentino era la dama Silvia, la hija del duque de Milán, que correspondía a su amor; pero ellos habían ocultado su amor al duque, pues, aunque éste mostraba una gran benevolencia hacia Valentino, y le invitaba todos los días a su palacio, tenía el propósito de casar a su hija con un joven cortesano llamado Thurio. Silvia despreciaba al tal Thurio, que carecía del refinamiento y de las excelentes cualidades de Valentino.

Los dos rivales, Thurio y Valentino, habían ido un día a visitar a Silvia, y Valentino se dedicaba a divertir a Silvia haciendo burla de todo lo que Thurio decía, cuando el duque en persona se presentó en la sala y anunció a Valentino la buena noticia de la llegada de su amigo Proteo.

Valentino dijo:

—Si hubiera tenido un deseo, hubiera sido el de tenerlo aquí.

Y entonces alabó elocuentemente a Proteo ante el duque diciendo:

—Mi señor, aunque en un tiempo fui un truhán, mi amigo ha empleado bien sus días, y es íntegro en su persona y en su mente y en todas las buenas virtudes que enriquecen a un hidalgo.

—Que sea acogido de acuerdo a su valía —dijo el duque—. Silvia, a ti te lo digo y a vos, señor Thurio, pues a Valentino no necesito indicárselo.

En ese momento fueron interrumpidos por la entrada de Proteo y Valentino se lo presentó a Silvia, diciéndole:

—Dulce señora, permitid que sea mi compañero en el servicio a su señoría.

Cuando Valentino y Proteo dieron por concluida su visita y se encontraron a solas, Valentino dijo:

—Y ahora cuéntame qué es lo que pasa en el lugar de donde vienes. ¿Cómo está tu dama y cómo prospera tu amor?

Proteo respondió:

—Mis historias de amor solían aburrirte. Sé que no te divierten las conversaciones sobre el amor.

—Oh, Proteo —dijo Valentino—, mi vida de entonces ha variado. He pagado mi penitencia por condenar el amor, pues en venganza por mi desprecio, el amor ha arrebatado el sueño a mis ojos hechizados. Oh, gentil Proteo, el amor es un dios poderoso y me ha sometido de tal manera que no hay aflicción, lo confieso, que se pueda comparar a su castigo, ni alegría mayor en esta tierra, que la de estar a su servicio. Ya no me agradan las

charlas que no tratan del amor. Ahora puedo romper ayuno, comer, cenar y dormir, alimentándome sólo de amor.

El conocimiento del cambio operado en la actitud de Valentino por obra del amor fue un gran triunfo para Proteo, su amigo. Pero a éste ya no le podremos seguir llamando «amigo», porque la misma deidad Amor, a la cual se referían (aun cuando hablaban del cambio ocurrido a Valentino), se ocupaba del corazón de Proteo, y él, que hasta aquel momento había sido modelo de amor sincero y de perfecta amistad, ahora, después de la corta entrevista con Silvia, se había convertido en un amigo ingrato y un amante infiel; pues desde el momento en que vio a Silvia todo su amor por Julia se desvaneció como un sueño, y su larga amistad con Valentino no lo detuvo en su empeño de suplantarle en su afecto; a pesar de que, como sucede siempre cuando alguien de buen natural actúa inicualemente, había sentido muchos escrúpulos cuando decidió abandonar a Julia y convertirse en rival de Valentino; pero finalmente su sentido del deber fue derrotado y se entregó, casi sin remordimientos, a su nueva y desgraciada pasión.

Valentino le había contado confidencialmente la historia de su amor y de los muchos cuidados que habían tenido para ocultársela a su padre, el duque; y también le dijo que, convencidos de que nunca conseguirían su consentimiento, había persuadido a Silvia para que se escapara del palacio de su padre aquella misma noche y se fuera con él a Mantua. Entonces mostró a Proteo una escala de cuerda con la cual pretendía ayudar a Silvia a salir por una de las ventanas del palacio, una vez que hubiera oscurecido.

Al oír el sincero relato del secreto que su amigo tan encarecidamente guardaba, Proteo, por mucho que nos cueste creerlo, resolvió dirigirse al duque y revelárselo.

El desleal amigo comenzó su relato al duque valiéndose de muchos discursos solapados, tales como que, de acuerdo con las leyes de la amistad debería guardarse lo que estaba a punto de revelar, pero que la estima que el duque graciosamente le había concedido y su obligación hacia su alteza le obligaban a contarle lo que de otra manera hubiera callado, aunque le hubieran ofrecido todas las riquezas del mundo. Entonces puso en conocimiento del duque lo que había oído de labios de Valentino, sin omitir lo relativo a la escala de cuerdas y la forma en que Valentino intentaría ocultarla bajo un manto muy amplio.

El duque pensó que Proteo era un verdadero milagro de integridad, al preferir revelar las intenciones de su amigo antes que ocultar una mala acción, por lo que lo alabó sinceramente, prometiéndole que Valentino no llegaría a

saber de quién había obtenido la información, sino que se valdría de algún pretexto para hacer que fuera el propio Valentino quien delatara su secreto. Con este fin el duque esperó la llegada de Valentino aquella tarde, a quien no tardó en ver venir rápidamente en dirección al palacio, y percibió que bajo su manto llevaba algo que dedujo sería la escala de cuerdas.

Por esto el duque lo detuvo, diciéndole:

—¿A dónde vais tan de prisa?

—Con vuestra venia —dijo Valentino—, hay un correo que espera las cartas para mis amigos y se las llevo.

Ahora bien, esta falsedad no resultó más eficaz para el caso que la que antes contara Proteo a su padre.

—¿Son de mucha importancia? —preguntó el duque.

—No más que la de contarle a mi padre que estoy bien y feliz en la corte de vuestra alteza —respondió Valentino.

—Bien pues —dijo el duque—, no importa. Permaneced conmigo un momento. Quiero vuestro consejo acerca de un asunto que me concierne muy de cerca.

Comenzó a contarle, entonces, una ingeniosa historia que era el prelude para sonsacarle su secreto, diciéndole que, como él sabía, era su intención unir a su hija con Thurio, pero que ella era testaruda y desobedecía sus órdenes.

—Sin tener en cuenta —dijo— que es mi hija y sin temerme como padre. Y debo confesaros que esta soberbia suya ha hecho que pierda mi cariño. Yo había pensado que mi edad sería acreedora de su deber filial. Ahora he decidido tomar esposa y dejarla a ella en manos de quien fuere. Que su belleza sea su dote, puesto que ella no me aprecia a mí ni a mis posesiones.

Valentino, sin saber en qué acabaría aquella charla, le preguntó:

—¿Y qué desea su alteza de mí?

—Bien —dijo el duque—, la dama que pretendo en matrimonio es buena y reservada y no aprecia mucho mi gastada elocuencia. Además, la manera de cortejar ha cambiado mucho desde que yo era joven. Desearía de corazón que me enseñarais cómo se debe galantear.

Valentino dio una idea general sobre las formas de galanteo practicadas por entonces entre los jóvenes cuando deseaban conquistar el amor de una bella dama, diciéndole que solían hacerles frecuentes visitas, ofrecerles regalos y otras cosas similares.

A esto respondió el duque que la dama había rechazado un obsequio que él le había enviado, y que su padre la guardaba con tanto rigor que, durante el

día, le era imposible a ningún hombre tener acceso a ella.

—Entonces —dijo Valentino— deberíais visitarla de noche.

—Pero de noche —dijo el astuto duque, que ya estaba llegando al objetivo de su charla—, sus puertas están bien cerradas.

Desgraciadamente Valentino, al llegar a este punto, propuso al duque que se introdujera de noche en la habitación de la dama, mediante una escala de cuerda; y le dijo que le proporcionaría una que sirviera para dicho fin. Por último le aconsejó que llevara escondida la escala bajo un manto tan amplio como el que él mismo llevaba puesto.

—Prestadme vuestro manto —le dijo el duque, que había recurrido a esta complicada historia con el propósito de encontrar un motivo para quitarle el manto.

Y diciendo esto, tiró del manto de Valentino descubriendo no sólo la escala de cuerda, sino también una carta de Silvia, que abrió y leyó al instante; ésta contenía un relato detallado de su intento de fuga. El duque, echando en cara a Valentino su ingratitud por pagar de aquel modo el favor que le había otorgado, pretendiendo robarle a su hija, lo expulsó del condado y de la ciudad de Milán para siempre jamás. A Valentino lo obligaron a partir aquella misma noche, sin siquiera poder ver a Silvia.



Mientras Proteo perjudicaba los intereses de Valentino en Milán, en Verona Julia lamentaba la ausencia de Proteo; y su afecto hacia él se impuso hasta tal punto a su sentido del pudor, que decidió salir de Verona e ir en busca de su enamorado a Milán. Para prevenir los posibles peligros del camino, ella y su criada Lucetta se vistieron con ropas masculinas y, ataviadas de tal guisa, emprendieron viaje, llegando a la ciudad de Milán poco después de que Valentino hubiera sido deportado a causa de la traición de Proteo.

Julia hizo su entrada en Milán cerca del mediodía y tomó habitaciones en una posada; y con sus pensamientos puestos en su querido Proteo, entró en conversación con el posadero, u hospedero, que así se llamaba, pensando que de esa manera podría llegar a saber algo sobre Proteo.

El hospedero se sintió muy complacido de que un joven (así lo creyó) tan apuesto y cuya apariencia le hacía pensar que era de alcurnia, se dirigiera a él con tanta sencillez; y, siendo un hombre de buen corazón, sintió pena por su aspecto melancólico y, para divertirlo, ofreció a su joven huésped llevarlo a oír la refinada música de la serenata que un caballero ofrecería aquella misma tarde a su dama.

La razón por la que Julia se hallaba tan sumamente melancólica era que no sabía a ciencia cierta lo que Proteo pensaría de su imprudente decisión; consciente de que él había amado su orgullo noble de doncella y la dignidad de su carácter, temía perder su estima, y era esto lo que la hacía guardar una actitud triste y doliente.

De buena gana aceptó la invitación del hospedero a acompañarlo a oír la serenata, pues tenía la secreta esperanza de encontrar a Proteo en su camino.

Pero cuando llegó al palacio a donde la llevó el buen hospedero, sufrió una impresión bien distinta a la que éste esperaba; pues allí, para pesadumbre de su corazón, vio a su enamorado, el inconstante Proteo, que daba una serenata a Silvia, a la que dirigía palabras de amor y admiración. Y Julia pudo oír cómo Silvia, desde su ventana, hablaba con Proteo, reprochándole el haber olvidado a su enamorada y también su deslealtad para con Valentino, su amigo. Entonces Silvia se retiró de la ventana, prefiriendo no prestar oídos a su música y a sus exquisitas palabras, pues ella era fiel al desterrado Valentino y repudiaba la mezquina conducta de su traidor amigo Proteo.

Aunque Julia estaba anonadada por lo que acababa de presenciar, a pesar de todo seguía queriendo al falaz Proteo. Enterada de que hacía poco había despedido a uno de sus sirvientes, con ayuda del amable posadero consiguió que Proteo la contratara como paje; y Proteo, sin percatarse de que se trataba de Julia, la hizo llevar cartas y obsequios a Silvia, su rival, llegando al



extremo de enviarle con ella el anillo que la misma Julia le entregara como regalo de despedida en Verona.

Cuando le llevó el anillo a Silvia, le agradó ver que la dama rechazaba categóricamente las pretensiones de Proteo, y Julia, o el paje Sebastián, como era conocida, se puso a conversar con Silvia, sacando a relucir el primer amor de Proteo, la olvidada Julia. Añadiremos que intercaló algún comentario favorable a Julia, explicando que la conocía muy bien; cosa de la que no cabía la menor duda, siendo la propia Julia la que hablaba. Le contó también lo mucho que Julia quería a su amo Proteo y cuánto la apenaría su descomedido abandono, y continuó, de modo encantadoramente equívoco:

—Julia es más o menos de mi porte y estatura, y el color de sus ojos y pelo es igual al mío.

Y, por cierto, que con su vestimenta masculina, Julia parecía un joven muy apuesto.

Silvia se sintió inclinada a compadecer a la tierna dama que había sufrido la pena de ser abandonada por el hombre que amaba, y cuando Julia le ofreció el anillo que le enviaba Proteo, lo rechazó, diciendo:

—Vergüenza le debería dar por enviarme ese anillo. No lo aceptaré, pues a menudo le he oído decir que se lo había dado Julia. Yo os aprecio, amable joven, por compadecer a esa pobre dama. Tomad este monedero; os lo doy en recuerdo de Julia.

Estas gentiles palabras de labios de su bondadosa rival alegraron el entristecido corazón de la dama disfrazada.

Ahora volvamos al desterrado Valentino. Casi no sabía hacia dónde dirigir sus pasos, no deseando regresar a su hogar Paterno desterrado y en desgracia, y así andaba sin rumbo por un bosque solitario, no muy distante de Milán, donde había dejado el tesoro más querido de su corazón, Silvia, cuando unos bandidos lo asaltaron y le pidieron su dinero.

Valentino les dijo que era un hombre afligido por la adversidad y que se dirigía al destierro, sin dinero, y llevando por toda riqueza tan sólo sus propias vestimentas.

Los bandidos, al saber que era un hombre en desgracia, e impresionados por la nobleza de su porte y su viril conducta, le dijeron que podría vivir con ellos y ser su jefe o capitán y que ellos se someterían a sus órdenes; pero que si rehusaba su oferta, le darían muerte.

Valentino, a quien ya poco importaba cuál sería su suerte, dijo que aceptaría compartir su vida y convertirse en su capitán, a condición de que no se hiciera ningún daño a las mujeres ni a los viajeros pobres.

Y de este modo el noble Valentino se convirtió, como el Robin Hood del cual nos hablan las baladas, en capitán de ladrones y bandidos fuera de la ley. Y en ésta su nueva condición lo encontró Silvia, cosa que sucedió debido a las siguientes circunstancias:

Silvia, para evitar su matrimonio con Thurio, al que, ante la insistencia de su padre, no podía seguir negándose más tiempo, se decidió finalmente a seguir a Valentino a Mantua, en cuyo palacio se había refugiado su enamorado, según le habían dicho. Pero en esto su información no era correcta, pues éste seguía viviendo en el bosque entre los bandidos, que le llamaban capitán, aunque él no tomaba parte en el pillaje y utilizaba la autoridad que le habían concedido para forzarlos a mostrarse compasivos con los viajeros que asaltaban, limitándose a eso su participación.

Silvia había conseguido escapar del palacio de su padre acompañada por un anciano caballero de muchos méritos, cuyo nombre era Eglamur, quien debería protegerla a lo largo del trayecto. Tenían que atravesar el bosque donde vivía Valentino con los bandidos, uno de los cuales capturó a Silvia y estuvo a punto de capturar a Eglamur, pero este último pudo escapar.

El bandido que se había apoderado de Silvia, viendo el terror que la embargaba, le dijo que no debía alarmarse, pues sólo la llevaba a un refugio donde habitaba su capitán, lo cual no era razón para tener miedo, pues su capitán era un hombre de buen corazón y siempre se mostraba magnánimo con las mujeres. Silvia no se sintió demasiado tranquila al oír que se la llevaba prisionera ante el jefe de unos bandidos sin ley.

—Oh, Valentino —exclamó—, hasta esto soy capaz de sufrir por ti.

Pero mientras el bandido la conducía a la guarida del capitán, fue detenido por Proteo, todavía acompañado por Julia, en su disfraz de paje. Proteo, sabedor de la huida de Silvia, había seguido sus pasos hasta el bosque y entonces tuvo ocasión de rescatarla de manos de los bandidos. Pero apenas había tenido tiempo de agradecerle lo que había hecho por ella, cuando éste de nuevo comenzó a abrumentarla con sus demandas de amor y, mientras la presionaba con brutalidad para que consintiera en casarse con él y su paje (la abandonada Julia) estaba junto a él en un estado de gran ansiedad, temiendo que el servicio que Proteo acababa de prestar a Silvia hubiera ganado su favor de alguna forma, todos fueron sorprendidos por la extraña y repentina aparición de Valentino, quien, al saber que los bandidos habían capturado a una dama, se acercaba para consolarla y aliviarla.

Proteo estaba cortejando a Silvia, y sintió tanta vergüenza al ser sorprendido por su amigo, que de inmediato lo embargó el remordimiento y el

deseo de reparar su culpa, lo que le hizo manifestar un pesar tan vivo por el daño que había causado a su amigo Valentino, que éste, que era de un natural noble y generoso hasta la exageración, no sólo lo perdonó, devolviéndole el lugar que había gozado en su amistad, sino que, en un rapto de súbito heroísmo, le dijo:

—Te concedo mi perdón libremente y renuncio a mi interés por Silvia en beneficio tuyo.

Julia, que continuaba junto a su amo en su calidad de paje, oyó tan extraña oferta y temió que Proteo, ahora tan virtuoso, no rechazaría a Silvia; entonces sufrió un desmayo y todos se dedicaron a reanimarla. De no haber sido por esto Silvia hubiera manifestado su ofensa al ser traspasada de semejante modo a Proteo, aunque era difícil de creer que Valentino insistiera mucho más en un acto de amistad excesivamente generoso y forzado. Y cuando Julia se recuperó de su desmayo, dijo:

—Había olvidado que mi señor me ordenó que hiciera entrega de este anillo a Silvia.

Proteo vio el anillo y se dio cuenta de que era el que le había dado a Julia a cambio del que ella le había regalado y que, valiéndose del paje falso, había enviado a Silvia.

—¿Cómo es esto? —preguntó—. Este es el anillo de Julia. ¿Cómo llegó a tus manos, niño?

Julia respondió:

—Ha sido Julia quien me lo ha dado y quien lo ha traído hasta aquí.

Proteo lo observó entonces muy atentamente y se dio cuenta, sin lugar a dudas, de que el paje Sebastián no era otro que la propia Julia. Y la prueba de constancia y de sincero amor que acababa de darle caló tan profundamente en él, que en su corazón renació su amor por ella y nuevamente quiso a su verdadera dama, renunciando, de buena gana, a pretender a Silvia en favor de Valentino, que tanto la merecía.

Proteo y Valentino estaban dando rienda suelta a la felicidad que les producía su reconciliación y el poder gozar del amor de sus leales damas, cuando los sorprendió la aparición del señor de Milán acompañado por Thurio; ambos habían llegado hasta allí en pos de Silvia.

El primero en acercarse fue Thurio, quien, tratando de apoderarse de Silvia, dijo:

—Silvia es mía.

Al oírlo, Valentino le dijo, muy decididamente:

—Thurio, detente. Si alguna vez repites que Silvia es tuya, será tu propia muerte lo que abracés. Aquí está, pero no te atrevas a tocarla ni a echar tu aliento sobre mi amada.

Al oír esta amenaza, Thurio, que demostró ser un gran cobarde, dio un paso atrás, diciendo que ella no le importaba y que sólo un estúpido se batiría por una mujer que no correspondía a su amor.

El duque, que era un hombre muy valiente, dijo, encolerizado:

—Demuestras aún más bajeza y degeneración cuando, tras haberla pretendido como lo has hecho, la abandonas luego en condiciones tan precarias.

Y volviéndose hacia Valentino, agregó:

—Aplaudo tu coraje, Valentino, y me pareces digno del amor de una emperatriz. Tendrás a Silvia, pues bien te has hecho acreedor de ella.

Con gran humildad, Valentino besó entonces la mano del duque, aceptando, con sincera gratitud, el noble obsequio que acababa de hacerle al entregarle a su hija, y aprovechó la ocasión que le brindaba este minuto feliz para pedir al duque, que estaba en buena disposición, el perdón para los bandidos con los cuales se había unido en el bosque, asegurándole que una vez que se hubiesen reformado, siendo restituidos a la sociedad, entre ellos se encontrarían algunos muy valiosos y capaces de prestar grandes servicios. Pues la mayoría de ellos, al igual que Valentino, habían sido deportados por ofensas civiles, sin ser culpables de crímenes de mayor gravedad. El duque accedió de buena gana a esta petición. Y, para que todo quedara claro, se ordenó a Proteo, el amigo desleal, como penitencia por sus faltas inspiradas por el amor, que asistiera a la relación de la historia completa de sus amores y falsedades ante el duque; y la vergüenza que le produjo el relato, ahora que su conciencia se había despertado, fue juzgada castigo suficiente. Después, los cuatro enamorados regresaron juntos a Milán y sus nupcias se celebraron solemnemente en presencia del duque, acompañadas de grandes festejos plenos de alegría.

## El mercader de Venecia

Vivía en Venecia un judío llamado Shylock. Era un usurero que había amasado una inmensa fortuna prestando a los mercaderes cristianos dinero sujeto a grandes intereses. Shylock, que era un hombre sin corazón, exigía el pago del dinero que prestaba con una severidad tal, que se había ganado la antipatía de todos los hombres de bien, y en especial de Antonio, un joven mercader de Venecia. Shylock también odiaba a Antonio intensamente porque éste solía prestar dinero a quienes sufrían alguna desgracia, sin pedir nunca intereses por ello. De modo que existía una gran enemistad entre el avaro judío y el generoso mercader Antonio. Siempre que Antonio se encontraba con Shylock en el Rialto (o Cámara de Comercio), le reprochaba sus tratos draconianos y sus usuras, lo que el judío soportaba con una paciencia aparente, mientras que en su interior, secretamente, meditaba su venganza.

Antonio era el hombre más bondadoso del mundo, el mejor dispuesto, y era infatigable haciendo favores; era, de hecho, un ejemplo vivo del antiguo honor romano, superando en ello a todos los que respiraban el aire de Italia. Gozaba de la sincera estimación de sus conciudadanos, pero el amigo más cercano y más querido de su corazón era Basanio, un noble veneciano, de patrimonio muy reducido, que casi había agotado su pequeña fortuna por vivir de manera demasiado grandiosa teniendo en cuenta la escasez de sus medios; pero ésta es cosa que sucede a menudo entre los jóvenes de alto rango y poca fortuna. Cada vez que Basanio necesitaba dinero lo ayudaba Antonio, y parecía que no sólo compartían sus afectos, sino también una misma bolsa.

Un día Basanio fue a casa de Antonio a contarle que deseaba hacer su fortuna mediante un matrimonio conveniente con una dama a la que amaba entrañablemente y cuyo padre, muerto recientemente, la había dejado como única heredera de grandes bienes. En vida de su padre, solía visitar su casa, y entonces había creído observar que la dama le enviaba mensajes silenciosos con la mirada, que al parecer le indicaba que no se opondría a que la cortejara. Pero como carecía de dinero para hacer que su apariencia fuera la que

correspondía al enamorado de tan rica heredera, recurrió a Antonio para que coronara los muchos favores que le había hecho prestándole tres mil ducados.

En aquel momento Antonio no tenía consigo dinero para prestar a su amigo. Pero, como esperaba que muy pronto llegarían sus barcos cargados de mercaderías, le dijo que acudiría a Shylock, el rico prestamista, y le pediría el dinero, con la garantía de sus barcos.

Antonio y Basanio fueron juntos en busca de Shylock, y Antonio le pidió al judío un préstamo de tres mil ducados, contra el interés que éste fijara, que le sería pagado con las mercaderías que traían sus barcos que todavía estaban en el mar. Ante esto, Shylock pensó para sí: «Si esta vez le puedo sacar ventaja, me resarciré con creces de mi viejo resentimiento: odia al pueblo judío, presta dinero gratis y, entre los mercaderes, acostumbra injuriarme a mí y a mis bien ganados beneficios, que él llama intereses. Que caiga la maldición sobre mi tribu si lo perdono.» Antonio, viendo que murmuraba para sus adentros, sin responder e impaciente por recibir el dinero, le dijo:

—Shylock, ¿me habéis oído? ¿Prestaréis el dinero?

Y el judío respondió a esta pregunta:

—Señor Antonio, en el Rialto, muchas veces, y muy a menudo, me habéis vituperado por mi dinero y mis usuras, lo que he tolerado encogiéndome de hombros pacientemente, pues el sufrimiento es el sello de nuestra tribu; y también me habéis llamado no creyente, perro degollado, y habéis escupido sobre mis vestimentas judías, rechazándome con el pie como si fuera un perro apestado. Y ahora parece que necesitáis de mi ayuda Y entonces venís y me decís: «Shylock, préstame dinero.» ¿Acaso un perro tiene dinero? ¿Sería posible que un perro apestado preste tres mil ducados? ¿Debería inclinarme y decirle: «Querido señor, me habéis escupido el pasado miércoles, y en otras ocasiones me habéis llamado perro, y por estos cumplidos os voy a prestar dinero»?

Y Antonio replicó:

—Sigo igualmente dispuesto a llamaros así, a escupiros y a apartaros con el pie. Si vais a prestarme el dinero, no me lo prestéis como a un amigo, sino, más bien, como a un enemigo. De modo que, si fracaso, sentiréis más placer cuando me exijáis la multa.

—¡Vaya, vaya, conque os exaltáis! Yo podría ser vuestro amigo y ganarme vuestro aprecio, olvidándome de las vergüenzas que me habéis hecho sufrir. Os daré lo que necesitáis, sin pedir intereses por mi dinero.

Esta oferta, aparentemente generosa, sorprendió grandemente a Antonio. Y entonces Shylock, que todavía simulaba bondad con la intención de hacerse

estimar por Antonio, repitió que estaba dispuesto a prestarle los tres mil ducados sin cobrar intereses, con la única condición de que Antonio lo acompañara a casa de un abogado, ante el cual firmaría un compromiso, que no sería más que un puro formulismo, según el cual, si no devolvía el dinero en la fecha fijada, él tendría derecho a exigir el pago con una libra de carne, que Shylock cortaría de la parte del cuerpo de Antonio que mejor le pareciera.

—De acuerdo —dijo Antonio—. Firmaré el compromiso y diré que el judío no carece de buenos sentimientos.

Basanio dijo que Antonio no podía firmar semejante compromiso por él, a pesar de lo cual Antonio insistió en firmarlo, pues antes de la fecha de la devolución, sus barcos ya estarían de regreso cargados con mercancías de valor muy superior al del préstamo.

—¡Oh, padre Abraham, qué desconfiados son estos cristianos! —exclamó Shylock, que escuchaba la discusión—. Sus propios tratos crueles les enseñan a sospechar de los pensamientos de los demás. Os ruego que me contestéis a esto, Basanio: Si él no puede pagar ese día ¿cuál sería mi ganancia al cobrarme lo que he propuesto? Una libra de carne humana, sacada de un hombre, no tiene tanto valor ni se puede obtener tanto beneficio de ella como de un filete de cordero o de buey. Os digo que, para ganarme su favor, le ofrezco este trato amistoso. Si quiere aceptarlo, muy bien; si no, allá él.

Finalmente, y en contra de la opinión de Basanio, que, a pesar de todo lo que el judío había dicho sobre sus buenas intenciones no quería que su amigo corriera por su culpa el riesgo de una sanción tan repugnante, Antonio firmó el compromiso pensando que se trataba (como había dicho el judío) de un puro formulismo.

La rica heredera con la cual Basanio quería desposarse vivía cerca de Venecia en un lugar llamado Belmonte. Su nombre era Porcia y en nada desmerecía en dones del espíritu y en gracia personal ante la Porcia que, según nos cuenta la historia, fuera hija de Catón y esposa de Bruto.

Basanio, una vez obtenido el dinero que tan generosamente le ofreciera su amigo Antonio a riesgo de su vida, se dirigió a Belmonte con una espléndida comitiva, acompañado por un caballero de nombre Graciano.

Basanio tuvo éxito en su cortejo y Porcia no tardó en aceptarlo como futuro marido.

Basanio le confesó a Porcia que carecía de fortuna, y que sólo podía vanagloriarse de sus nobles antepasados y de su alta cuna; pero ella lo quería por sus buenas cualidades y era lo suficientemente rica como para no tomar en cuenta los bienes de fortuna de su esposo. Modestamente le dijo que ya

quisiera ella ser mil veces más bella y diez mil veces más acaudalada para ser más digna de merecerlo; y luego la cumplida Porcia graciosamente se rebajó, diciendo que era una joven que carecía de estudios, cultura y experiencia, pero que todavía estaba a tiempo de aprender, y que ponía su espíritu a su disposición, para que él lo guiara y dirigiera en todo. Haciendo entrega a Basanio de un anillo, le dijo:

—Yo, y todo lo que es mío, os lo doy y es vuestro desde ahora. Hasta ayer, Basanio, yo era única señora de esta noble mansión, reina de mí misma y ama de los sirvientes. Desde ahora, esta casa, estos criados y yo misma, os pertenecemos, señor mío; os hago entrega de todo al entregaros este anillo.

Basanio se sentía tan embargado por la gratitud y tan asombrado por la gentil manera en que la rica y noble Porcia había aceptado a un hombre de escasa fortuna, que no podía expresar su alegría y su respeto por su querida dama, que lo honraba con tal sinceridad más que con entrecortadas palabras de amor y de gratitud. Así que, cogiendo el anillo, juró no separarse nunca de él.

Graciano y Nerisa, la doncella de Porcia, estaban de servicio con su señor y su señora cuando Porcia prometiera, tan gentilmente, convertirse en la obediente esposa de Basanio; y Graciano, deseando a Basanio y la generosa dama toda clase de felicidades, pidió autorización para casarse al mismo tiempo.

—De todo corazón, Graciano —dijo Basanio—, tan pronto como consigas una esposa.

Graciano dijo entonces que estaba enamorado de la hermosa doncella de Porcia, Nerisa, y que ella había prometido casarse con él, si su señora se casaba con Basanio. Porcia preguntó a Nerisa si ello era cierto, y Nerisa replicó:

—Señora, así es, si me dais vuestra aprobación.

Porcia consintió gustosa, y Basanio le dijo amablemente:

—Entonces la celebración de nuestro matrimonio también se honrará con el vuestro, Graciano.

La felicidad de los enamorados sufrió en aquel momento un penoso revés, al presentarse un mensajero con una carta de Antonio que contenía espantosas noticias. Cuando Basanio leyó la carta de Antonio, Porcia temió que ésta informara de la muerte de un amigo muy querido, tal era la palidez que cubrió su rostro. Al preguntarle cuáles eran las noticias que tanto lo angustiaban, Basanio dijo:



—Oh dulce Porcia, aquí tenéis una muestra de las palabras más terribles que hayan sido puestas en papel. Mi gentil señora, la primera vez que os manifesté mi amor, sinceramente os dije que no tenía más riqueza que la que corría por mis venas; pero debiera haberos dicho que poseía menos que nada, ya que tenía una deuda.

Entonces Basanio le contó a Porcia lo que hemos relatado sobre el dinero que había recibido de Antonio y que Antonio había pedido al judío Shylock, y del compromiso en virtud del cual Antonio debería dar una libra de su carne, si el dinero no era devuelto en la fecha fijada; y entonces Basanio leyó la carta de Antonio, que decía así: «Querido Basanio: he perdido mis barcos, ha caducado el plazo con el judío y debo pagar, siendo imposible que sobreviva a ello. Quisiera verte en el momento de mi muerte, pero eres libre de obrar como quieras; si tu cariño por mí no te impulsa a venir, que tampoco lo haga esta carta.»

—Oh, mi amor querido —le dijo Porcia—, deja todo y ponte en camino; tendrás dinero para pagar veinte veces la deuda, antes de que este buen amigo pierda un solo cabello por culpa de mi Basanio; y como me cuestas tan caro, caro también será mi amor por ti.

Porcia dijo que se casaría con Basanio antes de su partida, para que pudiera disponer legalmente de su dinero; y aquel mismo día se casaron, y Graciano también desposó a Nerisa; y Basanio y Graciano, justo después de la boda, partieron velozmente hacia Venecia, donde Basanio se encontró con que Antonio estaba en prisión.

Como había caducado la fecha de pago, el cruel judío se negó a aceptar el dinero que Basanio le ofrecía e insistió en recibir una libra de la carne de Antonio. Se fijó la fecha en que este desagradable litigio sería visto ante el duque de Venecia y Basanio esperaba con inquietud y angustia el resultado del juicio.

Cuando Porcia despidió a su esposo, le habló con palabras animosas y le pidió que, a su regreso, trajera a su querido amigo con él; pero a pesar de todo temía que las cosas serían difíciles para Antonio y, cuando estuvo a solas, comenzó a meditar si ella podría ser de alguna utilidad y ayudar a salvar la vida del querido amigo de Basanio. Y aunque, para halagar a Basanio, le había dicho, con la modestia y amabilidad que corresponden a una esposa, que en todo se haría guiar por su mayor sabiduría, ahora que el peligro que corría el amigo de su venerado esposo exigía que actuase, no dudó en absoluto de sus propios poderes y de la lucidez de su recto juicio como único

guía, y de inmediato decidió dirigirse personalmente a Venecia para hablar en defensa de Antonio.

Porcia tenía un pariente que era consejero legal. Escribió a este caballero, cuyo nombre era Belario, exponiéndole el caso y pidiéndole su opinión; y le decía además que si, junto con su consejo, podría enviarle también los ropajes propios de un abogado. El mensajero, a su regreso, trajo cartas que contenían los consejos de Belario respecto a la forma de proceder y todos los elementos necesarios de la vestimenta.

Porcia se vistió con ropas masculinas y lo mismo hizo su doncella Nerisa, a la que llevó como escribiente, vistiendo ella los atuendos de abogado; de inmediato se pusieron en camino, llegando a Venecia el mismo día en que debía celebrarse el juicio. La causa estaba a punto de ser oída en presencia del duque y los senadores de Venecia en el recinto del senado, cuando Porcia hizo su entrada en dicha corte de justicia presentando una carta de Belario, en la que el experimentado abogado le decía al duque que hubiera venido personalmente a defender a Antonio, pero que se lo impedía una enfermedad, por lo que solicitaba que el joven doctor Baltasar (como llamaba a Porcia) fuera autorizado a defenderlo en su lugar. El duque aceptó la proposición, un tanto sorprendido por la juvenil apariencia del desconocido, perfectamente disfrazado con las ropas del abogado y con su voluminosa peluca.

Y comenzó entonces el trascendental juicio. Porcia miró en derredor, reconociendo al despiadado judío, y también vio a Basanio, pero éste, confundido por el disfraz, no se dio cuenta de que era ella. Se encontraba de pie junto a Antonio, sufriendo una agonía de angustia y miedo por su amigo.

La magnitud de la ardua tarea en que Porcia se había comprometido dio valor a la tierna dama y audazmente procedió a dar comienzo a su defensa: antes que nada se dirigió a Shylock y, después de admitir que la ley veneciana le daba derecho a recibir el pago estipulado en el compromiso, habló con tal dulzura sobre la noble cualidad de la clemencia, que cualquier otro corazón que no fuera el del despiadado Shylock se hubiera ablandado. Dijo que la misericordia es como la lluvia bienhechora que brota del cielo, y también es una doble bendición que toca tanto al que la recibe como al que da, y que engrandece a los monarcas aún más que su corona, siendo un atributo propio de Dios, por lo que el poder terrenal se acerca a Dios en la medida en que la misericordia modera la justicia. Y pidió a Shylock que recordara que, del mismo modo que todos piden misericordia en sus plegarias, la misma plegaria debiera enseñarnos a darla.

Por toda respuesta Shylock dijo que quería el pago establecido en el compromiso.

—¿No puede pagaros en dinero? —le preguntó Porcia.

Entonces Basanio le ofreció al judío el pago de los tres mil ducados con todos los intereses que él deseara, cosa que Shylock se negó a aceptar, insistiendo en que se le entregara una libra de la carne de Antonio. Entonces Basanio le rogó al joven abogado que torciera un poco la ley para salvar la vida de aquél. Pero Porcia respondió con mucha gravedad que una vez que se ha instituido una ley, ésta ya no puede ser modificada. Shylock, al oír que Porcia decía que la ley no podía ser modificada jamás, creyendo verse favorecido, exclamó:

—¡Es Daniel el que juzga! Sabio y joven abogado, ¡cuánto os respeto! ¡Vuestra sabiduría sobrepasa con mucho los años que representáis!

Entonces Porcia pidió a Shylock que la dejara ver el compromiso y, después de haberlo leído, dijo:

—El compromiso es éste y el judío puede reclamar legalmente una libra de la carne de Antonio, que él mismo cortará muy cerca de su corazón.

Y dirigiéndose a Shylock le dijo:

—Sed misericordioso, aceptad el dinero y permitidme romper el compromiso.

Pero el cruel Shylock no estaba dispuesto a demostrar piedad alguna y dijo:

—Juro, por mi alma, que no existe poder en la lengua de un hombre que pueda hacerme cambiar de idea.

—Entonces, Antonio —dijo Porcia—, debéis preparar vuestro pecho para que lo corte el cuchillo.

Y mientras Shylock afilaba un cuchillo, ansioso por cortar la libra de carne, Porcia le dijo a Antonio:

—¿Tenéis algo que decir?

Antonio, con tranquila resignación, replicó que no tenía mucho que decir, puesto que su mente estaba preparada para aceptar la muerte. Entonces le dijo a Basanio:

—Dame tu mano, Basanio. Ve con Dios. No te aflijas por ser la causa de mi desgracia. Dale mis recuerdos a tu honorable esposa y cuéntale cuánto te he querido.

Basanio, sumido en la más profunda aflicción, le dijo:

—Antonio, estoy casado con una mujer a la cual quiero tanto como a la vida misma; pero la misma vida, mi esposa y todo el mundo, no valen tanto

como tu vida. Lo perderé todo, le sacrificaré todo al demonio aquí presente con tal de salvarte.

Al oír esto Porcia, y aunque su bondadoso corazón no se sentía en absoluto ofendido con las expresiones de cariño de su esposo por un amigo tan leal como Antonio, no pudo evitar el decirle:

—A vuestra esposa no le agradaría mucho, de estar presente, oíros hacer semejante oferta.

Y entonces Graciano, a quien le gustaba imitar lo que hacía su señor, creyó oportuno hacer un discurso como el de Basanio y dijo ante los oídos de Nerisa, que, vestida de escribano, escribía junto a Porcia:

—Yo tengo una esposa a quien juro amar, pero la quisiera en el cielo si allí pudiera ejercer algún poder que cambiara la cruel disposición de este judío resentido.

—Está bien que expreses este deseo a sus espaldas, pues de lo contrario se terminaría la paz de tu hogar —dijo Nerisa.

Shylock gritó entonces impaciente:

—¡No perdamos más tiempo! ¡Solicito que se pronuncie la sentencia!

Entonces se produjo en la corte una expectación de espanto, y todos los corazones se encogieron de dolor por Antonio.

Porcia preguntó si estaban preparadas las balanzas para pesar la carne y le dijo al judío:

—Shylock: tenéis que llamar a un cirujano, para evitar que este hombre se desangre hasta perder la vida.

Shylock, cuya intención era justamente que Antonio se desangrara hasta morir, dijo:

—Eso no lo estipula el compromiso.

—No lo estipula el compromiso —replicó Porcia—, pero ¿qué más da? Sería bueno que lo hicieseis por caridad.

Y lo único que Shylock respondió fue esto:

—No lo he de llamar; no lo dice el compromiso.

—Entonces —dijo Porcia— una libra de la carne de Antonio os pertenece. La ley lo permite y la corte lo concede. Y podréis cortar la carne de su pecho. La ley lo permite y la corte lo concede.

—¡Oh, juez sabio y honesto! ¡Es Daniel el que juzga! —exclamó Shylock nuevamente.

Y volviendo a afilar su largo cuchillo y mirando a Antonio con codicia, le dijo:

—Vamos, preparaos.

—¡Alto ahí, judío! —le dijo Porcia—. Hay algo más. Este compromiso no os otorga ni una gota de sangre, pues las palabras escritas dicen expresamente «una libra de carne». Si al cortar la libra de carne derramáis una sola gota de sangre de cristiano, vuestras tierras y bienes os serán de inmediato confiscados, según la ley, por el ducado de Venecia.

Y como resultaba absolutamente imposible que Shylock pudiera cortar una libra de carne sin derramar sangre de Antonio, el astuto descubrimiento de Porcia al especificar que era carne y no sangre lo que el compromiso había establecido salvó la vida de Antonio, quedando todos maravillados por la asombrosa sagacidad del joven abogado, que felizmente había descubierto aquella condición. Por toda la sala del senado resonaron los aplausos y Graciano exclamó, imitando las palabras que Shylock usara:

—¡Oh, juez sabio y honesto! Mira, judío, tu Daniel ha emitido juicio.

Shylock, ante el fracaso de su cruel propósito, dijo, con expresión desencantada, que aceptaría el dinero, y Basanio, fuera de sí de felicidad ante la inesperada salvación de Antonio, exclamó:

—¡Aquí está el dinero!

Pero Porcia lo detuvo, diciendo:

—Calma, que no hay prisa; el judío no tendrá nada más que lo estipulado. Así que preparaos, Shylock, para cortar la carne, pero cuidado de no derramar sangre, ni de cortar nada más ni nada menos que una libra de carne. Si os equivocáis en un gramo de más o de menos, es decir, si la balanza indica una diferencia de peso no superior al de un solo cabello, las leyes de Venecia os condenarán a muerte y toda vuestra fortuna pasará a manos del senado.

—Dadme mi dinero y dejadme marchar —dijo Shylock.

—Aquí lo tengo a vuestra disposición —dijo Basanio.

Shylock se disponía a coger el dinero cuando Porcia lo detuvo nuevamente diciéndole:

—Deteneos, judío. Hay algo más que pesa sobre vos. Según las leyes de Venecia, vuestros bienes os serán confiscados por el estado, acusado de haber conspirado contra la vida de uno de sus ciudadanos, y vuestra vida queda a disposición del duque; por lo tanto, poneos de rodillas e implorad la clemencia del duque.

El duque entonces se dirigió a Shylock, diciéndole:

—Para que podáis ver la diferencia entre nuestro espíritu cristiano y el vuestro, os perdono la vida antes de que me lo solicitéis; la mitad de vuestra fortuna pasará a poder de Antonio, y la otra mitad, al estado.

El generoso Antonio dijo entonces que renunciaba a su parte de la fortuna de Shylock si éste firmaba una escritura que estipulara que, a su muerte, pasaría a poder de su hija y su marido, pues Antonio estaba enterado de que el judío tenía una hija única que, recientemente, y contraviniendo su voluntad, se había casado con un joven cristiano llamado Lorenzo y que era amigo de Antonio; Shylock había considerado la ofensa tan grave, que la había desheredado.

El judío accedió a esto y, al verse frustrado en su venganza y despojado de sus bienes, dijo:

—Me siento enfermo. Permitidme ir a casa; enviadme la escritura y traspasaré la mitad de mis bienes a mi hija.

—Marchaos entonces —dijo el duque— y firmad; y si os arrepentís de vuestra crueldad y os convertís en cristiano, el estado os perdonará la multa sobre la otra mitad de vuestra fortuna.



El duque entonces devolvió la libertad a Antonio y disolvió la corte, expresando su admiración por la sabiduría y sencillez del joven abogado, al que invitó a cenar con él. Porcia, que quería regresar a Belmonte antes que su marido, respondió:

—Humildemente os agradezco el honor, su señoría, pero debo ponerme en camino de inmediato.

El duque le dijo que lamentaba que no tuviera tiempo para quedarse a cenar en su compañía y agregó, volviéndose hacia Antonio:

—Recompensad a este caballero, pues, en mi opinión, estáis en deuda con él, y en gran medida.

El duque y los senadores abandonaron la corte y entonces Basanio le dijo a Porcia:

—Respetable y digno caballero: yo y mi amigo Antonio, gracias a vuestra sabiduría, hemos escapado hoy a un penoso castigo, por lo que os ruego que aceptéis los tres mil ducados que le debía al judío.

—Y seguiremos en deuda, ahora y siempre, con vos. Estamos a vuestro servicio y gozáis de nuestra estima —agregó Antonio.

No lograron convencer a Porcia de que aceptara el dinero, pero como Basanio seguía insistiendo para que aceptara alguna recompensa, le dijo:

—Dadme vuestros guantes. Los llevaré en recuerdo vuestro.

Basanio se quitó los guantes y ella vio que en su dedo llevaba el anillo que le había dado, y era este anillo lo que la astuta dama quería conseguir para gastarle una broma a su Basanio cuando volvieran a verse y, con esta intención, le había pedido los guantes. Al ver el anillo, dijo:

—Y, en prenda de vuestra estimación, también os aceptaré ese anillo.

Basanio se sintió muy incómodo, pues el abogado le estaba pidiendo la única cosa de la que no podía separarse, por lo que muy confuso le explicó que no podía darle aquel anillo, pues se trataba del regalo de su esposa, a la que había hecho el voto de no separarse de él jamás. En cambio le daría el anillo más valioso de toda Venecia, haciendo una proclama para dar con él. Ante esta disculpa, Porcia simuló sentirse ofendida y abandonó la corte, diciendo:

—Señor: me acabáis de enseñar cómo se debe responder a un pordiosero.

—Querido Basanio —le dijo Antonio—, permítele quedarse con el anillo; que mi cariño y el gran servicio que me ha prestado sirvan de contrapeso al disgusto de tu mujer.

Basanio, avergonzado por haber parecido tan desagradecido, se dejó convencer y envió a Graciano en pos de Porcia, llevándole el anillo. Y



entonces el escribiente Nerisa, que también le había entregado un anillo a Graciano, le pidió un anillo, y Graciano, no queriendo que su señor lo sobrepasara en generosidad, le dio el anillo. Y ambas damas rompieron en carcajadas al pensar cómo castigarían a sus maridos, una vez que hubieran regresado, por desprenderse de su anillo respectivo, jurando que seguramente se lo habrían dado a una mujer.

Al regresar a casa, Porcia sentía la satisfacción espiritual que siempre se hace presente cuando uno es consciente de haber realizado una buena acción; con el ánimo alegre, gozaba de todo lo que veía: nunca antes la luna le había parecido tan brillante, y cuando una nube ocultó a la hermosa luna, vio la luz que alumbraba desde su hogar de Belmonte, y también esto la complació, y le dijo a Nerisa:

—Esa luz que vemos alumbra en mi salón; lo mismo que una pequeña bujía puede hacer llegar muy lejos su destello, también una buena acción resplandece intensamente en este malvado mundo.

Y al oír el sonido de la música que venía de su hogar, dijo:

—Me parece que la música suena más dulcemente que de día.

Y entonces Porcia y Nerisa entraron en la casa y volvieron a ponerse sus propias ropas para esperar el regreso de sus esposos, quienes no tardaron en hacer su entrada en compañía de Antonio. Basanio presentó a su querido amigo a su señora Porcia y, apenas habían concluido la bienvenida y las felicitaciones, advirtieron que Nerisa y su marido discutían en un rincón de la habitación.

—¿Tan pronto reñís? —preguntó Porcia—. ¿Qué sucede?

Graciano le respondió:

—Señora, es por una miserable sortija dorada que Nerisa me dio, con estas palabras grabadas, como la poesía en el cuchillo del cuchillero: «Ámame y no me abandones».

—¿Y qué tiene que ver la poesía o el valor del anillo? —dijo Nerisa—. Cuando te lo di me juraste que lo guardarías hasta la hora de tu muerte, y ahora vienes y me dices que se lo has dado al escribiente del abogado. Sé que se lo has regalado a una mujer.

—Juro por esta mano —replicó Graciano—, que se lo di a un muchacho, casi un niño, un muchachito esmirriado no más alto que tú; era el escribiente del joven abogado que con su inteligente alegato salvó la vida de Antonio, y el pequeño charlatán rogó que se le diera una recompensa, cosa que no hubiera podido negarle, aunque me fuera en ello la vida.

Porcia dijo:

—Hiciste mal, Graciano, en separarte del primer regalo de tu esposa. Yo le he dado un anillo a Basanio, mi señor, y estoy segura de que no existe nada en el mundo que lo haga separarse de él.

Graciano, para disculparse por su falta, dijo entonces:

—Mi señor Basanio le regaló su anillo al abogado y fue entonces cuando el mocito, su escribiente, que tanto se afanó escribiendo, me pidió el anillo.

Al oír lo dicho, Porcia aparentó un gran enfado y regañó a Basanio por haber regalado el anillo y agregó que ya Nerisa la había puesto sobre la pista de la verdad, pues sabía que alguna mujer tenía el anillo. Basanio se sentía muy desgraciado por haber ofendido a su querida señora de tal manera y muy seriamente explicó:

Por mi honor, juro que no lo tiene una mujer, sino un abogado que rehusó tres mil ducados, pidiéndome el anillo en cambio y, al negárselo, se retiró muy disgustado. ¿Qué podía hacer yo, querida Porcia? Me sentí tan avergonzado por mi aparente ingratitud, que me vi en la obligación de enviarle el anillo. Perdón, mi querida esposa; si hubierais estado allí, creo que me hubierais pedido el anillo para dárselo vos misma a tan excelente abogado.

—Oh —dijo Antonio—, soy la desgraciada causa de todas estas riñas.

Porcia le pidió a Antonio que no se apenara, y le dijo que en todo caso era bienvenido.

—Una vez presté mi cuerpo en beneficio de Basanio —dijo Antonio entonces—, y si no hubiera sido por aquél a quien vuestro marido dio el anillo, ahora estaría muerto. Una vez más me atrevo a comprometerme, con mi corazón como fianza, diciendo que vuestro esposo no volverá a quebrantar una promesa que os haya hecho.

—Entonces os tomo por aval suyo —dijo Porcia—. Entregadle este anillo y rogadle que lo cuide mejor que el anterior.

Cuando Basanio vio el anillo, quedó muy sorprendido de que fuera el mismo que había regalado y entonces Porcia les reveló que ella era el joven abogado, y Nerisa el escribiente. Y Basanio tuvo la alegría inenarrable de saber que al noble valor y a la sabiduría de su mujer debía la salvación de la vida de Antonio.

Porcia una vez más dio la bienvenida a Antonio, entregándole cartas que por alguna circunstancia habían llegado a sus manos; éstas contenían una relación de los barcos de Antonio, que supuestamente estaban perdidos, pero que habían llegado a puerto sanos y salvos. Y así quedó olvidado el trágico comienzo de esta historia de mercaderes, gracias a la inesperada buena fortuna con que se resolvió; y hubo horas felices para reír de la cómica

aventura de los anillos y de los esposos que no reconocieron a sus propias mujeres y Graciano juró alegremente en verso

*... que mientras vida tuviera  
de nada mas cuidaría,  
como de guardar consigo  
el anillo de Nerisa.*

## Cimbelino

En los tiempos de César Augusto, emperador de Roma, reinaba en Inglaterra, llamada por entonces Bretaña, un rey cuyo nombre era Cimbelino.

La esposa de Cimbelino había muerto cuando sus tres hijos, dos varones y una niña, eran todavía muy pequeños. Imogen, la mayor de los tres, creció en la corte de su padre, pero a los dos hijos de Cimbelino, inexplicablemente, los habían robado de su cuna cuando el mayor apenas alcanzaba los tres años y el menor era todavía un bebé. Cimbelino nunca llegó a saber qué había sido de ellos ni quién los había sustraído.

Cimbelino contrajo segundas nupcias y su segunda mujer resultó ser perversa y enredosa, y una madrastra cruel para Imogen, la hija de Cimbelino con su primera esposa.

La reina, aunque odiaba a Imogen, deseaba casarla con un hijo suyo de un matrimonio anterior, pues también se había casado dos veces. Por medio de este enlace esperaba, a la muerte de Cimbelino, coronar a su hijo Cloten con la corona británica, pues sabía que, si los hijos del rey no aparecían, la heredera sería la princesa Imogen. Pero la propia Imogen hizo imposible este proyecto al casarse sin el consentimiento de su padre y de la reina, y sin siquiera comunicárselo.

Póstumo, pues ése era el nombre del esposo de Imogen, era el estudioso más destacado y el caballero más cumplido de su tiempo. Su padre había muerto en la guerra combatiendo por Cimbelino y, poco después de su nacimiento, su madre también murió de pena por la pérdida de su esposo.

Cimbelino se compadeció del desamparo del huérfano y se hizo cargo de Póstumo, al que dio ese nombre por haber nacido después de la muerte de su padre, educándolo en la corte.

Imogen y Póstumo fueron educados por los mismos maestros, siendo compañeros de juego desde la infancia; cuando niños se querían considerablemente y su cariño fue creciendo con los años y, al hacerse mayores, se casaron en secreto.

La reina tuvo la decepción de enterarse en seguida del secreto, pues mantenía espías que vigilaban permanentemente las acciones de su hijastra, y de inmediato dio a conocer al rey el matrimonio entre su hija y Póstumo.

La ira de Cimbelino no tuvo límites al saber que su hija, olvidando su linaje real, se había desposado con un súbdito. Ordenó a Póstumo que abandonara Bretaña, desterrándolo para siempre de su país natal.

La reina, que simulaba sentir lástima de Imogen por la pena que le causaba perder a su marido, se ofreció a conseguirles un encuentro a solas antes de que Póstumo partiera para Roma, ciudad donde había elegido residir en su destierro. Esta bondad aparente no tenía otro fin que el de velar por el éxito de su proyecto relacionado con su hijo Cloten, pues tenía la intención de persuadir a Imogen, una vez que su esposo hubiera partido, de que su matrimonio no era legal, pues no había contado con el consentimiento del rey.

Imogen y Póstumo se despidieron amorosamente. Imogen entregó a su esposo un anillo de diamantes que había sido de su madre y Póstumo le prometió que jamás se separaría de él y, poniendo un brazalete en torno al brazo de Imogen, le pidió que lo guardara con gran cuidado como testimonio de su amor. Entonces se despidieron haciéndose votos de eterno amor y fidelidad.

Imogen permaneció en la corte de su padre, convirtiéndose en una dama solitaria y abatida, mientras Póstumo llegaba a Roma, el lugar de su exilio.

En Roma, Póstumo trabó amistad con algunos alegres jóvenes de diferentes nacionalidades que gustaban de hablar de mujeres con desenfado, alabando cada cual las cualidades de las damas de su país y de la dama que amaba. Póstumo, que siempre tenía a su querida dama en el pensamiento, afirmó que su esposa, la bella Imogen, era la mujer más virtuosa, sabia y fiel de todo el mundo.

Uno de estos caballeros, cuyo nombre era Iachimo, se sintió ofendido de que se alabara tanto a una dama británica, poniéndola por encima de las romanas, sus coterráneas, por lo que provocó a Póstumo aparentando dudar de la fidelidad de su esposa tan respetada y admirada. Y por fin, y después de una larga discusión, Póstumo accedió a la proposición de Iachimo de que él, Iachimo, viajaría a Bretaña e intentaría ganarse el amor de la casada Imogen. Apostaron entonces que, si Iachimo fracasaba en su perverso proyecto, debería pagar una gran suma de dinero; pero que si conseguía ganar el favor de Imogen, convenciéndola para que le entregara el brazalete que Póstumo le había dado, pidiéndole tan encarecidamente que lo conservara en recuerdo de su amor, entonces el resultado de la apuesta sería que Póstumo debería ceder

a Iachimo el anillo que había sido el amoroso regalo de Imogen al esposo del cual debía separarse. Póstumo tenía tanta fe en la fidelidad de Imogen que creyó no correr ningún riesgo poniendo a prueba su honor.

A su llegada a Bretaña, Iachimo consiguió ser admitido y recibido cortésmente por Imogen en su calidad de amigo de su esposo. Pero cuando comenzó a manifestarle su amor, ella lo rechazó desdeñosamente, y pronto comprendió que no podía abrigar ninguna esperanza de llevar a cabo su infame propósito.

Pero el deseo de ganar la apuesta hizo que Iachimo pensara en una estratagema para vencer a Póstumo, y con este fin sobornó a algunos de los sirvientes de Imogen, que lo introdujeron a su dormitorio escondido dentro de un baúl, en donde permaneció encerrado hasta que Imogen se retiró a descansar y se hubo dormido. Entonces salió del baúl y examinó la habitación muy detenidamente, anotando todo lo que veía y especialmente que Imogen tenía un lunar en el cuello. Luego desprendió muy suavemente el brazalete que Póstumo le había dado y volvió a esconderse dentro del baúl; al día siguiente partió velozmente con dirección a Roma y presumió ante Póstumo de que Imogen le había dado el brazalete, permitiéndole también que pasara la noche en su habitación. Iachimo contó así la falsa historia:

—Su dormitorio dijo— tiene tapices de seda y plata que cuentan la historia de la arrogante Cleopatra en el momento de encontrarse con Antonio, que es una obra muy bien concebida.

Es verdad —dijo Póstumo—, pero lo pudiste saber de oídas, sin que llegaras a verlo.

—Y luego la chimenea —dijo Iachimo— está en la pared sur de la habitación y en ella está representada «el baño de Diana». Nunca he visto figuras talladas con tanta vida.

—También eso puedes haberlo oído —dijo Póstumo—, pues es muy conocido.

Con igual precisión Iachimo describió el cielo raso de la habitación y agregó:

—Casi había olvidado los morillos del hogar, que son dos cupidos de plata, guiñando un ojo y con un pie levantado.

Y por último sacó el brazalete y preguntó:

—¿Conocéis esta joya, señor? Ella me la ha dado. Se la sacó del brazo. Todavía parece que la estoy viendo; su hermosa acción sobrepasó al regalo, enriqueciéndolo al mismo tiempo. Cuando me lo dio me dijo que «en un tiempo lo había apreciado».

Finalmente describió el lunar que le había visto en el cuello.

Póstumo, que había oído todo el relato sumido en una agonía de dudas, prorrumpió en un apasionado torrente de palabras contra Imogen y entregó el anillo de diamantes a Iachimo, puesto que así estaba acordado en caso de que éste consiguiera el brazalete de Imogen.

Entonces Póstumo, en un acceso de cólera, le escribió a Pisanio, un señor británico que era uno de los sirvientes de Imogen y que además era un antiguo amigo de Póstumo y, contándole que tenía pruebas de la infidelidad de su esposa, le pidió que llevara a Imogen a Milford-Haven, un puerto de Gales, donde debería darle muerte. Al mismo tiempo escribió una carta a Imogen en que falsamente le decía que no podía vivir por más tiempo sin verla, y puesto que le estaba prohibido bajo pena de muerte volver a Bretaña, iría sin embargo hasta Milford-Haven y le pedía que fuera a encontrarse con él en ese lugar, haciéndose acompañar por Pisanio. La buena señora, que amaba a su esposo más que a nada en el mundo y que lo que más deseaba en la vida era verlo, sin sospechar nada, se puso en camino rápidamente la misma noche en que recibiera la carta, llevando a Pisanio con ella.

Cuando el viaje estaba próximo a su fin, Pisanio, que, aunque leal a Póstumo, no lo sería hasta el punto de ayudarlo en una mala acción, reveló a Imogen la cruel orden que le había sido dada.

Cuando Imogen se dio cuenta de que, en vez de ir al encuentro de un esposo querido y enamorado, ese mismo esposo la condenaba a muerte, se sumió en una congoja infinita.

Pisanio la convenció de que debía recuperarse y esperar con paciente fortaleza el momento en que Póstumo viera con claridad y se arrepintiera de su injusticia: mientras tanto, y puesto que en su dolor se negó a regresar a la corte de su padre, le aconsejó que vistiera ropas de hombre para que su viaje fuera más seguro; ella accedió, pensando que, así disfrazada, iría hasta Roma a ver a su esposo, al cual, a pesar de haberla tratado tan brutalmente, no podía dejar de amar.

Cuando Pisanio le hubo proporcionado su nueva vestimenta, la dejó abandonada a su incierta fortuna, pues estaba obligado a regresar a la corte. Pero antes de partir le entregó un frasquito que contenía un cordial que, según le dijo, la reina le había dado por ser un remedio eficaz contra todos los males.

La reina, que odiaba a Pisanio por ser amigo de Imogen y Póstumo, le había dado el frasquito suponiendo que contenía veneno, pues le había pedido a su médico un poco de veneno para probar sus efectos, dijo, en los animales;

pero el médico, que conocía su carácter maligno, no confiaba en el uso que daría a un verdadero veneno y le dio una droga que no causaba otro mal que el de hacer dormir durante unas cuantas horas con apariencia de muerte. Esta pócima, que Pisanio creía un excelente cordial, fue la que ofreció a Imogen, diciéndole que, si en el trayecto se sentía enferma, la tomara. Y luego, tras bendecirla y rogar por su seguridad y por que sus inmerecidos problemas tuvieran un final feliz, se marchó.

Misteriosamente la providencia dirigió los pasos de Imogen a donde vivían sus dos hermanos, los mismos que habían sido robados en la niñez. Belario, que se los había llevado, era un señor de la corte de Cimbelineo, a quien el rey había acusado infundadamente de traición, haciéndole abandonar la corte. En venganza, éste había robado a los dos hijos de Cimbelineo y los había criado en el bosque, donde vivía oculto en una cueva. Los había robado por venganza, pero no tardó en quererlos tan entrañablemente como si hubieran sido sus propios hijos y los educó con esmero. Así que éstos, con el tiempo, se convirtieron en unos jóvenes admirables a los que su espíritu principesco inclinaba a emprender acciones audaces y valientes; y puesto que subsistían de la caza, eran enérgicos y robustos y siempre presionaban a su supuesto padre para que los dejara buscar fortuna en las guerras.

Quiso la fortuna que Imogen llegara precisamente al refugio donde vivían estos jóvenes. Se había perdido en un gran bosque que debía atravesar de camino hacia Milford-Haven, desde donde pensaba embarcar hacia Roma. Incapaz de encontrar algún lugar donde abastecerse de alimentos, estaba casi desfallecida de fatiga y de hambre, pues no le basta a una joven dama que ha crecido rodeada de cuidados el vestir ropas masculinas para poder soportar el esfuerzo de vagabundear por un bosque solitario como lo haría un hombre. Al ver el refugio entró en él, con la esperanza de encontrar a alguien que le proporcionara comida. No había nadie en la cueva, pero al buscar un poco encontró algo de carne fría y, como tenía muchísima hambre y no podía esperar a que la invitaran, se sentó y se puso a comer.

«¡Ay! —se dijo, hablando consigo misma—. Ahora me doy cuenta de lo fatigosa que es la vida de un hombre. ¡Qué cansada estoy! Durante dos noches seguidas el suelo ha sido mi lecho; sólo mi decisión me mantiene, si no ya estaría enferma. Cuando Pisanio me enseñó Milford-Haven desde la cumbre de un cerro, ¡qué próximo me pareció!»

Entonces sus pensamientos se dirigieron a su esposo y a su cruel intento y dijo:

—¡Oh, mi querido Póstumo, no sois leal!



Los dos hermanos de Imogen, que habían estado cazando en compañía de su supuesto padre, Belario, regresaron entonces a su vivienda. Belario les había dado los nombres de Polidoro y Cadwal e, ignorantes de todo, suponían que su padre era Belario. Pero los nombres reales de los príncipes eran Guiderio y Arvirago.

Belario fue el primero en entrar en la vivienda y, viendo a Imogen, los detuvo, diciendo:

—No entréis todavía. Alguien está comiéndose nuestras vituallas; si no, creería que es un hada.

—¿Qué sucede, señor? —preguntaron los jóvenes.

—Por Júpiter —dijo Belario nuevamente—. Hay un ángel en la cueva y, si no lo es, será su igual en esta tierra.

Tal era la belleza de Imogen con sus vestimentas de muchacho.

Ella, al oír el sonido de las voces, salió de la cueva y se dirigió a ellos con las siguientes palabras:

—Buenos señores, no me causéis daño; antes de entrar en vuestro refugio tenía la intención de comprar los alimentos o rogar que me los dieran. Desde luego, nada he robado, ni lo haría aunque el suelo hubiera estado espolvoreado de oro. Aquí está el pago de mi comida, que hubiera dejado sobre la mesa en quedando satisfecho y me hubiera despedido con bendiciones para quienes me permitieron comer.

Ellos rehusaron el dinero muy cortésmente.

—Veo que estáis enfadados conmigo —dijo la tímida Imogen—, pero señores, si me matáis por mi falta, sabed que igualmente hubiera muerto si no la hubiera cometido.

—¿Hacia dónde vais y cómo os llamáis? —le preguntó Belario.

—Mi nombre es Fidelio —respondió Imogen—. Tengo un pariente que parte para Italia y embarca en Milford-Haven; yo iba para allá y estaba casi muerto de hambre; por eso he llegado al punto de cometer esta falta.



Por favor, gentil doncel —dijo el viejo Belario—, no penséis que somos unos patanes, ni midáis nuestra bondad por la rustica vivienda que habitamos. Habéis llegado a un buen lugar. Ya es casi de noche. Mejor será que os recuperéis antes de partir, y gracias por acompañarnos y comer. Muchachos, dadle la bienvenida.

Los amables jóvenes, sus hermanos, recibieron cortésmente a Imogen en su refugio, mostrándose cordiales y diciendo que les gustaría mucho que fuera su hermano (aunque debieran haber dicho *hermana*) y entraron en la cueva donde Imogen les deleitó con sus dotes domésticas, ayudándolos a preparar su cena con la carne de venado que acababan de traer de la cacería. En la actualidad no es costumbre que las mujeres de alta cuna sepan de cocina, pero por entonces sí lo era, e Imogen se destacaba en este arte tan útil. Y, como bien dijeran sus hermanos, Imogen cortó los vegetales y sazonó el caldo como si Juno hubiera enfermado y Fidelio se hubiera tenido que encargar de su dieta.

—Y además —dijo Polidoro a su hermano— verdaderamente canta como un ángel.

También observaron los tres que, aunque Fidelio sonreía con dulzura, una triste melancolía ensombrecía su linda cara, como si, juntos, el dolor y la paciencia hubieran tomado posesión de ella.

Por estas amables cualidades, o tal vez por su cercano parentesco, aunque no lo supieran, Imogen, o Fidelio, como la llamaban los muchachos, se convirtió en la mimada de sus hermanos; y ella los quería tanto que pensaba que, si no fuera por el recuerdo de su amado Póstumo, podría vivir y morir en aquella cueva, en compañía de aquellos jóvenes criados en la espesura del bosque. De buen grado accedió a quedarse con ellos hasta que se hubiera recuperado de la fatiga del viaje y pudiera seguir su camino a Milford-Haven.

Cuando se terminó la carne del venado, salieron de caza a buscar más, pero Fidelio no pudo acompañarlos porque se sentía mal. Sin duda su malestar se debía a la pena que le producía la crueldad de su esposo y también a la fatiga de vagabundear por el bosque.

Después de despedirse, sus hermanos partieron de caza y durante todo el camino alabaron la nobleza y el gracioso comportamiento del joven Fidelio.

Apenas Imogen se hubo quedado a solas, se acordó del cordial que Pisanio le había dado y lo bebió hasta la última gota, cayendo en seguida en un sueño tan profundo que se asemejaba a la muerte.

Cuando Belario y los jóvenes regresaron de la cacería, Polidoro fue el primero en entrar a la cueva y, suponiendo que dormía, se quitó sus pesados

zapatos, para pisar silenciosamente y no despertarla; tal era la auténtica gentileza de estos rústicos príncipes. Pero no tardó en darse cuenta de que ningún ruido podía hacerla despertar, llegando a la conclusión de que había muerto, lo que lo hizo lamentarse sobre su cadáver con el dolor propio del cariño fraternal, como si desde la infancia, no se hubiesen separado jamás.

Belario propuso llevarla al bosque para celebrar allí un funeral solemne con cánticos y endechas, como era costumbre en aquellos tiempos.

A Imogen la llevaron sus dos hermanos a un lugar protegido y sombrío, donde suavemente la depositaron sobre la hierba, cantando responsos por su alma y cubriéndola con hojas y flores. Y luego Polidoro dijo:

—Mientras dure el verano y yo esté aquí, Fidelio, todos los días esparciré sobre tu tumba pálidas primulas, la flor más parecida a tu rostro; campanillas azules, como tus venas, y también hojas de eglantina, cuyo perfume no es más dulce que tu aliento; con todo ello cubriré tu tumba. Sí, y también de mullido musgo, en invierno, cuando ya no haya flores para abrigar tu dulce cuerpo.

Cuando hubieron terminado las exequias, se marcharon muy apesadumbrados.

No había transcurrido mucho tiempo desde que Imogen fuera dejada a solas cuando, desaparecido el efecto del narcótico, despertó, desprendiéndose con toda facilidad de la liviana cobertura de hojas y flores que habían esparcido sobre su cuerpo y, levantándose, pensó que había estado sonando, por lo que se dijo:

—Creía ser la cocinera de gente honesta a la cual también aseaba su cueva. ¿Cómo he podido llegar aquí cubierta de flores?

Como le resultaba imposible encontrar el camino de regreso a la cueva y no veía por ningún sitio a sus nuevos compañeros, pensó que efectivamente se había tratado de un sueño. Y una vez más emprendió su agotadora peregrinación con la esperanza de encontrar por fin el camino de Milford-Haven para embarcar allí en dirección a Italia, pues todos sus pensamientos todavía estaban ligados a su esposo Póstumo, a quien pretendía encontrar, disfrazándose de paje.

Pero Imogen ignoraba los grandes acontecimientos que por entonces estaban sucediendo, pues de repente se había iniciado la guerra entre el emperador de Roma, César Augusto, y el rey Cimbelino, de Bretaña, donde ya había desembarcado el ejército invasor romano que avanzaba atravesando el mismo bosque en donde se encontraba Imogen. Póstumo venía con este ejército.

Aunque Póstumo había llegado a Bretaña acompañando al ejército romano, no tenía la intención de combatir por él contra sus propios compatriotas, sino que pretendía unirse al ejército británico para defender la causa del rey que lo había desterrado.

Todavía creía que Imogen le había sido infiel; sin embargo la muerte de quien amara tan entrañablemente y a quien, por orden suya, quitaran la vida (Pisanio le había escrito una carta en que decía haber obedecido su orden y que Imogen había muerto), pesaba dolorosamente en su corazón y, por esa razón, regresó a Bretaña con la esperanza de encontrar la muerte en el campo de batalla, o bien de ser condenado a muerte por el propio Cimbelino, por regresar a su patria después de haber sido desterrado de ella.

Antes de llegar a Milford-Haven, Imogen cayó en manos del ejército romano y, como su aspecto y su comportamiento eran muy agradables, el general romano Lucio la hizo su paje.

El ejército de Cimbelino salió al encuentro del enemigo y, al entrar en el bosque, Polidoro y Cadwal se adelantaron para unirse al ejército real. Los jóvenes estaban ansiosos de participar en actos de coraje, aunque no sospechaban que lucharían por el ejército de su propio padre. También el viejo Belario los acompañó al combate. Ya hacía mucho que experimentaba pesar por el mal que le había infligido a Cimbelino al arrebatarse a sus hijos y, como había sido soldado en su juventud, gustosamente se unió al ejército para luchar por el rey al que había perjudicado de tal modo.

No tardó en comenzar una gran batalla entre los dos ejércitos, y los británicos hubieran sido derrotados y el propio Cimbelino muerto, si no hubiera sido por el extraordinario valor de que hicieran gala Póstumo y Belario y los dos hijos de Cimbelino. Rescataron al rey, salvándole la vida, y con ello cambió su suerte enteramente, permitiendo que los británicos obtuvieran la victoria.

Una vez finalizada la batalla, Póstumo, que no había encontrado la muerte que buscaba, se entregó a uno de los oficiales de Cimbelino, deseoso de que lo condenaran a muerte, pues ese había de ser su castigo si regresaba del destierro.

Imogen y el señor al cual servía fueron hechos prisioneros y llevados a presencia de Cimbelino, así como su antiguo enemigo Iachimo, que era oficial del ejército romano. Cuando estos prisioneros estaban ante el rey, Póstumo fue conducido allí para recibir la sentencia de muerte y, por una extraña coincidencia, también Belario, junto con Polidoro y Cadwal, se presentaron ante el rey en aquel mismo momento para recibir los premios a que los hacían

acreedores los grandes servicios prestados al rey con su valor. También Pisanio, que era uno de los ayudantes del rey, estaba presente.

Por lo tanto se encontraban en presencia del rey, con esperanzas y temores bien diversos, Póstumo e Imogen con su nuevo señor, el general romano; el fiel Pisanio y el perjurio Iachimo; y también los dos hijos de Cimbeline, con Belario, que los había robado.

El general romano fue el primero en hablar; el resto se mantuvo en silencio ante el rey, aunque entre ellos había más de un corazón que palpitaba agita agitadamente.

Imogen vio a Póstumo y lo reconoció aunque estaba disfrazado de campesino, pero éste no la reconoció a ella, en su vestimenta masculina; y también vio a Iachimo y observó el anillo que llevaba en el dedo, que reconoció como suyo, pero sin saber todavía que éste había sido el causante de sus desdichas; y estaba frente a su propio padre en calidad de prisionero de guerra.

Pisanio reconoció a Imogen, pues había sido él quien la vistiera con las ropas de muchacho.

«Es mi señora —pensó—. Puesto que vive, que el tiempo decida para bien o para mal.»

También la reconoció Belario, quien dijo en voz baja a Cadwal:

—¿No es ése el muchachito, que ha vuelto de la muerte?

—Un grano de arena —replicó Cadwal— no es tan semejante a otro como ese sonrosado y tierno doncel se asemeja a Fidelio.

—El mismo que estaba muerto vive —dijo Polidoro.

—Calma, calma —dijo Belario—. Si fuese él, estoy seguro de que nos habría hablado.

—Pero lo hemos visto muerto —murmuró nuevamente Polidoro.

—Silencio —respondió Belario.

Póstumo esperaba en silencio que se pronunciara su ansiada sentencia de muerte, por lo que decidió no revelar al rey que le había salvado la vida durante la batalla, pues podría ocurrir que Cimbeline se sintiera inclinado a perdonarlo.

Lucio, el general romano que había tomado a Imogen bajo su protección, haciéndola su paje, fue el primero, como ya hemos dicho, que se dirigió al rey. Se trataba de un hombre de gran valor y noble dignidad y éstas fueron sus palabras:

He sabido que no pedís rescate por vuestros prisioneros, condenándolos a todos a muerte. Yo soy romano y, como romano, aceptaré la muerte. Pero hay

algo que deseo pedir —dijo llevando a Imogen ante el rey—. Este jovencito es británico. Permitid que sea liberado. Ha sido mi paje. Nunca un amo tuvo un paje más bondadoso, cumplido, diligente en todo momento, sincero y solícito. No ha causado daño a ningún británico, aun estando al servicio de un romano. Aunque no perdonéis a ningún otro, perdonad a éste.

Cimbelino miró gravemente a su hija Imogen, sin reconocerla debido a su disfraz, pero al parecer la naturaleza todopoderosa habla desde el fondo de su corazón y dijo:

—Estoy seguro de que lo conozco. Su cara me parece familiar. No sé por qué ni cómo digo: ¡vive, hijo! Y al darte la vida te concedo una dádiva. Pide lo que quieras, sí, aunque sea la vida del más noble de mis prisioneros.

—Doy las gracias humildemente a su alteza —dijo Imogen.

Por aquel entonces, una dádiva equivalía a conceder algo, sea lo que fuere, que la persona podía pedir y obtener. Todos estaban ansiosos de saber qué iba a pedir el paje, y Lucio, su amo, le dijo:

—No ruego por mi vida, buen muchacho, pero sé que pedirás por ella.

—No, no, lo lamento —dijo Imogen—, pero tengo otro propósito, buen señor. No puedo pedir por vuestra vida.

Esta aparente ingratitud asombró al general romano.

Entonces Imogen fijó sus ojos en Iachimo y no pidió más dádiva que ésta: que Iachimo confesara cómo había obtenido el anillo que llevaba en el dedo.

Cimbelino le concedió dicha petición y amenazó a Iachimo con la tortura si no confesaba de qué modo había llegado el anillo de diamantes a su dedo.

Iachimo no tuvo más remedio que hacer una confesión completa de todas sus felonías, contando la ya conocida historia de su apuesta con Póstumo y cómo había conseguido burlarlo en su credulidad.

Los sentimientos que experimentó Póstumo al saber que su esposa no había sido culpable no pueden expresarse aquí. Al momento dio un paso adelante, confesándole a Cimbelino el cruel castigo que, por encargo suyo, Pisanio había infligido a la princesa y exclamó, desesperadamente:

—¡Oh, Imogen, mi reina, mi vida, mi esposa! ¡Oh, Imogen, Imogen, Imogen!

Imogen no pudo soportar ver a su querido esposo embargado por la desesperación sin descubrirse, con lo que la alegría de Póstumo fue indescriptible, pues de esa manera se aliviaba del peso de la culpa y del dolor, recuperando el favor de su querida esposa a la que había tratado tan despiadadamente.

Cimbelino, casi tan radiante de alegría como él por haber recuperado a su hija perdida y de un modo tan extraño, la acogió en palacio con afecto paternal y no sólo perdonó la vida de su esposo Póstumo, sino que aceptó reconocerlo como yerno.

Belario eligió aquel momento de felicidad y reconciliación para hacer su propia confesión. Se adelantó hacia el rey con Polidoro y Cadwal y los presentó como sus hijos Guiderio y Arvirago.

Cimbelino perdonó al anciano Belario, pues nadie podía pensar en castigos en un momento de semejante felicidad. Descubrir que su hija vivía y que sus dos hijos eran quienes le habían salvado la vida, luchando tan denodadamente en su defensa, era, desde luego, una alegría muy inesperada.

E Imogen tuvo entonces la oportunidad de devolver el favor a su amo Lucio, el general romano, pues, ante su petición, el rey estuvo bien dispuesto a perdonarle la vida. Por mediación de este mismo Lucio, se firmó la paz entre romanos y británicos, que no fue violada durante largos años.

La muerte de la perversa esposa de Cimbelino, debida a la imposibilidad de realizar sus proyectos y alcanzada por los remordimientos, que la hicieron enfermar, no sin antes haber vivido lo suficiente para ver a su necio hijo Cloten asesinado en una riña que él mismo había provocado, son acontecimientos muy trágicos como para interrumpir este final feliz, así que los pasaremos por alto. Baste con decir que fueron felices todos los que merecían serlo; y hasta el traicionero Iachimo, teniendo en cuenta que su vileza no había conseguido su objetivo final, fue liberado sin castigo.



## *El rey Lear*

Lear, rey de Inglaterra, tenía tres hijas; Goneril, esposa del duque de Albania; Regan, esposa del duque de Cornualles, y Cordelia, una joven doncella cuyo amor era solicitado por el rey de Francia y por el duque de Borgoña, los cuales, con el fin de cortejarla, residían por entonces en la corte de Lear.

El anciano rey, agotado por los años y por las fatigas del prolongado gobierno, pues tenía ya más de ochenta años, decidió retirarse de los asuntos de estado y dejar el gobierno en manos de quienes gozaran de la fuerza de la juventud, mientras él se preparaba para su no lejana muerte. Con este propósito llamó a sus tres hijas, para saber de sus propios labios cuál de ellas lo quería más, pues él repartiría su reino entre ellas de acuerdo con la proporción que su afecto las hiciera merecer.

Goneril, la mayor, declaró que su amor por su padre era superior a lo expresable con palabras, siéndole más precioso que la luz de sus ojos, más querido que la vida y la libertad y otras frases encendidas por el estilo y que son fáciles de traer a los labios cuando el verdadero cariño no existe y sólo se requieren unas pocas palabras hermosas dichas con seguridad. El rey, feliz de oír de sus labios tal confirmación de su cariño y creyendo, sinceramente, que su corazón se expresaba a través de ellos, en un raptó de amor paternal le concedió, a ella y a su esposo, un tercio de su vasto reino.

Luego hizo venir a su segunda hija y le preguntó qué tenía que decir. Regan, que estaba hecha de la misma materia inconsistente de su hermana, no quedó ni un ápice a la zaga de aquélla en sus manifestaciones de cariño, y casi afirmó que lo dicho por su hermana era inferior al amor que ella ahora declaraba sentir por su alteza; tanto que encontraba que cualquier otro placer carecía de brillo en comparación con el placer de querer a su amado rey y padre.

Lear se bendijo a sí mismo por tener unas hijas tan afectuosas como las apariencias hacían creer; y oídas las bellas declaraciones de Regan, no pudo

menos de dotarla a ella y a su marido con un tercio de su reino, de proporciones iguales al que ya había otorgado a Goneril.

Entonces se volvió hacia su hija menor, Cordelia, a la que llamaba su alegría, y le preguntó qué tenía que decir, pensando, sin duda, que halagaría sus oídos con la misma clase de discursos amorosos que los dichos por sus hermanas, e incluso que sus manifestaciones serían tanto más apasionadas que las de éstas, pues ella siempre había sido su preferida y su afecto por él era mayor que el de aquéllas. Pero Cordelia, que estaba molesta por los discursos aduladores de sus hermanas, cuyos corazones, bien lo sabía, no sentían lo que expresaban sus labios, viendo que la finalidad de tantas lisonjas no era otra que la de engatusar al anciano para que les cediera sus dominios y, mientras éste viviera, ser ellas y sus esposos los que reinaran, sólo respondió que quería a su majestad tanto como mandaba el deber, ni más, ni menos.

El rey, ultrajado por la ingratitud que aparentaba su hija favorita, le pidió que considerara sus palabras y que corrigiera su discurso, o de lo contrario su fortuna se vería dañada.

Cordelia dijo entonces a su padre que, siendo él su padre y habiéndole dado educación y afecto, ella había cumplido con sus deberes de hija de la manera más adecuada, obedeciéndole, queriéndole y honrándole sinceramente. Pero que era incapaz de obligar a su boca a expresarse tan floridamente como lo habían hecho sus hermanas, ni podía prometer que no tendría ningún otro amor en el mundo, pues ¿cómo era posible que tuvieran esposos si, como decían sus hermanas, su amor era sólo para su padre? Si ella se casaba alguna vez, estaba segura de que el señor a quien entregara su mano desearía la mitad de ese amor, y la mitad de sus cuidados y sus deberes; así que ella no podría casarse nunca, como habían hecho sus hermanas, si todo su amor fuera para su padre.

Cordelia, que amaba sinceramente a su padre y casi tan desmesuradamente como sus hermanas fingían hacerlo, en cualquier otro momento se lo hubiera dicho con toda sencillez y en términos más afectuosos y filiales y sin darle otras connotaciones que, evidentemente, sonaban un tanto ofensivas; pero luego de oír las elaboradas adulaciones de sus hermanas que, como había visto, les habían merecido tan extravagantes recompensas, pensó que era más digno quererlo y guardar silencio. Ello haría que su cariño no fuera sospechoso de intenciones mercenarias, mostrando que lo amaba, pero no por una recompensa; y demostraría que, siendo sus declaraciones las menos ostentosas, tenían mucha más verdad y sinceridad que las de sus hermanas.

Esta sencillez para expresarse, que Lear llamó orgullo, enfureció de tal manera al anciano monarca, el cual en sus buenos tiempos siempre había dado pruebas de irreflexión y mal genio y a quien la ancianidad había enturbiado la razón hasta el punto de no poder diferenciar la verdad de la adulación, ni un discurso florido de las palabras que brotan directamente del corazón, que, embargado de resentimiento, retuvo el tercio restante de su reino que había reservado para Cordelia y se lo quitó, repartiéndolo en partes iguales entre sus dos hijas y sus esposos, los duques de Albania y de Cornualles. Luego los llamó a su presencia y, ante todos los nobles reunidos, les otorgó el poder, el gobierno y el uso de la hacienda, guardando para sí sólo el título de rey. Al hacer esto renunciaba a todos los privilegios reales, pero conservaba el derecho a mantener un séquito de cien caballeros que, al igual que él, sería mantenido alternativamente por cada hija, por períodos de un mes.

La disparatada distribución de su reino, hecha así por dejarse guiar en tal medida por la pasión y tan poco por la razón, provocó la tristeza y el asombro de sus cortesanos; pero ninguno de ellos tuvo el valor de contradecir al insensato rey, a excepción del conde de Kent, que comenzó a hablar en favor de Cordelia. Pero el ofuscado Lear le ordenó que callara, bajo pena de muerte. Sin embargo el buen Kent no era hombre a quien se silenciara de tal modo. Siempre había sido leal a Lear, a quien había honrado como rey, querido como padre, y seguido como maestro. No daba él más valor a su propia vida que el que tendría la de un peón, que se utiliza contra los enemigos de su rey; y, por ello, no había temido perderla cuando la seguridad de Lear estaba en juego. Y ahora, cuando Lear se convertía en enemigo suyo, tampoco este fiel servidor del rey olvidaba sus viejos principios, sino que, con hombría, se oponía a Lear por el bien del propio rey, y su atrevimiento sólo se debía al hecho de que Lear estaba loco. En tiempos pasados había sido el consejero más leal del rey, y ahora le rogaba que viera por sus propios ojos (como había hecho con otros muchos asuntos delicados), y siguiera aceptando sus consejos; y con todo respeto le recordó su infundada ira, pues él estaba dispuesto a responder con su propia vida de que la hija menor de Lear no lo quería menos, ni que está vacío el corazón cuyo sonido sordo no hace resonar sentimientos huecos. Cuando el poder se inclina ante la adulación, el honor se rebaja. Y en cuanto a la amenaza de Lear ¿qué más podía significar, si su vida ya estaba a su disposición? Así que aquello no era razón suficiente como para hacerle guardar silencio.

La honesta sinceridad del conde de Kent sólo consiguió acrecentar la cólera del rey y, así como el enfermo enloquecido asesina a su médico y se

enamora de su enfermedad mortal, Lear desterró a su fiel servidor, concediéndole sólo cinco días para que se preparara su partida. Y si al sexto día su odiada persona todavía se hallaba dentro de las fronteras de Inglaterra, en aquel mismo momento se le daría muerte. Y Kent se despidió del rey diciéndole que, puesto que elegía comportarse de tal manera, permanecer allí sería un destierro. Antes de retirarse, pidió la protección de los dioses para Cordelia, la doncella que había hablado con tanta honradez y discreción; y expresó el deseo de que los grandes discursos de sus hermanas fueran confirmados por un afectuoso cariño. Y luego se fue para continuar, según dijo, su antigua senda en un nuevo país.

Después llamaron al rey de Francia y al duque de Borgoña, para que conocieran la decisión de Lear con respecto a su hija menor y para saber si perseverarían en su cortejo a Cordelia, ahora que ésta había perdido el favor de su padre y no tenía más fortuna que la de su propia persona. El duque de Borgoña no insistió en el matrimonio pues, en esas condiciones, no la tomaría por esposa; pero el rey de Francia, que comprendió la naturaleza de la falta que había hecho que ella perdiera el cariño de su padre, falta que no era más que su parquedad de palabras y su incapacidad para formular halagos como los de sus hermanas, tomó a la doncella la mano diciendo que sus virtudes eran una dote superior a un reino y pidió a Cordelia que se despidiera de sus hermanas y de su padre, a pesar de la poca bondad demostrada por éste, pues la llevaría con él para ser su reina y soberana de la bella Francia, donde reinaría sobre posesiones mayores que las de sus hermanas; y despectivamente dijo que el duque de Borgoña estaba «aguado», pues su amor por la joven doncella había desaparecido en un instante, como el agua que corre.

Entonces Cordelia, con lágrimas en los ojos, se despidió de sus hermanas, pidiéndoles que quisieran bien a su padre e hicieran realidad sus declaraciones de afecto; y ellas taimadamente le dijeron que no tenía que darles indicaciones, pues de sobra sabían cuál era su deber, y que más valía que se preocupara de satisfacer a su marido, que la había recogido (comentaron en tono insultante) por caridad. Y Cordelia partió con el corazón contrito, pues sabía lo arteras que eran sus hermanas y hubiera deseado que su padre quedara en mejores manos que aquellas en las que tenía que dejarlo.

Apenas se hubo marchado Cordelia, las perversas intenciones de sus hermanas comenzaron en su cruda realidad. Aun antes de que concluyera el primer mes, que, según lo acordado, Lear pasaría con su hija mayor, Goneril, el anciano rey comenzó a descubrir la diferencia que media entre las

promesas y los actos. Aquella mala mujer, que había recibido de su padre todo lo que podía otorgar, llegando a quitarse la corona de la cabeza, comenzó a reclamar hasta los pequeños restos de dignidad real que el anciano se había reservado para sí con el fin de satisfacer su fantasía, pensando que todavía era el monarca. No podía soportar verlo en compañía de sus cien caballeros. Cada vez que se cruzaba con su padre adoptaba una expresión ceñuda, y cuando el anciano quería hablar con ella, fingía estar enferma o pretextaba cualquier otro motivo para evitarlo, pues resultaba evidente que su senectud le parecía una carga inútil y sus caballeros un gasto innecesario. Y no sólo ella no cumplía sus deberes para con el rey, sino que su ejemplo y es posible que sus secretas instrucciones hacían que hasta sus propios servidores lo trataran con poca deferencia, negándose a obedecer sus órdenes, o, lo que resultaba aún más insultante, simulando que no lo oían. Lear no podía dejar de notar el cambio en la conducta de su hija, pero cerró los ojos ante la evidencia tanto como pudo, como es frecuente en las personas que no quieren creer en las desagradables consecuencias fruto de sus propios errores y obstinación.

El cariño sincero y la fidelidad están tan lejos del abuso como la falsedad y la falta de sentimientos lo están de la auténtica entrega. Esta consideración se pone de relieve en el caso del buen conde de Kent, quien, aunque desterrado por Lear y estando en juego su vida si lo encontraban en Inglaterra, eligió quedarse y asumir todas las consecuencias ante la posibilidad de ser útil al rey, su señor. ¡Hay que ver hasta qué punto, a veces la pobre lealtad se ve forzada a someterse a vuelcos y disfraces, y nada resulta bajo o indigno si sirve a quien se le debe obligación! Así, disfrazado de sirviente y abandonando toda su grandeza y su pompa, este buen conde ofreció sus servicios al monarca, quien, no reconociendo a Kent en su disfraz y satisfecho por cierta simplicidad o más bien aspereza que Kent simulaba a la hora de responderle (y tan distinta a la fluida y untuosa adulación de la cual, y con razón, sentía repugnancia, habiendo descubierto en su propia hija que la acción no correspondía a la palabra), rápidamente llegaron a un acuerdo. Así que Lear tomó a Kent a su servicio, bajo el nombre de Cayo, como dijera llamarse, sin sospechar jamás que se trataba de su antiguo favorito, el grande y poderoso conde de Kent.

El tal Cayo no tardó en encontrar los medios para demostrar su fidelidad y afecto a su real señor, pues aquel mismo día el mayordomo de Goneril se comportó de modo poco respetuoso hacia Lear, a quien miraba y respondía de manera insolente, sin duda sintiéndose autorizado a actuar así por su propia ama. Y Cayo, sin poder soportar que se ofendiera tan descaradamente al

monarca, le dio sin más un empujón y arrojó al grosero esclavo a la perrera, ganándose con esta actitud la creciente estima de Lear.

De modo que Kent era el único amigo con que contaba Lear. También a su modo, y en la medida en que tan insignificante personaje puede demostrar afecto, seguía junto a él el bobo o bufón que había vivido en palacio cuando Lear tenía un palacio, ya que por entonces era costumbre que los reyes o grandes señores tuvieran un bobo (que así le llamaban) para divertirlos una vez concluidos los asuntos serios. Y aquel pobre bufón se había aferrado a Lear cuando éste cediera su reino, manteniéndolo de buen humor con sus ocurrencias ingeniosas, aunque en ocasiones no podía dejar de burlarse de su señor por su imprudencia al dejar el gobierno y poner todo en manos de sus hijas, y entonces decía en verso que aquellas hijas

*... lloraron de súbita alegría  
y él cantó de pesar  
porque un monarca tal al escondite  
entre bobos tendría que jugar<sup>[6]</sup>.*

Y con semejantes dichos e improvisadas canciones —de las cuales tenía un gran repertorio—, el ameno bufón expresaba sus sentimientos aun en presencia de la propia Goneril, diciendo amargas ironías y bromas que daban en el clavo, tales como comparar al rey con una curruca que alimenta al pequeño cuclillo hasta que éste crece lo suficiente como para arrancarle la cabeza de un picotazo en agradecimiento por sus desvelos; y decía que hasta un asno sabe cuándo el carro tira del caballo, con lo cual quería dar a entender que las hijas de Lear, que debían seguirle, se habían puesto a la cabeza; y que Lear ya no era Lear, sino la sombra de Lear. Una o dos veces la libertad con que se expresaba hizo que le amenazaran con unos buenos azotes.

La frialdad y la pérdida de respeto que Lear comenzó a percibir no era todo lo que este padre incauto debería sufrir a causa de la ingratitud de su hija; ésta le dijo abiertamente que su estancia en palacio resultaba fastidiosa si insistía en mantener la corte de cien caballeros, pues un séquito semejante era inútil y caro y sólo servía para que en su propia corte hubiera disturbios y jolgorios, por lo que le pedía que redujera su número y sólo conservara algunos ancianos como él, de edades semejantes a la suya.

Al comienzo, Lear no podía dar crédito a sus ojos ni a sus oídos, ni podía admitir que fuera su hija la que se expresaba tan descomedidamente. No podía creer que quien había recibido una corona de sus manos pudiera desear que él redujera su séquito y le escatimara el respeto debido a su ancianidad. Pero

como ella persistiera en su irrespetuosa petición, se despertó la cólera del anciano, que la llamó rapaz odiosa, diciéndole que faltaba a la verdad; y de hecho era así, pues los cien caballeros eran todos hombres de conducta ejemplar, sobrio comportamiento y probada pericia en toda clase de servicios y no eran dados en absoluto a los desórdenes y disipaciones que ella había mencionado. El rey pidió que le prepararan sus caballos para marcharse a casa de su hija Regan, acompañado por sus cien caballeros, y le hizo notar su ingratitud diciéndole que era un demonio de corazón de mármol, cosa que en una hija era más horrible que un monstruo de las profundidades del mar. Y maldijo a su primogénita Goneril con palabras terribles de oír, deseando que no tuviera jamás un hijo o, si lo tenía, que viviera para sufrir de parte de él la burla y el desprecio con que ella lo ofendía; que llegara a sentir que un hijo ingrato hiere más certeramente que el colmillo de una víbora. Y el esposo de Goneril, el duque de Albania, comenzó a disculparse por la participación que Lear pudiera suponerle en el mal trato, pero Lear se negó a escucharlo. Y, muy irritado, ordenó que se ensillaran sus caballos y partió con su séquito a las posesiones de Regan, su otra hija. Y Lear comenzó a pensar cuán pequeña había sido la falta de Cordelia, si es que había sido falta, en comparación con la de su hermana. Y lloró y luego sintió vergüenza de que una criatura como Goneril tuviera tanto poder sobre su hombría como para hacerlo llorar.

Regan y su marido vivían en su castillo con gran fausto y esplendor, y Lear envió a su sirviente Cayo con cartas para su hija, encargándole que preparara su recibimiento, pues él y su comitiva llegarían en seguida. Pero parece ser que Goneril se le había adelantado y también había enviado cartas a Regan en que acusaba a su padre de mal humor y terquedad, aconsejándole que no recibiera un séquito tan numeroso como el que lo acompañaba. Este mensajero llegó al mismo tiempo que Cayo y se encontraron Cayo y éste, que no era otro que el viejo enemigo de Cayo, el mayordomo, a quien Cayo había dado un empujón a causa de su irrespetuosa conducta para con Lear. A Cayo no le agradó el aspecto del individuo y sospechó de su cometido, por lo que comenzó a insultarlo, desafiándolo a que lucharan. Pero como éste se negara, Cayo, en un arrebato justificado, le dio una buena paliza, como merecía el individuo indigno que portaba un mensaje perverso. Cuando esto llegó a oídos de Regan y su esposo, ordenaron que a Cayo lo pusieran en la picota, aunque era el mensajero del rey, su padre, y por lo tanto merecedor del mayor respeto: de modo que al entrar al castillo lo primero que vio el rey fue a Cayo, su fiel servidor, en tan desdichada situación.

Fue aquello un mal augurio del recibimiento que le esperaba; pero lo peor vino a continuación, cuando, al preguntar por su hija y su marido, le dijeron que estaban cansados, pues habían viajado durante toda la noche y no podían recibirlo. Y finalmente, cuando insistió enfadado y exigente que lo recibieran, salieron a su encuentro. Pero cuál no sería su sorpresa al encontrar con ellos a la aborrecida Goneril, que se había adelantado a contar su propia historia y a poner a su hermana en contra del rey, su padre.

Este espectáculo alteró grandemente al anciano, sobre todo cuando vio a Regan y a su hermana cogidas de la mano. Entonces el rey le preguntó a Goneril si no le daba vergüenza mirar la blanca barba de su padre. Y Regan le aconsejó que volviera a casa con Goneril y viviera en paz con ella, deshaciéndose de la mitad de sus caballeros, y que le pidiera perdón, pues era anciano y necesitaba actuar con discreción y dejarse guiar por personas que teman más sentido que él. Y Lear le respondió que sería inconcebible que tuviera que ponerse de rodillas y rogar a su propia hija que le ofreciera alimentos y vestiduras y se negó a aceptar una dependencia tan poco natural, expresando su determinación de no volver con ella jamás. Dijo que se quedaba allí donde estaba, en casa de Regan, con sus cien caballeros, ya que ésta no había olvidado que su padre la había dotado con la mitad del reino y sus ojos no eran crueles, como los de Goneril, sino suaves y bondadosos. Y añadió que antes que regresar con Goneril, con su séquito reducido a la mitad, se marcharía a Francia a rogar una miserable pensión del rey que se había casado con su hija la menor, desheredada.

Pero se equivocaba al esperar un tratamiento más bondadoso de parte de Regan que el que le diera Goneril. Como si quisiera sobrepasar a su hermana en conducta poco filial, declaró que cincuenta caballeros eran demasiados para atenderlo y que veinticinco serían suficientes. Entonces Lear, con el corazón casi destrozado, se volvió hacia Goneril diciendo que regresaría con ella, pues cincuenta era el doble de veinticinco y por lo tanto su cariño era dos veces mayor que el de Regan. Pero Goneril se excusó diciendo que no entendía la razón de tener veinticinco, que ya eran demasiados. ¿Por qué no diez, o cinco, pues bien podían atenderle sus propios sirvientes o los sirvientes de su hermana? Y así las dos malvadas hijas parecían competir en crueldad hacia el anciano padre, que había sido tan generoso con ellas, haciendo que poco a poco debiera deshacerse de su séquito y con él de la autoridad (y era bien poca cosa para quien había gobernado un reino) que le quedaba para demostrar que una vez había sido rey. Esto no quiere decir que una corte espléndida sea esencial para la felicidad; pero es un cambio muy



duro convertirse de rey en mendigo, y de haber mandado a millones a quedarse sin un solo sirviente y era la ingratitud de sus hijas por negárselo, más que su verdadera necesidad de ello, lo que hería al pobre rey hasta el fondo de su corazón. Y además, al sufrir esta doble vejación, le dolía haber repartido su reino tan neciamente. Por todas estas cosas comenzó a fallarle la cordura, y mientras balbucía palabras sin sentido juró una venganza ejemplar contra las dos desnaturalizadas arpías, cuyo recuerdo aterrorizaría a la tierra.

Mientras inútilmente lanzaba amenazas que su debilitado brazo jamás sería capaz de ejecutar, se hizo de noche y con ella se desató una gran tormenta de lluvia, rayos y truenos. Y como sus hijas seguían insistiendo en su decisión de no aceptar a su comitiva, hizo que le trajeran los caballos y prefirió enfrentarse a la furia de los elementos lejos de allí antes que permanecer bajo el mismo techo que sus dos desagradecidas hijas. Y ellas, diciéndose que los males que los hombres caprichosos se causan a sí mismos son su justo castigo, dejaron que se marchara en tales circunstancias y cerraron sus puertas tras él.

Cuando el anciano partió a enfrentarse con los elementos, que le resultaban menos crueles que la maldad de sus hijas, arreciaba la tormenta y la lluvia y el viento era huracanado. En muchas millas a la redonda apenas si se encontraba un matorral. Y, exponiéndose a la furia de la tormenta en medio de la oscura noche, el rey Lear comenzó a vagar por el páramo, desafiando a los truenos y al viento, y pidió a los vientos que arrastraran la tierra al fondo del mar o que hincharan las olas del mar para que ahogaran la tierra, hasta que no quedara ni rastro del ingrato animal que es el hombre. El anciano rey no tenía en aquel momento más compañía que el miserable loco que aún le seguía y con sus alegres fantasías luchaba para apartar la desgracia, y le decía que hacía una noche muy mala para salir a nadar y que más valía ir a pedir la bendición de sus hijas:

*Pues quien tenga un adarme de cerebro  
a la lluvia y al viento gritaría  
y estaría contento con su suerte,  
aunque cayeran chuzos cada día<sup>[7]</sup>.*

Y juraba también que una noche así bien podía ablandar el orgullo de una dama.

Y en tan pobre compañía, al otrora gran monarca lo encontró su siempre fiel servidor, el buen conde de Kent, transformado ahora en Cayo, el cual siempre se mantenía cerca de él aunque el rey no sabía quién era en realidad.

—¡Ay, señor! ¿Estáis aquí? Hasta las criaturas que aman la noche no aman noches como ésta. Esta horrible tormenta ha hecho que hasta los animales salvajes vuelvan a sus cobijos. La naturaleza del hombre no puede soportar tanta aflicción y temor —le dijo.

Y Lear lo contradijo diciéndole que aquellos males menores no se notaban cuando existía un mal más doloroso. Cuando la mente está en paz, el cuerpo se puede permitir ser delicado; pero el estado de su mente insensibilizaba sus sentidos a todo menos a lo que se agitaba en su corazón. Y habló de la ingratitud filial, diciendo que era como si la boca destrozara la mano que lleva los alimentos hasta ella, puesto que los padres lo eran todo para sus hijos, alimentos y manos.

Pero como el buen Cayo persistiera en sus intentos de que el rey no continuara expuesto a los elementos, logró convencerlo para que se refugiara en una pequeña y maltrecha choza que se levantaba sobre el páramo. Allí entró el loco el primero y salió corriendo, aterrorizado y diciendo que había visto un espíritu. Pero una vez examinado el espíritu resultó ser un pobre mendigo de Bedlam<sup>[8]</sup>, que se había introducido en la choza desierta buscando abrigo y que asustó al loco con su charla sobre demonios, siendo uno de esos lunáticos que o bien están dementes o fingen estarlo con el fin de obtener la caridad de los compasivos campesinos y que recorren los campos haciéndose llamar pobre Tom o pobre Turlygood, diciendo:

—¿Quién le da algo al pobre Tom?

Y se clavan alfileres, o clavos, o pinchos de romero para que les sangren los brazos, y con tan horribles recursos, en parte con ruegos y en parte mediante maldiciones lunáticas, conmueven o aterrorizan a los ignorantes campesinos para que éstos les den limosna. Este pobre hombre era uno de ellos; y el rey, al verlo en tan precarias condiciones, con sólo una manta que, a modo de taparrabos, cubría su desnudez, se convenció de que se trataba de un padre que había cedido todo a sus hijas, cosa que le habría llevado a semejante trance, pues pensaba que nada podía arrastrar a un hombre a tal estado de miseria si no es que tenía hijas de mal corazón.

Y por ésta y otras incoherencias que dijera, el buen Cayo se percató de que no se encontraba en sus cabales y de que los abusos de sus hijas finalmente lo habían hecho volverse loco. Y en aquel momento la lealtad del excelente conde de Kent tuvo ocasión de manifestarse en servicios más esenciales que los que le prestara hasta entonces. Y así, con ayuda de algunos de los servidores del rey que le seguían siendo leales, al romper el alba condujo a su real señor al castillo de Dover, donde tenía amigos e influencia

por su calidad de conde de Kent. Él embarcó en dirección a Francia, viajando rápidamente a la corte de Cordelia, y allí contó en términos tan conmovedores la penosa condición de su padre y describió con colores tan vivos la inhumana conducta de sus hermanas, que esta hija buena y afectuosa, derramando abundantes lágrimas, pidió al rey, su marido, autorización para embarcar con destino a Inglaterra con fuerzas suficientes como para someter a las crueles hijas y a sus esposos, restaurando al antiguo rey en el trono. Cuando esto le fuera concedido, ella se puso en camino, llegando a Dover con un ejército real.

Lear se las arregló para conseguir escapar de los guardianes a quienes el buen conde de Kent había encargado que cuidaran de su demencia, y lo encontraron algunos miembros del séquito de Cordelia vagando por los campos cercanos a Dover en lamentables condiciones y completamente loco. Iba cantando a gritos y llevaba sobre la cabeza una corona que se había hecho con paja y ortigas y otras hierbas silvestres que había recogido por los sembrados. Aunque Cordelia deseaba ardientemente ver a su padre, los médicos la convencieron para que postergase su encuentro con él hasta que el sueño y el efecto de algunas hierbas que le habían dado le hubieran hecho recobrar en parte la razón. Con ayuda de los sabios doctores, a quienes Cordelia había prometido todas sus joyas y su oro si conseguían que el anciano rey se recuperara, Lear no tardó en estar en condiciones de ver a su hija.

El encuentro entre padre e hija fue un espectáculo muy tierno de ver: observar la lucha entre la alegría del pobre rey anciano, al poder contemplar nuevamente a quien había sido su hija muy querida, y la vergüenza de recibir tanto amor filial de quien él había expulsado por la insignificante falta que causara su disgusto. Ambas pasiones luchaban con los restos de su demencia, que en su confusa mente hacía que a veces apenas recordara dónde se encontraba ni quién era la que con tanta bondad lo besaba y le hablaba; y entonces rogaba a quienes contemplaban la escena que no se rieran de él si por error tomaba a aquella dama por su hija Cordelia. Luego se le pudo ver cómo caía de rodillas y le pedía perdón a su hija, mientras la buena dama permanecía todo el tiempo de rodillas para pedirle su bendición y le decía que no era propio que él se arrodillara, y que ella no hacía sino cumplir con su deber, pues era su hija, su propia y verdadera hija Cordelia. Y entonces ella lo besó, según dijo, para hacer que con aquel beso desapareciera toda la maldad de sus hermanas, agregando que vergüenza debería darles por haber permitido que su buen anciano padre, con su barba blanca, quedara a la intemperie,

cuando hasta el perro de su enemigo, aunque les hubiese mordido, en una noche como aquella se hubiera quedado al calor de su hogar. Y, después de haberse expresado mediante esta imagen, le contó a su padre que había venido de Francia con la intención de brindarle apoyo; y él le dijo que debía olvidar y perdonar, porque él era viejo y necio y no sabía lo que hacía y que sin duda a ella no le faltarían motivos para no quererlo, pero que sus hermanas carecían de ellos. Y Cordelia respondió que ni ella ni sus hermanas los tenían.



Y aquí dejaremos al anciano rey bajo la respetuosa y afectuosa protección de su hija y, con la ayuda de medicinas y un buen sueño reparador, ella y los médicos finalmente consiguieron que su razón, desquiciada y perdida a causa de la crueldad de sus otras hijas, se restableciera. Y ahora diremos una o dos palabras sobre aquellas hijas crueles.

Estos monstruos de ingratitud, que habían sido tan falsas con su anciano padre, no iban a ser más fieles a sus propios esposos. Pronto se cansaron de mantener hasta la apariencia de respeto y cariño y abiertamente mostraron que habían puesto su amor en otro. Sucedió que el objeto de sus culpables amores era el mismo. Se trataba de Edmundo, hijo ilegítimo del difunto conde de Gloucester, el cual, mediante intrigas, había conseguido desheredar a su hermano Edgar, heredero legítimo del título, y se había convertido en conde gracias a sus procedimientos indignos; un hombre perverso era el objeto adecuado para recibir el amor de criaturas tan malvadas como Goneril y Regan. Por entonces se produjo la muerte del duque de Cornualles, esposo de Regan, y ésta de inmediato manifestó su intención de contraer matrimonio con el conde de Gloucester, lo que despertó los celos de su hermana, pues, al igual que Regan, el malvado conde también a ella le había ofrecido su amor en diversas ocasiones. Así que Goneril encontró la manera de deshacerse de su hermana envenenándola. En éstas la sorprendió su esposo, el duque de Albania, quien la puso en prisión tanto por este hecho como por su culpable pasión por el conde, que había llegado a sus oídos. En su encierro, sufrió con ira su desengaño amoroso y, en un arrebato, puso fin a su vida. Y así la justicia divina alcanzó finalmente a las dos perversas hermanas.

Mientras todos los ojos estaban fijos en este suceso y admiraban la justicia que se había manifestado en sus merecidas muertes, aquellos mismos ojos dejaron de contemplar este espectáculo para asombrarse ante los misteriosos designios de aquel mismo poder sobre la triste suerte que aguardaba a la hija joven y virtuosa, la dama Cordelia, cuyas buenas acciones parecían hacerla merecedora de un final más feliz. Pero es una dolorosa verdad que la inocencia y la devoción no siempre se imponen en este mundo. Las fuerzas que Goneril y Regan habían desplegado bajo las órdenes del malvado conde de Gloucester resultaron triunfadoras y Cordelia, a causa de los manejos del conde, que no soportaba que nadie se interpusiera entre él y el trono, acabó sus días en prisión. Y así el cielo acogió a esta inocente señora en plena juventud, tras haber mostrado al mundo un edificante ejemplo de amor filial. Lear no sobrevivió mucho más a su buena hija.

Antes de que muriera, el buen conde de Kent, que había seguido a su señor paso a paso, desde el comienzo del comportamiento abusivo de sus hijas hasta el triste período de su decadencia, trató de hacerle comprender que era él quien lo había seguido bajo el nombre de Cayo; pero la mente enajenada de Lear ya no era capaz de comprender esto, ni que Kent y Cayo pudieran ser la misma persona. De modo que a Kent le pareció inútil inquietarlo con explicaciones en aquellos momentos, y muy poco después de fallecer Lear, este fiel servidor del rey, en parte por sus muchos años y en parte por la pena que le produjeron las vejaciones sufridas por su viejo señor, pronto lo siguió a la tumba.

Cómo fue alcanzado por la justicia divina el malvado conde de Gloucester, cuyas traiciones fueron descubiertas, muriendo al enfrentarse en combate singular con su hermano, el verdadero conde, y cómo el esposo de Goneril, el duque de Albania, que no tuvo culpa en la muerte de Cordelia y que nunca había dado alas a su señora en sus malignas acciones contra su padre, ascendió al trono de Inglaterra después de la muerte de Lear, no es materia de esta narración, pues ya habían muerto Lear y sus tres hijas, cuyas peripecias constituyen el único y exclusivo asunto de este relato.

## *Macbeth*

Cuando Duncan el Manso<sup>[9]</sup> reinaba sobre Escocia, vivía allí un gran señor<sup>[10]</sup> o gentilhombre llamado Macbeth. Este Macbeth era pariente cercano del rey y gozaba de gran estima en la corte por su valeroso comportamiento en las guerras; recientemente había dado muestras de ello al derrotar a un ejército rebelde apoyado por un número considerable de tropas noruegas.

Los dos generales escoceses, Macbeth y Banco, regresaban victoriosos de la gran batalla y atravesaban un páramo desolado cuando se detuvieron ante la extraña aparición de tres figuras de apariencia femenina, pero de rostros barbudos y cuya piel marchita e insólita indumentaria hacían pensar que no eran criaturas de esta tierra. Macbeth fue el primero en dirigirse a ellas cuando éstas, aparentemente molestas, se llevaron su retorcido dedo a los labios en señal de silencio; y la primera de ellas saludó a Macbeth dándole el título de señor de Glamis. No fue poca la alarma del general al verse reconocido por semejantes criaturas, y mucho más cuando la segunda de ellas lo saludó con el título de señor de Cawdor, honor que nunca había pretendido alcanzar, y por fin la tercera le dijo:

—¡Salud, pues llegarás a convertirte en rey!

Este saludo profético lo llenó de estupor, pues sabía que mientras vivieran los hijos del rey no podía aspirar al trono. Luego los extraños seres se volvieron a Banco y dijeron en forma de acertijo que éste sería *menos que Macbeth, pero más grande; no tan feliz y mucho más feliz*, profetizándole que, aunque nunca llegaría a reinar, sus descendientes serían monarcas de Escocia. Entonces se esfumaron en el aire, desapareciendo, y los generales comprendieron que se trataba de las Parcas, es decir, unas brujas.

Mientras meditaban sobre esta aventura, llegaron unos mensajeros del rey con la misión de conferir a Macbeth, en nombre del rey, el título de señor de Cawdor, suceso que tan milagrosamente coincidía con las predicciones de las brujas. Y esto sorprendió a Macbeth, que quedó sumido en el asombro, incapaz de responder a los mensajeros; y en aquel momento en su mente se



despertaron sueños de grandeza, imaginando que la predicción de la tercera bruja llegaría a cumplirse de igual modo y que un día reinaría sobre Escocia.

Volviéndose hacia Banco le dijo:

—¿No esperáis que vuestros hijos sean reyes, cuando lo que las brujas me prometieran se ha hecho realidad de modo tan increíble?

—Ese deseo —respondió el general— puede incitaros a aspirar al trono, pero es sabido que estas criaturas de las tinieblas dicen verdad en cosas menores para impulsarnos a acciones de consecuencias más graves.

Pero las perversas sugerencias de las brujas habían calado muy hondo en la mente de Macbeth como para hacerlo prestar atención a la advertencia del buen Banco. Desde aquel momento todos sus pensamientos se concentraron en la forma de hacerse con el trono de Escocia.

Macbeth tenía una esposa, a la cual comunicó las extrañas predicciones de las Parcas y la forma en que se habían cumplido en parte. Ella era una mujer mala y ambiciosa, y con tal de que su marido y ella alcanzaran mayor grandeza no repararía en los medios para conseguirla. Aguijoneó la voluntad dubitativa de Macbeth, que sentía escrúpulos al pensar en hechos de sangre, y no cesó de insistir en que el asesinato del rey era un paso indispensable para que la halagüeña profecía se cumpliera.

Sucedió por entonces que el rey, quien por su real condescendencia visitaba a menudo a sus nobles más cercanos de manera amistosa, llegó al castillo de Macbeth acompañado por sus dos hijos, Malcolm y Donalbain, y un numeroso séquito de señores y sirvientes, con el fin de honrar a Macbeth por su éxito en la guerra.

El castillo de Macbeth estaba situado en un hermoso lugar y el aire era allí muy dulce y vivificante, lo que se hacía evidente por los nidos que las golondrinas y vencejos habían construido bajo todos los frisos y contrafuertes del edificio y en cualquier lugar que les resultara conveniente, pues allí donde aquellas aves crecen y se alimentan, no cabe duda de que el aire es bueno. El rey hizo su entrada bien impresionado por el palacio y no menos por las atenciones y respeto de su honrada anfitriona, lady Macbeth<sup>[11]</sup>, que conocía el arte de ocultar la traición bajo sonrisas y que de hecho podía tener el aspecto de una flor inocente cuando era más bien la serpiente que reptaba bajo ella.

Como el rey estaba fatigado por el viaje, se retiró pronto a descansar, y, como era costumbre, en su aposento durmieron junto a él dos guardias. Había disfrutado con la recepción más de lo que solía y antes de retirarse había hecho obsequios a sus principales oficiales y además había enviado un valioso

diamante a lady Macbeth, felicitándola por haber sido la anfitriona más gentil que había tenido.

Ya era medianoche, cuando más de la mitad del mundo parece muerto y los sueños perversos se apoderan de la mente de los durmientes y sólo merodean los lobos y los asesinos. Aquel fue el momento en el que lady Macbeth se despertó para planear el asesinato del rey. Ella no hubiera realizado un acto tan impropio de su sexo, pero temía que la naturaleza de su esposo, demasiado plena de la leche de la bondad humana, no fuera capaz de ejecutar un crimen. Sabía que él era ambicioso, pero también que tenía escrúpulos, no estando preparado para un crimen de la envergadura que exige la ambición desmedida. Ella lo había convencido para que aceptara el crimen, pero dudaba de su decisión y temía que se interpusiera la dulzura natural de su carácter (más humano que el de ella), haciendo fracasar su proyecto. Así que cogió en sus propias manos una daga y se dirigió al lecho del rey, habiendo antes cuidado de que sus guardas, ebrios de vino, durmieran a pierna suelta, descuidando su obligación. Duncan dormía tranquilamente después de las fatigas del viaje, y ella, al observarlo, vio algo en su rostro dormido que le recordó a su propio padre, lo que le hizo perder el valor para darle muerte.

Regresó a discutir con su esposo. La decisión de éste se tambaleaba. Pensaba que había grandes razones que se oponían a esta acción. En primer lugar, él no era sólo un súbdito, sino un pariente cercano del rey que aquel mismo día había sido su huésped. Y su deber, según las leyes de la hospitalidad, consistía en cerrar su puerta a los asesinos y no en alzar el puñal con su propia mano. Y también consideró cuán justo y clemente había sido el rey Duncan, que jamás ultrajaba a sus súbditos y era afectuoso con sus nobles y con él en especial; monarcas como él son una bendición del cielo y sus súbditos se sienten doblemente obligados a vengar su muerte. Además, y gracias al favor del rey, Macbeth gozaba de la alta estima de todos y no era posible que su honor quedara manchado por un asesinato tan miserable.

Lady Macbeth observó que, en el conflicto de su mente, su esposo se inclinaba hacia el bien, disponiéndose a no seguir adelante. Pero era una mujer a la que no se le apartaba fácilmente de una idea perversa y comenzó a verter en sus oídos palabras que infundieran en su espíritu lo que ella pensaba, acumulando razones sobre razones por las cuales no debía acobardarse ante su empresa, ya que ésta era bien fácil y pronto estaría ejecutada; y le decía que la acción de una sola noche daría al resto de sus noches y sus días el poder de la realeza. Luego mostró su desprecio por su cambio y por su falta de decisión,

acusándolo de veleidad y cobardía, y añadió que él sabía lo que era amamantar y cuán dulce era el cariño por la criatura que mamaba, pero que ella, mientras el bebé le sonreía a los ojos, lo hubiera arrancado de su pecho y le hubiera machacado la cabeza si hubiera jurado hacerlo, como él había prometido cometer el asesinato. Entonces añadió que sería muy fácil culpar a los guardas que dormían la borrachera. Y con el valor de su lengua enmendó su decisión tambaleante y él acumuló suficiente coraje para realizar tan sanguinaria acción.

Así pues, cogiendo la daga en su mano, silenciosamente se deslizó en la oscuridad hacia la habitación donde dormía Duncan; y, mientras avanzaba, le pareció ver otra daga en el aire con la empuñadura en dirección a él y de cuya hoja goteaba sangre; pero al tratar de cogerla no había más que aire, un mero fantasma creado por su mente oprimida y enfebrecida por lo que estaba a punto de cometer.

Dominando el miedo, entró a la habitación del rey, a quien dio muerte de una sola puñalada. Justo después de cometido el asesinato, uno de los guardias que dormía junto a la cámara se rió en sueños y el otro exclamó:

—Asesinato.

Esto los despertó a ambos y dijeron una corta plegaria, y uno de ellos dijo:

—Que Dios nos bendiga.

Y el otro respondió: «Amén», y volvieron a dormirse profundamente.

Macbeth, que se había detenido a oírlos, trató de decir «amén» cuando el guardia dijo «que Dios nos bendiga», pero aunque lo que más necesitaba era una bendición, la palabra se ahogó en su garganta y no pudo pronunciarla.

Y nuevamente creyó oír una voz que decía: «No duermas más; Macbeth ha asesinado al sueño, el sueño inocente que nutre la vida.» Y gritó la voz, dirigiéndose a todo el castillo: «No durmáis más. Glamis ha asesinado al sueño y Cawdor ya no volverá a dormir. Macbeth ya no volverá a dormir.»

Con tan horribles visiones, Macbeth regresó a donde lo esperaba su esposa, quien comenzaba a creer que había fracasado en su cometido y que su proyecto se había frustrado. Él entró en un estado de enajenación tal, que ella le reprochó su falta de firmeza, ordenándole que lavara la sangre que manchaba sus manos, mientras ella cogía su daga con la intención de teñir las mejillas de los guardias con la sangre, para que pareciera que ellos habían sido los culpables.

Llegó la mañana y con ella la revelación del crimen, que no podía permanecer oculto. Y aunque Macbeth y su esposa hicieron grandes demostraciones de dolor, y las pruebas contra los guardias, con la evidencia

de la daga y de sus rostros manchados de sangre, eran lo suficientemente contundentes, fue inevitable que todas las sospechas recayeran sobre Macbeth, cuyos motivos para el asesinato tenían mucho más peso que los que se les podría suponer a los sencillos guardias. Los dos hijos de Duncan huyeron. Malcolm, el mayor, buscó refugio en la corte inglesa, mientras el más joven, Donalbain, se dirigió a Irlanda.

Los hijos del rey, que debían sucederle, dejaron el trono vacante con su huida, y Macbeth, que era el heredero más directo, fue coronado rey, cumpliéndose así la predicción de las Parcas.

Aunque habían alcanzado tan alta posición, Macbeth y su esposa no podían olvidar el vaticinio de las brujas que decía que aunque Macbeth sería rey, no lo serían sus hijos, y que sería el hijo de Banco el que le sucedería. Recordando esto y que tenían las manos manchadas de sangre por un horrendo crimen sólo para asegurar la posteridad de Banco en el trono, llegaron a amargarse hasta el punto de planear la muerte tanto de Banco como de su hijo, para anular así la profecía de las Parcas, que en su propio caso había resultado tan certera.

Con este fin organizaron un gran banquete, al cual invitaron a todos los grandes señores, entre ellos a Banco, a quien se le hacía objeto de un respeto especial, y a su hijo Fleance. En el camino que debía seguir Banco para llegar al castillo acechaban los asesinos que, por orden de Macbeth, apuñalaron a Banco; pero Fleance escapó en medio de la reyerta. De este Fleance descende una estirpe de monarcas que posteriormente ocuparían el trono de Escocia y que terminaría con Jacobo VI de Escocia y I de Inglaterra, bajo el cual se unieron las coronas de Inglaterra y Escocia<sup>[12]</sup>.

Durante la cena, la reina, cuyos modales eran sumamente afables y regios, desempeñó su papel de anfitriona con tanta gracia y deferencia, que concilio a todos los allí presentes. Y Macbeth conversaba tranquilamente con sus nobles señores y decía que la flor y nata del país se encontraba bajo su techo, exceptuando a su buen amigo Banco, a quien amonestaría por su negligencia, a menos que no hubiera que lamentar una desgracia. No bien hubo pronunciado estas palabras cuando se presentó el fantasma de Banco, a quien había hecho asesinar, y tomó asiento en la silla que Macbeth se disponía a ocupar. Aunque Macbeth era un hombre valeroso y que se hubiera enfrentado al mismo demonio sin temblar, ante esta terrible visión sus mejillas se tornaron lívidas de espanto y, perdiendo el control, se quedó con los ojos fijos en el fantasma. La reina y los nobles, que no veían nada pero notaban que miraba una silla vacía (o eso les pareció), creyeron que le había dado un

ataque de locura, y ella en susurros le reprochó que sufriera una vez más la fantasía que le había hecho ver una daga en el aire cuando se encaminaba a dar muerte a Duncan. Pero Macbeth seguía viendo al fantasma y no prestó atención a lo que le decían y se dirigió a él con palabras perturbadas, pero tan significativas, que la reina, temiendo que el terrible secreto saliera a luz, despidió rápidamente a los invitados, explicando que el mal de Macbeth no era más que un desorden que lo aquejaba a menudo.

En efecto, Macbeth sufría a menudo pesadillas similares. La reina y él padecían un sueño perturbado por terribles insomnios y la sangre de Banco no los alarmaba menos que la huida de Fleance, a quien ahora veían como padre de un linaje de reyes que arrebataría el trono a sus descendientes. Sumidos en estos desgraciados pensamientos no podían encontrar paz, y Macbeth decidió ir nuevamente en busca de las brujas para saber de sus labios lo peor.

Las buscó en una cueva del páramo donde ellas sabían de antemano que las visitaría; allí estaban, preparando sus temibles hechizos, con los cuales conjuraban a los espíritus infernales para que les revelaran el porvenir. Los repugnantes ingredientes eran sapos, murciélagos y serpientes, el ojo de una salamandra, la lengua de un perro, la pata de un lagarto y el ala de un búho, una escama de dragón, un diente de lobo, las fauces de un voraz tiburón del mar salado, la momia de una bruja, alguna raíz de cicuta venenosa, que para hacer efecto hay que arrancarla de noche; la bilis de un chivo, el hígado de un judío y esquejes del tejo que arraiga en las sepulturas y el dedo de un niño muerto; todo esto lo hervían en un gran caldero y, cuando estaba bien caliente, lo enfriaban con unas gotas de sangre de babuino, añadiendo la sangre de una marrana que se hubiera comido a su cría, y echaban a las llamas la grasa que se escurre por la horca. Con estos encantamientos hacían que los espíritus infernales dieran respuesta a sus preguntas.

Preguntaron a Macbeth si deseaba que sus dudas fueran resueltas por ellas o por sus señores, los espíritus. Éste, sin acobardarse por la horrible ceremonia que había presenciado, respondió con atrevimiento:

—¿Dónde están? Dejadme verlos.

Entonces llamaron a los espíritus, que eran tres. El primero tenía la apariencia de una cabeza con yelmo y llamó a Macbeth por su nombre, recomendándole que recelara del señor de Fife. Y Macbeth le agradeció la advertencia, pues envidiaba a Macduff, señor de Fife.

El segundo espíritu se presentó bajo la forma de un niño ensangrentado y llamó a Macbeth por su nombre y le recomendó que no temiera y que se

burlara del poder humano, pues ningún hombre nacido de mujer tendría poder para abatirlo, y le aconsejó que fuera sanguinario, atrevido y resuelto.



—Vive entonces, Macduff —exclamó el rey—. ¿Por qué habría de temerte? Sin embargo, me aseguraré por partida doble. No vivirás, y yo podré decirle al miedo, de débil corazón, que miente, y dormiré a pesar del trueno.

Cuando este espíritu se hubo retirado, apareció un tercero que se presentó bajo la forma de un niño coronado que llevaba una rama de árbol en su mano. Llamó a Macbeth por su nombre y lo tranquilizó respecto a las conspiraciones, diciéndole que jamás sería derrotado hasta que el bosque de Birnam llegara hasta la colina de Dunsinane.

—Dulces presagios. Bien —exclamó Macbeth—, ¿quién podría arrancar el bosque y moverlo de sus terrestres raíces? Ya veo que viviré el tiempo que corresponde a la vida de un hombre, sin ser eliminado por una muerte violenta. Pero mi corazón reclama conocer una cosa más. Decidme, si vuestro arte alcanza a tanto, ¿llegará la estirpe de Banco a reinar sobre este reino?

En aquel momento el caldero se hundió en el suelo y, mientras sonaba la música, ocho sombras que parecían reyes pasaron junto a Macbeth, y la última de todas era la de Banco, que llevaba un espejo que mostraba los rostros de muchos más. Y el ensangrentado Banco sonrió a Macbeth, señalándolos, por lo cual Macbeth supo que aquella era la descendencia de Banco, que después de él reinaría en Escocia. Y las brujas, al son de una suave música, desaparecieron danzando después de haber demostrado su buena disposición y lealtad hacia Macbeth. Y desde aquel momento los pensamientos de Macbeth fueron terribles y sangrientos.

Lo primero que supo al salir de la cueva de las brujas fue que Macduff, señor de Fife, había huido a Inglaterra a unirse al ejército que estaba reuniendo Malcolm, el hijo mayor del difunto rey, con el propósito de eliminar a Macbeth y poner en el trono a Malcolm, el heredero legítimo. Macbeth, aguijoneado por la ira, atacó el castillo de Macduff, dando muerte a espada a la mujer y a los hijos de éste (que el señor había dejado allí) y masacrando a todos los que tuvieran la menor relación con Macduff.

Este y otros actos semejantes le hicieron perder el favor de los nobles, y los que pudieron se apresuraron a partir para unirse a Malcolm y a Macduff, que ya se aproximaban al frente de un poderoso ejército reclutado en Inglaterra. Y el resto deseaba secretamente que sus armas resultaran victoriosas, aunque por temor a Macbeth no tomaran parte activa. Éste reclutaba a sus guerreros lentamente. Todos odiaban al tirano y nadie lo quería ni lo respetaba, sino que desconfiaban de él hasta el punto de que comenzó a sentir celos de Duncan, a quien había asesinado, pues éste reposaba en la paz de la sepultura, después de haber sufrido la mayor traición;



pero al menos a él ya no le alcanzaba el veneno, la maledicencia interna ni las tropas extranjeras.

Mientras esto sucedía, la reina, que había sido su única cómplice en la vileza y en cuyo pecho podía encontrar descanso momentáneo de los horribles sueños que cada noche lo atenazaban, murió, al parecer, por obra de su propia mano, pues ya era incapaz de soportar el peso de la culpa y del odio de todos. Entonces él se encontró solo, sin un alma que lo quisiera o se ocupara de él, ni tan siquiera un amigo a quien confiar sus perversos propósitos.

Perdió interés en la vida y deseaba la muerte, pero el avance del ejército de Malcolm despertó en él los restos de su antiguo coraje y se dispuso a morir, según decía, «llevando una armadura». Además, las vanas promesas de las brujas lo habían llenado de infundada confianza, pues recordaba que los espíritus habían dicho que no debía temer a nadie nacido de mujer y que no sería derrotado hasta que el bosque de Birnam llegara hasta Dunsinane, cosa que le parecía imposible. De modo que se encerró en su castillo, tan inexpugnable que le permitía soportar un sitio, y allí, sombríamente, esperó a que Malcolm se aproximara. Pero sucedió que un día llegó hasta él un mensajero, pálido y temblando de terror y casi incapaz de relatar lo que había visto, pues afirmaba que, estando en su puesto de centinela, había dirigido la vista hacia Birnam y en su opinión ¡el bosque había comenzado a avanzar!

—¡Mentiroso esclavo! —gritó Macbeth—. Si no has dicho la verdad, serás colgado vivo del árbol más próximo, donde permanecerás hasta morir de hambre; pero si tu historia es cierta, no me importa que con tu mano me hagas correr la misma suerte.

Entonces la resolución de Macbeth comenzó a resquebrajarse, pues dudaba de las equívocas predicciones de los espíritus. No tenía nada que temer hasta el día en que el bosque de Birnam llegara hasta Dunsinane, y ahora resultaba que el bosque se movía.

—Sin embargo —dijo—, si lo que profetizó la bruja resulta cierto, me enfrentaré a ello. No hay escapada posible, ni es posible subsistir. El sol comienza a cansarme y quisiera que mi vida se acabase.

Con tan desesperanzadas palabras salió a enfrentarse a los atacantes que ya habían alcanzado el castillo.

No es difícil explicar por qué el vigía vio que el bosque avanzaba. Cuando el ejército atacante atravesaba el bosque de Birnam, Malcolm, que era un consumado general, dio instrucciones a sus soldados para que cada uno cortara una rama y la llevara ante sí, para ocultar el número real de sus huestes. El avance de los combatientes parapetados tras las ramas, visto en la

distancia, tenía la apariencia que había asustado al vigía. Y así se hacían realidad las palabras de los espíritus, pero en un sentido diferente al que Macbeth había creído, lo que hizo que buena parte de su confianza desapareciera.

Entonces comenzó una seria escaramuza, en la que Macbeth, aunque débilmente apoyado por quienes se llamaban sus amigos, pero que en realidad odiaban al tirano y estaban de parte de Malcolm y Macduff, luchó sin embargo con el máximo encarnizamiento y valor, cortando en pedazos a todos los que se le enfrentaban, hasta que llegó al sitio donde combatía Macduff. Al verlo, recordó que el espíritu le había recomendado evitar a Macduff más que a cualquier otro hombre, y por él se hubiera apartado, pero Macduff, que durante toda la lucha había ido en su busca, le impidió que se alejara y se enfrentaron en fiero combate, mientras Macduff le reprochaba amargamente la muerte de su esposa y de sus hijos. Macbeth, en cuya alma pesaba dolorosamente la muerte de aquella familia, no se hubiera prestado al combate; pero Macduff lo obligó a él, llamándolo tirano, asesino, vasallo del infierno y villano.

Entonces Macbeth recordó las palabras del espíritu que decía que nadie nacido de mujer podía hacerle daño y con sonrisa confiada le dijo a Macduff:

—No sacas nada con empeñarte, Macduff. Con más facilidad podrías hacer que la huella de tu espada se imprimiera en el aire que hacerme vulnerable. Mi vida está bajo un encantamiento que dice que nadie nacido de mujer podrá vencerme.

—Olvida tu encantamiento —dijo Macduff— y permite que el espíritu mentiroso al cual has servido te diga, Macbeth, que Macduff no nació de mujer como nacen los hombres, sino que fue arrancado del vientre de su madre.

—Maldita sea la lengua que lo dice —dijo Macbeth, que temblaba sintiendo que sus últimos arrestos de confianza lo abandonaban— y que nunca en el futuro un hombre crea las mentirosas patrañas de brujas y espíritus mendaces que nos engañan con palabras de doble sentido y, mientras mantienen literalmente sus promesas, burlan nuestras esperanzas con significados diferentes. No me enfrentaré a ti.

—Vive entonces —dijo Macduff con ironía—. Te exponremos como se exponen los monstruos con un cartel pintado que diga: «He aquí al tirano.»

—Nunca —dijo Macbeth, a quien la desesperación le había devuelto el coraje—. No viviré para besar el suelo ante los pies del joven Malcolm mientras soy atormentado por las maldiciones del populacho. Aunque el

bosque de Birnam haya llegado hasta Dunsinane y tú, que no has nacido de mujer, te enfrentes a mí, lucharé hasta el final.

Con estas frenéticas palabras se lanzó sobre Macduff, quien, tras un violento combate, acabó por derrotarlo, cortándole la cabeza, que ofreció a Malcolm, joven y legítimo rey, quien se hizo cargo del gobierno que las maquinaciones del usurpador le habían arrebatado hacía tanto tiempo y ascendió al trono de Duncan el Manso entre las aclamaciones de los nobles y el pueblo.

## *A buen fin no hay mal principio*

Beltrán, conde del Rosellón, acababa de heredar título y posesiones tras la reciente muerte de su padre. El rey de Francia, que era amigo del padre de Beltrán, cuando se enteró de su muerte, ordenó que Beltrán fuera de inmediato a la corte, en París, para poder hacer objeto al joven de los mismos favores y beneficios que había dispensado al difunto conde.

Beltrán vivía con su madre, la condesa viuda, cuando Lafeu, un anciano señor de la corte francesa, vino a buscarlo para conducirlo a presencia del rey. El rey de Francia era un monarca absoluto y la invitación a la corte tenía carácter de orden real o mandato imperioso que ningún súbdito, por mucha categoría que tuviera, podía desobedecer. Por lo tanto, aunque para la condesa el separarse de su querido hijo fuera como volver a enterrar a su marido, cuya pérdida había llorado hacía tan poco, no se atrevió a retrasarlo un solo día y dio inmediatas instrucciones para su partida. Lafeu, que había venido a buscarlo, trató de consolar a la condesa por la muerte de su señor y la repentina ausencia de su hijo, y dijo, en el tono adulator de los cortesanos, que el rey era un príncipe tan bondadoso, que en su majestad encontraría un marido para ella y un padre para su hijo, queriendo decir solamente que el buen rey velaría por la suerte de Beltrán. Lafeu contó a la condesa que el rey se encontraba postrado por una desgraciada dolencia que sus médicos habían diagnosticado como incurable. Al escuchar este relato sobre la mala salud del rey, la dama expresó su pesar y dijo que hubiese querido que el padre de Helena (una joven dama de compañía que la atendía en esos momentos) estuviera vivo, pues no dudaba de que éste hubiera podido curar a su majestad de su mal. Y le contó a Lafeu algo de la historia de Helena diciendo que era la única hija del famoso médico Gerardo de Narbona, quien había encomendado a su hija a su cuidado cuando se encontraba en agonía, de modo que desde su muerte había tomado a Helena bajo su protección, y la condesa alabó luego las virtudes y excelentes cualidades de Helena, diciendo que había heredado estas cualidades de su distinguido padre. Mientras así hablaba, Helena lloraba

en doloroso silencio, lo que hizo que la condesa le reprochara dulcemente el seguir tan apesadumbrada por la muerte de su padre.

Beltrán se despidió entonces de su madre. La condesa se separó de su hijo con lágrimas y muchas bendiciones y lo puso bajo el cuidado de Lafeu, a quien dijo:

—Buen señor, aconsejadle, pues todavía es un cortesano imberbe.

Las últimas palabras de Beltrán fueron para Helena, pero fueron palabras de simple cortesía para desearle felicidad. Puso fin a su corta despedida diciéndole:

—Sé un consuelo para mi madre, tu señora, y ten mucho cuidado de ella.

Hacía mucho que Helena estaba enamorada de Beltrán y, cuando lloraba en doloroso silencio, las lágrimas que derramaba no eran por Gerardo de Narbona. Helena había querido a su padre, pero al sentir un amor más profundo y que estaba a punto de perder había olvidado hasta las facciones de su difunto padre, pues su mente no podía imaginar más rostro que el de Beltrán.

Aunque su amor por Beltrán databa de tiempo atrás, nunca olvidaba que él era el conde del Rosellón y descendía de una de las familias más antiguas de Francia, mientras que ella era de humilde cuna y sus padres no tenían abolengo. Todos los antepasados de él eran nobles. De modo que miraba al aristocrático Beltrán como a su amo y muy querido señor y no se atrevía a formular otro deseo que el de vivir para servirle y, luego de vivir así, morir siendo su vasallo. Tan grande le parecía a ella la distancia entre su alta dignidad y su humilde fortuna que se decía:

«Sería lo mismo que amara a un brillante astro del firmamento, pensando en desposarme con él, pues Beltrán está tan por encima de mí como un astro.»

La partida de Beltrán le llenó los ojos de lágrimas y el corazón de congoja, pues aunque su amor no tenía esperanzas, era un buen consuelo el verlo a todas horas, y Helena podía sentarse a contemplar sus ojos oscuros, la curva de su ceño, su fino cabello, hasta que parecía que su retrato le quedaba dibujado en el corazón, aquel corazón capaz de retener cada línea de los rasgos del rostro amado.

Gerardo de Narbona, al morir, no le había dejado más dote que algunas recetas de extrañas y probadas virtudes, que había reunido tras profundos estudios y una larga experiencia como médico, y eran éstos unos remedios eficaces y casi infalibles. Entre otras, había una que era una probada medicina contra la enfermedad que Lafeu había dicho que sufría el rey, y cuando Helena conoció el padecimiento del rey, ella, que hasta entonces había sido

tan humilde y había albergado tan pocas esperanzas, concibió en su mente el ambicioso proyecto de ir personalmente a París para intentar la curación del rey. Pero aunque Helena estaba en posesión de aquel selecto remedio, era improbable que, puesto que tanto el rey como sus médicos tenían la opinión de que la enfermedad era incurable, dieran crédito a una pobre doncella sin educación que se ofrecía para llevar a cabo la curación. La firme convicción de Helena de tener éxito si le permitían intentarlo parecía superior incluso a lo que garantizaba la ciencia de su padre, aunque éste había sido el médico más famoso de su tiempo; pero ella tenía fe absoluta en que esta buena medicina estaba santificada por todas las estrellas benéficas del cielo y que sería el legado que mejoraría su fortuna hasta el extremo de convertirla en la esposa del conde del Rosellón.

No hacía mucho que Beltrán había partido, cuando la condesa fue informada por su mayordomo de que había oído a Helena hablando consigo misma y, por algunas palabras que había pronunciado, había comprendido que estaba enamorada de Beltrán y que pensaba seguirlo a París. La condesa le dio las gracias al mayordomo y le dijo que se retirara y que dijera a Helena que quería hablar con ella. Lo que acababa de oír acerca de Helena trajo a la mente de la condesa el recuerdo de días ya muy lejanos, tal vez aquellos días en que comenzara su amor por el padre de Beltrán, y se dijo para sus adentros: «A mí me sucedió lo mismo cuando era joven. El amor es una espina que pertenece al rosal de la juventud, pues en esa edad juvenil somos hijos de la naturaleza, que nos hace cometer faltas que no nos parecen faltas.» Mientras la condesa meditaba de este modo sobre los errores amorosos de su juventud entró Helena.

—Helena, sabes que soy una madre para ti —le dijo.

Y Helena respondió:

—Sois mi honorable señora.

—Eres mi hija —repitió la condesa—, y digo que soy tu madre. ¿Por qué te alarman mis palabras y te hacen palidecer?

Con aspecto cohibido y pensamientos confusos por el temor de que la condesa sospechara su amor, Helena volvió a replicar:

—Perdón, señora; no sois mi madre. El conde del Rosellón no puede ser mi hermano, ni yo soy vuestra hija.

—Sin embargo, Helena —dijo la condesa—, podrías ser mi nuera y me temo que ése es tu deseo y por ello te alarman las palabras «madre» y «hermano». Helena, ¿estás enamorada de mi hijo?

—Buena señora, perdonadme —dijo la asustada Helena.

Y la condesa repitió la pregunta:

—Helena, ¿estás enamorada de mi hijo?

—¿No lo ama usted, señora? —dijo Helena.

—No me des esa respuesta evasiva, Helena. Vamos, vamos, cuéntame lo que siente tu corazón, pues tu amor es evidente.

Helena se puso entonces de rodillas y reconoció su amor, y con vergüenza y temor imploró el perdón de su noble señora y alegó, con palabras que dejaban claro que era consciente de la diferencia de sus fortunas, que Beltrán no sabía de su amor por él. Y comparó su humilde amor sin pretensiones al del pobre indio que adora al sol que resplandece sobre su adorador, ignorando que éste existe.

La condesa preguntó a Helena si últimamente había tenido la intención de ir a París. Helena reconoció el proyecto que había elaborado en su mente cuando oyó a Lafeu hablar sobre la enfermedad del rey.

—¿Y ése fue el motivo para que quisieras ir a París? —dijo la condesa—. ¿Fue ése? Dime la verdad.

Helena habló sinceramente:

—Ha sido por vuestro hijo, mi señor, por lo que he pensado en ello. Entonces París, la medicina y el rey estaban ausentes de mis pensamientos.

La condesa oyó esta confesión sin decir ni una palabra de aprobación o de rechazo, pero le preguntó muy seriamente a Helena cuáles eran las posibilidades de que el remedio fuera eficaz para el rey. Supo que era el remedio favorito de todos los conocidos por Gerardo de Narbona y que se lo había entregado a su hija en su lecho de muerte, y recordó la solemne promesa que le había hecho en aquella hora terrible respecto a la joven doncella, cuyo destino y la vida del mismo rey parecían depender de la realización de aquel proyecto. Proyecto que, aunque concebido por los pensamientos ilusionados de una joven enamorada, la condesa no podía dejar de considerar que tal vez se debiera a los designios invisibles de la providencia, que actuaban así para conseguir la recuperación del rey, echando las bases para la suerte futura de la hija de Gerardo de Narbona. Así que dejó en libertad a Helena para que ésta siguiera adelante, proporcionándole generosamente medios suficientes y sirvientes adecuados, y Helena partió hacia París con las bendiciones de la condesa y sus sinceros deseos de éxito.

Helena llegó a París y con ayuda de su amigo el anciano Lafeu obtuvo una audiencia con el rey. Todavía debería enfrentarse con muchas dificultades, pues el rey no se dejaba convencer fácilmente para probar la medicina que le ofrecía tan joven médico. Pero ella le dijo que era hija de Gerardo de

Narbona, cuya fama era bien conocida por el rey, y le ofreció el precioso remedio, que era el tesoro que contenía la esencia de la sabiduría y habilidad de su padre; y audazmente le dijo que ponía su propia vida como rehén, si este no conseguía devolver la buena salud a su majestad en el plazo de dos días.

Finalmente el rey accedió a probarlo, con la condición de que, si no se recuperaba, Helena perdería la vida antes del tercer día; pero si tenía éxito, había prometido concederle como esposo cualquier hombre de Francia (exceptuando únicamente a los príncipes), pues la elección de marido había sido el pago pedido por Helena si conseguía curar al rey de su enfermedad.

Helena no se engañaba en sus esperanzas de la eficacia del remedio. Antes de que transcurrieran los dos días, el rey se encontraba en perfecto estado de salud y reunía a todos los jóvenes de la corte a fin de otorgar un esposo a su dulce médico, y le pidió a Helena que mirara detenidamente a aquel grupo de nobles solteros y que eligiera esposo. Helena no tardó en hacer su elección, pues entre los jóvenes señores vio al conde del Rosellón, y volviéndose hacia Beltrán, le dijo:

—Éste es el hombre. No me atrevo a deciros, señor, que os tomo, sino que me ofrezco a vuestro servicio para el resto de mi vida, dejándome guiar por vos.

—Está bien —dijo el rey—. Joven Beltrán, tomadla. Es vuestra esposa.

Beltrán no vaciló en declarar su rechazo por este obsequio del rey y en el que Helena se ofrecía a sí misma. Pues, dijo, era la pobre hija de un médico, criada a expensas de su padre y que ahora vivía gracias al sustento de su madre. Helena, oyéndolo pronunciar estas palabras de rechazo y de desprecio, le dijo al rey.

—Me alegro de que estéis bien, señor. Lo demás no tiene importancia.

Pero el rey no podía aceptar que una orden suya fuera desoída de aquella manera, puesto que el poder de dar a sus nobles en matrimonio era uno de los muchos privilegios de los reyes de Francia. Aquel mismo día casaron a Beltrán con Helena, lo que para Beltrán era un matrimonio forzado e incómodo, y tampoco era muy prometedor para la pobre doncella. Ésta, aunque había conseguido al noble esposo por cuya obtención había llegado a arriesgar la vida, parecía no haber ganado más que un espléndido vacío, pues no estaba en poder del rey de Francia el ofrecerle el amor de su esposo.





En cuanto estuvieron casados, Beltrán le pidió a Helena que solicitara un permiso real para ausentarse de la corte; y cuando ésta le trajo la autorización real para poder partir, Beltrán le dijo que no estaba preparado para un matrimonio tan súbito y que se encontraba muy perturbado y que no debía extrañarse del camino que iba a seguir. Aunque a Helena no le extrañaron aquellas palabras, se apenó al saber que él tenía intención de abandonarla. Le ordenó que volviera con su madre, y cuando Helena oyó aquella orden tan poco bondadosa, replicó:

—Señor, no tengo nada que decir a esto, sino que soy vuestra sierva más obediente y siempre intentaré sumisamente superar el desierto en el que mi estrella no ha conseguido igualar a mi gran fortuna.

Pero las humildes palabras de Helena no conmovieron en absoluto al altanero Beltrán, que no se apiadó de su gentil esposa y se separó de ella sin siquiera la normal cortesía de una despedida afectuosa.

Helena regresó con la condesa. Había alcanzado el propósito de su viaje, había salvado la vida del rey y se había casado con el señor de su corazón, el conde del Rosellón; pero regresaba junto a su noble suegra como esposa rechazada, y tan pronto como cruzó el umbral del palacio recibió una carta de Beltrán que casi le partió el corazón.

La buena condesa la recibió cariñosamente, como si hubiera sido la elegida de su hijo y una dama de alta alcurnia, y la consoló con dulces palabras por el injusto desaire que la había hecho Beltrán al enviar a su esposa sola a casa y el mismo día de su matrimonio. Pero esta amable acogida no consiguió alegrar el espíritu entristecido de Helena, que dijo:

—Señora, mi señor se ha marchado para siempre.

Entonces leyó estas palabras de la carta del Beltrán: «Cuando consigas obtener el anillo que no se puede quitar de mi dedo, entonces me podrás llamar esposo, pero a ese *entonces* yo digo *nunca*.»

—Es una sentencia terrible —dijo Helena.

La condesa le rogó que fuera paciente, diciéndole que ahora que Beltrán estaba ausente, ella sería su hija y que merecía un señor a cuyo servicio estuvieran veinte groseros muchachos como Beltrán, que la llamaran señora a todas las horas del día.

Pero la respetuosa comprensión y los bondadosos halagos con que esta madre ejemplar intentaba aliviar la tristeza de su nuera resultaban inútiles.

Helena todavía tenía sus ojos clavados en la carta y, deshecha de dolor, exclamó:

—«Puesto que no tengo una esposa, nada me retiene en Francia».

La condesa le preguntó si aquellas palabras estaban en la carta.

—Sí, señora —fue todo lo que la pobre Helena pudo responder.

A la mañana siguiente, Helena había desaparecido, dejando una carta para que le fuera entregada a la condesa después de su partida, en la que le explicaba la razón de su repentina ausencia. Le decía que se sentía tan dolida por haber empujado a Beltrán a que se alejara de su país natal y de su hogar, que para expiar su falta iría en peregrinación al santuario de Santiago el Mayor<sup>[13]</sup>. Y finalizaba pidiendo a la condesa que hiciera saber a su hijo que su aborrecida esposa había partido de su hogar para siempre.

Al dejar París, Beltrán se había marchado a Florencia y allí había llegado a ser oficial del ejército del duque de Florencia. Y después de una guerra victoriosa en la que se había distinguido por muchas acciones de valor, Beltrán había recibido cartas de su madre en las que le daba la tranquilizadora noticia de que Helena no volvería a importunarlo. Y ya se disponía a regresar a su hogar, cuando Helena en persona, vestida con ropas de peregrina, llegó a Florencia.

Florencia era una ciudad de paso para los peregrinos que se dirigían a Santiago el Mayor, y cuando Helena llegó a esta ciudad, se enteró de que vivía allí una viuda hospitalaria que solía recibir en su casa a las mujeres que hacían la peregrinación para visitar el santuario del santo, a las que alojaba y atendía cordialmente. Por lo tanto, Helena acudió a casa de esta buena señora y la viuda la recibió amablemente, invitándola a conocer las cosas características de tan famosa ciudad, y le dijo que, si deseaba ver el ejército del duque, la llevaría a un lugar desde donde podría observarlo en su totalidad.

—Y podrá ver a un compatriota suyo —dijo la viuda—, al que llaman conde del Rosellón, que ha servido valientemente al duque en la guerra.

Helena no esperó una segunda invitación al enterarse de que Beltrán sería parte del espectáculo. Acompañó a su anfitriona y fue para ella un placer triste y doloroso el ver una vez más el rostro de su amado esposo.

—¿Acaso no es un buen mozo? —le dijo la viuda.

—Me gusta mucho —respondió Helena con toda sinceridad.

Durante todo el camino la charla de la comunicativa viuda versó sobre Beltrán, contándole a Helena la historia de su matrimonio y de cómo éste había abandonado a su pobre esposa, enrolándose en el ejército del duque para no tener que vivir con ella. Helena escuchó pacientemente el relato de sus propias desdichas y, cuando terminó aquella parte, la historia de Beltrán todavía no acababa, y la viuda comenzó otro relato, cada palabra del cual se le

clavaba a Helena en el alma, pues la historia que ahora le contaba era del amor de Beltrán por su hija.

Aunque a Beltrán no le había gustado el matrimonio al que fuera forzado por el rey, parecía no ser insensible al amor, pues desde que el ejército permanecía en Florencia se había enamorado de Diana, una bella dama que era hija de la viuda que albergaba a Helena, a quien cada noche ofrecía bajo su ventana toda clase de melodías y canciones que alababan su belleza, y así solicitaba su amor, rogándole que accediera a recibirlo a escondidas cuando su familia se hubiera retirado a descansar. Pero Diana no estaba ni mucho menos dispuesta a ceder a esta solicitud poco correcta y no alentaba su galanteo, puesto que lo sabía casado. Diana había sido educada por una madre prudente, la cual, aunque sus circunstancias eran ahora modestas, venía de buena cuna y descendía de la noble familia de los Capuleto.

La buena señora relató todo esto a Helena, excediéndose en alabanzas sobre los principios virtuosos de su discreta hija, los cuales, dijo, se debían enteramente a la buena educación y a los sensatos consejos que ella le daba, y añadió que Beltrán se había empeñado en que Diana, aquella misma noche, accediera al encuentro tan deseado por él, pues se disponía a abandonar Florencia en las primeras horas de la mañana siguiente.

Aunque Helena sufrió al oír el relato del amor de Beltrán por la hija de la viuda, sin embargo la historia hizo que su mente febril concibiera un proyecto, sin que el lamentable fin del primero la desanimara, para recuperar a su esquivo señor. Así que reveló a la viuda que ella era Helena, la esposa abandonada de Beltrán, y le pidió a su anfitriona y a su hija que tuvieran la bondad de acceder a la visita, permitiendo que fuera ella quien se hiciera pasar por Diana ante Beltrán; y les confesó que el motivo principal que la hacía desear aquella entrevista con su esposo era el de obtener de él un anillo que él había dicho que lo haría reconocerla como esposa, si alguna vez entraba en posesión de él.

La viuda y su hija prometieron su colaboración en esto, en parte movidas por la piedad que les inspiraba la esposa abandonada y en parte por interés en la recompensa que Helena les prometiera, dándoles una bolsa de plata en garantía de otros favores futuros. Durante el curso del día hizo llegar a Beltrán la noticia de que había muerto, con la esperanza de que, cuando se creyera libre para hacer una segunda elección, al suponerla desaparecida, pidiera en matrimonio a la falsa Diana. Y si podía conseguir el anillo y también su promesa, no dudaba de que algo bueno resultaría de todo ello.

Aquella tarde, después de que hubo oscurecido, Beltrán fue conducido a la habitación de Diana, donde Helena estaba preparada para el encuentro. Los cumplidos y adulaciones que dirigía a Helena sonaban preciosos a sus oídos, aunque sabía que su objeto era Diana. Y Beltrán estaba tan encantado con ella que le hizo la solemne promesa de hacerla su esposa y de amarla eternamente, lo que ella esperaba que resultara profético de un cariño real cuando supiera que quien tanto lo había deleitado con su conversación no era otra que Helena, su esposa desdeñada.

Beltrán nunca había advertido cuán sensata era Helena, o de otro modo tal vez no la hubiera tenido en tan poca estima. Y como la había visto a diario, no había reparado en su belleza, pues un rostro que vemos habitualmente pierde el efecto causado por la primera impresión de belleza o de falta de ella, y de su entendimiento le hubiera resultado imposible formar un juicio, pues ella sentía por él tanto respeto, mezclado de amor, que en su presencia siempre guardaba silencio. Pero ahora que su suerte futura y el final feliz de sus proyectos amorosos dependían de que la mente de Beltrán guardara una impresión favorable de aquella entrevista nocturna, desplegó todo su ingenio a fin de complacerlo, y la gracia sencilla de su animada conversación y la entrañable dulzura de sus modales hechizaron a Beltrán hasta tal punto, que juró que la haría su esposa. Helena le rogó que le diera su anillo en prenda de su afecto y él se lo dio; y a cambio del anillo, cuya posesión revestía tanta importancia para ella, ella le entregó otro anillo que había sido uno de los regalos que le había hecho el rey. Antes de que amaneciera despidió a Beltrán, quien de inmediato se puso en camino hacia el hogar de su madre.

Helena convenció a la viuda y a su hija para que la acompañaran a París, pues todavía le era necesaria su ayuda para que el plan que había ideado llegara a un final feliz. Cuando llegaron allí se enteraron de que el rey se encontraba visitando a la condesa del Rosellón, y Helena siguió al rey con la mayor rapidez posible.

El rey gozaba todavía de perfecto estado de salud y la gratitud hacia quien había sido el instrumento de su recuperación estaba tan viva en su mente, que desde el primer momento en que vio a la condesa del Rosellón comenzó a hablarle de Helena, llamándola «preciosa joya que la necesidad de su hijo había perdido». Pero advirtiéndole que el tema atormentaba a la condesa, que lamentaba de corazón la muerte de Helena, le dijo:

—Mi buena señora. Ya he olvidado y perdonado todo.

Pero el buen Lafeu, que estaba presente y no podía soportar que el recuerdo de su entrañable Helena fuera pasado por alto con tanta ligereza,

dijo:

—No puedo callar que el joven señor ofendió grandemente a su rey, su madre y su esposa. Pero el peor daño se lo hizo a sí mismo, pues perdió una esposa cuya belleza asombraba a todos, cuyas palabras cautivaban todos los oídos, cuya profunda perfección hacía que todos los corazones se inclinaran a servirla.

Y dijo el rey:

—Alabar lo perdido hace caro el recuerdo —y añadió, refiriéndose a Beltrán—. Está bien, que venga aquí.

Beltrán se presentó entonces ante el rey y, al oír sus expresiones de profunda pesadumbre por lo que le había hecho a Helena, el rey, en recuerdo a su difunto padre y por respeto hacia su admirable madre, lo perdonó y una vez más le otorgó su favor. Pero la buena disposición del rey hacia él se acabó muy pronto al ver que Beltrán llevaba el anillo que él le había regalado a Helena; recordaba muy bien que Helena había puesto a todos los santos del cielo por testigos de que nunca se separaría del anillo, a menos que debiera enviárselo al propio rey en caso de que le ocurriera una gran desgracia, y Beltrán, a quien el rey preguntó cómo había llegado el anillo a sus manos, contó una historia bastante inverosímil que decía que se lo había lanzado una dama desde una ventana, negando que hubiera vuelto a ver a Helena desde el día de su matrimonio. El rey, que sabía que Beltrán rechazaba a su esposa, temió que éste le hubiera dado muerte y ordenó a sus guardias que apresaran a Beltrán.

—Me embargan funestos pensamientos —dijo el rey—, pues temo que la vida de Helena haya sido miserablemente destruida.

En aquel momento entraron Diana y su madre, que presentaron una petición al rey por la que rogaban a su majestad que ejerciera su poder real para obligar a Beltrán a casarse con Diana, pues éste le había hecho solemne promesa de matrimonio. Pero Beltrán, que temía la cólera del rey, negó haber hecho tal promesa y entonces Diana presentó el anillo (que Helena había puesto en sus manos) para confirmar la sinceridad de sus palabras, y agregó que había sido ella quien había dado a Beltrán el anillo que llevaba en el dedo a cambio del otro, en el momento en que él le había jurado tomarla por esposa. Al oír esto, el rey ordenó a los guardias que la apresaran a ella también y, como su versión sobre el anillo difería de la de Beltrán, las sospechas del rey se confirmaron y dijo que si no confesaban la forma en que el anillo de Helena había llegado a sus manos, ambos serían ejecutados. Diana pidió que se permitiera a su madre que hiciera venir al joyero a quien había

comprado el anillo y, cuando esto fue concedido, la viuda salió y regresó precedida por la propia Helena.

La buena condesa, que en silencioso dolor había contemplado el peligro en que se hallaba su hijo y hasta había llegado a temer que la sospecha de que su hijo se hubiera deshecho de Helena pudiera ser posible, al ver con vida a su querida Helena, por quien sentía un cariño de madre, se puso casi fuera de sí de felicidad, y el rey, que de contento que estaba apenas podía creer que era la propia Helena la que se presentaba ante él, exclamó:

—¿Es en verdad la esposa de Beltrán lo que ven mis ojos?

Helena, que aún se sentía como una esposa no aceptada, replicó:

—No, mi buen señor, lo que veis es sólo la sombra de una esposa. Sólo un nombre que no representa un matrimonio.

—¡Es ambas cosas! —exclamó Beltrán—. ¡Perdón!

—Oh, mi señor —dijo Helena—, cuando simulé ser esta gentil dama, os encontré maravillosamente amable; he aquí vuestra carta, mirad.

Y con entonación alegre le leyó las palabras que una vez hubiera dicho con tanta pesadumbre: «Cuando consigas obtener el anillo...»

—Pues está hecho. Ha sido a mí a quien habéis dado el anillo. ¿Aceptaréis ser mi esposo ahora que habéis sido doblemente ganado? —le dijo.

—Si podéis demostrar que sois la dama con la que hablé aquella noche, os amaré entrañablemente para siempre, para siempre —replicó Beltrán.

Esto no resultó difícil, porque la viuda y Diana vinieron en ayuda de Helena para probar el hecho, y al rey le agradó tanto Diana y la forma tan amable como había ayudado a la digna dama a quien él tanto estimaba por el valioso servicio que le prestara, que también le ofreció un marido noble. La historia de Helena le había hecho pensar que, en premio por servicios notables, los reyes debían otorgar la conveniente recompensa de un marido a las damas hermosas.

De este modo pudo así Helena comprobar que el legado de su padre era finalmente santificado por los astros de la fortuna, pues llegó a convertirse en la amada esposa de su querido Beltrán y nuera de su noble señora, a la vez que llegó a ser condesa del Rosellón.

## *La fierecilla domada*

Catalina, la fierecilla, era la hija mayor de Bautista, un rico señor de Padua. Era una doncella de espíritu tan indómito y de un temperamento que, por su lengua atrevida, en Padua la conocían como Catalina la fierecilla. Parecía muy improbable, y más bien imposible, que algún día llegara a aparecer un caballero que quisiera arriesgarse a desposar a esta dama y por ello Bautista recibía constantes reproches por aplazar su consentimiento a las muchas y excelentes ofertas que le hacían a Blanca, su dulce hermana, cuyos pretendientes eran postergados con la excusa de que, cuando la hermana mayor ya no estuviera a su cuidado, les sería permitido interesarse por la joven Blanca.

Sin embargo sucedió que un caballero, de nombre Petrucho, vino a Padua con el propósito de buscar esposa y, sin sentirse acobardado por los informes que sobre el carácter de Catalina le daban, sabiéndola rica y bella, decidió desposar a la famosa fierecilla y domarla hasta convertirla en una esposa sumisa y manejable. Y en verdad nadie era más indicado para emprender aquella hercúlea tarea que Petrucho, cuyo temperamento era tan fuerte como el de Catalina; hombre ingenioso y de buen humor, era además tan prudente y equilibrado, que sabía muy bien cómo fingir un comportamiento apasionado y furibundo cuando su espíritu estaba tan en calma que bien podía haber estallado en carcajadas por su propio simulacro de cólera, pues su carácter era fácil y despreocupado; el aire prepotente que adoptaría cuando se convirtiera en esposo de Catalina no sería más que un juego, o mejor dicho, le sería dictado por su entendimiento como el único medio para imponerse con sus propias armas a la violenta Catalina.

Así pues, Petrucho comenzó a cortejar a Catalina, la fierecilla, y primero se dirigió a Bautista, su padre, para que le fuera permitido cortejar a su «gentil hija» Catalina, como la llamó Petrucho; y le dijo con mucha picardía que, habiendo oído hablar de su ruborosa modestia y su dulce comportamiento, había venido desde Verona a solicitar su amor. Su padre, aunque deseaba su



matrimonio, se vio obligado a confesar que la personalidad de Catalina no era exactamente aquélla, y no tardaría en demostrar la clase de cortesía que practicaba, pues su maestro de música se precipitó en la sala para quejarse de que su alumna, la gentil Catalina, le había roto la cabeza con el laúd, por haber osado encontrar algunos fallos en su interpretación.

—Es una valiente moza —dijo Petrucho al oírlo—; la quiero más que nunca y ansío entablar conversación con ella.

Y apremió al viejo señor para que le diera una respuesta positiva diciendo:

—Mi asunto requiere prisa, señor Bautista. No puedo venir a cortejarla todos los días. Usted conoció a mi padre. Ha muerto dejándome en herencia todas sus tierras y bienes. Si gano el cariño de su hija, ¿cuál sería su dote?

Bautista pensó que estos modales eran un tanto rudos para un enamorado, pero, satisfecho porque conseguiría casar a Catalina, le respondió que su dote sería de veinte mil coronas y la mitad de sus bienes cuando él muriera. De modo que en seguida se pusieron de acuerdo sobre la curiosa alianza y Bautista fue a comunicar a su indómita hija la petición de su pretendiente, haciendo que se presentara a escuchar el cortejo de Petrucho.

Mientras tanto, Petrucho ensayaba el estilo que adoptaría a la hora de hacer la corte y dijo:

—Cuando venga, la galantearé con cierto ingenio. Entonces, si me vitupera, le diré que su canto es tan dulce como el del ruiseñor; y, si frunce el ceño, le diré que su aspecto es tan tierno como el de una rosa recién bañada por el rocío. Si no quiere pronunciar palabra, alabaré la elocuencia de su lenguaje, y si me dice que la deje, le agradeceré que me permita acompañarla durante una semana.

Entonces hizo su aparición la soberbia Catalina y Petrucho se dirigió a ella, diciéndole:

—Buenos días, Cati, que ya sé que ése es tu nombre.

A Catalina no le gustó nada este simple saludo y le dijo desdeñosa:

—Quienes me dirigen la palabra me llaman Catalina.

—Mientes —replicó el pretendiente—, pues te llaman simplemente Cati, o Cati la guapa, y algunas veces Cati la fierecilla; pero, Cati, eres la Cati más linda de toda la cristiandad; y por eso, Cati, como en todas partes he oído cuánto se alaba tu dulzura, he venido a pedirte que seas mi esposa.

Por ambas partes resultó un extraño galanteo. Ella le demostró cuán justamente ganado tenía el apelativo de fierecilla, en términos altaneros y enojados, mientras él seguía alabando sus dulces y corteses palabras. Hasta

que finalmente, oyendo que su padre se aproximaba, le dijo, con la intención de que el cortejo fuera lo más rápido posible:

—Dulce Catalina, dejemos este parloteo inútil, pues vuestro padre ha aceptado que seáis mi esposa y hemos llegado a un acuerdo sobre la dote; así que, queráis o no, seréis mi esposa.

Y cuando entró Bautista, Petrucho le dijo que su hija lo había recibido amablemente y que le había prometido que se casarían el domingo siguiente. Catalina negó estas palabras y dijo que ojalá lo viera ahorcado aquel mismo domingo; y le reprochó a su padre que quisiera casarla con un rufián de marca mayor como Petrucho. Petrucho pidió a su padre que no tomara en cuenta sus palabras enfadadas, pues estaban de acuerdo en que ella se mostraría reticente delante de él, pero que a solas la había encontrado muy tierna y afectuosa.

—Dadme vuestra mano, Cati —le dijo—. Iré a Venecia a buscaros los más finos atavíos para la boda. El festejo y las invitaciones quedan a vuestro cargo, padre. Yo me comprometo a traer los anillos, bellos ornamentos y ricos vestidos para que los luzca mi Catalina; besadme, Cati, porque el domingo estaremos casados.

Aquel domingo se reunieron todos los invitados a la boda, pero tuvieron que esperar bastante hasta que llegó Petrucho, y Catalina lloró de humillación creyendo que Petrucho se había burlado de ella. Sin embargo, éste apareció por fin, pero sin traer ninguno de los atavíos nupciales que había prometido a Catalina, y ni siquiera él iba vestido como correspondía a un novio, sino de modo extraño y desordenado, como si quisiera tomar a broma un asunto tan serio; y su sirviente y hasta los mismos caballos que montaban tenían también una apariencia indigna y estafalaria.

Petrucho no quiso cambiarse de ropa, alegando que Catalina iba a casarse con él y no con su ropa; y, comprendiendo que era inútil discutir con él, partieron hacia la iglesia, mientras él seguía comportándose absurdamente. Y, cuando el sacerdote le preguntó a Petrucho si quería a Catalina por esposa, él respondió afirmativamente en voz tan alta que sorprendió a todos y al cura se le cayó el misal; y, cuando se inclinaba a recogerlo, el extravagante novio le dio tal manotada que una vez más el libro y el cura fueron a dar por los suelos. Y mientras se llevaba a cabo la ceremonia, él no cesaba de patalear y lanzar juramentos, hasta el punto de que la atrevida Catalina temblaba y se estremecía de miedo. Una vez concluida la ceremonia y encontrándose todavía en la iglesia, pidió vino y bebió brindando a gritos por la salud de la concurrencia, y luego arrojó lo que quedaba en el fondo del vaso a la cara del sacristán, sin dar otra razón para actuar de modo tan extraño que la barba del

sacristán era muy rala y que, mientras él bebía, parecía pedirle vino. Con seguridad no hubo nunca una boda más extravagante; pero Petrucho sólo fingía impertinencia con el fin de tener éxito en el plan que había urdido para domar a su esposa, la fierecilla.

Bautista había preparado un grandioso festejo nupcial, pero cuando regresaron de la iglesia Petrucho cogió a Catalina de la mano y manifestó su intención de llevarse a su esposa a casa de inmediato; y ni las protestas de su suegro ni las airadas palabras de Catalina le hicieron cambiar de idea. Proclamó que el marido tenía derecho a disponer de su mujer a su antojo y se marchó con un aire tan decidido y resuelto que nadie se atrevió a detenerlo.

Petrucho hizo que su esposa montara un caballo miserable, flaco y derrengado, que había elegido especialmente para la ocasión; él mismo y su sirviente no temían cabalgaduras mejores; en su viaje atravesaron senderos ásperos y cenagosos y cada vez que el caballo de Catalina tropezaba, lanzaba gritos y juramentos al maltratado jamelgo, que apenas podía arrastrarse con el peso que llevaba, como si fuera el hombre más violento de la tierra.

Por fin, después de un viaje agotador, durante el cual lo único que Catalina había oído eran las feroces invectivas que Petrucho dirigía tanto al caballo como al sirviente, llegaron a su domicilio. Petrucho le dijo unas gentiles palabras de bienvenida a su hogar pero estaba decidido a que aquella noche no tuviera cena ni reposo. La mesa estaba dispuesta y la cena fue servida prestamente, pero Petrucho, que simuló encontrar defectos en todos los platos, arrojó la carne al suelo y ordenó a sus criados que se la llevaran; y hacía todo esto, afirmó, por amor a su Catalina, para que no tuviera que comer una carne mal aliñada. Y cuando la agotada y hambrienta Catalina se retiró a descansar, también encontró defectos en el lecho, y desparramó las almohadas y las mantas por la habitación, y ella se vio forzada a quedarse en una silla, donde, cada vez que conseguía dormirse, la despertaban las voces de su esposo, que reñía a los criados por haber hecho tan descuidadamente el lecho nupcial de su esposa.

Al día siguiente Petrucho continuó con la misma política y seguía diciendo palabras amables a Catalina, pero, cada vez que ésta intentaba comer, encontraba mal todo lo que le ponían delante; y lanzó el desayuno al suelo igual que hiciera con la cena, y Catalina, la altiva Catalina, se resignó a suplicar a los criados que le dieran en secreto un bocado de alimento; pero éstos, siguiendo las instrucciones de Petrucho, le dijeron que no se atrevían a darle nada sin el conocimiento de su amo.

—¿Acaso se ha casado conmigo —respondió ella— para hacerme morir de hambre? Hasta los mendigos que llaman a la puerta de mi padre reciben alimento. Pero yo, que nunca supe lo que era pedir nada, desfallezco por falta de alimentos y me mareo por falta de sueño, pues los juramentos me han mantenido en vigilia y las bravatas me han alimentado; y lo que más me ofende es que lo haga en nombre de un amor perfecto, fingiendo que si comiera o durmiera mi muerte sería inmediata.

El soliloquio fue interrumpido en este punto por la entrada de Petrucho que, como no deseaba dejarla desfallecer de hambre, le había traído una pequeña ración de carne y le dijo:

—¿Cómo está mi dulce Cati? Mira, amor, cuán diligente soy. Yo mismo he aliñado tu carne. Estoy seguro de que esta atención merecerá tu gratitud. Vaya, ¿no me dices ni una palabra? No, entonces eso quiere decir que no te gusta la carne y que todos mis cuidados han sido inútiles.

Entonces ordenó al criado que retirara el plato. El hambre extrema que había abatido el orgullo de Catalina le hizo decir, aunque estaba furiosa hasta la médula:

—Por favor, no lo retires.

Pero esto no le bastaba a Petrucho, así que replicó:

—Hasta por el servicio más ínfimo se dan las gracias, y también las darás por el mío antes de tocar esa carne.

Ante esto Catalina masculló un reticente: «Gracias, señor.»

Y entonces él le permitió tomar tan frugal refrigerio y luego le dijo:

—Será muy reconfortante para tu corazón, Cati; come con calma. Y ahora, mi dulce amor, regresaremos a casa de tu padre y festejaremos por todo lo alto, con abrigos y tocados de seda y anillos de oro, golillas, mantos, abanicos y dos mudas de ropa.

Y para hacerla creer que verdaderamente pensaba darle esas fantásticas cosas, hizo venir a un sastre y un mercero que traían algunos vestidos nuevos que había encargado para ella y, luego de ordenar que el criado retirara su plato cuando su hambre estaba satisfecha sólo a medias, dijo:

—Bueno, ya has comido.

El mercero le presentó un tocado diciendo:

—He aquí el tocado del que habló su señoría.

Ante lo cual Petrucho nuevamente comenzó a vociferar diciendo que el tocado había sido modelado sobre una escudilla y que no era mayor que un caracol o una nuez y le dijo que se lo llevara para agrandarlo.

Catalina dijo:

—Lo quiero; todas las damas llevan tocados como éste.

—Cuando seas una dama —dijo Petrucho— tú también tendrás uno, pero no antes de ese día.

La carne que Catalina logró comer había animado un poco su decaído espíritu y replicó:

—¿Por qué, señor? Me parece que me es permitido hablar y hablaré. No soy una niña ni un bebé. Personas superiores a vos me han oído decir lo que me parece y, si no podéis soportarlo, es mejor que os tapéis los oídos.

Petrucho hizo oídos sordos a sus enojadas palabras, pues felizmente había descubierto un mejor modo de manejar a su esposa que enzarzarse en una agria discusión con ella y, por lo tanto, su respuesta fue:

—Está bien, tienes razón. Es un tocado vulgar y adoro que no te agrade.

—Podéis adorarme o no —respondió Catalina—, pero me gusta ese tocado y quiero ése o ninguno.

—Dices que quieres ver el vestido —dijo Petrucho, todavía simulando no haberla comprendido.

Entonces se adelantó el sastre y le mostró un bello vestido que había hecho para ella. Petrucho, que pretendía dejarla sin tocado y sin vestido, también le encontró muchos defectos.

—Santos del cielo —dijo—. ¿Qué es esto? ¿Llamáis a esto manga? Parece un cañón decorado como tarta de manzana.

—Me pedisteis que lo hiciera de acuerdo con la moda —respondió el sastre.

Catalina agregó que nunca había visto un vestido mejor hecho. Esto bastó para que Petrucho arrojase al sastre y al mercero de la habitación con gestos furiosos e insultantes palabras, aunque luego hizo que les pagaran a escondidas por sus mercancías, disculpándose por la forma aparentemente extravagante como los había tratado.

Y luego, volviéndose hacia Catalina, le dijo:

—Venga, vamos, Catalina. Iremos a visitar a tu padre con estas pobres ropas que llevamos.

Entonces hizo preparar los caballos, diciendo que llegarían a casa de Bautista a la hora de cenar, a eso de las siete. En aquel momento no era por la mañana temprano, sino justo mediodía; por eso Catalina se atrevió a decir, aunque muy humilde, pues estaba apabullada por la vehemencia de los modales de él:

—Me atrevo a aseguraros, señor, que son las dos y antes de que lleguemos ya habrá pasado la hora de la cena.

Pero Petrucho tenía intención de dominarla hasta tal punto que estuviera dispuesta a aceptar cualquier cosa que él dijera antes de llevarla a visitar a su padre; y por lo tanto, como si él fuera el amo del sol y pudiera mandar a las horas, dijo que sería la hora que a él se le antojara; y añadió:

—Ya veo que todavía me llevas la contraria en todo lo que digo o hago. No iré hoy y, cuando vaya, será la hora que yo diga que es.

Y durante un día más Catalina se vio forzada a practicar su recién conocida obediencia, pues Petrucho no estaba dispuesto a permitir que visitara a su padre hasta que hubiera sometido su espíritu orgulloso a una obediencia tan perfecta, que ni siquiera osara recordar que existía la palabra contradicción. Y aun cuando ya se dirigían hacia el hogar de su padre, estuvo a punto de hacer que su mujer se diera media vuelta por haberse ésta atrevido a insinuar que era el sol lo que resplandecía a mediodía, cuando él afirmaba que era la luna.

—Bueno —dijo él—, por el hijo de mi madre, que soy yo, que ha de ser la luna o las estrellas o lo que yo diga, antes de que siga mi camino a casa de tu padre.

Y entonces fingió que se daba la vuelta, pero Catalina, que ya no era Catalina la fierecilla, sino una esposa obediente, dijo:

—Sigamos, os lo ruego, ahora que ya estamos tan avanzados, y será el sol, o la luna o lo que os plazca; y si queréis llamarlo bujía, por mí será lo que digáis.

Como quería comprobar su declaración, repitió:

—Digo que es la luna.

—Ya sé que es la luna —dijo Catalina.

—Mientes —dijo Petrucho—, es el bendito sol.

—Entonces es el bendito sol —respondió Catalina—, pero no es el sol si decís que no lo es. El nombre que le deis será, y así será siempre para Catalina.

Entonces él aceptó continuar el viaje. Pero, para comprobar si tan sumiso comportamiento era definitivo, se dirigió a un anciano con el que se cruzaron de camino y lo saludo como si hubiera sido una joven dama.

—Buenos días, gentil señora —le dijo, preguntándole a Catalina si alguna vez había tenido la suerte de contemplar una dama más bella.

Y continuó alabando las sonrosadas mejillas y la blancura de la piel del anciano, y comparó sus ojos con dos brillantes luceros y nuevamente le habló, diciéndole:

—Encantadora y hermosa doncella, una vez más os doy los buenos días.

Y le dijo a su mujer:

—Dulce Cati, abrázala, pues es tan bella.

Catalina, que ya estaba completamente sojuzgada, rápidamente compartió la opinión de su esposo y se dirigió al anciano caballero con palabras como éstas:

—Joven virgen en flor, eres bella, fresca y dulce. ¿A dónde vas y cuál es tu morada? Felices sean los padres de criatura tan bonita.

—¿Qué te pasa, Catalina? —dijo Petrucho—. Espero que no te hayas vuelto loca. Este es un hombre viejo y arrugado, gastado y marchito, y no es una doncella, como dices.

Y entonces Catalina respondió:

—Perdonadme, anciano señor, el sol me ha deslumbrado y todo lo que miro me parece verde<sup>[14]</sup>. Ahora me doy cuenta de que sois un respetable abuelo. Espero que disculpéis mi lamentable error.

—Que os vaya bien, anciano señor —dijo Petrucho—; y decidnos, ¿hacia dónde os dirigís? Si lleváis nuestro camino, podríamos disfrutar de vuestra compañía.

El anciano replicó:

—Buen señor y encantadora señora, este extraño encuentro me ha asombrado grandemente. Mi nombre es Vicente y me dirijo a visitar a un hijo mío que vive en Padua.





Entonces Petrucho comprendió que el anciano era el padre de Lucencio, un joven caballero que iba a contraer matrimonio con Blanca, la hija menor de Bautista; y Vicente se puso muy contento cuando Petrucho le contó que su hijo estaba a punto de hacer un afortunado matrimonio. Y en amable compañía viajaron hasta llegar a casa de Bautista, donde se había reunido una numerosa concurrencia para celebrar las nupcias de Blanca y de Lucencio, ya que Bautista había aceptado de buena gana casar a Blanca una vez que Catalina hubo conseguido marido.

Bautista acudió a recibirlos y a darles la bienvenida a la fiesta de la boda, donde ya se encontraba otra pareja recién desposada. Lucencio, esposo de Blanca, y Hortensio, el otro recién casado, no dejaban de hacer solapadas bromas que parecían apuntar al insoportable carácter de la mujer de Petrucho; y los satisfechos novios se mostraban muy conformes con el dulce temperamento de las damas que habían elegido, riéndose de Petrucho por su elección menos feliz. Petrucho no prestó demasiada atención a sus bromas hasta que las damas se retiraran después de la cena; y entonces vio que hasta el mismo Bautista se burlaba de él, en complicidad con los otros, pues cuando Petrucho dijo que Catalina terminaría siendo más sumisa que sus esposas, el padre de Catalina comentó:

—Si he de ser sincero, Petrucho, hijo mío, me temo que has elegido a la más fierecilla de todas las fierecillas.

—Bueno —dijo Petrucho—, pues yo digo que no; y para confirmar que digo la verdad, que cada uno de nosotros mande llamar a su esposa, y aquél cuya mujer obedezca más prestamente y llegue la primera ganará un premio que fijaremos de antemano.

Los otros dos maridos estuvieron muy dispuestos a aceptar el juego, porque estaban sumamente seguros de que sus amables esposas se mostrarían más sumisas que la taimada Catalina, y propusieron un premio de veinte coronas. Pero Petrucho dijo alegremente que apostaría una suma como aquélla por su perro de caza o su halcón, pero que por Catalina estaría dispuesto a apostar veinte veces más. Lucencio y Hortensio elevaron la apuesta a cien coronas, y primero Lucencio envió a su criado a decir a Blanca que quería que viniera, pero el criado regresó diciendo:

Mi señor, mi señora os manda decir que está ocupada y no puede venir.

—¿Cómo es posible? —exclamó Petrucho—. ¿Dice que está ocupada y que no puede venir? ¿Es ésa forma de responder una esposa?

Pero todos se rieron de él diciendo que podría darse por contento si Catalina no le daba una respuesta peor. Y luego le llegó el turno a Hortensio

para que hiciera llamar a su esposa.

—Ve y ruégale a mi esposa que venga aquí —le dijo a su criado.

—¡Vaya, vaya! —dijo Petrucho—. Conque «ruégale». Ordénale que venga.

—Ya os podríais dar por satisfecho, señor —comentó Hortensio—, si vuestra esposa accediera a un ruego vuestro.

Pero en seguida se alteró la expresión de este cortés marido cuando su sirviente regresó sin su señora.

—Bueno, ¿dónde está mi esposa? —le preguntó.

—Señor —dijo el criado—, mi señora dice que estáis de broma y que no vendrá. Os ruega que vayáis a verla a ella.

—Peor que peor —dijo Petrucho; y luego envió a su criado, diciéndole—: Mozo, ve donde tu señora y dile que ordeno que venga aquí.

Los presentes casi no tuvieron tiempo para pensar que no obedecería el mandato, cuando el asombradísimo Bautista exclamó:

—Por la Virgen Santísima, aquí viene Catalina.

Esta entró y dijo recatadamente a Petrucho:

—¿Qué se os ofrece, señor, que me habéis hecho llamar?

—¿Dónde están tu hermana y la mujer de Hortensio? —le preguntó él.

—Están conversando junto al fuego de la sala —respondió Catalina.

—Ve y hazlas venir —dijo Petrucho.

Y Catalina se marchó a ejecutar la orden de su esposo sin replicar.

—Esto es un milagro —dijo Lucencio—, si es que existen los milagros.

—Ya lo creo —dijo Hortensio—. Me asombra lo que esto significa.

—Significa paz en el matrimonio —dijo Petrucho—, y amor y una vida tranquila y la supremacía a quien le corresponde. En resumen, promete toda la dulzura y la felicidad.

El padre de Catalina, contentísimo al ver el cambio operado en su hija, exclamó:

—Bendito seas, Petrucho, hijo mío; has ganado la apuesta y yo añadiré otras veinte mil coronas a su dote, como si de otra hija se tratara, pues se ha transformado en otra persona.

—No —dijo Petrucho—. Ganaré la apuesta con más razones, mostrando otras facetas de su recién adquirida virtud de la obediencia.

Entonces Catalina entró en compañía de las otras dos damas y él continuó:

—Ahí viene, trayendo prisioneras de su persuasión femenina a vuestras díscolas mujeres. Catalina, ese tocado no te favorece. Quítate esa birria y aplástala bajo tu pie.

Al instante Catalina se quitó el tocado y lo arrojó al suelo.

—¡Señor! —dijo la esposa de Hortensio—, que nunca tenga motivos para suspirar al verme en una situación tan ridícula.

Y Blanca también habló:

—Vamos, ¿a qué clase de estupidez llamáis obediencia?

Al oír esto, el esposo de Blanca le dijo:

—Bien quisiera que tu obediencia fuera igualmente estúpida. La sabiduría de tu obediencia, hermosa Blanca, me ha costado cien coronas, desde la cena hasta ahora.

—Más necio eres tú por haberte fiado de mi obediencia —replicó Blanca.

—Catalina —dijo Petrucho—, haz el favor de decirles a estas mujeres testarudas cuál es la obediencia debida a sus esposos y señores.

Y para asombro de todos los presentes la altiva dama, ahora transformada, alabó elocuentemente la virtud de la obediencia de la mujer casada, que ella había puesto en práctica sometién dose prontamente a los deseos de Petrucho. Y una vez más Catalina fue famosa en Padua, pero ya no como en el pasado, cuando era Catalina la fierecilla, sino como Catalina, la esposa más sumisa y respetuosa de Padua.

## *La comedia de las equivocaciones*

Debido a las discordias entre los estados de Efeso y Siracusa, en Efeso se había promulgado una dura ley que ordenaba que cada vez que un mercader de Siracusa fuese visto en Efeso, éste sería condenado a muerte o, de lo contrario, debería pagar mil marcos de rescate por su vida.

Egeón, un anciano mercader de Siracusa, fue descubierto una vez en las calles de Efeso, siendo llevado a presencia del duque para que, o bien pagara la cuantiosa multa, o fuera sentenciado a muerte.

Egeón no llevaba dinero para pagar la multa y el duque, antes de pronunciar la sentencia de muerte contra él, le pidió que contara la historia de su vida y que explicara la razón por la que se había arriesgado a venir a la ciudad de Efeso, cosa que significaba la muerte para todo mercader de Siracusa que se encontrara en ella.

Egeón dijo que no temía a la muerte, pues la tristeza le había cansado de vivir, y que relatar los acontecimientos de su desdichada vida era la tarea más dura que se le podía haber impuesto. Entonces comenzó su historia con las siguientes palabras:

—Nací en Siracusa —dijo—, y me enseñaron la profesión del comercio. Desposé a una dama con la que viví feliz, pero habiéndome visto forzado a viajar a Epidamno, mis negocios me retuvieron allí durante seis meses, y entonces, viendo que tendría necesidad de permanecer en aquel lugar durante más tiempo, hice venir a mi esposa que, al poco de llegar, dio a luz a dos niños; y lo más sorprendente resultó que eran tan parecidos que resultaba imposible distinguir el uno del otro. En los mismos momentos en que mi mujer daba a luz a los gemelos, una mujer modesta de la posada donde se alojaba mi esposa también tuvo dos niños, y éstos también eran tan iguales entre sí como mis hijos. Como los padres de aquellos niños eran extremadamente pobres, yo les compré a los dos niños y los crié para que fueran los sirvientes de mis hijos.

»Mis hijos eran unos niños hermosos y mi mujer no podía dejar de sentirse orgullosa por sus criaturas y todos los días expresaba sus deseos de

regresar a casa, a lo que yo accedí contra mi voluntad. Así que embarcamos un aciago día, pues no habíamos alcanzado a alejarnos ni unas millas de Epidamno cuando se levantó una espantosa tormenta, que adquirió tal violencia, que los marineros, que no veían posibilidad alguna de salvar el barco, se precipitaron a los botes para salvar sus vidas, abandonándonos en el barco, que a cada instante parecía que iba a ser destrozado por la furia de la tempestad.

»Los sollozos incesantes de mi esposa y los tristes gemidos de los lindos niños, que sin saber por qué temer lloraban imitando a su madre, me embargaron de espanto por ellos, aunque yo no temía mi muerte y mis pensamientos se concentraban en poder proporcionarles alguna seguridad. Até a mi hijo menor a un mástil pequeño, cosa que hacen los marinos cuando hay tormenta; en el otro extremo até al menor de los niños esclavos, mientras al mismo tiempo daba instrucciones a mi esposa para que hiciera lo propio con los otros niños en otro mástil. Y así ella quedó al cuidado de los dos niños mayores, y yo de los dos menores, atándonos separadamente a los mástiles en que estaban los niños; y, si no hubiera sido por esto, todos habiéramos desaparecido, pues el barco se estrelló contra una gran roca, partiéndose en pedazos, y nosotros, subidos a aquellos delgados mástiles, flotamos sobre las olas. Pero, pendiente como estaba de los niños, no podía yo ayudar a mi esposa, que junto con los otros niños, no tardó en alejarse de mí; aunque todavía alcancé a ver cómo los recogía lo que supuse era un bote de pescadores de Corinto. Y al saberlos a salvo, ya no tuve más preocupación que la de luchar contra las embravecidas olas y poder rescatar a mi querido niño y su esclavo. Al cabo, también a nosotros nos recogió un barco, y los marineros, que me conocían, nos acogieron y nos ayudaron bondadosamente; y por fin tocamos tierra en Siracusa. Pero desde aquellos terribles momentos, nunca he vuelto a saber qué le sucedió a mi esposa y a mi hijo mayor.

»Mi hijo menor, y por estas circunstancias el único a mi cuidado, al cumplir los dieciocho años comenzó a preguntar por su madre y por su hermano y a menudo me decía que podía ir en busca de ellos, acompañado por su joven esclavo, el cual también había perdido a su hermano. Finalmente y contra mi voluntad accedí a ello, pues aunque deseaba ansiosamente tener noticias de mi esposa y mi hijo mayor, al enviar a mi hijo menor en su busca corría el riesgo de perderlo también a él. Ya se han cumplido siete años desde el día en que mi hijo partiera y he pasado cinco años viajando por el mundo en busca de él. He estado en los rincones más apartados de Grecia, cruzando las fronteras de Asia; y al regresar a casa por la costa, he venido a dar a Efeso,

pues no he querido dejar de buscar en ningún lugar que albergue seres humanos. Pero la historia de mi vida terminará aquí y gustosamente moriría si tuviera la seguridad de que mi esposa y mis hijos viven.

Y así terminó la historia de su vida el desventurado Egeón, y el duque, que sintió piedad por este padre desdichado que se había aventurado a correr tan grave peligro por amor a su hijo desaparecido, dijo que, si no fuera contra las leyes, que por su dignidad y su juramento no le era permitido alterar, no tendría inconveniente en perdonarlo; sin embargo, en vez de condenarlo a una muerte inmediata, como exigía la estricta letra de la ley, le daría un día para que intentara conseguir el dinero para pagar la multa, ya fuera pidiendo limosna u obteniendo un préstamo.

Aquel día de gracia no favorecía a Egeón de manera significativa, pues, sin conocer a nadie en Efeso, parecía una posibilidad remotísima el que un desconocido estuviera dispuesto a prestarle o darle los mil marcos de la multa. De modo que, sin muchas esperanzas de obtener ayuda en su desamparo, pudo retirarse de presencia del duque acompañado de un carcelero.

Egeón suponía que no conocía a nadie en Efeso, pero en los mismos momentos en que se encontraba en peligro de perder la vida a causa de la desesperada búsqueda de su hijo menor, tanto su hijo menor como su hijo mayor se encontraban en la ciudad de Efeso.

Los hijos de Egeón, además de ser exactamente iguales de rostro y cuerpo, tenían el mismo nombre, y ambos se llamaban Antífolo; y los dos esclavos gemelos se llamaban Dromio. El hijo menor de Egeón, Antífolo de Siracusa, aquél a quien el anciano había venido a buscar a Efeso, casualmente había llegado a Efeso acompañado por su esclavo Dromio el mismo día que lo hiciera Egeón. Y como también él era un mercader de Siracusa, hubiera corrido el mismo peligro que su padre; pero tuvo la buena fortuna de encontrarse con un amigo que le informó del peligro que corría un anciano mercader de Siracusa y le aconsejó que se hiciera pasar por un comerciante de Epidamno; Antífolo así lo hizo, lamentando que uno de sus compatriotas estuviera en peligro; pero no se le ocurrió que aquel anciano mercader fuera su propio padre.

El hijo mayor de Egeón (a quien llamaremos Antífolo de Efeso, para distinguirlo de su hermano Antífolo de Siracusa) había vivido en Efeso durante veinte años y era un hombre rico. No le hubiera sido difícil pagar el dinero del rescate de su padre, salvándole la vida; pero Antífolo no sabía nada sobre la existencia de su padre, ya que era demasiado joven cuando los pescadores lo habían rescatado junto con su madre de las aguas del mar y sólo

recordaba que había sido salvado, pero no recordaba a su padre ni a su madre. Los pescadores que habían recogido a este Antífolo, a su madre y al joven esclavo Dromio, para gran dolor de la madre, se habían apoderado de los dos niños con la intención de venderlos.

De modo que vendieron a Antífolo y a Dromio al duque Menafón, un famoso guerrero, que era tío del duque de Efeso y que llevó a los niños a aquella ciudad cuando fue a visitar al duque, su sobrino.

El duque de Efeso se encariñó con el joven Antífolo y cuando fue mayor lo hizo oficial de su ejército, en el que se distinguió por su gran valor en las guerras, llegando a salvar la vida de su jefe, el duque, quien recompensó sus méritos casándolo con Adriana, una rica dama de Efeso. Y con ella vivía, todavía servido por su esclavo Dromio, cuando su padre había llegado a esta ciudad.

Antífolo de Siracusa, al separarse del amigo que le había aconsejado decir que venía de Epidamno, entregó algo de dinero a su esclavo Dromio para que lo llevara a la posada donde pretendía cenar, y mientras tanto dijo que iría a darse un paseo para conocer la ciudad y observar las costumbres de sus habitantes.

Dromio era un hombre jovial y, cuando Antífolo estaba aburrido y melancólico, solía divertirse con las graciosas humoradas y bromas de su esclavo, de manera que le permitía que se expresara con una libertad mayor que la habitual entre señores y criados.

Cuando Antífolo de Siracusa se hubo separado de Dromio, se detuvo a reflexionar por un momento sobre su solitaria peregrinación en busca de su madre y de su hermano, de los cuales no había llegado a obtener la menor información en ninguno de los lugares donde se detuviera, por lo que se dijo tristemente: «Soy como una gota de agua en el océano que intenta encontrar la gota que es su compañera, perdiéndose en el ancho mar. Y así, para encontrar una madre y un hermano, desgraciadamente me pierdo a mí mismo.»

Y mientras meditaba de este modo sobre sus fatigosos viajes que hasta entonces habían resultado tan vanos, Dromio (o a él se lo pareció) regresó junto a él. Antífolo, asombrado de que regresara tan pronto, le preguntó dónde había dejado el dinero. Resulta que este Dromio al que se dirigía no era su Dromio, sino su hermano gemelo, que vivía con Antífolo de Efeso. Los dos Dromios y los dos Antífolos seguían siendo tan parecidos como, según Egeón, lo habían sido de niños. Así que no hay que extrañarse de que

Antífolo creyera que era su propio Dromio el que estaba de regreso y le preguntó por qué había vuelto tan pronto.

—Mi señora me envía a buscaros para cenar —dijo Dromio—. El capón se quema y el cerdo chisporrotea en el asador. La carne estará fría si no venís a casa.

—Estas bromas no vienen al caso —dijo Antífolo—. ¿Dónde dejaste el dinero?

Y Dromio insistió una vez más en que su señora lo había enviado a buscar a Antífolo para que fuera a cenar.

—¿Qué señora? —le preguntó Antífolo.

—Vuestra adorada esposa, señor —le respondió Dromio.

Como Antífolo no estaba casado, se enfadó mucho con Dromio y le dijo:

—Si algunas veces converso familiarmente contigo, ello no quiere decir que puedas gastarme bromas tan libremente. No estoy de humor para juegos ahora. ¿Dónde está el dinero? Somos extranjeros aquí. ¿Cómo te has atrevido a desentenderte de tan gran responsabilidad?

Dromio, al oír al que creía su señor hablando de que eran extraños allí, supuso que Antífolo bromeaba y le respondió de buen humor:

—Por favor, señor, bromead cuando os hayáis sentado a cenar. No tengo otra responsabilidad que la de llevaros a casa para que cenéis con vuestra señora y su hermana.

En aquel momento Antífolo terminó de perder la paciencia y golpeó a Dromio, el cual escapó a casa y le dijo a su ama que su señor se había negado a venir a cenar diciendo que no tenía esposa.

Adriana, la esposa de Antífolo de Efeso, se irritó mucho al oír que su esposo había dicho que no tenía esposa; era de temperamento celoso y dijo que lo que su marido quería decir era que amaba a otra mujer más que a ella, y comenzó a encolerizarse y a decir disparates contra su esposo, expresando reproches y celos; y su hermana Luciana que vivía con ella, en vano trató de hacerla olvidar su infundada sospecha.

Antífolo de Siracusa se dirigió a la posada y se encontró con que Dromio ya estaba allí, sano y salvo, con el dinero. Y al ver a su propio Dromio, nuevamente iba a amonestarlo por la libertad de sus bromas, pero entonces apareció Adriana, quien, no dudando que tenía a su propio esposo ante sus ojos, comenzó a recriminarlo porque la miraba con extrañeza (cosa perfectamente normal, puesto que nunca antes había visto a la furiosa dama). Y ella continuó recordándole cuánto la quería antes de su matrimonio y echándole en cara que ahora amase a otra en vez de ella.



—¿Cómo es posible que ahora, esposo mío —le dijo ella—, como es posible que haya perdido tu amor?

—¿Os referís a mí, hermosa señora? —preguntó el estupefacto Antífolo.

Inútilmente le repitió que no era su marido y que había llegado a Efeso hacía sólo dos horas; ella insistió en que se fuera a casa con ella. Y Antífolo, incapaz de resistirse, acabó por acompañarla a casa de su hermano y cenó con Adriana y con su hermana, mientras una lo llamaba esposo y la otra hermano, y éste en su asombro pensaba que se habría casado con ella mientras dormía, o que se encontraba soñando. Y Dromio, que los había seguido, no estaba menos sorprendido, pues la cocinera, que era la mujer de su hermano, también lo reclamaba por esposo.

Mientras Antífolo de Siracusa cenaba con la esposa de su hermano, el verdadero marido, su hermano, llegó a casa para cenar, acompañado por su esclavo Dromio. Pero los criados se negaron a abrir la puerta, porque su señora les había ordenado que no dejaran pasar a nadie más y, al insistir en sus golpes diciendo que eran Antífolo y Dromio, las doncellas se rieron de ellos y les dijeron que Antífolo estaba cenando con su señora y que Dromio estaba en la cocina. Aunque casi echaron la puerta abajo de los golpes, no consiguieron que les dejaran entrar y finalmente Antífolo se marchó muy enojado y sumamente sorprendido al saber que su esposa cenaba con un caballero.

Cuando Antífolo de Siracusa hubo terminado de cenar, seguía muy perplejo de que la señora continuara llamándolo marido y, al enterarse de que a Dromio también lo reclamaba la cocinera, salió de la casa tan pronto como pudo encontrar un pretexto para escapar, pues aunque Luciana, la hermana, le resultaba muy agradable, sentía antipatía por la celosa Adriana, y Dromio tampoco estaba muy satisfecho con su gentil esposa en la cocina; de modo que señor y servidor se alegraron de poder escapar de sus nuevas esposas con la mayor rapidez.

En el momento en que Antífolo de Siracusa salía de la casa, vino a su encuentro un orfebre, quien lo confundió con Antífolo de Efeso, tal como le sucediera a Adriana, y le entregó una cadena de oro, llamándolo por su nombre. Y al rechazar Antífolo la cadena diciendo que no le pertenecía, el orfebre le replicó que la había hecho obedeciendo sus órdenes y se alejó dejando la cadena en las manos de Antífolo, quien ordenó a Dromio que embarcaran sus pertenencias, pues no deseaba permanecer más tiempo en aquel lugar, donde las extrañas aventuras que le habían ocurrido le daban pie para pensar, sin duda alguna, que estaba embrujado.

El orfebre que había entregado la cadena al Antífolo que no era, inmediatamente después fue arrestado a causa de una deuda; y Antífolo, el hermano casado a quien el orfebre había creído entregar la cadena, pasó por casualidad cerca del lugar donde el oficial arrestaba al orfebre, el cual, al ver a Antífolo, le pidió que pagara la cadena de oro que acababa de entregarle, ya que su precio alcanzaba casi la misma suma de la deuda por la cual se le arrestaba. Antífolo negó haber recibido la cadena y el orfebre insistía en declarar que se la había entregado sólo unos minutos antes; y así siguieron discutiendo un buen rato, ya que ambos estaban convencidos de tener la razón, pues Antífolo sabía que el orfebre nunca le había dado la cadena, y los gemelos eran tan iguales que el orfebre estaba seguro de haber puesto la cadena en sus manos. Hasta que al fin el oficial se llevó al orfebre a prisión a causa de su deuda y al mismo tiempo el orfebre hizo que el oficial arrestara a Antífolo por el valor de la cadena, de modo que el resultado de su disputa fue que tanto Antífolo como el mercader acabaron juntos en la cárcel.

Mientras llevaban a Antífolo a la cárcel, se encontró con Dromio de Siracusa, el hermano de su esclavo y, confundiéndolo con el suyo, le ordenó que fuera en busca de Adriana, su esposa, y le dijera que enviara el dinero por el que se le arrestaba. Dromio se asombró de que su amo le volviera a mandar a la extraña casa donde había cenado y de la cual no hacía mucho había tenido tanta prisa por escapar, y no se atrevió a replicar, aunque venía a decirle a su señor que el barco estaba preparado para partir; pero notó que el humor de Antífolo no estaba para bromas. Por lo tanto obedeció, refunfuñando para sus adentros por tener que regresar a casa de Adriana, «donde —decía— Dowsabel me reclama por esposo; pero no tengo más remedio que ir porque el deber de los criados es obedecer las órdenes de sus amos».

Adriana le entregó el dinero y, cuando Dromio regresaba a la cárcel, se encontró con Antífolo de Siracusa, que seguía sin salir de su asombro por las extrañas aventuras que le ocurrían, ya que, como su hermano era un hombre popular en Efeso, casi no había persona con la que se cruzara en la calle que no lo saludara como a un viejo conocido: algunos le habían ofrecido dinero que le debían, según decían; otros le invitaban a visitarlos, y algunos le agradecían los favores que, según ellos, les hiciera; y todos estaban convencidos de que era su hermano. Un sastre le mostró las sedas que había comprado para él e insistió en tomarle las medidas para hacerle un traje.

Antífolo comenzó a pensar que se encontraba en un país de brujas y hechiceros, y Dromio no contribuyó a aliviar a su amo de su confusión al preguntarle cómo se había deshecho del oficial que lo llevaba arrestado, y le

entregó la bolsa de oro que Adriana le había enviado para que pagara su deuda. Las palabras de Dromio sobre el arresto y la prisión y el dinero que le diera Adriana terminaron de confundir a Antífolo, el cual dijo:

—El bueno de Dromio con seguridad ha perdido la razón, pues en este lugar nos movemos entre ilusiones —y, completamente aterrorizado por la perturbación de sus ideas, vociferó—: ¡Poder del Cielo, ven a librarnos de este extraño lugar!

Pero entonces otro desconocido se acercó a él, y esta vez se trataba de una dama que lo llamó Antífolo y le dijo que aquel día habían cenado juntos y le pidió la cadena de oro que, según ella él le había prometido. Aquí terminó de agotarse la paciencia de Antífolo, que la llamó hechicera, negando que alguna vez hubiera prometido darle una cadena, y que no había cenado con ella, ya que nunca antes había visto su cara. La dama insistió en que había cenado con ella, prometiéndole la cadena, cosa que Antífolo continuó negando. Y entonces ella agregó que le había entregado un valioso anillo y que, si no iba a darle la cadena de oro, entonces insistía en que le devolviera su anillo. Ante esto Antífolo se puso fuera de sí y una vez más la llamó bruja y hechicera, negando cualquier relación con ella o con su anillo. Luego huyó, dejándola estupefacta por sus palabras y por su aspecto enloquecido, pues para ella no podía ser más cierto que habían cenado juntos y que le había dado un anillo como retribución por su promesa de regalarle una cadena de oro. Pero esta señora había caído en el mismo error que los demás, pues lo había tomado por su hermano: había sido el Antífolo casado el que había hecho todo lo que ella atribuía a este Antífolo.

Cuando al Antífolo casado le habían negado la entrada a su propia casa (pues los de casa ya lo creían allí), se había marchado muy enfadado, creyendo que se trataba de otro de los ataques de celos de su esposa, a los cuales estaba expuesto a menudo, y, recordando que no dejaba de acusarlo de visitar a otras damas, él, para vengarse de que lo dejara fuera de su propia casa, decidió ir a cenar con esta señora, que lo recibió con gran cortesía en comparación con el grosero ultraje que le había infligido su esposa. Y por eso Antífolo le había prometido regalarle una cadena de oro, que antes había pensado ofrecer a su esposa..., y era la misma cadena que el orfebre, confundido, le había dado a su hermano. La dama quedó tan complacida por la idea de tener una cadena de oro fino, que le dio un anillo al Antífolo casado; y cuando el otro se lo negó (al confundirlo ella con su hermano) diciendo que no la conocía y huyendo como un loco, ella dio en pensar que había perdido la razón. Y al momento decidió ir a decir a Adriana que su

esposo se había vuelto loco. Y mientras se lo estaba contando a Adriana, éste entró custodiado por el carcelero, que le había permitido venir a buscar el dinero para pagar la deuda, pues la bolsa de dinero que Adriana enviara con Dromio había sido entregada al otro Antífolo.

Adriana creyó que la historia que la dama le contaba sobre la locura de su esposo debía de ser cierta cuando oyó los reproches que éste le hacía por haberle negado la entrada en su propia casa y, recordando que había sostenido durante toda la cena que él no era su marido y que nunca hasta aquel día había estado en Efeso, no le cupo duda de que se había vuelto loco; por lo tanto le dio el dinero al carcelero y, luego de despedirlo, ordenó a los criados que ataran a su esposo con cuerdas y que lo llevaran a un cuarto oscuro y envió en busca de un médico que lo curara de su demencia. Durante todo este tiempo Antífolo había protestado acaloradamente contra tan falsa acusación, cuya única causa era su extraordinario parecido con su hermano. Pero su furor sólo contribuía a afirmar la convicción de que estaba loco y, como Dromio insistía en la misma historia, también a él lo ataron y lo encerraron junto con su amo.

Poco después de que Adriana hubiera encerrado a su esposo, un criado vino a decirle que Antífolo y Dromio debían de haberse escapado, pues ambos caminaban libremente por la calle de al lado. Al oír esto, Adriana corrió a buscarlo y se llevó consigo algunas personas para que la ayudaran a dominar a su marido, y también su hermana la acompañó. Cuando llegaron a las puertas de un convento que había en la vecindad, vieron a Antífolo y a Dromio, y de nuevo les engañó el parecido entre los gemelos.

Antífolo de Siracusa seguía muy perplejo por los incidentes causados por su parecido. Llevaba al cuello la cadena que le diera el orfebre y éste le reprochaba que hubiera negado que la tenía y que no hubiera querido pagar por ella; y Antífolo alegaba que el orfebre le había dado la cadena aquella misma mañana, sin pedir nada por ella, y que desde entonces no había vuelto a verlo.

Y en aquel momento aparecía Adriana reclamándolo como su lunático esposo que había escapado de sus guardianes, y los hombres que la acompañaban estaban a punto de arrojarle violentamente sobre Antífolo y Dromio, cuando ellos consiguieron entrar en el convento y Antífolo le rogó a la abadesa que lo albergara en aquella casa.

La abadesa salió personalmente a averiguar cuál era la causa de semejante alboroto. Era una dama seria y venerable y sabía juzgar sabiamente lo que veían sus ojos y no estaba dispuesta a entregar al hombre que había buscado

refugio en su casa; de manera que interrogó minuciosamente a la esposa sobre la historia que le había contado acerca de la locura de su marido y le dijo:

—¿Cuál es la causa de la súbita indisposición de vuestro esposo? ¿Ha perdido su fortuna en un naufragio? ¿O su mente se encuentra perturbada por la muerte de algún amigo querido?

Adriana respondió que nada de aquello podía ser la causa.

—Tal vez —dijo la abadesa—, ha puesto su afecto en alguna otra dama que no es su esposa y eso lo ha llevado a este estado.

Adriana dijo que ya hacía mucho tiempo que pensaba que el amor por otra dama era la causa de sus frecuentes ausencias del hogar. Pero en verdad no era su amor por otra mujer, sino el irritante temperamento celoso de su mujer, lo que a menudo forzaba a Antífolo a abandonar su hogar. La abadesa concibió esta sospecha observando el vehemente comportamiento de Adriana y para cerciorarse de la verdad le dijo:

—Deberíais haberlo reprendido por ello.

—Y así lo hice —respondió Adriana.

—Pero —dijo la abadesa—, tal vez no lo suficiente.

Adriana, que deseaba convencer a la abadesa de que había insistido suficientemente sobre el tema con Antífolo, replicó:

—Era el tema permanente de nuestras conversaciones. En el lecho no lo dejaba dormir hablándole de ello. Y en la mesa no lo dejaba comer hablándole de lo mismo. Cuando estaba a solas con él, únicamente hablaba de eso, y cuando estábamos acompañados, se lo hacía notar a menudo. Mi conversación sólo giraba en torno a la vileza y maldad de que amara a alguien más que a mí.

Cuando la abadesa hubo obtenido esta completa confesión de la celosa Adriana, le dijo:

—Y de todo esto resulta que vuestro esposo está loco. El clamor ponzoñoso de una mujer celosa es un veneno más mortífero que el colmillo de un perro rabioso. Por lo que veo, atormentabais su sueño con vuestras injurias. Así no es de extrañar que su mente se encuentre extraviada. Y su asado estaba sazonado con vuestras invectivas; las discordias al comer producen malas digestiones y eso le ha producido esta calentura. Decís que sus diversiones eran interrumpidas por vuestras amonestaciones. Pero si a alguien se le priva de disfrutar de sociedad y pasatiempos, ¿cuál puede ser el resultado sino una monótona melancolía y una desesperación sin alivio? Ya podéis ver que han sido vuestros ataques de celos los que han enloquecido a vuestro esposo.

Luciana deseaba disculpar a su hermana diciendo que siempre reprendía a su esposo con suavidad.

—¿Por qué aceptas estos reproches sin protestar? —dijo.

Pero la abadesa la había hecho comprender su falta con toda claridad, por lo que sólo pudo responder:

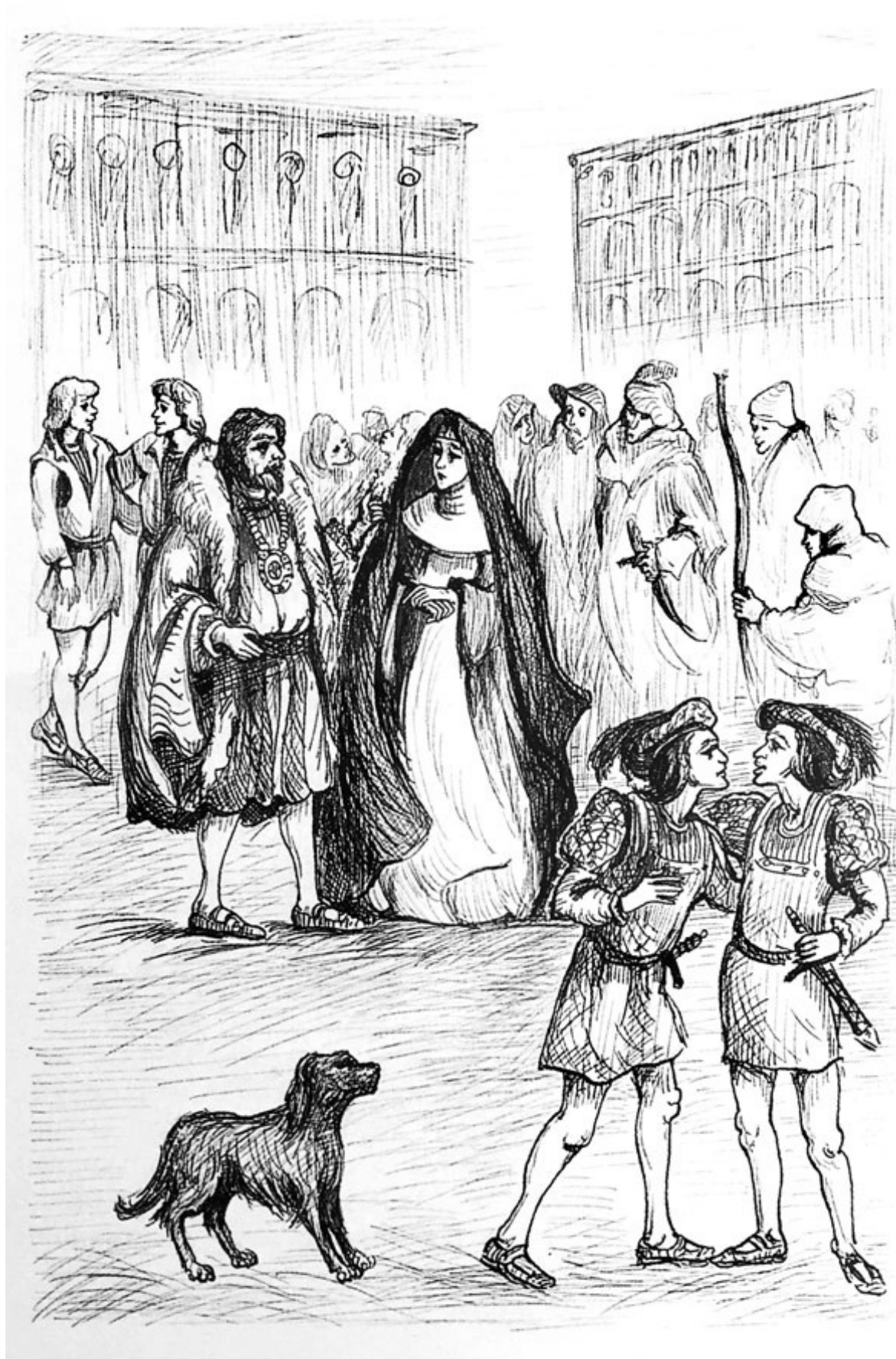
—Sus reproches me los hago a mí misma.

Adriana, aunque avergonzada de su propia conducta, aún insistía en que le entregaran a su esposo; pero la abadesa no estaba dispuesta a dejar que nadie más entrara en su casa, ni iba a entregar al desdichado hombre a los cuidados de su celosa mujer, por lo que decidió que ella misma velaría cuidadosamente por su recuperación. Entonces entró en la casa, ordenando que cerraran las puertas.

Mientras se producían tantas confusiones debidas al parecido de los gemelos, el día de gracia del anciano Egeón estaba expirando, pues ya casi se había puesto el sol, y a él lo habían condenado a morir al ponerse el sol si no podía pagar la multa.

El lugar de su ejecución estaba cercano al convento y llegó hasta allí justo en el momento en que la abadesa se retiraba. El duque se encontraba presente, por si alguien ofrecía pagar por él, ya que entonces podría perdonarlo al instante.

Adriana detuvo al melancólico cortejo y clamó justicia al duque diciéndole que la abadesa se había negado a entregar a su enloquecido esposo a sus cuidados. Pero mientras hablaba, su verdadero esposo y Dromio habían conseguido liberarse y se presentaron ante el duque pidiendo justicia, quejándose de que su esposa lo había encerrado bajo la falsa acusación de demencia y contó la forma en que había roto sus ligaduras y escapado a la vigilancia de sus guardianes. Adriana estaba muy sorprendida de ver a su marido cuando creía que estaba dentro del convento.



Egeón reconoció a su hijo y llegó a la conclusión de que aquél era el hijo que lo había dejado para partir en busca de su madre y de su hermano; y estaba seguro de que su querido hijo pagaría prestamente el rescate. Por lo tanto se dirigió a Antífolo con cariñosas palabras paternas y con la alegre esperanza de que entonces sería liberado. Pero para total asombro de Egeón, su hijo negó rotundamente conocerle, cosa explicable, pues este hijo no había vuelto a ver a su padre desde que la tempestad los separara cuando era un niño pequeño; entre tanto el pobre Egeón intentaba en vano hacer que Antífolo lo reconociera, pensando que tal vez las penas y las ansiedades que había padecido lo hubieran cambiado hasta el punto de que su hijo no fuera capaz de reconocerlo, o tal vez que le avergonzara reconocer a su padre en una situación tan penosa. Pero cuando se hallaba sumido en la perplejidad, aparecieron la abadesa y el otro Antífolo y su Dromio, y la maravillada Adriana se encontró con que tenía dos maridos y dos Dromios frente a ella.

Y entonces se aclararon los enigmas que tanto habían confundido a todos. Cuando el duque vio a los dos Antífolos y a los dos Dromios tan exactamente iguales, de inmediato comprendió lo que sucedía, pues recordaba la historia que Egeón le había contado aquella misma mañana y supuso que aquellos hombres tenían que ser los dos hijos de Egeón y los dos esclavos gemelos.

Así la historia de Egeón concluyó con una felicidad inesperada, porque la misma historia que contara aquella mañana tan triste, mientras pesaba sobre él la sentencia de muerte, antes de que el sol terminara de alumbrar había tenido un feliz desenlace, pues la abadesa se dio a conocer como la largamente desaparecida esposa de Egeón y la amante madre de los dos Antífolos.

Cuando los pescadores le habían arrebatado al Antífolo mayor y a su Dromio, ella había entrado en un convento, donde, por su conducta sabia y virtuosa, a la larga llegó a convertirse en abadesa y, al cumplir la norma de hospitalidad con un desdichado desconocido, había protegido, sin saberlo, a su propio hijo.

Las alegres congratulaciones y los saludos cariñosos que se prodigaron estos padres largamente separados y sus hijos, hizo que por un momento olvidaran que Egeón todavía estaba condenado a muerte; pero cuando ya se habían calmado algo, Antífolo de Efeso no tardó en ofrecer al duque el rescate por la vida de su padre; pero el duque perdonó a Egeón y, dando muestras de gran liberalidad, rehusó recibir el dinero. El duque entró en el convento acompañando a la abadesa y a su esposo y sus hijos recién recuperados, para escuchar a la feliz familia conversando extensamente sobre la bendición que había enmendado su adversa fortuna. Y no hemos de olvidar



la humilde alegría de los dos Dromios; ellos también recibieron felicitaciones y saludos, y cada Dromio amablemente felicitó al otro por su buen aspecto, sintiéndose muy satisfechos de ver (como en un espejo) una apariencia tan apuesta de sí mismos en la persona de su hermano.

Adriana había aprovechado tan bien los buenos consejos de su suegra, que nunca más albergó sospechas injustificadas, ni volvió a ser celosa con su marido.

Antífolo de Siracusa se casó con la bella Luciana, la hermana de la mujer de su hermano, y el buen Egeón vivió en Efeso muchos años con su esposa e hijos. Pero aunque se hubieran deshecho los enredos, no por ello desaparecieron los errores que se siguieron produciendo en el futuro, y a veces y como para recordarles sus aventuras pasadas, uno de los Antífolos y uno de los Dromios era tomado por el otro, con lo que se producían cómicas confusiones, continuando así esta amable y divertida comedia de las equivocaciones.

## *Medida por medida*

Reinaba una vez en la ciudad de Viena un duque de carácter tan amable y gentil, que permitía que sus súbditos desobedecieran las leyes impunemente, y particularmente una ley cuya existencia estaba casi olvidada, pues el duque nunca la había aplicado durante todo su gobierno. Esta ley condenaba a muerte a todo hombre que viviera con una mujer que no fuera su esposa, y, por la lenidad del duque, era absolutamente omitida, con lo que la sagrada institución del matrimonio cayó en descuido y el duque comenzó a recibir diariamente quejas de los padres de las jóvenes vienesas, pues sus hijas eran seducidas y arrancadas a su protección y vivían como compañeras de hombres solteros.

El buen duque observaba con tristeza aquel creciente mal entre sus súbditos, pero pensaba que un cambio repentino, desde la indulgencia que había demostrado hasta entonces hasta la estricta severidad que requería vigilar aquel abuso, haría que su pueblo, que siempre lo había querido, comenzara a considerarlo un tirano; por lo tanto decidió ausentarse por un tiempo de su ducado, delegando en otro el ejercicio del poder para que hiciera efectiva la ley contra los amantes indecorosos, sin que él pudiera ser acusado de una rigidez desacostumbrada.

Angelo era un hombre que gozaba de reputación de santo en la ciudad de Viena y cuya vida era estricta y rígida, razón por la cual el duque lo eligió como la persona idónea para emprender el importante encargo; y cuando el duque hizo saber su decisión a lord Escalo, su primer consejero, Escalo le dijo:

—Si hay un hombre en Viena merecedor de tan amplia gracia y honor, ése es lord Angelo.

Y entonces el duque se alejó de Viena, simulando que viajaba a Polonia y dejando a Angelo para que desempeñara las funciones de regente durante su ausencia; pero su alejamiento era fingido, pues regresó a Viena en secreto, oculto bajo un hábito de fraile, con la intención de observar, sin ser visto, la conducta aparentemente angelical de Angelo.

Justo en los días en que Angelo fuera investido con su nueva dignidad sucedió que un hidalgo, cuyo nombre era Claudio, sedujo a una joven llevándosela de su hogar paterno; y esta ofensa, por disposición del nuevo regente, fue causa de que Claudio fuera arrestado y llevado a prisión y, en virtud de la antigua ley tan largamente ignorada, Angelo condenó a Claudio a ser decapitado. Fueron muchos los que se interesaron porque el joven Claudio fuera perdonado y hasta el anciano lord Escalo intercedió por él:

—Por favor —dijo—, este joven, a quien yo perdonaría, es hijo de un caballero honorable, y en memoria de su padre os ruego que perdonéis la transgresión del muchacho.

Pero Angelo le replicó:

—No debemos hacer de la ley un espantapájaros que se instala para espantar a las aves de presa, hasta que, al descubrir que es inofensivo, se acostumbran y ya no les da miedo y se atreven incluso a posarse en él. Señor: él debe morir.

Lucio, amigo de Claudio, lo visitó en prisión y Claudio le dijo:

—Lucio, te lo ruego, hazme un gran favor. Ve donde mi hermana Isabel, que hoy se propone ingresar en el convento de Santa Clara; infórmala del peligro que corro, implórale que entable amistad con el severo regente y ruégale que acuda personalmente a ver a Angelo. Pongo grandes esperanzas en ello, pues ella puede defenderme con habilidad y ser muy persuasiva; además existe un lenguaje sin palabras que al expresar el dolor de una joven puede conmover a un hombre.

Isabel, la hermana de Claudio, tal como había dicho, había ingresado aquel mismo día de novicia en el convento, con la intención de tomar los velos, una vez superadas las pruebas de novicia. Justo en el momento en que le preguntaba a una monja sobre las reglas del convento, oyeron la voz de Lucio, el cual, al entrar en aquel lugar dedicado a la religión, dijo:

—La paz sea con vosotras.

—¿Quién habla? —preguntó Isabel.

—Es una voz de hombre —replicó la monja—. Gentil Isabel, ve a ver qué necesita. Tú puedes hacerlo, pero yo no. Cuando hayas tomado los velos, sólo podrás hablar con un hombre en presencia de la madre superiora; y entonces, cuando hables, no deberás mostrar tu rostro y, si muestras tu rostro, no deberás hablar.

—¿Y no se conceden más privilegios a las monjas? —preguntó Isabel.

—¿No son éstos suficientes? —replicó la monja.

—En verdad lo son —dijo Isabel—. No quiero decir que espere más, sino que más bien desearía que las hermanas devotas de Santa Clara se sometieron a restricciones mayores aún.

Cuando oyeron nuevamente la voz de Lucio, dijo la monja:

—Llama nuevamente. Por favor, respóndele.

Isabel fue en busca de Lucio y contestó a su saludo diciéndole:

—Paz y prosperidad. ¿Quién es el que llama?

—Salud, virgen —dijo Lucio acercándose con reverencia—, si lo sois, y las rosas de vuestras mejillas proclaman que lo sois. ¿Podéis llevarme a presencia de Isabel, una novicia que es además la buena hermana del desgraciado Claudio?

—¿Por qué decís «el desgraciado Claudio»? —preguntó Isabel—. Permitidme la pregunta, pues yo soy esa Isabel, su hermana.

—Buena y gentil señora —replicó él—, vuestro hermano os saluda a través de mí. Se encuentra en prisión.

—¡Cuánto lo siento! —exclamó Isabel—. ¿Por qué razón?

Lucio le contó entonces que había sido encarcelado por haber seducido a una joven doncella.

—¡Ay! —dijo ella—. Me temo que se trata de mi prima Julieta.

Julieta e Isabel no estaban emparentadas, pero se llamaban primas en recuerdo de una amistad que databa de sus días de colegio; e Isabel sabía que Julieta estaba enamorada de Claudio y temía que, llevada por su cariño hacia él, hubiera cometido aquella transgresión.

—Es ella —respondió Lucio.

—¿Y cuál es el problema? —dijo Isabel—. Que mi hermano se case con Julieta.

Lucio respondió que Claudio se casaría con Julieta gustosamente, pero que el regente lo había sentenciado a muerte por su falta.

—A menos —dijo él— que podáis suavizar a Angelo y obtener su gracia mediante vuestras súplicas, y esto me ha encomendado vuestro pobre hermano que os pida.

—¡Ay! —exclamó Isabel—, ¿qué pobre habilidad tendré yo que sirva para ayudarlo? Dudo que tenga poder para conmover a Angelo.

—Nuestras dudas son traicioneras —dijo Lucio— y nos hacen desperdiciar el bien que podríamos alcanzar, por el temor de intentarlo. Id a ver a lord Angelo. Cuando las doncellas suplican y se arrodillan llorando, los hombres les conceden lo que piden como si fueran dioses.

—Veré lo que puedo hacer —dijo Isabel—. No tardaré más que el tiempo de informar a la madre priora del asunto y luego iré a ver a Angelo. Que mi hermano sepa que esta noche, muy pronto, le enviaré noticias de mi éxito.

Isabel se dirigió apresuradamente al palacio, y se desplomó de rodillas ante Angelo, diciéndole:

—En mi aflicción vengo a suplicar a vuestra señoría, si vuestra señoría me permite que hable.

—Está bien, ¿cuál es vuestra solicitud? —dijo Angelo.

Ella entonces intercedió por la vida de su hermano en los términos más conmovedores, pero Angelo le respondió:

—Doncella, no hay remedio. Vuestro hermano ha sido condenado y debe morir.

—Ley justa, pero severa —dijo Isabel—. Quiere decir que tuve un hermano. ¡Que el cielo os proteja!

Pero Lucio, que la había acompañado, le dijo:

—No os deis por vencida todavía; regresad donde él, implorad, de rodillas tirad del borde de su manto. Sois demasiado fría. Si estuvierais pidiendo un alfiler, no lo haríais con más calma.

Entonces Isabel imploró clemencia una vez más, de rodillas. —Ya ha sido condenado —respondió Angelo—. Es demasiado tarde.

—Demasiado tarde —dijo Isabel—. No. Si yo digo una palabra puedo enmendarla. Creedme esto, mi señor: entre los poderosos no existe ni un símbolo, ni la corona del rey, ni la espada, ni el garrote del alguacil, ni las vestiduras del juez, que les confiera la mitad de la dignidad que otorga la práctica de la clemencia.

—Os ruego que os retiréis —le dijo Angelo.

Pero Isabel siguió suplicando y continuó diciendo:

—Si mi hermano hubiese sido como vos y vos como él, es posible que también hubierais cometido una falta; pero él, al contrario que vos, no hubiese sido tan severo. Si por la gracia del cielo yo tuviera vuestro poder y vos fuerais Isabel, ¿me comportaría de esta manera? No, yo os enseñaría lo que es ser juez y lo que es ser prisionero.

—Conservad la calma, hermosa doncella —dijo Angelo—. Es la ley, no yo, la que condena a vuestro hermano. Si fuese mi pariente, mi hermano o mi hijo, lo trataría de igual modo. Debe morir mañana.

—¿Mañana? —exclamó Isabel—. ¡Qué precipitación! Dadle tiempo, dadle tiempo. No está preparado para morir. Hasta para nuestras mesas matamos las aves en el momento oportuno. ¿Serviremos al cielo con menos

respeto del que otorgamos a nuestras pobres personas? Bien, bien, mi señor, reflexionad. Nadie ha muerto debido a la falta de mi hermano, aunque muchos más la han cometido. De este modo os convertiréis en el primero que pronuncie tal condena y él el primero en sufrirla. Mirad en vuestro propio pecho, mi señor, golpead en él y preguntad a vuestro corazón qué conoce comparable a la falta de mi hermano; si confiesa una culpa natural como es la suya, que no proclame una palabra contra la vida de mi hermano.

Sus últimas palabras consiguieron conmovier a Angelo más que todo lo que hasta entonces había dicho, porque la belleza de Isabel había despertado una pasión culpable en su corazón y comenzaba a acariciar la idea de un amor ilegítimo, comparable al delito de Claudio; y el conflicto de su mente le hizo volver la espalda a Isabel, pero ella lo volvió a llamar y le dijo:

—Gentil señor, regresad, oíd cómo pienso sobornaros. Buen señor, regresad.

—¿Decís sobornarme? —preguntó Angelo sorprendido de que ella pensara en ofrecerle un soborno.

—Sí —dijo Isabel—. Con dones que el propio Cielo compartirá con vos. No con tesoros de oro ni de brillantes gemas, cuyo precio puede ser tan enorme o tan mínimo según sea el valor que les da la fantasía, sino con sentidas plegarias que llegarán al Cielo antes del amanecer: plegarias de almas puras, de doncellas que ayunan y cuyos espíritus no se dedican a nada de este mundo.

—Bien, volved aquí mañana —dijo Angelo.

Y gracias a aquella breve prolongación de la vida de su hermano y porque él había accedido a escucharla nuevamente, ella se retiró con la alegre esperanza de que finalmente lograría imponerse sobre la severidad de su talante. Y mientras se alejaba, se dijo:

—Que el Cielo os guarde y os salve.

Angelo, al oírlo, se dijo para sus adentros: «Amén; me guardaré de vos y de vuestras virtudes.»

Y luego, espantado por sus propios malos pensamientos, dijo:

—¿Qué es esto? ¿Qué es esto? ¿Acaso me he enamorado de ella, que deseo oírla hablar nuevamente y solazarme en sus ojos? ¿Acaso estoy soñando? El avieso enemigo de la humanidad ceba su anzuelo con santos para atrapar a un santo. Nunca consiguió una mujer atrevida perturbar mi ánimo ni por un instante, pero esta mujer virtuosa me subyuga totalmente. Hasta ahora un hombre enamorado siempre me había provocado sonrisas y sorpresa.

Aquella noche Angelo sufrió más por el culpable conflicto de su espíritu que el prisionero a quien había condenado con tanta severidad, pues a Claudio lo visitó en prisión el buen duque, el cual, con su hábito de fraile, le enseñó al joven el camino de la salvación, predicándole palabras de penitencia y de paz. Pero Angelo sufrió todos los sobresaltos de la culpa irresoluta, sin desear desviar a Isabel de su camino de inocencia y honor, y sufriendo remordimientos y horror por un crimen que aún no se había consumado. Pero finalmente se impusieron sus malos deseos, y el mismo hombre que hacía tan poco tiempo se habría alarmado ante la oferta de un soborno, resolvió tentar a la doncella con un soborno de tal magnitud que no pudiera resistirlo, como podía ser el concederle el inestimable obsequio de la vida de su querido hermano.

Cuando Isabel regresó a la mañana siguiente, Angelo pidió que la condujeran a su presencia y una vez a solas le preguntó si estaría dispuesta a sacrificar su honor de virgen por él, cometiendo la misma falta de Julieta con Claudio, y que entonces él le entregaría a su hermano.

—Porque —le dijo— yo os amo, Isabel.

—De la misma manera amaba mi hermano a Julieta —replicó Isabel—, y por eso me decís que debe morir.

—Pero —dijo Angelo— Claudio no morirá si accedéis a venir a verme a escondidas esta noche, igual que Julieta se escabulló de casa de su padre para acudir a visitar a Claudio.

Isabel, sorprendida por sus palabras y porque intentara tentarla a cometer la misma falta por la que había condenado a su hermano, le dijo:

—Por mi pobre hermano haría tanto como por mí misma. Es decir, si yo estuviese condenada a muerte, llevaría como rubíes las marcas del mordiente látigo e iría a mi muerte como al lecho intensamente añorado, antes que rebajarme a esta vergüenza.

Y entonces le dijo que esperaba que todo lo dicho hubiera sido con el fin de poner a prueba su virtud.

Pero él le respondió:

—Creedme, por mi honor, que mis palabras expresan mis intenciones.

Isabel se encolerizó de corazón al oírlo emplear la palabra «honor» para expresar unas intenciones tan deshonestas y respondió:

Poco honor como para que se le tome en cuenta y la más perversa intención. Os delataré Angelo. Ya veréis. Firmad de inmediato el perdón para mi hermano o proclamaré al mundo, a voces, la clase de hombre que sois.

—¿Quién os creería, Isabel? —dijo Angelo—. Mi nombre immaculado, la austeridad de mi vida, mi palabra en contra de la vuestra, se impondrá a vuestra acusación. Salvad a vuestro hermano consintiendo a mi deseo, o morirá mañana. En cuanto a vos, podéis decir lo que queráis, pues vuestra verdad será aplastada por mi mentira. Contestadme mañana.

«¿A quién iré con mis quejas? Si cuento todo esto, ¿quién me creerá?», decía Isabel mientras se encaminaba hacia la tenebrosa prisión donde estaba encarcelado su hermano.

Al llegar allí, su hermano sostenía una piadosa conversación con el duque, quien, con su hábito de fraile, también había visitado a Julieta haciendo que los culpables amantes comprendieran la real magnitud de su falta; y la desdichada Julieta, con lágrimas de sincero arrepentimiento, confesó que su culpa era mayor que la de Claudio, pues no había puesto reparos en aceptar sus deshonestas proposiciones.

—Que la paz sea con vosotros y en buena compañía —dijo Isabel al entrar a la celda donde Claudio estaba confinado.

—¿Quién está ahí? —preguntó el duque disfrazado—. ¡Adelante! El deseo expresado merece un buen recibimiento.

—Vengo a hablar una o dos palabras con Claudio —dijo Isabel.

Entonces el duque los dejó a solas, pidiéndole al preboste que tenía a su cargo a los prisioneros, que se situara de modo que pudiese escuchar su conversación.

—Bueno, hermana, ¿me traes consuelo? —dijo Claudio.

Isabel le dijo que debía prepararse para morir al día siguiente.

—¿No hay remedio? —preguntó Claudio.

—Sí, hermano —replicó Isabel—, pero de naturaleza tal, que si consintieras en ello, serías despojado de tu honor y quedarías desnudo.

—Hazme saber de qué se trata —dijo Claudio.

—Te temo, Claudio —replicó su hermana—, y tiemblo si decides vivir y respetas más un insignificante plazo de seis o siete inviernos para añadir a tu vida, que tu honor eterno. ¿Te atreves a morir? La sensación de la muerte no es más que un temor, y el pobre insecto que aplastamos bajo nuestro pie siente un dolor tan grande como el que sentiría un gigante.

—¿Por qué me avergüenzas así? —dijo Claudio—. ¿Crees que sacaré valor de una ternura consoladora? Si debo morir, iré al encuentro de la oscuridad como al de una novia y la estrecharé entre mis brazos.

—Así habla mi hermano —exclamó Isabel— y por su boca mi padre deja oír su voz desde la tumba. Sí, has de morir, pero aun así, escucha esto.



Claudio: el regente con apariencias de santo te concederá la vida si yo le entrego mi honor de doncella. Oh, si no fuera más que mi vida, por tu liberación la entregaría como cosa insignificante.

—Gracias, querida Isabel —dijo Claudio.

—Prepárate para morir mañana —dijo Isabel.

—La muerte es algo aterrador —dijo Claudio.

—Y una vida de vergüenza es odiosa —replicó su hermana.

Pero la idea de la muerte debilitó la entereza de Claudio y lo asaltaron los terrores que sólo los culpables conocen a la hora de su muerte. Y gritó:

—Dulce hermana, permíteme vivir. El pecado que cometes para salvar la vida de tu hermano es un acto que la naturaleza perdona tan pródigamente que se convierte en virtud.

—Oh, cobarde sin fe; oh, despojo sin honor —dijo Isabel—. ¿Salvarías tu vida a costa de la vergüenza de tu hermana? Oh, oprobio, oprobio, oprobio. Creía, hermano, que tenías tal idea del honor, que si hubieras tenido veinte cabezas que ofrecer a veinte tajos, las hubieras dado todas antes que permitir que tu hermana se doblegase ante un deshonor semejante.

—No, escúchame, Isabel —dijo Claudio. Pero cuando se disponía a decir unas palabras en defensa de su debilidad por desear vivir, aun al precio de la deshonor de su virtuosa hermana, lo interrumpió el duque, que apareció en aquel momento.

—Claudio —dijo éste—, he estado escuchando lo que habéis hablado con vuestra hermana. Angelo nunca tuvo la intención de corromperla; lo que le ha propuesto ha sido sólo para poner a prueba su virtud. Ella, que es realmente honrada, le ha contestado con una negativa tan honesta, que lo ha dejado completamente satisfecho. No hay esperanza de que os perdone; por lo tanto dedicad estas horas a la oración y preparaos para la muerte.

Entonces Claudio, arrepentido de su debilidad, dijo:

—Permitidme que pida perdón a mi hermana. Tan poco deseo vivir, que ansío que pronto llegue mi fin.

Y Claudio se retiró embargado de vergüenza y pena por su falta.

Cuando el duque estuvo a solas con Isabel, alabó su virtuosa resolución diciendo:

—La misma mano que os hizo bella, os hizo buena.

—¡Oh! —dijo Isabel—. ¡Cuánto se equivoca el buen duque con Angelo! Si alguna vez regresa y yo puedo hablar con él, le revelaré cómo ha sido su gobierno.

Isabel no sabía que en aquel momento estaba haciendo la revelación que anunciaba. El duque replicó:

—No habrá gran daño en ello; tal como están las cosas, Angelo rechazará vuestra acusación. Por eso es mejor que prestéis oído atento a mis consejos. Creo que de la manera más correcta podéis hacer un merecido servicio a una pobre dama que ha sido ofendida; así vuestro hermano escapará al rigor de la ley, sin que caiga la más mínima mancha sobre vuestra graciosa persona, lo que también complacerá grandemente al duque ausente, si algún día llega a regresar y a tener conocimiento de este asunto.

Isabel respondió que estaba dispuesta a hacer lo que él le pidiera, siempre que no se tratara de algo impropio.

—La virtud es audaz y nunca es timorata —le dijo el duque.

Y luego le preguntó si alguna vez había oído hablar de Mariana, la hermana de Federico, el gran soldado que había perecido en el mar.

Algo he oído sobre esa dama —dijo Isabel— y por cierto que todo han sido alabanzas.

—Esta dama —dijo el duque— es la esposa<sup>[15]</sup> de Angelo, pero su dote se encontraba en el velero en el que pereció su hermano; observad cuán desdichado fue aquel suceso para la pobre dama que, junto con la pérdida de un hermano tan noble y renombrado, cuyo afecto por ella siempre había sido sincero y generoso, perdió con su fortuna el afecto de su esposo. Y el tal Angelo, de apariencia tan honorable, con el pretexto de haber descubierto alguna mancha en el honor de tan honrada dama (aunque la verdadera causa era el haber perdido la dote) la abandonó en su dolor, sin enjugar ni una sola de sus lágrimas con su consuelo. Esta injusta dureza, que debiera haber sido razón suficiente para haber apagado su amor, sin embargo, como el obstáculo que se opone a una corriente, lo ha hecho más violento; y Mariana ama a su cruel esposo con toda la intensidad de un primer amor.

El duque le reveló entonces su plan con todo detalle. Consistía en que Isabel fuera a ver a Angelo, fingiendo aceptar la cita con él a medianoche; de este modo obtendría el perdón prometido. Pero, en vez de ella, sería Mariana quien fuera a la cita y, en la oscuridad, se haría pasar por Isabel ante Angelo.

—Querida hija —le dijo el supuesto fraile—. No temas hacer esto. Angelo es su esposo y reunirlos de este modo no es pecado<sup>[16]</sup>.

Isabel, complacida por el proyecto, partió a hacer lo que él le sugiriera, mientras él iba a informar a Mariana de sus intenciones. Antes, bajo aquella supuesta personalidad, ya había visitado a la desdichada dama, a la cual le había dado consejos piadosos y amable consuelo, y fue en aquella ocasión

cuando oyó de sus labios su triste historia; así que ahora ella lo tenía por santo y estaba dispuesta a dejarse guiar por él en la empresa.

Cuando Isabel regresó de su entrevista con Angelo se dirigió a casa de Mariana, donde había quedado en reunirse con el duque, que le dijo:

—Bienvenida y en el momento adecuado. ¿Qué dice el buen regente?

Isabel relató el modo en que había dispuesto el asunto.

—Angelo —dijo— tiene un jardín rodeado de un muro de ladrillo, en cuyo costado oeste hay un viñedo al cual se accede por una puerta.

Mostró entonces al duque y a Mariana dos llaves que Angelo le había dado agregando:

—La llave más grande abre la puerta del viñedo y esta otra, una puerta pequeña que lleva del viñedo al jardín. Allí he prometido llamarlo en la profundidad de la noche, y él me ha dado su palabra de que la vida de mi hermano está asegurada. He tomado minuciosa nota del lugar; y él, en susurros y con culpable diligencia, me ha mostrado el sendero dos veces.

—¿No habéis establecido más señales que Mariana deba observar? —preguntó el duque.

—No, nada más —respondió Isabel—. Sólo la de ir cuando sea noche cerrada. Le he dicho que dispongo de poco tiempo, pues le he hecho creer que un sirviente me acompaña y que este sirviente piensa que vengo por algo relativo a mi hermano.

El duque alabó su discreción y ella, volviéndose a Mariana, le dijo:

—Poco tenéis que decir a Angelo, pero cuando os separéis de él, decidle quedamente: *Ahora, acordaos de mi hermano*.

Aquella noche Isabel condujo a Mariana al lugar señalado. Se alegraba suponiendo que mediante aquella estratagema había salvado la vida de su hermano y su propio honor. Pero el duque no estaba muy seguro de que la vida de su hermano estuviera a salvo, así que a medianoche volvió a la prisión, y para Claudio fue una suerte que lo hiciera, pues de lo contrario hubiera sido decapitado aquella misma noche; pues poco después de que el duque llegara a la prisión llegó una orden del cruel regente, que ordenaba que Claudio fuera decapitado y que le fuera enviada su cabeza a las cinco de la mañana siguiente. Pero el duque persuadió al preboste de que postergara la ejecución de Claudio, engañando a Angelo al enviarle la cabeza de un hombre que había muerto aquella mañana en la cárcel. Y para conseguir que el preboste accediera a esto, el duque, a quien todavía el preboste no creía que fuera nada distinto o superior a lo que parecía, le mostró una carta escrita con la mano del duque y sellada con su sello, y el preboste al ver- la llegó a la

conclusión de que el fraile debía de tener alguna orden secreta del duque ausente y en consecuencia aceptó no ejecutar a Claudio y cortó la cabeza al muerto para presentársela a Angelo.

Entonces el duque escribió una carta a Angelo en la que le decía que algunos accidentes habían puesto fin a su viaje y que estaría de regreso en Viena a la mañana siguiente, ordenándole que lo recibiera a las puertas de la ciudad para entregarle el mando y la autoridad que le había delegado; y el duque también ordenaba que se proclamara que, si alguno de sus súbditos reclamaba la reparación de alguna injusticia, que presentase sus quejas en público, en el momento en el que él entrase en la ciudad.

Muy de mañana Isabel fue a la prisión y el duque, que esperaba su llegada, por razones ocultas pensó que era mejor decirle que Claudio había sido decapitado; por lo tanto, cuando Isabel preguntó si Angelo había enviado el perdón para su hermano, le respondió:

—Angelo ha liberado a Claudio de este mundo. Ha sido decapitado y su cabeza enviada al regente.

—¡Oh, desgraciado Claudio, infortunada Isabel, mundo infame, Angelo perverso! —exclamó la acongojada hermana.

El supuesto fraile le pidió que se tranquilizara y, cuando se hubo calmado un poco, le informó del inmediato regreso del duque, y le indicó la manera en que debería proceder a exponer su queja contra Angelo; y le dijo que no temiera si, en algún momento, la causa parecía volverse contra ella. Luego de instruir con todo detalle a Isabel, fue en seguida a ver a Mariana, a quien también le aconsejó sobre la manera de proceder.

Entonces el duque se quitó su hábito de fraile y con sus propias vestiduras reales entró en la ciudad de Viena, rodeado por una jubilosa multitud de súbditos que se había reunido para celebrar su regreso. Allí lo esperaba Angelo que le devolvió sus poderes en la forma adecuada. En aquel mismo momento se presentó Isabel, que dijo, pidiendo justicia:

—¡Justicia, mi real duque! Soy la hermana de un tal Claudio, el cual, seducido por una joven doncella, fue condenado a ser decapitado. Yo solicité a lord Angelo perdón para mi hermano. No viene a cuento que le refiera a su alteza que me arrodillé y le rogué, que éste me rechazó y que yo le repliqué, pues ello sería demasiado extenso. Y ahora, con vergüenza y dolor, os voy a relatar un vil final. Angelo sólo liberaría a mi hermano si yo me entregaba a su pasión deshonestas; y después de una larga lucha interior, mi conciencia de hermana se impuso a mi virtud y me entregué a él; pero a la mañana siguiente

muy temprano, Angelo, traicionando su promesa, envió una orden en la que pedía la cabeza de mi pobre hermano.

El duque simuló no creer su historia y Angelo dijo que el dolor por la muerte de su hermano, según estipulaba la ley, había perturbado su mente.

Y entonces se presentó otra demandante, que era Mariana.

—Noble príncipe —dijo Mariana—, tan cierto como que la luz procede del cielo y la verdad de nuestro aliento, y que hay un sentido en la verdad y verdad en la virtud, os digo que yo soy la esposa de este hombre. Mi buen señor, las palabras de Isabel son falsas, porque la noche que dijo haber pasado con Angelo, yo estaba con él en el pabellón del jardín. Si esto es verdad, que pueda levantarme libremente; y si no, que me quede aquí eternamente convertida en estatua de mármol.



Entonces Isabel puso por testigo de que había dicho la verdad a fray Ludovico, pues éste era el nombre que el duque había tomado en su disfraz. Isabel y Mariana obedecían sus instrucciones al expresarse como lo hacían, y el duque deseaba que la inocencia de Isabel quedara suficientemente probada públicamente ante toda la ciudad de Viena; pero Angelo no podía saber que aquélla era la razón de que sus historias difirieran, y esperaba que sus contradictorios testimonios le permitieran quedar a salvo de la acusación de Isabel.

—Hasta ahora sólo he sonreído —dijo con aspecto de inocencia ofendida—, pero, mi buen señor, he llegado al límite de mi paciencia y veo que estas pobres mujeres enajenadas son sólo el instrumento de alguien más poderoso que las instiga. Permitidme que use mis medios, señor, para desenmascarar la intriga.

—De todo corazón —dijo el duque— y dadles el castigo que deseáis. Vos, lord Escalo, sentaos junto a Angelo y prestadle vuestra ayuda para poner en claro este abuso; enviad por el fraile que las ha aleccionado y, cuando haya llegado, castigad las injurias como mejor os parezca. Yo voy a dejaros por un momento, pero no os mováis, señor Angelo, hasta que hayáis aclarado esta calumnia.

El duque entonces se alejó y Angelo quedó muy satisfecho por haber sido designado juez y árbitro de su propia causa. Pero el duque sólo se ausentó para desprenderse de sus vestimentas regias y volver a ponerse el hábito de fraile; y disfrazado de tal guisa volvió a presentarse ante Angelo y Escalo. Y el anciano y bondadoso Escalo, que creía que Angelo había sido falsamente acusado, le dijo al supuesto fraile:

—Adelante, señor, ¿habéis sido vos quien envió a estas mujeres a calumniar a Angelo?

—¿Dónde está el duque? —replicó el fraile—. Es él quien debería oír lo que tengo que decir.

—El duque somos nosotros —respondió Escalo—, y nosotros os oiremos. Hablad con justicia.

—Al menos lo haré sin rodeos —replicó el fraile.

Y continuó haciéndole reproches al duque por haber dejado la causa de Isabel en manos de quien ella había acusado; y luego continuó hablando con tanta libertad sobre las muchas prácticas de corrupción que había descubierto, según dijo, mientras había sido un observador de Viena, que Escalo lo amenazó con la tortura por hablar contra el estado y por censurar la conducta del duque, y ordenó que fuera encarcelado. Entonces, para asombro de todos

los presentes y para total sorpresa de Angelo, el supuesto fraile se despojó de su disfraz y todos pudieron ver que era el duque en persona.

El duque se dirigió primero a Isabel.

—Venid aquí, Isabel —le dijo—. Vuestro fraile es ahora vuestro príncipe, pero al cambiar mi vestimenta no ha cambiado mi corazón. Aún estoy a vuestro servicio.

—Oh, perdonadme —dijo Isabel—, pues yo, vuestra vasalla, he requerido y perturbado a vuestra majestad, aunque sin saberlo.

Él respondió que su perdón le era muy necesario, por no haber evitado la muerte de su hermano, pues no deseaba decir aún que Claudio vivía, ya que su intención era que todavía diera mayores pruebas de perfección. Angelo, que comprendió que el duque había sido testigo secreto de sus malas acciones, dijo:

—Oh, mi temido señor, sería más culpable que mi culpa si pensara que puedo hacerla invisible, cuando percibo que vuestra gracia, como un poder divino, ha contemplado mis acciones. Y así, mi buen príncipe, no prolonguéis mi vergüenza por más tiempo y que mi juicio sirva de confesión. Una sentencia de muerte inmediata es la única gracia que imploro.

—Angelo, vuestras faltas son evidentes —replicó el duque— y por ellas os condenamos al mismo tajo en el que Claudio se inclinó para recibir la muerte y, con la misma rapidez, que se cumpla la sentencia. Y en cuanto a vuestras posesiones se las cedemos a Mariana, vuestra viuda y heredera, para que se compre un marido mejor.

Oh, querido señor —dijo Mariana—, no deseo otro, ni tampoco mejor.

Y entonces se puso de rodillas, igual que Isabel cuando había rogado por la vida de Claudio; y esta bondadosa esposa de un marido ingrato suplicó por la vida de Angelo, diciendo.

—Mi gentil y bondadoso señor; dulce Isabel, tomad mi partido. Prestadme vuestras rodillas y toda la vida que me quede estaré a vuestro servicio.

—Le pedís algo que va contra la razón —dijo el duque—. Si Isabel se arrodillara pidiendo clemencia, el fantasma de su hermano rompería la losa que lo cubre, llevándosela al mayor de los horrores.

—Isabel, dulce Isabel —siguió insistiendo Mariana—, por favor, no hagáis más que arrodillaros junto a mí, levantando vuestra mano, y no digáis nada. Yo hablaré. Bien sabido es que los mejores hombres han sido conformados por sus defectos, y que en la mayoría de los casos el mayor de los bienes resulta de tener algo de maldad. Este puede ser el caso de mi esposo. Oh, Isabel, ¿me prestaréis vuestras rodillas?



—Morirá por la muerte de Claudio —dijo el duque entonces.

Pero el buen duque tuvo el placer de ver que la propia Isabel, de la cual sólo esperaba actos honorables y generosos, se arrodillaba ante él, diciendo:

—Bondadoso señor, ved, si os parece, en la vida de este condenado, la vida de mi hermano. En parte creo que una sinceridad verdadera gobernaba sus actos, hasta el momento en que me vio. Ya que es así, ¡no le hagáis morir! Mi hermano no sufrió más que lo que merecía, pues había cometido la falta por la que pagó con la vida.

La mejor respuesta que el duque podía dar a tan noble demandante, que rogaba por la vida de su enemigo, era enviar por Claudio a la cárcel, en donde éste permanecía desconociendo su suerte, y entregarle vivo a su tan llorado hermano.

—Dadme vuestra mano, Isabel —le dijo el duque—. Para honrar a vuestra persona, perdono a Claudio. Decid que seréis mi esposa y él se convertirá en mi hermano.

Por entonces Angelo comenzó a percibir que estaba salvado y el duque al observar que sus ojos comenzaban a iluminarse, dijo:

—Y bien, Angelo, procurad amar a vuestra esposa; sus virtudes han conseguido que os perdone. Que seáis feliz, Mariana, y vos, Angelo, amadla. La he confesado y conozco su virtud.

Angelo recordó que cuando había estado investido de un poco de autoridad su corazón había sido muy duro y ahora conoció la dulzura de la clemencia.

El duque ordenó a Claudio que desposara a Julieta y una vez más se ofreció a Isabel, cuya noble y virtuosa conducta había ganado su corazón principesco. Isabel, que todavía no había tomado los velos, estaba en libertad para casarse, y la amable ayuda que el noble duque le había prestado bajo su disfraz de humilde fraile hizo que aceptara el honor que le ofrecía con felicidad y gratitud; y cuando se convirtió en duquesa de Viena, el excelente ejemplo de la virtuosa Isabel produjo un cambio tan completo entre las jóvenes doncellas de esta ciudad, que desde entonces ninguna volvió a cometer la falta de Julieta, la arrepentida esposa del transformado Claudio. Y el clemente duque reinó largos años en compañía de su adorada Isabel, siendo el príncipe y el esposo más feliz.

## *Noche de Epifanía, o lo que queráis*

Sebastián y su hermana Viola, jóvenes nobles, naturales de Messalina, eran gemelos y (cosa que se consideraba prodigiosa), desde su nacimiento habían sido tan parecidos, que sólo se podía distinguir al uno del otro por la diferencia de sus vestiduras. Habían nacido a la misma hora y también a la misma hora habían estado en peligro de perder la vida, pues habían naufragado cerca de las costas de Iliria, cuando realizaban juntos un viaje por mar. El barco en que viajaban se estrelló contra una roca durante una violenta tempestad, y sólo algunos de los tripulantes pudieron salvar la vida. El capitán del velero y algunos de los pocos marineros que se salvaron, alcanzaron la costa en una pequeña embarcación y con ellos llevaron a Viola sana y salva hasta la playa, donde la pobre doncella, en vez de alegrarse por su salvación, comenzó a lamentarse por la pérdida de su hermano; pero el capitán la consoló asegurándole que había visto a su hermano atándose a un sólido mástil en el momento en que el barco se había partido, sobre el cual, y hasta donde alcanzó a verlo en la distancia, flotaba sobre las olas. Viola se quedó muy reconfortada por la esperanza que le daba este relato y entonces comenzó a reflexionar sobre la forma de salir adelante en un país extranjero y tan alejado de su hogar; así que le preguntó al capitán qué sabía sobre Iliria.

—Ah, bastante, señora —replicó el capitán—, porque nací a menos de tres horas de viaje de este lugar.

—¿Quién gobierna aquí? —le preguntó Viola.

El capitán le dijo que en Iliria gobernaba un tal Orsino, duque noble por su naturaleza y dignidad.

Viola comentó que había oído a su padre hablar de Orsino, y que por entonces estaba soltero.

—Y todavía lo está —respondió el capitán—, o lo estaba hasta hace muy poco, pues hace sólo un mes que salí de aquí, y entonces se comentaba en todos los corrillos (ya sabéis que lo que hacen los grandes es comidilla habitual del pueblo) que Orsino pretendía el amor de la bella Olivia, una doncella virtuosa, hija de un conde fallecido hacía doce meses. Olivia había

quedado bajo la protección de su hermano, el cual no tardó en morir también; y se decía que, por amor a su querido hermano, había renunciado a la compañía de los hombres.

Viola, que también sufría la triste aflicción de haber perdido un hermano, deseó poder vivir con la dama que tan tiernamente llevaba duelo por la muerte del suyo. Pero él le dijo que ello sería muy difícil de conseguir, puesto que Olivia, desde la muerte de su hermano, no estaba dispuesta a aceptar a nadie en su casa, ni siquiera al mismo duque. Entonces Viola concibió otro proyecto en su mente, que era vestirse de hombre y ponerse al servicio del duque Orsino en calidad de paje. Era una extraña fantasía que una dama quisiera vestir ropas masculinas y hacerse pasar por muchacho, pero la situación de tristeza y abandono en que se encontraba Viola, que era muy joven y extraordinariamente bella, sola y en tierra extranjera, debe servir de excusa.

Ella había observado la correcta conducta del capitán, que demostraba una amable preocupación por su bienestar, por lo que le confió su proyecto y éste de inmediato se comprometió a prestarle ayuda. Viola le dio dinero para que le proporcionara las vestimentas adecuadas y ordenó que sus ropas fueran hechas del mismo color y estilo que las que solía llevar su hermano Sebastián. Y cuando estuvo vestida de hombre, resultó ser tan exactamente igual a su hermano, que ocurrieron algunas curiosas equivocaciones cuando a ambos los confundieron, creyendo que el uno era el otro; pues, como veremos más adelante, Sebastián también se había salvado.

El capitán, que resultó un buen amigo para Viola, cuando hubo transformado a la hermosa doncella en doncel, como tenía algunos conocidos en la corte, hizo que se la presentaran a Orsino bajo el nombre supuesto de Cesario. Los modales y el elegante comportamiento del muchacho agradaron mucho al duque, que lo tomó como paje, siendo ése el puesto que Viola deseaba conseguir; y desempeñó tan bien los deberes de su nueva posición, observando tan buena disposición y apego por su señor, que muy pronto se convirtió en su acompañante preferido. Y Orsino confió a Cesario toda su historia de amor por Olivia. A Cesario le contó cuánto tiempo llevaba cortejando a quien rechazaba su fiel devoción y despreciaba su persona, rehusando admitirlo a su presencia; y, por amor a la dama que lo trataba con tanta desconsideración, el noble Orsino había abandonado los juegos al aire libre y los muchos ejercicios varoniles con que solía divertirse y se pasaba las horas en una indolencia impropia de él, mientras oía los melifluos sonidos de la música, melodías amables y canciones de amor apasionadas; y, abandonando la compañía de los señores sabios e instruidos con los cuales

acostumbraba reunirse, ahora pasaba todas las horas del día conversando con el joven Cesario. Y sin duda los serios cortesanos consideraban que Cesario resultaba una insólita compañía para su noble señor, el gran duque Orsino.

Para una joven es cosa peligrosa convertirse en confidente de un duque joven y apuesto, y Viola, muy a su pesar, no tardó en descubrirlo, pues todo lo que Orsino le contaba haber sufrido por Olivia, ella percibía ahora que lo estaba sufriendo por amor a él; y se quedaba asombrada al ver que Olivia era tan indiferente a su inigualable amo y señor, que, según ella, nadie podría contemplar sin experimentar por él la más profunda admiración; y amablemente se atrevió a insinuar a Orsino que era una lástima que su afecto fuera para una dama tan ciega a sus muchos méritos.

—Si una dama os amara, mi señor —dijo—, como vos amáis a Olivia (y tal vez habrá alguna que lo haga) y vos no correspondierais a su amor, ¿no os parece que si le hicierais saber que no podéis amarla, ella quedaría satisfecha con tal respuesta?

Pero Orsino se negó a aceptar este razonamiento, pues rechazaba la posibilidad de que existiera una mujer cuyo amor fuera tan intenso como el suyo. Dijo que el corazón femenino no era lo suficientemente grande como para contener tanto amor y por lo tanto no era justo comparar el posible amor de una mujer por él con su amor por Olivia. Ahora bien, aunque Viola tenía el mayor respeto por las opiniones del duque, no podía evitar pensar que ello no era del todo cierto, porque sentía su corazón repleto de tanto amor como el de Orsino, y le dijo:

—¡Ay!, yo sí que lo sé, mi señor.

—¿Qué sabes, Cesario? —le preguntó Orsino

—Yo sé muy bien cuánto amor puede sentir una mujer por un hombre. Su corazón es tan sincero como el nuestro. Mi padre tenía una hija que amaba a un hombre tanto como yo, tal vez, si fuese mujer, os amaría a vos.

—¿Y cuál es su historia? —le preguntó Orsino .

—No existe, mi señor —replicó Viola—. Ella nunca habló de su amor, y lo mantuvo oculto como un gusanillo que se alimentaba de la tersura de sus mejillas. Mientras tanto fue decayendo en una melancolía amarilla y verde y permaneció inmóvil como un monumento a la Paciencia que sonreía al Dolor.

El duque inquirió si aquella dama había muerto a causa de su amor, pero Viola le respondió con evasivas a esta pregunta, pues probablemente había inventado la historia para poder decir unas palabras que expresaran el amor secreto y el dolor que sufría por Orsino.

Mientras hablaban entró un caballero a quien había enviado a casa de Olivia.

—Con vuestra venia, señor —dijo—. La dama no me recibió, pero os envía esta respuesta por su doncella: «Hasta dentro de siete años, ni los mismos elementos contemplarán su rostro, pues llevará velo como monja de claustro, y empapará su habitación con lágrimas, en triste recuerdo de su querido hermano.»

Al oír esto el duque exclamó:

—¡De qué fina materia está hecho su corazón que así paga una deuda de amor al hermano muerto! ¡Cuánto será capaz de amar cuando el dardo dorado haya herido su corazón!

Entonces le dijo a Viola:

—Ya sabes, Cesario, que te he abierto todos los secretos de mi corazón; por eso, mi buen joven, debes ir a casa de Olivia y conseguir que no te nieguen acceso a ella. Mantente de pie ante su puerta y dile que allí echarás raíces hasta que te dé audiencia.

—Y si llego a hablar con ella, señor —preguntó Viola—, ¿qué debo decir?

—Oh, entonces —dijo Orsino—, revélale la pasión de mi corazón. Haz un largo discurso sobre mi rendida fidelidad. Estaría bien si le describes mis pesares, pues te prestará más atención que a alguien de aspecto más grave.

A cumplir su cometido partió Viola, pero no emprendía este galanteo de buena gana, pues tenía que seducir a una dama para que quisiera convertirse en la esposa de quien ella deseaba desposar. Pero ya que tenía que realizar esta tarea, la llevaría a cabo con la mayor fidelidad. Y pronto le dijeron a Olivia que había a la puerta un joven que insistía en ser recibido.

—Le he dicho —dijo el criado— que estáis enferma. Él dijo que ya lo sabía y que quería hablar con vos. Le he dicho que dormíais, y aparentemente también estaba al tanto de ello, pues dijo que seguía queriendo hablar con vos. ¿Qué más debo decirle, señora? Parece dispuesto a resistir cualquier negativa y está decidido a hablar con vos, por las buenas o por las malas.

Olivia sintió curiosidad por saber quién podía ser aquel mensajero tan decidido y ordenó que lo dejaran pasar; y volvió a cubrirse el rostro con el velo, convencida de que iba a oír de nuevo a un embajador de Orsino, pues, por su misma insistencia, deducía que sólo podía venir de parte del duque. Viola hizo su entrada tomando la actitud más masculina que le era posible e, imitando el refinado lenguaje cortesano de los pajes de los hombres ilustres, le dijo a la velada dama:

—¡Oh, radiante, exquisita e inigualable belleza! Os ruego me digáis si sois la señora de esta casa, porque lamentaría malgastar mi discurso en otra, pues además de estar excelentemente redactado, he dedicado un gran esfuerzo en aprenderlo.

—¿De dónde venís, señor? —le preguntó Olivia.

—No puedo decir mucho más de lo que he aprendido —replico Viola y esa respuesta no la llevo escrita.

—¿Sois comediante? —dijo Olivia.

—No replicó Viola—, y sin embargo no soy lo que represento.

Con lo que quería decir que ella, que era mujer, simulaba ser hombre. Y nuevamente preguntó a Olivia si era la señora de la casa. Olivia le respondió que lo era y entonces Viola, que sentía mayor curiosidad por conocer las facciones de su rival que prisa por entregar su mensaje, le pidió:

—Buena señora, permitidme ver vuestro rostro.

Olivia no tuvo inconveniente en acceder a tan audaz solicitud; pues la altiva belleza, a quien el duque Orsino llevaba tanto tiempo amando en vano, sintió despertar en ella una pasión repentina por el supuesto paje, el humilde Cesario.

Cuando Viola le pidiera ver su rostro, Olivia dijo:

—¿Os ha encargado vuestro amo y señor que hagáis algún trato con mi cara?

Y entonces, olvidando su decisión de llevar velo durante siete largos años, se levantó el velo, y le dijo:

—Ahora corro la cortina y muestro el cuadro. ¿No es una hermosa obra?

—La belleza está muy bien dispuesta —replicó Viola—. El blanco y el carmín de vuestras mejillas ha sido repartido por la mismísima sabia mano de la naturaleza. Seríais la dama más cruel de la humanidad si dedicarais tanta gracia a la tumba, no dejando copia para el mundo.

Oh, señor —replicó Olivia—. No seré tan cruel. El mundo guardará inventario de mi belleza. Aquí tenéis dos labios bastante encarnados; además, dos ojos grises, con párpados para cubrirlos; un cuello, un mentón, y así sucesivamente. ¿Habéis sido enviado para alabarme?

—Veo cómo sois —replicó Viola—. Sois demasiado orgullosa, pero sincera. Mi amo y señor os ama. Y tanto amor debería ser correspondido, aunque se os coronara como reina de la belleza, pues Orsino os ama con adoración y lágrimas, con gemidos en que truena el amor y con suspiros de fuego.

—Vuestro señor —respondió Olivia—, conoce bien mis pensamientos. No puedo amarlo, aunque no dudo de sus virtudes; sé que es noble y poderoso, e inmaculado y lozanamente joven. Todas las voces dicen que es educado, cortés y valiente y, sin embargo, no puedo amarle. Debiera haber aceptado mi respuesta hace mucho tiempo.

—Si yo os amara como mi señor —dijo Viola— me haría una cabaña de sauces junto a vuestra puerta y os llamaría por vuestro nombre; escribiría mis quejas en sonetos para Olivia y los cantaría al caer la noche; vuestro nombre resonaría entre los cerros y yo haría que Eco, el parlanchín espíritu del aire, gritara *Olivia*, de modo que no podríais descansar entre los elementos de la tierra y el aire, y acabaríais por apiadaros de mí.

—Pues hacedlo —dijo Olivia—. ¿Cuál es vuestra posición?

Viola replicó:

—Por encima de mi fortuna, pero mi posición es buena. Hidalgo soy.

Olivia, contra su voluntad, dio por finalizada la entrevista con Viola y dijo:

—Id donde vuestro señor y decidle que no puedo amarle. Que no envíe más recados, a menos que tal vez vos regreséis a decirme cómo lo ha tomado.

Y Viola partió, y al despedirse de Olivia la llamó Belleza Cruel. Cuando se hubo marchado, Olivia repitió para sí las palabras «por encima de mi fortuna, pero mi posición es buena. Hidalgo soy». Y dijo en voz alta:

—A fe mía que lo es: sus palabras, su rostro, su porte, sus acciones y su espíritu, muestran claramente que es hidalgo.

Y entonces deseó que Cesario fuera el duque y, percibiendo la forma en que se había apoderado de su afecto, se reprochó su repentino enamoramiento; pero no era más que el amable reproche que las personas dirigen a sus propias faltas y que carece de una raíz profunda. Y al poco la dama Olivia había olvidado la desigualdad de sus fortunas, la suya y la del supuesto paje, y también la reserva propia de una doncella, que es el mejor adorno del carácter de una dama, y había decidido obtener el amor del joven Cesario. Así que envió a un criado tras él con un anillo de diamantes, con la disculpa de que el paje lo había traído como regalo de Orsino. Tenía la esperanza de que mediante la argucia de ofrecerle un anillo, le daría algún indicio de sus intenciones; y en verdad se despertaron las sospechas de Viola, pues sabía que Orsino no le había enviado ningún anillo. Y esto le hizo recordar las miradas y los gestos de Olivia y que éstas expresaban su admiración, de modo que llegó a la conclusión de que la dama de su señor se había enamorado de ella.

—¡Ay! —dijo—. La pobre dama se ha enamorado de un sueño. Veo que los disfraces dan malos resultados, pues el mío ha sido la causa de que Olivia deje escapar suspiros tan sin esperanzas como los míos por Orsino.

Viola regresó al palacio de Orsino, e informó a su señor del escaso éxito de su embajada, repitiendo la orden de Olivia de que el duque dejara de importunarla. Sin embargo el duque seguía esperanzado de que llegaría un momento en el que el amable Cesario la convencería de que mostrara algo de condescendencia. Así que le pidió que volviera a visitarla al día siguiente. Mientras tanto, y para hacer correr las horas de tan tedioso intervalo, ordenó que se interpretara una canción muy de su agrado.

—Mi buen Cesario —dijo—, cuando oí esta canción la noche pasada, sentí que mi pasión se reanimaba grandemente. Mira, Cesario: es antigua y sencilla. Las tejedoras y las solteronas, cuando se sientan al sol, y las jóvenes doncellas, cuando hilan con su huso, suelen cantar esta canción. Es simple, pero me gusta, porque habla de la inocencia del amor en los tiempos antiguos.

### CANCIÓN

*Aparta, oh Muerte, quítate ya y deja  
que me entierren bajo un triste ciprés;  
escapa, aliento, escapa, que yo muero  
a manos de una esquivia hermosa ingrata.  
Haced de hojas de tejo mi sudario:  
nadie hará como yo el papel de muerto.  
Sobre el negro ataúd donde repose  
que nadie arroje ni una flor siquiera;  
no despida mis huesos un amigo,  
ni la fosa en que yazcan mis despojos.  
Ahorraos los sollozos y dejadme  
donde el amante triste y verdadero  
nunca pueda llorar sobre mi tumba<sup>[17]</sup>.*

Viola escuchó atenta la letra de aquella antigua canción que con tanta simplicidad describía los dolores del amor no correspondido, y con su actitud demostró que sentía lo que la canción expresaba. Orsino reparó en su tristeza y le dijo:

—Juraría por mi vida, Cesario, que aunque eres tan joven, tus ojos se han posado sobre un rostro amado. ¿No es cierto, criatura?

—Me atrevo a deciros que sí —replicó Viola.

—¿Y cómo es esa mujer y cuántos años tiene? —le preguntó Orsino.



—Es de vuestra edad y de vuestro estilo, mi señor —le dijo Viola.

El duque sonrió al oír que el chico estaba enamorado de una mujer mucho mayor que él y de rasgos viriles; pero lo que Viola había querido decir, secretamente, es que su amor era Orsino y no una mujer como él.

Cuando Viola visitó a Olivia por segunda vez, no le resultó difícil hacerse recibir. Los criados descubren muy pronto cuándo sus señoras experimentan placer en la conversación con mensajeros jóvenes y apuestos, y en cuanto Viola se presentó, le abrieron las puertas de par en par y condujeron al paje del duque muy respetuosamente a los aposentos de Olivia; y cuando Viola le dijo a Olivia que venía una vez más a rogar por su amo, la dama le respondió:

—No quiero que volváis a hablarme de él; pero si deseáis comenzar un galanteo diferente, vuestra solicitud será mejor recibida que la música de las esferas.

Aquellas palabras no dejaban lugar a dudas, pero Olivia no tardó en expresarse aún con mayor claridad, y abiertamente le confeso su amor; y al ver que en el rostro de Viola se mezclaba la perplejidad con el disgusto, le dijo:

—Hasta el desdén se embellece con el desprecio y con la ira de sus labios. Cesario, por las rosas de la primavera, por mi doncellez, honor y sinceridad, os amo tanto que, pese a vuestro orgullo, no tengo razón ni ingenio para ocultar mi pasión.

Pero la dama lo cortejó en vano. Viola partió apresuradamente, advirtiéndole que nunca más volvería a rogar en favor de Orsino; y a la amorosa solicitud de Olivia sólo le respondió que había adoptado el principio de *No amar nunca a una mujer*.

Viola acababa de dejar a la dama, cuando su valor fue puesto a prueba. Un caballero que había cortejado a Olivia, y al que ésta había rechazado, se enteró de los favores que esta dama prodigaba al mensajero del duque, y lo desafió a batirse en duelo. ¿Y qué podía hacer la pobre Viola, que, aunque en apariencia era hombre, tenía un corazón femenino y se espantaba sólo con mirar su propia espada?

Cuando vio avanzar hacia ella a su formidable rival con la espada desenvainada, se dispuso a confesar que era mujer; pero al momento la rescató de su terror y de la vergüenza de hacer tal revelación un desconocido que por allí pasaba, y que se dirigió a ellos como si la conociera desde hacía mucho tiempo y fuera su amigo más querido.

—Si este joven caballero ha cometido alguna ofensa —dijo a su oponente—, yo asumiré su falta; y si le ofendéis, yo os desafiaré en su nombre.

Antes de que Viola tuviera tiempo de agradecerle la protección que le prestaba, o de preguntarle la razón de su generosa intervención, su nuevo amigo se encontró con un enemigo ante el cual su valor no servía de nada; pues en aquel instante se presentaron unos alguaciles que arrestaron al forastero en nombre del duque, para que respondiera por un delito que había cometido algunos años antes.

—Esto me sucede por haber venido en tu busca —le dijo a Viola.

Y luego le pidió una bolsa, añadiendo:

—Ahora la necesidad me obliga a pedirte mi bolsa; más me preocupa lo que ya no podré hacer por ti que lo que a mí me ocurra. Estás asombrado, pero consuélate.

No cabía duda de que sus palabras asombraban a Viola, que le aseguró que no lo conocía y que nunca había recibido una bolsa de él. Pero, por su reciente amabilidad, ella le ofreció una pequeña suma de dinero, que era casi todo lo que tenía. Y entonces el extranjero le habló muy enfadado, acusándola de ingratitud y mezquindad.

—A este joven que aquí veis —dijo— yo lo arrebaté de las mismísimas fauces de la muerte, y sólo por él he venido a Iliria, exponiéndome a este peligro.

Pero los alguaciles no prestaron mucha atención a las quejas del prisionero y se lo llevaron a empujones, diciendo:

—Y a nosotros qué más nos da.

Pero cuando se lo llevaban, él llamó a Viola Sebastián; y le reprochaba, hasta que su voz dejó de oírse, al supuesto Sebastián que no prestase ayuda a un amigo. Cuando Viola oyó que la llamaba Sebastián, aunque el desconocido desapareció antes de que pudiera pedirle una explicación, dedujo que el aparente enigma podía deberse a que hubiera sido confundida con su hermano; y comenzó a abrigar la esperanza de que la vida que el hombre decía haber salvado fuera la de su hermano. Y eso era lo que había sucedido, en efecto. El desconocido, cuyo nombre era Antonio, era capitán de barco. Había recogido a Sebastián en su barco, casi exhausto de fatiga, cuando éste seguía flotando sobre el mástil al cual se había atado durante la tempestad. Antonio concibió una amistad tan sincera por Sebastián, que decidió acompañarlo a todas partes; y cuando el joven expresó su curiosidad por conocer la corte de Orsino, Antonio, antes que separarse de él, vino a Iliria, aunque sabía que, si lo reconocían en este lugar, su vida podría hallarse en peligro, porque en una ocasión había herido gravemente a un sobrino de

Orsino durante el curso de una batalla naval. Este era el delito por el que ahora lo hacían prisionero.

Antonio y Sebastián habían desembarcado juntos sólo unas pocas horas antes de que Antonio se encontrara con Viola. Aquel había entregado su bolsa a Sebastián, diciéndole que podía usarla libremente si veía algo que quisiera comprar, y que él lo esperaría en la posada mientras Sebastián iba a visitar la ciudad. Pero como Sebastián no regresó a la hora fijada, Antonio se aventuró a salir en su busca y, como Viola llevaba una ropa igual a la de su hermano y su rostro era tan asombrosamente parecido al de éste, Antonio desenvainó su espada creyendo que lo hacía en defensa del joven que había salvado; y cuando el que suponía que era Sebastián lo negó y no quiso devolverle su propia bolsa, no resulta sorprendente que lo acusara de ingratitud.

Cuando Antonio hubo desaparecido, Viola, temiendo una segunda invitación a batirse, se escabulló a casa con la mayor rapidez. No hacía mucho que se había marchado, cuando su adversario creyó verla regresar, pero esta vez era su hermano Sebastián, que casualmente llegaba a este lugar.

—Vuelvo a encontraros, señor —dijo, dándole una bofetada—: Esto es para vos.

Sebastián no era cobarde y devolvió la bofetada con creces, desenvainando la espada.

En aquel momento una dama interrumpió el duelo, pues Olivia salió de su casa y también confundió a Sebastián con Cesario, invitándole a entrar, expresando su disgusto por el grosero ataque de que había sido víctima. Aunque Sebastián estaba sumamente sorprendido, tanto por la amabilidad de la dama como por la violencia de su desconocido adversario, muy complacido entró en la casa y Olivia se quedó encantada al observar que Cesario (pues por él lo tomaba) se mostraba más sensible a sus atenciones, pues aunque sus facciones fueran exactamente iguales, en su rostro ya no se encontraban trazos del rechazo y disgusto del cual se quejara después de haberle declarado su amor a Cesario.



Sebastián no tuvo ningún reparo en aceptar la admiración que la dama le prodigaba. Parecía tomarlo muy bien aunque no comprendía cómo había llegado a suceder aquello, y se inclinaba a creer que Olivia no estaba del todo en sus cabales. Pero como observó que era ama de una buena casa y que parecía tener en orden sus asuntos y llevar su casa con discreción y que, excepto por su súbito amor por él, parecía estar en posesión plena de su razón, aceptó muy gustoso el galanteo. Y Olivia, al descubrir en Cesario esta buena disposición y temerosa de que cambiara de idea, propuso que, ya que había un cura en su casa, los casara al instante. Sebastián accedió a la proposición y, una vez que hubo finalizado la ceremonia del matrimonio, la dejó por unos momentos, pues tenía la intención de ir a contar a Antonio cómo lo había favorecido la buena fortuna. Mientras esto sucedía, Orsino llegó a visitar a Olivia y, en el momento en que llegaba frente a la casa de Olivia, los alguaciles traían prisionero a Antonio ante el duque. Viola estaba con Orsino, su amo, y cuando Antonio vio a Viola, a quien todavía suponía ser Sebastián, le contó al duque la forma en que había rescatado al joven de la furia del mar, y una vez que hubo completado el relato de su auténtica bondad para con Sebastián, terminó su queja diciendo que durante tres meses este joven ingrato había estado con él día y noche. Pero entonces Olivia salió de su casa y Orsino dejó de prestar atención a la historia de Antonio, exclamando:

—Aquí viene la condesa, como si el cielo hubiera bajado a la tierra. Pero en cuanto a vos respecta, amigo, vuestras palabras carecen de sentido. Durante estos tres meses este joven ha sido mi criado —agregó, ordenando que se llevaran a Antonio.

Pero la celestial condesa de Orsino no tardó en dar motivo para que el duque, igual que lo había hecho Antonio, acusara a Cesario de grave ingratitud, pues todas las palabras que salieron de los labios de Olivia expresaban su afecto por Cesario. Y cuando descubrió el exclusivo lugar que Cesario ocupaba en el corazón de Olivia, lo amenazó con todos los horrores de una justa venganza, y en el momento de retirarse ordenó a Viola que lo siguiera, diciéndole:

—Ven conmigo, criatura; mis pensamientos están dispuestos para la venganza.

Y aunque parecía que, frenético de celos, iba a condenar a Viola a una muerte inmediata, el amor que esta sentía por él le dio valor para poder decir que gustosamente se dispondría a morir si ello aliviaba a su amo. Pero Olivia no quería perder a su esposo y exclamó:

—¿A dónde va mi Cesario?

—Tras quien amo más que a mi vida —replicó Viola.

Olivia, sin embargo, impidió su partida proclamando a voz en cuello que Cesario era su esposo e hizo venir al cura, el cual declaró que no hacía ni dos horas que había casado a Olivia con el joven. Viola protestó inútilmente diciendo que no estaba casada con Olivia; el testimonio de la dama y del cura hizo que Orsino creyera que su paje lo había despojado del tesoro que quería más que a su propia vida. Pero sabiendo que ya no había enmienda, procedió a despedirse de su inconstante amada y del «joven hipócrita», su marido, que esto le llamó a Viola, advirtiéndole que no volviera a presentarse ante sus ojos. Y entonces sucedió lo que a ellos les pareció un prodigio, porque en aquel momento entró ¡un segundo Cesario!, que llamó «esposa» a Olivia. Este nuevo Cesario era Sebastián, el auténtico esposo de Olivia, y cuando salían del estupor que les produjera ver a dos personas con las mismas facciones, la misma voz y la misma vestimenta, hermano y hermana comenzaron a hacerse preguntas el uno al otro, pues Viola apenas si podía creer que su hermano viviera y Sebastián no se hacía a la idea de que la hermana que suponía ahogada hubiera aparecido vestida de hombre. Pero Viola demostró que sin duda ella era Viola, su hermana, oculta bajo un disfraz.

Cuando se despejaron los equívocos ocasionados por el extraordinario parecido entre hermano y hermana, se burlaron amablemente de Olivia, que había cometido el error de enamorarse de una mujer, y Olivia accedió al cambio cuando se enteró de que se había casado con el hermano en vez de con la hermana.

Con el matrimonio de Olivia las esperanzas de Orsino llegaron a su inevitable fin, pero junto con su esperanza todo su infructuoso amor pareció desvanecerse y sus pensamientos se centraron en el hecho de que su favorito, el joven Cesario, se había transformado en una bella dama. Observó a Viola con mayor atención, recordando que siempre había pensado que Cesario era sumamente apuesto e imaginó que, con vestidos femeninos, resultaría muy hermosa, y entonces recordó que a menudo le había dicho que *lo amaba*, y que en aquellos momentos estas palabras sólo le habían parecido una expresión de afecto de su leal paje. Pero ahora comenzaba a sospechar que tenían un significado más profundo, porque muchos de sus dichos, que a él le habían sonado a acertijos, le volvían ahora a la mente. Y en el mismo momento en que recordaba todo ello, decidió hacer a Viola su esposa y le dijo, sin poder evitar seguir llamándola *Cesario y niño*:

—Niño, me has dicho mil veces que nunca amarías a una mujer más que a mí, y por los fieles servicios que me has prestado y que han estado tan por

encima de tu dulce y tierna naturaleza, y puesto que durante tanto tiempo me has llamado señor, serás ahora la señora de tu señor y la única duquesa de Orsino.

Olivia, percibiendo que Orsino ofrecía a Viola el corazón que ella tan despiadadamente había rechazado, los invitó a entrar en su hogar, ofreciéndoles los servicios del buen cura que ya la había casado con Sebastián aquella misma mañana, para que, en lo que quedaba de día, hiciera lo propio con Orsino y Viola. Y así los gemelos también se casaron el mismo día, luego de que la tormenta y el naufragio hubieran sido el medio que hiciera posible su prodigiosa fortuna. Viola se convirtió en esposa de Orsino, duque de Iliria, y Sebastián en marido de la rica y noble condesa Olivia.

## *Timón de Atenas*

Timón, noble ateniense que gozaba de una fortuna principesca, tenía una inclinación a la prodigalidad que no conocía límites. Su riqueza casi infinita no podía aumentar con la misma rapidez con que él la prodigaba a toda clase de personas. No sólo los pobres disfrutaban de su generosidad, sino que incluso los grandes señores no desdeñaban sumarse a sus seguidores y protegidos. Su mesa estaba dispuesta para todos estos voluptuosos comensales y su casa estaba abierta a cuantos pasaban por Atenas. Su enorme fortuna, combinada con su naturaleza pródiga y liberal, le ganaba el afecto de todos los corazones; había hombres de todas clases y disposiciones que prestaban servicios a Timón, desde el adulador con rostro de espejo, cuyo rostro refleja —como un espejo— el humor en que se encuentra su amo, hasta el áspero e inflexible cínico, el cual, afectando desprecio por la persona humana e indiferencia por las cosas de este mundo, no podía sustraerse a los gentiles modales y al alma generosa de Timón y (aun en contra de su naturaleza) accedía a compartir sus regias diversiones, sintiéndose más rico en su propia estima si recibía un gesto o un saludo de Timón.

Si un poeta había compuesto una obra que quería presentar al mundo bajo buenos auspicios, todo lo que tenía que hacer era dedicársela a Timón, y el poema con seguridad recibía su precio, que consistía no sólo en una bolsa del señor, sino en el acceso diario a su casa y a su mesa. Si un pintor había pintado un cuadro, no tenía más que llevarlo a casa de Timón, fingiendo que quería saber su opinión sobre los méritos de la obra; esto bastaba para que el magnífico señor se decidiera a comprarlo. Si un joyero tenía una piedra valiosa o un mercero algunas prendas costosas, que por su precio se les quedaban en las manos, la casa de Timón era un mercado siempre abierto en donde podían deshacerse de sus mercaderías o de sus joyas a cualquier precio; y el bondadoso señor se quedaba agradecido con el trato, como si le hubieran permitido quedarse con los restos de aquellas costosas mercaderías por pura cortesía. Y de esta manera su casa estaba siempre repleta de objetos superfluos, que no servían más que para justificar un lujo innecesario y



ostentoso, y su persona estaba aún más inconvenientemente cercada por una multitud de visitantes ociosos: falsos poetas, pintores, comerciantes voraces, señores, damas, cortesanos en aprietos y espectadores llenaban sus salones constantemente. Y del mismo modo que repiquetea la lluvia, así repicaban continuamente los halagos en sus oídos, y en sus adulaciones lo comparaban con un dios, convirtiendo hasta los estribos con que montaba su caballo en objetos de culto, y no parecía sino que el aire que respiraban se lo debían a él y a su generosidad.

Algunos de estos cotidianos protegidos eran jóvenes de alta cuna, cuyos medios no correspondían a su extravagancia, por lo que sus acreedores los habían hecho encarcelar, habiéndolos rescatado entonces Timón. De ahí en adelante estos jóvenes pródigos se apegarían al señor, como si una simpatía común lo hiciera necesariamente querido a toda aquella ralea de dilapidadores y de vividores disolutos que, no estando capacitados para competir con él en riqueza, consideraban más fácil imitar su prodigalidad, gastando grandes sumas de su fortuna. Uno de estos chupasangres era Ventidio, por cuyas deudas, contraídas sin razón, recientemente había pagado Timón la suma de cinco talentos.

Pero entre todo este maremágnum o avalancha de visitantes, los más destacados eran los que le ofrecían regalos y obsequios. Para éstos era una suerte si Timón se encaprichaba con un perro o un caballo o con un mueble barato de su propiedad. Cualquiera que fuera el objeto alabado, a la mañana siguiente, sin falta, llegaría a manos de Timón, acompañado de los saludos del donante y las disculpas por la modestia del obsequio; y este perro, o caballo, o lo que fuese era seguro que no quedaría sin recompensa por parte de Timón, pues no había nadie que le ganara a la hora de corresponder a un regalo, y era posible que ofreciera veinte perros y caballos, que eran sin duda regalos de mucho más valor. Y esto era bien sabido por los supuestos donantes, cuyos falsos regalos no eran más que una forma de invertir, para recibir intereses a corto plazo. Y así sucedió que un señor llamado Lucio le había enviado recientemente cuatro caballos blancos como la leche, enjaezados en plata, pues el astuto señor en alguna ocasión había oído que Timón se los alababa, y otro señor, Lóculo, con el mismo subterfugio de un supuesto regalo, le había obsequiado con una trailla de galgos grises, cuyo porte y velocidad Timón, al parecer, admiraba. El afable señor aceptaba los regalos sin sospechar los alcances maliciosos de quienes los hacían y, desde luego, los donantes recibían algo de gran valor a cambio de ellos: un diamante o una joya que valía veinte veces más que su regalo interesado y poco sincero.

Algunas veces estos individuos operaban de modo más directo y, con astucias burdas y palpables que el crédulo Timón era demasiado ciego para ver, fingían admirar y alabar algo que Timón poseía, alguna de sus adquisiciones, una compra reciente. Y con toda seguridad aquel caballero bueno y complaciente acababa por ofrecer el objeto alabado, sin esperar otro servicio en este mundo que unos pocos halagos baratos y evidentes. No hacía más que unos días que Timón había dado a uno de estos mezquinos señores el corcel de color bayo que él mismo cabalgaba sólo porque su señoría había tenido a bien decir que era un hermoso animal de muy buen paso, y Timón sabía que quienes alababan con justicia algo suyo deseaban poseerlo. Porque Timón medía el afecto de sus amigos por su propia vara; y él era tan feliz dando, que podía haber entregado reinos enteros a estos supuestos amigos sin cansarse de ello.

Esto no quiere decir que toda la fortuna de Timón estuviera destinada a incrementar la de estos ricos aduladores; también era capaz de llevar a cabo acciones nobles y admirables: así, cuando uno de sus criados se enamoró de la hija de un rico ateniense, sin esperanzas de llegar a conseguirla, pues ésta estaba, en rango y riquezas, muy por encima de él, generosamente Timón le dio a su criado tres talentos atenienses para igualar su fortuna a la dote que pedía el padre de la doncella a quien quisiera convertirse en su esposo. Pero en su mayoría eran bellacos y parásitos los que manejaban su fortuna, amigos desleales que él no sabía que lo fueran, porque, a juzgar por la forma como pululaban a su alrededor, él pensaba que por fuerza debían de quererlo, y porque lo adulaban y le sonreían, pensaba él que sin duda su conducta se fundaba en sentimientos nobles y buenos. Y cuando celebraba algo rodeado por sus aduladores y sus amigos ficticios, que no hacían otra cosa que comerse su fortuna hasta agotarla y hacerla desaparecer en las grandes libaciones bebidas a su salud y a su prosperidad, él no era capaz de distinguir la diferencia entre un amigo y un adulador, sino que para sus ojos obnubilados (y orgullosos de lo que veían) le parecía un hermoso apoyo tener tantos y tantos hermanos que alababan la fortuna de unos y otros (aunque era la suya la que pagaba) y alegremente dejaban pasar el espectáculo de lo que a él le parecía un encuentro sinceramente festivo y fraternal.

Pero mientras de este modo sobrepasaba los límites mismos de la bondad y daba rienda suelta a su prodigalidad, como si Pluto, el dios del oro, no hubiera sido más que su ayudante, y mientras procedía sin cuidado ni medida, tan desconocedor de sus gastos que ni siquiera se preguntaba cómo podría mantenerlos ni cómo podría poner freno a su desmedido fluir desenfrenado,

su riqueza, que no era infinita, no tenía más remedio que ir desapareciendo ante una prodigalidad que no conocía límites. Pero ¿quién se lo iba a advertir? ¿Sus aduladores? Éstos no tenían interés en abrirle los ojos. En vano intentaba Flavio, su honrado intendente, hacerle comprender su condición y ponía las cuentas ante él, rogándole, suplicándole, con una insistencia que en cualquier otra ocasión hubiera sido impropia de un criado, rogándole con lágrimas en los ojos que echara una mirada al estado de sus finanzas. A pesar de todo, Timón no le prestaría atención y hablaría de otro asunto, pues nadie es tan ciego ante la evidencia como un rico que esté a punto de convertirse en pobre, y nadie está tan poco dispuesto a creer esta realidad ni es más reacio a dar crédito a un contratiempo que un ser que se encuentre en este caso. El buen intendente, que era un hombre honrado, cuando todas las salas de la gran mansión de Timón estaban repletas de quienes se alimentaban dispendiosamente a costa de su amo, cuando veía los suelos regados por el vino derramado y cada sala deslumbrantemente iluminada mientras resonaba la música y el jolgorio, a menudo se retiraba a un rincón solitario y, sin que nadie lo viera, derramaba lágrimas más profusas que el vino de las jarras ante la loca magnificencia de su señor, sabiendo que, cuando hubieran desaparecido los medios que le proporcionaban tantas alabanzas por doquier, rápidamente desaparecería el espíritu que engendraba tantos elogios, pues los elogios ganados en celebraciones se pierden en celebraciones, y bien sabía él que, con la primera nube que anuncia las lluvias de invierno, aquellas moscas desaparecerían.

Y llegó el momento en que Timón no pudo seguir cerrando los oídos a las cuentas que le presentaba su fiel intendente. Hacía falta conseguir dinero, y cuando le ordenó a Flavio que para ello vendiera algunas de sus tierras, Flavio tuvo que informarle que en numerosas ocasiones le había rogado en vano que prestara atención al hecho de que la mayoría de sus tierras ya habían sido vendidas o hipotecadas y que todo lo que poseía en la actualidad no alcanzaba para pagar ni la mitad de lo que debía. Sorprendido ante esta información, Timón replicó apresuradamente:

—Mis tierras se extienden desde Atenas hasta Lacedemón.

—¡Ay, mi buen señor! —dijo Flavio—. Este mundo no es más que uno, y tiene límites; si fuese todo vuestro y pudierais darlo en un suspiro, con qué rapidez desaparecería.

Timón se consoló pensando que su conducta dispendiosa no había tenido perversos fines y que si había perdido atolondradamente su fortuna, ello no había sido para alimentar sus vicios, sino para agasajar a sus amigos, y

consoló al bondadoso intendente, que lloraba, asegurándole que a su amo nunca le faltarían recursos, puesto que disponía de tantos y tan nobles amigos, y el muy iluso trataba de convencerse a sí mismo diciéndose que lo que tenía que hacer era pedir prestado, usando las fortunas de los demás (que siempre habían conocido su generosidad) en aquel mal momento con la misma liberalidad con que otros habían usado la suya. Entonces, con una mirada alegre que indicaba su confianza en esta prueba, envió mensajeros a los señores Lucio, Lóculo y Sempronio, que eran hombres a los cuales había prodigado sus obsequios en el pasado sin ninguna medida ni moderación, y a Ventidio, a quien recientemente había sacado de la cárcel, pagando sus deudas, el cual, como acababa de morir su padre, había heredado una cuantiosa fortuna, lo que bien le permitía retribuir el favor que Timón le prestara; a éste le pedía que le devolviera los cinco talentos que había pagado por él, y a cada uno de los otros nobles señores les pedía un préstamo de cincuenta talentos, sin poner en duda que la gratitud de ellos alcanzaría a cubrir sus necesidades y aun, si fuera necesario, hasta quinientas veces cincuenta talentos.

A Lóculo fue el primero al que le llegó la demanda. Aquella misma noche el mezquino señor había estado soñando con una escudilla y una taza de plata, y cuando le anunciaron que llegaba el criado de Timón, su sórdida mente le hizo pensar que su sueño se había realizado y que Timón le enviaba el regalo. Pero cuando comprendió de lo que realmente se trataba, y que Timón necesitaba dinero, se puso al descubierto la calidad de su débil y escurridiza amistad, pues con grandes discursos juró al sirviente que ya hacía tiempo que había previsto la ruina de su amo y que muchas veces había ido a comer a su casa para hablar de ello y también había ido a cenar con la intención de convencerlo de que debía gastar menos, pero que en sus visitas él no había aceptado recibir ningún consejo ni advertencia. Y era bien cierto que había sido un asistente habitual (asimismo lo dijo) a las fiestas de Timón y también que sabía de su generosidad en cosas de mayor importancia. Pero no lo era que hubiera visitado a Timón con la intención que ahora alegaba ni que le hubiera dado un buen consejo, ni que le hubiera reñido: todo ello era lisa y llanamente una mentira, que coronó mezquinamente ofreciendo un soborno al sirviente de Timón para que al regresar le dijera a su amo que no había encontrado a Lóculo en casa.

El mensajero que envió a Lucio no tuvo más éxito que el primero. Este mentiroso señor, harto de comer a costa de Timón y enriquecido a más no poder con los valiosos regalos que éste le había hecho, al descubrir que el

viento cambiaba de dirección y que la fuente de tanta generosidad de repente se agotaba, al principio casi no podía creérselo. Pero cuando no le cupo la menor duda, fingió lamentar sinceramente que estuviera fuera de su alcance el poder ayudar a Timón, porque por desgracia (esto era falso), justo el día anterior, había realizado una gran compra, y en aquel momento sus arcas se encontraban vacías y el muy burro de él (eso dijo) no estaba en condiciones de servir a tan buen amigo, y agregó que nadie se podía imaginar cuantísimo sentía no poder complacer a tan honorable caballero.

¿Acaso puede uno llamar amigo al que comparte tu propio plato? Pues los aduladores están hechos de esa materia. Al pasar lista a sus amigos, Timón recordó que había sido un padre para el tal Lucio, cuyo crédito había mantenido con su bolsa. El dinero de Timón había sido para pagar los salarios de sus criados, para pagar a los jornaleros que habían sudado construyendo las excelentes casas que sólo el orgullo de Lucio hacía necesarias: sin embargo, ¿en qué clase de monstruo se convierte un hombre que hace evidente su ingratitud! Lucio le negó a Timón una cantidad de dinero que, comparada con lo que Timón le había dado, era menor que la que cualquier caritativo reparte entre los pordioseros.

Sempronio y todos los demás señores mercenarios a los que recurrió Timón, uno a uno le fueron dando la misma respuesta: o una rotunda negativa o una evasiva. Incluso Ventidio, el redimido y ahora rico Ventidio, rehusó ayudarle prestándole los cinco talentos que Timón no sólo le había prestado, sino que incluso le había regalado cuando se vio en un apuro.

Y ahora a Timón, en su pobreza, lo eludían tanto como antes lo habían solicitado y halagado cuando era rico. Y las mismas lenguas que antaño se elevaban para alabarlo, celebrando su generosidad, liberalidad y prodigalidad, ahora no se avergonzaban de censurar aquella misma generosidad y le llamaban loco y derrochón, aunque su locura no hubiera sido otra que la de haberse rodeado de unas criaturas tan indignas de gozar de sus favores. La principesca mansión de Timón estaba ahora abandonada, habiéndose convertido en un lugar odioso que era esquivado, un lugar ante el cual la gente pasaba a toda prisa, sin que, como antes, todos hicieran un alto para gozar de su vino y su acogida; ahora, en vez de estar repleta de invitados tumultuosos y festivos, la asediaban acreedores impacientes y vocingleros, usureros que extorsionaban y exigían ferozmente bonos, intereses, hipotecas; hombres de corazón de hierro que no estaban dispuestos a aceptar ni una negativa ni una tregua, hasta tal punto que el hogar de Timón se había convertido en su cárcel, de la cual no podía entrar ni salir, pues si uno le

exigía cincuenta talentos, otro presentaba una cuenta de cincuenta mil coronas. Y aunque hubiera contado cada gota de la sangre de su cuerpo para pagar con ella, no hubiera tenido suficiente sangre para ofrecerla gota a gota.

En este estado sin esperanza ni remedio (o eso parecía) para sus asuntos, los ojos de todos se quedaron sorprendidos de repente ante el nuevo e increíble esplendor que reveló aquel sol poniente. Una vez más Timón anunciaba una fiesta, a la cual invitó a sus huéspedes habituales, los señores y señoras de la alta sociedad ateniense. Asistían Lucio y Lúculo, Ventidio, Sempronio y todos los demás. Y los viles aduladores tuvieron razón para lamentarse amargamente al descubrir (eso creyeron) que la pobreza de Timón había sido fingida, con el único fin de poner a prueba su cariño, y sufrían pensando que no se habían dado a tiempo cuenta de su estratagema, ganándose la gratitud del señor, y gozaban de la alegría de descubrir que la fuente de tan noble generosidad, que habían creído agotada, manaba todavía fresca y caudalosa. Llegaron simulando, protestando, expresando su más profunda tristeza y vergüenza: cuando el señor había acudido a ellos, por desgracia en aquellos momentos habían carecido de los medios para ayudar a un amigo tan honorable. Pero Timón les rogó que no se preocuparan por aquellas insignificancias, pues ya las había olvidado. Y los burdos aduladores, aunque le habían negado dinero en la adversidad, no podían negar su presencia cuando resplandecía su recobrada prosperidad. Pues ni la golondrina sigue al verano tan afanosamente como los hombres de esta naturaleza siguen la buena fortuna de los grandes, ni se aleja del invierno con la misma rapidez con que éstos escurren el bulto al primer indicio de un revés. Los hombres son pájaros de esta clase. Pero ahora, con música y lujo, les ofrecía un banquete de humeantes platos, y mientras los invitados hacían cébalas pensando de dónde había sacado el arruinado Timón los medios para financiar una fiesta semejante, y mientras algunos dudaban de que la escena que se presentaba a sus ojos fuese real, e incluso llegaban a dudar de lo que veían, de repente, a una señal dada, se destaparon los platos y quedó bien claro el cambio operado en Timón, pues en vez de la variedad de exquisitos manjares que esperaban y que la epicúrea mesa de Timón les ofreciera en tantas ocasiones en el pasado, al destaparse los platos apareció un guiso muy adecuado a la pobreza de Timón, pues no había en ellos nada más que agua tibia, y el poco humo que ésta desprendía era un festín bien adecuado para toda aquella caterva de falsos amigos, cuyas declaraciones, en verdad, no eran más que humo y cuyos corazones eran tibios y escurridizos como el agua tibia con que Timón agasajaba a sus sorprendidos invitados, diciéndoles:

—Destapad los platos, perros, y lamedlos.

Y antes de que pudieran recuperarse de la sorpresa se los echó a la cara, para que se hartaran, arrojándoles los platos y su contenido, mientras damas y señores escapaban en tropel, cubriéndose a la carrera con los sombreros y armando un barullo increíble. Timón salió tras ellos, diciéndoles lo que eran: suaves parásitos sonrientes que todo lo destruyen cubriéndose con una máscara de cortesía, lobos afables, osos mansos, necios afortunados, amigos en los festejos, moscas de temporada. Los comensales se empujaban tratando de evitarlo y escaparon de la mansión con más prisa que la que habían tenido para entrar; algunos de ellos perdieron capas y tocados en la estampía y otros sus joyas, y lo único que todos querían era escapar de aquel caballero enloquecido y del ridículo banquete con que se había mofado de ellos.





Esta fue la última fiesta que Timón ofreció, y con ella se despidió de Atenas y de la compañía de los hombres. Porque después de lo ocurrido se internó en los bosques, volviéndole la espalda a la odiada ciudad y al resto de la humanidad; deseaba que los muros de la ciudad que detestaba se hundieran, que las casas cayeran sobre sus propietarios y que todas las plagas que asolan a la humanidad, guerra, violencia, miseria, pestes, hicieran presa de sus habitantes. Y rogaba a los dioses de la justicia que su cólera alcanzara a todos los atenienses, tanto viejos como jóvenes, tanto humildes como poderosos. Y con estos deseos se internó en los bosques, donde, según él decía, hasta la alimaña más maligna le parecía mejor que un ser humano. Se despojó de sus vestiduras, pues desnudo no se parecía tanto a los hombres, y excavó una guarida para vivir solitario como los animales, comiendo raíces silvestres y bebiendo agua, lejos de la visita de sus semejantes, prefiriendo unirse a los animales salvajes, a quienes consideraba más amables y menos dañinos que los hombres.

¡Qué cambio había experimentado el rico caballero Timón, la alegría de los hombres, convertido hoy en el desnudo Timón que aborrecía a los hombres! ¿Dónde estaban ahora sus aduladores y dónde sus sirvientes y su séquito? ¿Sería el aire frío, borrascoso servidor, el criado que entibiara su camisa? ¿Serían los erguidos árboles, que sobrevivían a las águilas, quienes se convirtieran en pajes jóvenes y airosos dispuestos a cumplir los encargos que él solicitaba? Y la fría cañada, helada en el invierno, ¿le daría reconfortantes caldos y cocidos cuando estuviera ahído del festín nocturno? Y las criaturas que viven en el enmarañado bosque ¿vendrían a lamer su mano, lisonjeándolo?

Pero sucedió que un día, cuando cavaba en busca de raíces, su mísero sustento, su pala golpeó contra algo duro, que resultó ser oro, un gran tesoro que tal vez algún desgraciado había enterrado allí en momentos de alarma, pensando que regresaría a liberarlo de su prisión, pero a quien alcanzara la muerte antes de que llegara a desenterrarlo, sin que otro hombre conociera el escondite; de modo que permanecía allí, sin hacer bien ni mal, guardado en las entrañas de la tierra, su madre, como si nunca hubiera salido de allí, hasta que el golpe accidental de la pala de Timón, una vez más, lo sacó a la luz.

Y tenía ante sí un gran tesoro, que si Timón hubiera conservado su antigua manera de pensar, hubiera sido suficiente como para volver a comprarle amigos y aduladores; pero Timón estaba harto de la falsedad del mundo, y la vista del oro era como si tuviera veneno ante sus ojos, y lo hubiera devuelto a la tierra. Pero pensando en las infinitas calamidades en que

cae la humanidad a causa del oro y en cómo el afán de lucro es causa de robos, opresión, injusticia, sobornos, violencia y asesinatos entre los hombres, sintió placer imaginando (pues tal era su odio por la especie humana) que con el tesoro que había encontrado podría provocar algún mal para la humanidad. Unos soldados que atravesaban el bosque pasaban cerca de su guarida en aquellos momentos, y resultaron ser parte de las tropas de Alcibíades, el capitán ateniense, que por algún desacuerdo con los senadores de Atenas (los atenienses siempre se habían destacado como un pueblo mal agradecido e ingrato que causaba disgustos a sus generales y a sus mejores amigos) marchaba a la cabeza del mismo ejército triunfante que antaño encabezara para defender la ciudad que ahora se disponía a atacar. Timón se alegró al conocer el hecho y entregó el oro al capitán para que pagara a sus soldados, no pidiéndole más servicio que el de arrasar Atenas hasta sus cimientos con su ejército conquistador, incendiando, asesinando y dando muerte a todos sus habitantes, sin perdonar a los ancianos por sus barbas blancas, pues (dijo) eran usureros; ni a los niños por sus sonrisas inocentes en apariencia, pues aquellos (dijo) vivirían, si llegaban a adultos, para convertirse en traidores, y que cerraran sus ojos y oídos a cualquier visión o lamento que pudiera inspirar compasión, sin permitir que los gemidos de las vírgenes, de los niños de pecho, de las madres detuvieran la masacre total de la ciudad, siendo todos arrasados por igual, y una vez culminada la conquista, rogó a los dioses que también destruyeran al conquistador: así de inmenso era el odio de Timón por Atenas, los atenienses y el resto de la humanidad.

Mientras vivía en tal desamparo, llevando una vida más propia de las bestias que de los humanos, un día lo sorprendió la aparición de un hombre que se encontraba mirando la entrada de su cueva con expresión de asombro. Era Flavio, el honesto intendente, a quien el cariño y el apego por su amo habían llevado a buscarlo en su mísera vivienda y a ofrecerle sus servicios, y cuando vio a su amo, el otrora noble Timón, en condiciones tan miserables, desnudo como vino al mundo y viviendo como un animal entre los animales, hecho una ruina y un monumento a la degradación, se dolió tanto el buen sirviente, que se quedó sin habla, sobrecogido de horror y confusión. Y cuando finalmente pudo pronunciar unas palabras, estaban tan ahogadas con sus lágrimas, que Timón tuvo mucho trabajo para reconocerlo y descubrir quién era el visitante que, de modo tan opuesto a la experiencia que él tuviera de la sociedad humana, venía a ofrecerle sus servicios en aquellas circunstancias tan extremas. Y puesto que tenía forma humana, sospechó que pudiera ser un traidor y que sus lágrimas fueran falsas; pero el buen sirviente

dio tantas muestras de sincera fidelidad, dejando claro que nada más que el cariño y el deber hacia quien fuera su amado señor lo había llevado a aquel lugar, que Timón se vio forzado a aceptar que el mundo contenía un hombre honesto. Pero, como tenía forma y facciones humanas, no podía posar los ojos sobre un rostro humano sin sentir repugnancia, o escuchar las palabras que salían de labios de un hombre sin fastidio. Y este único hombre honesto se vio forzado a alejarse por ser hombre y porque, aunque su corazón era más amable y compasivo que lo habitual entre los hombres, sus formas y sus rasgos eran los de los detestados hombres.

Pero luego llegaron a perturbar la calma salvaje de la soledad de Timón personajes más encumbrados que un pobre intendente. Pues llegó el día en que los señores atenienses comenzaron a arrepentirse amargamente del comportamiento ingrato e injusto de que habían hecho víctima al noble Timón. Alcibíades, como un oso salvaje enfurecido, asediaba con encarnizamiento los muros de la ciudad sitiada, a la que amenazaba con dejar convertida en polvo. Entonces el recuerdo de las antiguas hazañas y de la experiencia militar de Timón se reavivó en sus olvidadizos cerebros, pues en el pasado Timón había sido su general, y un soldado valiente y experto, que al parecer era el único, entre todos los atenienses, a quien se juzgara capaz de hacer frente a un ejército atacante como el que los amenazaba y de rechazar las furiosas embestidas de Alcibíades.

Ante semejante apuro, eligieron una delegación de senadores para que se entrevistara con Timón. En su desesperación acudían a él, al mismo al que prestaran tan poca atención cuando había estado angustiado, como si pudieran esperar gratitud de quien ellos habían abandonado y tuvieran derecho a reclamar amabilidad por su trato incomparablemente grosero y despiadado.

Ahora solicitaban sus servicios apremiantemente, rogándole, con lágrimas en los ojos, que regresara a salvar la ciudad, de la cual su propia ingratitud lo había expulsado poco tiempo atrás; ahora le ofrecían riquezas, poder, dignidades, reparaciones de las injurias pasadas, honor público y público amor; sus personas, vidas y fortunas estaban a su disposición, como si por eso él fuera a regresar y a salvarlos. Pero Timón el desnudo, Timón, el que odiaba a los hombres, ya no era el generoso caballero Timón, la flor del valor, su defensor en la guerra, su adorno en la paz. Si Alcibíades mataba a sus compatriotas, a Timón no le importaba. Si saqueaba la hermosa Atenas, asesinando a sus ancianos y niños, Timón se alegraría. Y en esos términos se expresó, diciendo que no había un cuchillo en el campo enemigo que él no quisiera ver sobre los cuellos más venerables de Atenas.

Esta fue su respuesta a los llorosos y frustrados senadores; sólo cuando ya se iban les pidió que lo recordaran a sus compatriotas, diciéndoles que, para aliviarlos de sus pesares y ansiedades y para evitar las consecuencias de la cólera del feroz Alcibíades, aún había una salida que él podía enseñarles, pues todavía le quedaba afecto por sus queridos compatriotas como para desear hacerles un último servicio antes de morir. Estas palabras devolvieron algo de ánimo a los senadores, quienes esperaban que hubiera renacido su amor por la ciudad. Entonces Timón les dijo que había un árbol que crecía cerca de su cueva, que tenía la intención de derribar dentro de poco, e invitaba a todos sus amigos atenienses, de alcuria o sin ella, o de cualquier especie, que quisieran esquivar las aflicciones, a que vinieran y probaran su árbol antes de que lo echara abajo, y con esto quería decir que podían venir y ahorcarse en él, escapando a sus aflicciones de este modo.

Y esta fue la última expresión de la noble generosidad que Timón siempre prodigara a todos, y esta fue la última vez que sus compatriotas lo vieron, pues no muchos días más tarde un pobre soldado que pasaba por la playa, que estaba a corta distancia de los bosques donde vivía Timón, encontró una tumba a la orilla del mar con una inscripción sobre ella que indicaba que era la sepultura de Timón el misántropo, pues decía: «Mientras vivió odió a todos los hombres vivientes, y al morir deseó que la peste se llevara a todos los miserables que quedaran.»

Si el final de su vida fue violento, o si simplemente fue el disgusto por la vida o su odio por la humanidad lo que llevó a Timón a este fin, no ha quedado claro, pero todos admiraron lo cierto de su epitafio y la coherencia de su fin, pues murió, como había vivido, odiando a la humanidad. Y hubo quienes creyeron ver arrogancia en el hecho mismo de la elección de la playa para ser enterrado, donde el inmenso mar pudiera llorar eternamente sobre su tumba, como si despreciara las escasas y transitorias lágrimas de la humanidad hipócrita y engañosa.

## *Romeo y Julieta*

En Verona había dos familias principales: los ricos Capuleto y los ricos Montesco. Entre ambas familias existía una antigua querella que había llegado a tales proporciones, siendo la enemistad entre ellas tan mortal, que se extendía hasta los parientes más remotos; los partidarios y seguidores de ambos bandos, ya fuera un sirviente de la casa de los Montesco que se encontraba con un sirviente de la casa de los Capuleto, o un Capuleto que por casualidad se cruzaba con un Montesco, no podían verse frente a frente sin que ello provocara palabras violentas, llegando, a veces, a correr la sangre; y de estos encuentros resultaban frecuentes pendencias que perturbaban la feliz tranquilidad de las calles de Verona.

El anciano señor Capuleto ofreció una gran cena a la cual habían sido invitados muchos nobles caballeros y bellas damas. Todas las bellezas admirables de Verona estaban presentes, y cuantos acudían eran bien recibidos con tal que no pertenecieran a la casa de los Montesco. A la fiesta de los Capuleto asistía Rosalina, la amada de Romeo, el hijo del señor Montesco; y aunque, para un Montesco, que lo vieran en dicha reunión hubiera resultado peligroso, Benvolio, un amigo de Romeo, convenció al joven señor para que fuera a la fiesta, protegiéndose con máscaras, y poder así ver a su Rosalina; pues según le dijo, viéndola y comparándola con las bellezas más destacadas de Verona, su cisne le parecería un cuervo. Romeo no estaba muy convencido por las palabras de Benvolio; sin embargo, por amor a Rosalina, se decidió a ir. Romeo era un enamorado sincero y apasionado, de aquéllos a quienes el amor hace perder el sueño. Rehuía otras compañías para quedarse solo y pensar en Rosalina, que, desdeñosamente, no había correspondido nunca a su amor ni con la menor demostración de cortesía o afecto. Por eso Benvolio quería curar a su amigo de este amor, mostrándole una variedad de damas y acompañantes. Y así el joven Romeo, con Benvolio y su amigo Mercutio, enmascarados, acudieron a la fiesta de los Capuleto. El señor Capuleto les dio la bienvenida diciéndoles que podrían bailar con damas que no tenían callos en los pies. El anciano estaba muy

dicharachero y de buen humor y les dijo que en su juventud también él se había puesto máscaras para susurrar bellas historias al oído de las lindas damas. Mientras bailaban, la hermosura extraordinaria de una de las damas que danzaban conmovió a Romeo a quien le pareció que su belleza resplandecía más que las antorchas, igual que en la oscura noche resplandece la gema brillante que engalana a un moro; belleza demasiado rica para ser tocada, demasiado sublime para esta tierra; como si una paloma blanca como la nieve se hubiera unido a una bandada de cuervos (dijo Romeo), así se destacaba su perfección y su hermosura entre las damas que la rodeaban. Mientras pronunciaba estas alabanzas lo oyó Tibaldo, un sobrino del señor Capuleto, quien por la voz reconoció a Romeo. Este Tibaldo era de temperamento violento y apasionado y no podía permitir (según dijo) que un Montesco, cubriéndose con una máscara, viniera a burlarse y hacer mofa de sus celebraciones. E, inflamado de cólera, estaba dispuesto a dar muerte al joven Romeo. Pero su tío, el señor Capuleto, no permitió que causara ningún daño en aquellos momentos, tanto por respeto a sus invitados como porque Romeo se había comportado como un caballero y todas las lenguas de Verona daban fe de que era un joven juicioso y lleno de virtudes. Tibaldo, forzado a ser paciente contra su voluntad, se contuvo, jurando que el vil Montesco, apenas se presentara la ocasión, pagaría a buen precio su intromisión.

Cuando finalizó el baile, Romeo permaneció con los ojos fijos en el lugar donde estaba la doncella y, protegido por la máscara que en parte parecía disculpar su audacia, del modo más gentil trató de tomarle la mano, diciéndole que ésta era un santuario, y que si él lo profanaba, tocándolo, cual peregrino avergonzado lo besaría para expiar su culpa.

—Buen peregrino —le dijo la dama—, demasiado cortesana y cumplida me parece vuestra devoción. Los peregrinos pueden tocar las manos a los santos, pero no besárselas.

—¿Acaso santos y peregrinos no tienen labios? —replicó Romeo.

—Sí —dijo dama—. Labios para decir las oraciones.

—Oh, mi querida santa —dijo Romeo—, oíd mi plegaria y atendedla, o me sumiré en la desesperación.

Con alusiones de esa índole y con requiebros amorosos continuaron conversando hasta que a la doncella la llamó su madre. Romeo preguntó quién era su madre, descubriendo que la doncella cuya belleza sin par tanto le había conmovido era la joven Julieta, hija y heredera del señor Capuleto, el gran enemigo de los Montesco: sin saberlo, había entregado su corazón a su adversario. Esto lo alarmó, pero no contuvo su amor. E igualmente intranquila

se halló Julieta al descubrir que el caballero con quien había hablado era Romeo, un Montesco, pues también ella se sentía herida por una pasión repentina y avasalladora por Romeo, igual a la que ella despertara en él; y el nacimiento del amor le pareció un prodigio que la destinaba a amar a su enemigo, siendo su amor para quien, por razones familiares, ella debería sentirse inclinada a odiar.

A medianoche se retiró Romeo con sus acompañantes, pero al poco lo perdieron de vista, pues éste, incapaz de alejarse de la casa donde había dejado su corazón, saltó el muro del jardín que se extendía a los pies de la casa de Julieta. No hacía mucho que estaba allí, reflexionando sobre su nuevo amor, cuando en lo alto apareció Julieta junto a una ventana a través de la cual su extraordinaria belleza parecía alumbrar tanto como el sol cuando sale por el este, y la luna, cuya pálida luz alumbraba el jardín, le pareció a Romeo enfermiza y desvaída frente al resplandor más intenso de este nuevo sol. Y ella apoyó la mejilla en una mano y el deseó apasionadamente haber sido el guante que cubriera su mano y tocara su mejilla. ,

Ella, que entonces se creía a solas, suspiro hondamente, exclamando:

—¡Ay de mí!





Romeo se extasió oyendo sus palabras y dijo en voz baja, para que ella no pudiera oírle:

—Habla de nuevo, esplendoroso ángel, pues tal cosa semejas allá en lo alto, sobre mi cabeza, como alado mensajero del cielo ante cuya vista los mortales retroceden.

Ella, sin saber que la oían, embargada por la nueva pasión que la aventura de aquella noche había hecho nacer en ella, llamó a su amado por su nombre, suponiéndole ausente:

—¡Oh, Romeo, Romeo! —dijo—. ¿Por qué eres Romeo? Reniega de tu padre y de tu nombre por mí, y si no estás dispuesto a ello, jura que me amas y al instante dejaré de ser una Capuleto.

Romeo hubiera querido responder a estas palabras, pero al mismo tiempo deseaba seguir oyendo a la joven, y ésta continuó su apasionado discurso consigo misma (o eso creía ella), reprochándole a Romeo que fuera Romeo y un Montesco y deseando que tuviera otro nombre o que abandonara el nombre odiado, pues si dejaba aquel nombre, que no era parte de sí mismo, podría poseerla a ella por entero. Ante aquellas palabras de amor, Romeo ya no pudo contenerse y respondió al diálogo como si sus palabras hubieran sido dirigidas a él personalmente y no a un ente de ficción, pidiéndole que lo llamase Amor o como quisiera, porque él ya no sería Romeo, si aquel nombre le era odioso. Julieta, sobresaltada al oír una voz masculina en el jardín, en el primer momento no supo quién era el que, favorecido por la oscuridad nocturna, había llegado a conocer su secreto; pero cuando volvió a hablar, aunque sus oídos aún no habían bebido ni cien palabras pronunciadas por él, es tan grato escuchar al enamorado que, inmediatamente, reconoció al joven Romeo y le hizo ver el peligro al que se exponía al saltar el muro del jardín, pues si alguno de sus parientes lo encontraba allí, siendo un Montesco, hallaría la muerte de inmediato.

—¡Ay! —dijo Romeo—. Más peligro hallo en tus ojos que en veinte de sus espadas. Mírame tan sólo con bondad y su enemistad no me alcanzará. Y prefiero que su odio ponga fin a mi vida que prolongar una vida odiosa sin tu amor.

—¿Cómo y de dónde has llegado a este lugar? —preguntó Julieta.

—El amor me ha señalado el camino —respondió Romeo—. No soy piloto; sin embargo, si estuvieras tan distante como la vasta playa que baña el mar más alejado, me aventuraría a ir en busca de semejante tesoro.

Julieta se sonrojó vivamente, rubor que la noche ocultó a Romeo, al pensar que, sin quererlo, había revelado a Romeo su amor por él.

Hubiera deseado borrar aquellas palabras, pero ya era imposible; hubiera deseado guardar las formas y mantener a su amado a distancia, como es costumbre entre doncellas discretas, que fruncen el ceño con reticencia y al comienzo responden a sus pretendientes con ásperas negativas y se retiran fingiendo recato o indiferencia, aunque el amor las embargue, para que sus enamorados no las crean demasiado casquivanas o fáciles de seducir, pues la dificultad en obtener lo que deseamos aumenta su valor. Pero en este caso ya no cabían negativas, ni dilaciones, ni cualquier otra forma de las que se suelen adoptar en galanteos dilatados y prolongados. Sin que ella supiera que se encontraba cerca, Romeo había oído de sus propios labios la confesión de su amor. De manera que, con una honesta sinceridad que lo peculiar de su situación hacía perdonable, confirmó la veracidad de lo que oyera anteriormente y dirigiéndose a él por el nombre de *hermoso Montesco* (pues el amor puede endulzar un nombre amargo), le rogó que no la creyera fácil ni supusiera que su entrega se debía a ligereza o a un carácter impropio y que su falta (si la había) se debía a lo sucedido aquella noche, en que sus pensamientos habían quedado al descubierto. Y agregó que aunque su conducta con él podía no ser muy recatada, si se comparaba con lo propio de su sexo, daría pruebas de ser más fiel que muchas cuyo recato era simulado y su modestia, artificial astucia.

Romeo comenzaba a poner al cielo por testigo de que nada estaba más lejano de su pensamiento que suponer una sombra de deshonor en la doncella que tanto honraba, pero ella lo detuvo, rogándole que no jurara, pues aunque se regocijaba, no la alegraba el pacto de aquella noche: había resultado demasiado violento, demasiado audaz, demasiado repentino. Pero él la apremió para que aquella misma noche se juraran amor y ella respondió que ya lo había hecho antes de que él se lo pidiera, es decir, cuando él oía su confesión; pero añadió que se retractaba de lo que entonces le había otorgado sólo por el placer de volvérselo a dar, pues su tesoro era tan infinito como el mar y tan profundo como éste su amor. Su nodriza la llamó y puso así fin a los requiebros amorosos. La nodriza, que dormía con ella, pensó que era hora de que se fuera a acostar, pues ya casi amanecía; pero Julieta regresó rápidamente para decir tres o cuatro palabras más a Romeo, con el fin de averiguar si su amor era honorable y si pensaba desposarla, ya que en ese caso le enviaría un mensajero al día siguiente para que fijaran su matrimonio; ella pondría toda su fortuna a sus pies y seguiría a su señor adonde quiera que fuese. Mientras hacían estos planes, la nodriza comenzó a llamar a Julieta repetidamente, y ella entraba y regresaba y entraba y volvía a regresar, pues

parecía querer retener a Romeo como una niña que juega con su pajarillo al cual hace volar de su mano y obliga a volver tirando del hilo que lo ata. Romeo odiaba tanto la despedida como ella, pues para los enamorados no existe música más dulce que el sonido de sus palabras pronunciadas en la noche. Pero finalmente se separaron, deseándose una noche de dulces sueños y apacible reposo.

Al separarse ya era casi de día y Romeo, por la intensidad de los pensamientos que tenía puestos en su amada y por aquel feliz encuentro, no podría conciliar el sueño; así que, en vez de irse a casa, dirigió sus pasos a un monasterio cercano para visitar a fray Lorenzo. El buen fraile ya estaba ocupado en sus devociones y al ver al joven Romeo levantado a hora tan temprana llegó a la correcta deducción de que aquella noche no se había acostado y que algún mal de amores juvenil lo había Mantenido en vela. No se equivocaba al atribuir al amor el desvelo de Romeo, pero erró en el objeto, pues creyó que la causa del mismo había sido su amor por Rosalina. Pero cuando Romeo le reveló su nueva pasión por Julieta, pidiéndole al fraile que los casara aquel mismo día, el religioso elevó los ojos y las manos para manifestar su asombro por el súbito cambio de los sentimientos de Romeo, pues él había sido el confidente del amor de éste por Rosalina y había oído los muchos lamentos que provocara su desdén: y se dijo que el amor de los jóvenes no reside en sus corazones, sino en sus ojos. Pero Romeo le replicó que él mismo lo había reprendido por estar prendado de Rosalina, que no lo amaba, mientras que Julieta lo amaba y era amado por él. Así que el fraile acabó por admitir su razonamiento, pensando también que si se unían en matrimonio Romeo y Julieta podrían convertirse en intermediarios de la reconciliación feliz de la larga querella entre Capuletos y Montescos, que nadie lamentaba más que el buen fraile, amigo de ambas familias, que a menudo había mediado para reconciliarlas sin conseguirlo. Y en parte por política y en parte por cariño hacia el joven Romeo, a quien no podía negar nada, el anciano aceptó unir sus manos en matrimonio.

Eran muchas las bendiciones que había recibido Romeo, y Julieta, que supo de sus gestiones por un mensajero que había despachado según lo prometió, no faltó y muy pronto se presentó en la celda de fray Lorenzo, donde sus manos fueron unidas en sagrado matrimonio, mientras el buen fraile rogaba al cielo que aprobara el acto y que con la alianza de los jóvenes Montesco y Capuleto la vieja discordia y desacuerdo entre las familias quedara definitivamente enterrada.

Cuando concluyó la ceremonia, Julieta regresó a su casa a toda prisa, a esperar impacientemente la llegada de la noche, momento en que Romeo había prometido ir a encontrarse con ella en el jardín donde se habían visto la noche anterior. Y las horas de espera le parecían tan tediosas como a un niño impaciente la noche que precede a un gran festejo en el que va a lucir las nuevas prendas que no ha podido usar hasta entonces.

Aquel mismo día, a eso de mediodía, los amigos de Romeo, Benvolio y Mercutio, al cruzar las calles de Verona, se toparon con un grupo de Capuletos encabezado por el impetuoso Tibaldo. Este era el mismo enfurecido Tibaldo que había querido enfrentarse con Romeo en la fiesta del señor Capuleto. Al ver a Mercutio lo acusó con rudeza de ser amigo de Romeo, un Montesco. Mercutio, cuya sangre era tan encendida y juvenil como la de Tibaldo, respondió con aspereza a la acusación, y pese a todos los intentos de Benvolio, que trató de atemperar su ira, comenzó una riña en los momentos en que Romeo llegaba al mismo lugar; el atrevido Tibaldo dejó a Mercutio para volverse a Romeo, dándole el grosero apelativo de villano. Romeo deseaba evitar una disputa con Tibaldo más que con cualquier otro hombre, puesto que no sólo era pariente de Julieta, sino que ésta le tenía mucho afecto; además el joven Montesco nunca había participado plenamente en la disputa de las familias, siendo su naturaleza reflexiva y amable, y ahora el nombre Capuleto, que era el nombre de su adorada esposa, más le parecía una palabra mágica para apaciguar el resentimiento que la consigna para despertar la ira. Por eso trató de razonar con Tibaldo, a quien saludó pacíficamente llamándolo *buen Capuleto*, como si él, un Montesco, experimentara un secreto placer pronunciando aquel nombre. Pero Tibaldo, que odiaba a todos los Montescos como al infierno, no escuchó razones y desenvainó su espada, y Mercutio, que no estaba al tanto de los secretos motivos de Romeo para desear la paz con Tibaldo y veía su actual tolerancia como una forma de sumisión pusilánime y deshonrosa, provocó a Tibaldo con palabras despectivas para que éste reemprendiera la lucha con él. Y Tibaldo y Mercutio se enfrentaron, y finalmente Mercutio cayó, recibiendo una herida mortal, cuando Romeo y Benvolio en vano intentaban separar a los contendientes. Al ver morir a Mercutio, Romeo no pudo conservar la calma y devolvió el duro apelativo de villano que le diera Tibaldo, y lucharon hasta que Romeo dio muerte a Tibaldo. Como la mortal pendencia tuvo lugar en el centro de Verona, y a mediodía, las noticias atrajeron rápidamente un tumulto de ciudadanos que rodearon el lugar, entre los que se encontraban los señores Montesco y Capuleto con sus esposas, y poco más tarde se hizo presente el

propio príncipe, que estaba emparentado con Mercutio, a quien había asesinado Tibaldo. A menudo estas pendencias entre Montescos y Capuletos habían perturbado la paz de su gobierno, por lo que estaba dispuesto a aplicar todo el rigor de la ley contra quienes la transgredieran. El príncipe ordenó a Benvolio, que había sido testigo de la reyerta, que narrara el origen de la misma, cosa que éste hizo hablando con veracidad e intentando no causar daño a Romeo, suavizando y disculpando la participación de sus amigos. La señora Capuleto, cuya profunda congoja por la pérdida de su pariente Tibaldo la hacía clamar por una venganza desmesurada, exhortó al príncipe a que aplicara rigurosamente la ley contra su asesino y que no hiciera caso a las palabras de Benvolio, el cual, por ser Montesco y amigo de Romeo, se expresaba con parcialidad. Y así pedía que la justicia cayera sobre su nuevo yerno, aunque no sabía todavía que lo era, siendo el esposo de Julieta. En el otro extremo, era digno de verse cómo la señora Montesco rogaba por la vida de su hijo, argumentando con algo de razón que Romeo no había hecho nada digno de castigo al quitar la vida a Tibaldo, que ya estaba puesto fuera de la ley por haber dado muerte a Mercutio. El príncipe no se dejó conmover por los apasionados alegatos de las dos damas y, sopesando cuidadosamente los testimonios, pronunció sentencia, y ésta consistió en que Romeo fuera desterrado de Verona.

Abrumadoras noticias fueron éstas para la joven Julieta, que había sido novia sólo durante unas pocas horas y a la que ahora este decreto parecía divorciar para siempre. Cuando recibió las nuevas, primero se enfureció contra Romeo, el asesino de su querido primo: lo llamó tirano hermoso, monstruo angelical, paloma rapaz, cordero con instintos de lobo, corazón de serpiente que se oculta tras facciones de flor y más nombres contradictorios que expresaban la lucha de su espíritu entre el amor y el resentimiento, pero finalmente se impuso el amor y las lágrimas que derramaba porque Romeo había dado muerte a su primo se convirtieron en lágrimas de alegría porque su esposo estaba vivo y no había sido asesinado por Tibaldo. Y entonces se renovaron sus lágrimas, esta vez por el destierro de Romeo. Esta palabra le parecía más horrible que la muerte de muchos Tibaldos.

Después de la reyerta, Romeo se había refugiado en la celda de fray Lorenzo y allí recibió la noticia de la sentencia del príncipe, que a él le pareció mucho más terrible que la muerte. Para él el mundo dejaba de existir más allá de los muros de Verona y la vida dejaba de serlo si no podía ver a Julieta. El cielo estaba allí donde vivía Julieta y lejos de aquel lugar todo se convertiría en purgatorio, tortura, infierno. El buen fraile le hubiera ofrecido

el consuelo de la filosofía, pero el joven, fuera de sí de dolor, no quería escucharlo, y como un demente se mesaba los cabellos y se arrojaba al suelo cuan largo era, para que, según decía, le tomara la medida de su tumba. Un mensaje de su querida señora lo sacó de este estado de desvarío y cobró algo de ánimos; y éste fue el momento que el fraile aprovechó para reprenderlo por la debilidad poco viril de que daba prueba. Había asesinado a Tibaldo, pero ¿estaba dispuesto a quitarse su propia vida y la de su querida dama, que sólo vivía por él? La noble figura de un hombre no era más que un maniquí de cera cuando carecía de coraje para mantenerse firme. La ley había sido clemente con él, pues debiera haber sido castigado con la muerte, pero la boca del príncipe sólo lo había condenado al destierro. Había asesinado a Tibaldo, pero Tibaldo lo hubiera asesinado a él. Incluso esto era una muestra de buena fortuna. Julieta vivía y (superando todas las esperanzas) era su esposa bienamada; en eso podía considerarse feliz. El fraile le recalcó todas estas bendiciones, que Romeo rechazaba comportándose como una escandalosa mozuela contrariada. Y el fraile le llamó la atención diciéndole que quienes desesperan tienen un lamentable final. Luego, cuando Romeo se hubo calmado, le aconsejó que aquella noche fuera a despedirse secretamente de Julieta y que desde allí partiera directamente hacia Mantua, ciudad donde debería vivir hasta que el fraile encontrara la ocasión de hacer público su matrimonio, que podría convertirse en el feliz motivo de reconciliación entre las dos familias; y entonces no le cabía duda de que el príncipe se sentía inclinado a perdonarlo, y la alegría de su regreso sería veinte veces mayor al dolor de su partida. Los sabios consejos del fraile terminaron por convencer a Romeo, el cual se despidió de él para ir en busca de su esposa, con quien pasaría la noche, para seguir a Mantua, solo, al romper el alba; y el buen fraile prometió enviarle cartas a aquel lugar y mantenerlo informado del desarrollo de los asuntos en casa.

Romeo pasó esa noche con su amada esposa, introduciéndose secretamente en su habitación a través del jardín en el que la noche anterior la oyera confesar su amor. Hubiera sido una noche de pura felicidad y éxtasis, pero a los placeres de la noche y el deleite de estar juntos se unía tristemente para los enamorados la perspectiva de la separación y las fatales aventuras del día anterior. La temida aurora pareció llegar demasiado pronto, y cuando Julieta oyó el canto matutino de la alondra, quiso persuadirse de que era el ruiseñor, que canta por la noche. Pero no había duda de que cantaba la alondra y a ella le pareció que sus trinos eran discordantes y ofensivos, y los rayos de luz que aparecían por oriente le indicaban con certeza que para los

enamorados había llegado la hora de separarse. Romeo se despidió de su querida esposa con el corazón acongojado, prometiéndole que le escribiría desde Mantua a todas las horas; y cuando hubo bajado del balcón y ella lo vio de pie en el suelo allá abajo, la tristeza de su espíritu la hizo tener un presentimiento y él se apareció ante sus ojos como un muerto en su tumba. La mente de Romeo concebía parecidos temores, pero se vio forzado a partir velozmente, porque si lo encontraban dentro de los muros de Verona después de amanecido lo condenarían a muerte.

Y éste no fue más que el comienzo de la tragedia de estos enamorados con mala estrella. No habían transcurrido muchos días desde la partida de Romeo cuando el señor Capuleto concertó un enlace para Julieta. El marido que le había elegido, sin siquiera soñar que ya estaba casada, era el conde Paris, joven caballero noble y galante que no hubiera resultado un mal pretendiente para Julieta si ésta jamás hubiera visto a Romeo.

La aterrorizada Julieta quedó abrumada por la proposición de su padre. Alegó que por su juventud aún no estaba preparada para el matrimonio y que la muerte de Tibaldo era muy reciente, habiéndole dejado el ánimo demasiado abatido como para entregarse a un esposo aparentando ciertos visos de felicidad y que, para la familia Capuleto, resultaría indecoroso celebrar una fiesta nupcial cuando apenas si habían quedado atrás las honras fúnebres; dio todas las razones posibles en contra de la alianza, pero ocultó la única verdadera, es decir, que ya estaba casada. Pero el señor Capuleto, sordo a sus excusas, le ordenó perentoriamente que se preparara, porque debería casarse con París el jueves siguiente. Y habiéndole encontrado un marido rico, joven y noble que llenaría de alegría a la doncella más orgullosa de Verona, no estaba él dispuesto a aceptar que por exceso de recato, al que atribuyó su negativa, pusiera ella obstáculos a su buena fortuna.

En tan desesperada situación, Julieta recurrió al fraile amigo, que siempre la había aconsejado en los malos momentos, y éste le preguntó si estaría dispuesta a probar un remedio desesperado; y cuando ella le respondió que antes se dejaría enterrar viva que casarse con París estando vivo su amado esposo, él le aconsejó que regresara a casa y diera muestras de contento, consintiendo casarse con París tal como deseaba su padre. Y a la noche siguiente, que sería la noche anterior a la boda, debería beber el contenido de un frasquito que él le daría y cuyo efecto sería que durante cuarenta y dos horas a partir del momento en que lo hubiera bebido quedaría en apariencia fría y sin vida, y cuando por la mañana su novio llegara a buscarla la encontraría con todas las señas de la muerte; y entonces la llevarían, como era

costumbre en el país, en un féretro descubierto para enterrarla en la cripta de la familia. Le dijo que si era capaz de evitar los femeninos temores, aceptando someterse a esta terrible prueba, a las cuarenta y dos horas de haber bebido el líquido (tan eficaz era su efecto) podía estar segura de que despertaría como de un sueño; y antes de que despertara, él informaría a su esposo del giro de los acontecimientos para que viniera por la noche a llevársela a Mantua. El amor y el temor a tener que casarse con París dieron fuerzas a la joven Julieta para emprender la horrible aventura, y cogió el frasco que le daba el fraile, prometiéndole que seguiría sus indicaciones.

Al regresar del monasterio se encontró con el joven conde Paris y, simulando modestia, le prometió que sería su esposa. Fueron éstas buenas noticias para el señor Capuleto y su esposa. El anciano señor pareció rejuvenecer y Julieta, que le había dado un soberano disgusto al rechazar al conde, ahora que prometía ser obediente, volvió a ser su niña querida.

Toda la casa se afanaba en los preparativos de la boda. Nada se escatimó para preparar un festejo como nunca hasta entonces se había visto en Verona.

El miércoles por la noche Julieta bebió la pócima. Tenía muchos temores de que el fraile, para evitar que le acusaran de haberla casado con Romeo, le hubiera dado veneno; pero el buen fraile siempre había sido considerado un hombre santo. Luego se imaginó que podía despertar antes de que Romeo llegara a la cripta llena de los huesos de los Capuletos y donde el ensangrentado Tibaldo se pudría en su mortaja y temió que su razón se extraviara; volvieron a su memoria las historias de espíritus que merodean por los lugares donde yacen sus cuerpos; pero luego se impuso su amor por Romeo y su aversión hacia Paris y, desesperada, bebió la pócima y se quedó inconsciente.

Cuando, a la mañana siguiente, llegó el joven Paris acompañado de músicos para despertar a su novia, en vez de la vivaz Julieta su habitación le ofreció la terrible visión de un cuerpo sin vida. ¡Y allí morían sus esperanzas! ¡Y qué confusión reinó entonces en la casa! El pobre Paris lloraba a la novia que la odiosa muerte le había arrebatado, separándola de él aun antes de que se unieran sus manos. Pero era todavía más triste oír las lamentaciones del señor y la señora Capuleto, que sólo tenían a esta hija única, cuya ternura era su alegría y su solaz, y a los que una muerte cruel les privaba de su compañía justo en el momento en que los amantes padres iban a ver (eso creían ellos) aumentada su fortuna con un matrimonio ventajoso ya prometedor. Y todo lo que se había organizado para la gran celebración se utilizó, en cambio, para un penoso funeral. La alegría de la fiesta se convirtió en triste ceremonia



fúnebre y los himnos nupciales se transformaron en melancólicas endechas, y los brillantes instrumentos en lúgubre tañido de campanas, y las flores que se iban a lanzar al paso de la novia sirvieron para cubrir su cuerpo. Y en vez de un cura que la casara había un cura para enterrarla, y la llevaron a la iglesia, pero no para hacer crecer las alegres esperanzas de los vivos, sino para sumarse a la triste compañía de los muertos.

Las malas noticias siempre viajan más rápido que las buenas, y así llegó a Romeo la terrible nueva de la muerte de Julieta antes de que el mensajero enviado por fray Lorenzo pudiera llegar a Mantua con la explicación de que los funerales eran simulados y que no eran más que una sombra y representación de la muerte, y que su amada señora reposaría en la tumba sólo unas pocas horas, en espera del momento en que Romeo viniera a sacarla de tan tenebroso lugar. Justo antes de recibir estas noticias, Romeo se había sentido desacostumbradamente alegre y entusiasmado. Aquella noche había soñado que estaba muerto (un sueño extraño, pues el muerto podía pensar) y que su señora llegaba, y al encontrarlo muerto, con sus besos volvía a infundirle la vida, haciéndolo revivir y convirtiéndolo en emperador. Y ahora, al ver un mensajero de Verona, supuso que vendría a confirmar las buenas noticias que su sueño presagiara. Pero cuando éstas fueron justamente lo opuesto a su amable visión, siendo en realidad su esposa la que había muerto sin que la pudieran reanimar sus besos, ordenó que le prepararan los caballos, porque aquella misma noche estaba decidido a visitar Verona para ver a su esposa en la tumba. Y como en la mente de los hombres desesperados el mal se abre camino con rapidez, le vino el recuerdo de un pobre boticario, cuya tienda había visto no hacía mucho. Recordó que el hombre le había parecido famélico, con aspecto de pordiosero, entre el lamentable espectáculo de cajas vacías que se alineaban en las sucias estanterías, además de otros indicios de extrema miseria, y en aquella ocasión había pensado (tal vez con la corazonada de que su propia vida desgraciada acabaría al fin tan desesperadamente): «Si un hombre necesitara veneno, cuya venta castigan las leyes de Mantua con la muerte, éste sería el único infeliz que se lo vendería.» Volvieron a su mente las palabras que entonces había dicho, y fue en busca del boticario, el cual, luego de algunos falsos escrúpulos y en vista de que Romeo le ofrecía oro (que le resultaba imposible de rechazar), le vendió un veneno, que al llevárselo a los labios, le dijo, aunque tuviera el vigor de veinte hombres, lo aniquilaría fulminantemente.

Llevándose el veneno, emprendió viaje a Verona para ver a su querida esposa en la tumba, con la intención de, luego de haberla contemplado

largamente, beber el veneno para que lo enterraran a su lado. Llegó a Verona a medianoche y se dirigió al cementerio de la parroquia donde se encontraba la antigua tumba de los Capuleto. Llevaba una antorcha, una pala y un hierro para forzar la cerradura, y en el momento en que trataba de abrir el monumento, lo interrumpió una voz que lo llamó *vil Montesco*, exigiéndole que desistiera de su ilegal acción. Se trataba del joven Paris, que a aquella inusitada hora nocturna había ido a poner flores y a llorar sobre la tumba de quien había sido su prometida. Él no sabía la clase de interés que Romeo tenía en la muerta, pero, sabiéndolo Montesco y (según suponía) enemigo jurado de todos los Capuletos, creyó que se escondía de noche con la intención de profanar a sus muertos. Así que, con voz airada, le exigió que desistiera; y como era un criminal condenado a muerte por las leyes de Verona si lo encontraban dentro de sus muros, se dispuso a prenderlo. Romeo le pidió a Paris que lo soltara y, amenazándolo con hacerle correr la misma suerte de Tibaldo, que allí yacía, le instó a no provocar su ira para no tener que cargar con otro pecado sobre su alma, al verse obligado a matarlo. Pero el conde rechazó su advertencia despectivamente y le puso las manos encima como si fuera un felón, a lo cual Romeo opuso resistencia. Lucharon y Paris cayó herido de muerte. Cuando Romeo, a la luz de la antorcha, pudo ver a quién había dado muerte y cuando se dio cuenta de que éste era Paris, el cual (según se había enterado al llegar a Mantua) debía haber desposado a Julieta, tomó al joven muerto de la mano por ser su compañero en la desgracia, diciéndole que lo enterraría en una digna tumba, refiriéndose a la tumba de Julieta, que acababa de abrir. Allí yacía su esposa, sobre la cual la muerte no había tenido poder para alterar su tersura ni sus rasgos, perfecta en su inigualable belleza, como si la muerte estuviera enamorada y el menguado monstruo odiado la hubiera guardado así para su deleite, pues yacía tan fresca y esplendorosa como si se hubiese dormido al beber la poción paralizante; y cerca de ella yacía Tibaldo envuelto en su mortaja ensangrentada, y Romeo al verlo pidió perdón a sus despojos sin vida y, en honor de Julieta, le dio el nombre de *primo*, diciéndole que estaba a punto de hacerle el favor de poner fin a la vida de su enemigo. Entonces Romeo se despidió para siempre de su esposa, besando sus labios, y se liberó de su estrella aciaga y, bebiendo el veneno que le vendiera el boticario, alivió su fatigado cuerpo de su carga, pues el efecto del veneno resultó letal, a diferencia de la poción de efecto aparente que había bebido Julieta y cuya acción estaba próxima a desaparecer; ella estaba a punto de despertar para lamentar que Romeo hubiera actuado a destiempo al llegar demasiado pronto y no esperarla.

Ya había llegado la hora en que el fraile le había prometido que despertaría, y éste, que se había enterado de que las cartas que enviara a Mantua, debido a desgraciados retrasos del mensajero, no habían llegado a manos de Romeo, se presentó en la tumba provisto de una pica y una lámpara y se sorprendió al ver que ya brillaba la luz en la cripta de los Capuleto y de ver sangre y espadas cerca de ella y a Romeo y Paris que yacían sin vida.

Antes de que pudiera conjeturar cómo habían llegado a producirse tan fatales accidentes, Julieta despertó de su trance, y al ver al fraile cerca de ella, recordó el lugar donde se hallaba y la razón para estar en él y preguntó por Romeo; pero el fraile, que había oído un ruido, le pidió que saliera de la morada de la muerte y del sueño definitivo, porque un poder superior, al que no consiguieron contradecir, había desbaratado sus planes; y, asustado por el ruido que indicaba que se acercaba gente, escapó. Cuando Julieta vio el vaso que las manos de su único amor todavía apretaban, comprendió que el veneno había sido la causa de su muerte, y si hubiera quedado alguna gota también la hubiera bebido; así que besó sus labios todavía tibios para ver si aún guardaban un poco de veneno. Luego, cuando notó que la gente que se aproximaba estaba ya muy cerca, con rapidez se quitó la daga que llevaba al cinto y, apuñalándose, cayó muerta junto a su fiel Romeo.

Por entonces llegó la guardia hasta el lugar. Un paje del conde Paris, que había presenciado la lucha entre su señor y Romeo, había dado la alarma, que se propagó entre los ciudadanos. Y éstos recorrían en tropel las calles de Verona gritando «¡Paris! ¡Romeo! ¡Julieta!» a medida que escuchaban retazos de información, hasta que el tumulto sacó de su lecho al señor Capuleto, al señor Montesco y también al príncipe, que quisieron informarse de los motivos del desorden. Al fraile le había arrestado la guardia cuando salía del cementerio, pues temblaba, sollozaba y suspiraba de manera sospechosa. Una gran multitud se reunió frente a la cripta de los Capuleto, donde el príncipe ordenó al fraile que relatará cuanto sabía sobre sucesos tan fatales y desgraciados.

Y allí, en presencia de los señores Montesco y Capuleto, narró fielmente la historia del amor fatal de sus hijos, la parte que le correspondió al facilitar su matrimonio con la esperanza de que aquella unión pusiera fin a las viejas rencillas entre las familias y cómo Romeo, que allí yacía muerto, se había convertido en esposo de Julieta; y que Julieta, que allí yacía muerta, era la fiel esposa de Romeo; y cómo, antes de que pudiera hallar ocasión adecuada para divulgar su matrimonio, se había proyectado otro enlace para Julieta. Y cómo ésta, para evitar el pecado de una segunda boda, había bebido la droga

paralizante (siguiendo su consejo) y todos la creyeron muerta; cómo entonces escribió a Romeo para que viniera a buscarla cuando hubiera cesado el efecto de la droga y cómo, tras una serie de desgraciados inconvenientes sufridos por el mensajero, las cartas nunca habían llegado a manos de Romeo. Más allá de este punto el fraile no podía continuar la historia ni sabía más que, al haber acudido personalmente a rescatar a Julieta de su sepultura, se había encontrado con que Romeo y el conde Paris estaban muertos. El resto del relato correspondió al paje que había visto la lucha entre Romeo y Paris y al criado que había venido con Romeo desde Mantua y a quien el fiel enamorado había dado cartas para que se las entregara a su padre en caso de muerte; éstas confirmaban las palabras del fraile, confesando su matrimonio con Julieta, suplicando el perdón de sus padres y reconociendo que había comprado veneno al pobre boticario y su intención de penetrar en la cripta para morir y yacer junto a Julieta. El conjunto de estas declaraciones confirmaron la inocencia del fraile de cualquier participación en los complicados asesinatos, aunque sus estratagemas demasiado sutiles y truculentas trajeran inesperadas consecuencias a sus buenas intenciones.

Y el príncipe se volvió a los viejos señores Montesco y Capuleto, reprendiéndoles por sus querellas irracionales y bárbaras, cuyas ofensas les habían hecho merecer tan severo castigo del cielo que, mediante el amor de sus hijos, había condenado su odio innatural. Y los antiguos rivales dejaron de ser enemigos, acordando enterrar su acendrada rivalidad en la tumba de sus hijos; el señor Capuleto le pidió al señor Montesco que estrecharan sus manos, llamándolo hermano y reconociendo así la unión de sus familias en el matrimonio de los jóvenes Capuleto y Montesco y, en señal de reconciliación, dijo que sólo pedía la mano del señor Montesco como consuelo por la pérdida de su hija. Pero el señor Montesco dijo que le daría más, pues iba a hacer una estatua a Julieta en oro puro para que, mientras Verona fuera Verona, no hubiera figura más estimada por su riqueza y artística ejecución que la de la fiel Julieta. A su vez el señor Capuleto dijo que haría erigir la estatua de Romeo. Y así los tristes ancianos, cuando ya era demasiado tarde, compitieron para superarse en mutuas atenciones: y tan mortal había sido su cólera y enemistad en el pasado, que solo la terrible destrucción de sus hijos (pobres víctimas de sus querellas y desacuerdos) pudo hacer desaparecer los arraigados odios y envidias de las nobles familias.

## *Hamlet, príncipe de Dinamarca*

Gertrudis, reina de Dinamarca, se había quedado viuda al morir de repente el rey Hamlet; pero antes de que hubieran transcurrido dos meses del fallecimiento de éste se casó con su hermano Claudio, cosa que llamó la atención de toda la gente de su tiempo por ser un acto de extraña indiscreción, o insensibilidad, o aún peor. Pues el tal Claudio no se parecía en nada a su difunto esposo y las cualidades de su cuerpo y de su espíritu lo hacían tan despreciable de apariencia como indigno y ruin de talante; y en algunas mentes no dejaron de despertarse sospechas de que se hubiera deshecho de su hermano, el difunto rey, con la intención de casarse con su viuda y ocupar el trono de Dinamarca, postergando al joven Hamlet, hijo del rey muerto y legítimo sucesor al trono.

Pero la imprudente acción de la reina a nadie impresionó más que al joven príncipe, que amaba a su difunto padre y veneraba su memoria casi hasta la idolatría; tenía además un estricto sentido del honor, y era él mismo un ejemplo de prudencia, de modo que la indigna conducta de su madre hirió su corazón amargamente, hasta el punto de que, entre la pena por la muerte de su padre y la vergüenza por el matrimonio de su madre, una profunda melancolía ensombreció al joven príncipe, que perdió el donaire y la alegría; perdió el placer que experimentaba con los libros y los ejercicios y los deportes principescos que convenían a su juventud y fueron desdeñados; se sentía cansado del mundo, que le parecía un jardín enmarañado donde sólo crecían las malezas que ahogaban a las flores. Esto no se debía a que la idea de haber sido excluido del trono pesara demasiado sobre su espíritu, aunque él era el heredero legítimo y para un joven príncipe de altos ideales era una herida amarga y una indignidad lo sucedido. Pero lo que lo envenenaba hasta el punto de haber hecho que desapareciera la alegría de su espíritu era que su madre se hubiera mostrado tan ingrata para la memoria de su padre, ¡y qué padre!, que para ella había sido un esposo tan amante y tan gentil; y ella siempre había parecido ser una esposa enamorada y obediente, que se apegaba a él como si su cariño fuese cada vez mayor. Y ahora, a los dos

meses, que al joven Hamlet le parecían menos de dos meses, ella se había casado nuevamente; se había casado con su tío, el hermano de su querido esposo, matrimonio altamente impropio e ilegítimo en sí mismo por lo cercano del parentesco, pero aún mucho más impropio por la rapidez indecente con que se había llevado a cabo y por las características, indignas de un rey, que tenía el hombre elegido por ella para compartir su trono y su lecho. Esto, más que la pérdida de diez reinos, ensombrecía el ánimo y torturaba el espíritu del joven y honorable príncipe.

Eran vanos todos los esfuerzos de su madre, Gertrudis, y del rey por distraerlo; en la corte todavía vestía de riguroso luto, en duelo por su padre, el difunto rey, y nunca había dejado de vestir de ese modo, ni siquiera por deferencia a su madre en el día de su boda, y no accedió a unirse a ninguna de las festividades o celebraciones del (en su opinión) aciago día.

Lo que más atormentaba su espíritu era no saber de qué forma había muerto su padre. Claudio había dicho que lo había mordido una serpiente. Pero el joven Hamlet sospechaba aviesamente que la serpiente no había sido otra que el mismísimo Claudio; hablando claro, que éste lo había asesinado para conseguir la corona y que la serpiente que había matado a su padre ahora se sentaba en su trono.

Hasta dónde eran verdaderas sus conjeturas y qué debía pensar de su madre; hasta qué punto era ella cómplice del asesinato y si éste había tenido lugar con su consentimiento o conocimiento, o no, eran las dudas que lo asediaban y per- turbaban en todo momento.

A los oídos del joven Hamlet había llegado el rumor de que una aparición en todo semejante al difunto rey, su padre, había sido vista por los soldados que hacían guardia a medianoche en la explanada frente al castillo, en dos o tres noches sucesivas. La figura siempre llevaba una armadura que lo cubría de la cabeza a los pies y que era la misma que acostumbraba usar el difunto rey, y los que lo vieron, entre ellos Horacio, el íntimo amigo de Hamlet, coincidieron en su testimonio sobre la hora y forma de su aparición: que se presentaba justo al dar las doce, que se veía pálido y su rostro daba más muestras de tristeza que de ira, que su barba era terrible, de color *negro plateado*, como en vida; no había respondido cuando le hablaron, pero una vez habían creído ver que levantaba la cabeza, moviéndose como si se dispusiera a hablar; pero en ese momento el gallo cantó anunciando el alba, y rápidamente había desaparecido, desvaneciéndose ante sus ojos.

El joven príncipe, sumamente asombrado por su relato, que era muy consistente y coherente como para pasarlo por alto, llegó a la conclusión de

que habían visto el espectro de su padre y decidió que aquella noche se uniría a los soldados de la guardia para tener la oportunidad de verlo; pues (pensaba él) una aparición como aquélla no se produciría sin razón, y el fantasma con seguridad quería comunicar algo; y aunque hasta entonces hubiera guardado silencio, bien podría querer hablar con él. Esperó ansiosamente la llegada de la noche.

Apenas hubo oscurecido, montó guardia junto con Horacio y con Marcelo, uno de los guardias, en la explanada por donde solía caminar la aparición. Era una noche fría y excepcionalmente cruda y cortante, y Hamlet, Horacio y su compañero comenzaron a charlar sobre la crudeza de la noche, cuando de repente los interrumpió Horacio, que les anunciaba que se acercaba el fantasma.

La visión del espectro de su padre sobrecogió a Hamlet, súbitamente sorprendido y atemorizado. En el primer momento invocó a los ángeles y a los seres celestiales para que lo defendieran, pues no sabía si el espíritu era malo o bueno o si venía para el mal o para el bien; pero poco a poco fue cobrando valor y su padre (que a él se lo parecía) lo miró con mucha tristeza y como si deseara comunicarse con él, y era tan igualito a cuando vivía, que Hamlet no pudo dejar de hablarle llamándolo por su nombre: «¡Hamlet, rey, padre!» Y le incitaba a que dijera por qué razón había salido de su tumba, donde le habían visto yacer en paz, para volver a visitar la tierra alumbrada por la luna; luego le preguntó si podía hacer algo para devolver la paz a su espíritu. El espectro hizo señas a Hamlet para que lo acompañara a un lugar más apartado, donde pudieran estar solos; Horacio y Marcelo quisieron disuadir al joven príncipe de que le siguiera, pues temían que pudiera ser un espíritu maligno que lo condujera hasta el mar o a la cima de un acantilado terrible, tomando allí un aspecto tan horroroso que hiciera que el príncipe perdiera la razón. Pero sus ruegos y consejos no consiguieron alterar la decisión de Hamlet, a quien la vida le importaba demasiado poco como para temer perderla, y en cuanto a su alma, dijo, ¿qué podría hacerle un espíritu, si ésta era en sí misma inmortal? Y sintiendo que tenía la fuerza de un león, se desprendió de ellos, que hacían todo lo posible por retenerle, y siguió al espíritu, dispuesto a ir donde éste lo llevara.

Y cuando estuvieron a solas, el espíritu rompió el silencio diciéndole que era el fantasma de Hamlet, su padre, que había sido cruelmente asesinado, relatándole cómo sucediera. Había sido obra de su propio hermano Claudio, el tío de Hamlet, de quién éste ya sospechara tan intensamente, con la ambición de reemplazarle en el lecho y la corona. Cuando dormía en el jardín, como era

su costumbre a la hora de la siesta, su traicionero hermano se deslizó hasta él, vertiendo en sus oídos jugo del venenoso beleño, que es tan enemigo de la vida humana que, rápido como el azogue, corre por las venas, quemando la sangre y haciendo aparecer una lepra por toda la piel: así, mientras dormía, la mano de su hermano lo separó de un golpe de su corona, su esposa y su vida. Entonces hizo que Hamlet le jurara, por el amor que alguna vez sintiera por su padre, que vengaría su artero asesinato. Y el fantasma lamentó ante su hijo que su madre hubiera perdido la virtud hasta el punto de ser infiel al amor de su primer esposo, casándose con su asesino; pero le pidió a Hamlet que cualquiera que fuese la forma de llevar a cabo su venganza contra su despreciable tío, no ejerciera violencia alguna, y por ningún motivo, contra su madre, dejando que la juzgaran el cielo y las espinas y los agujones de su conciencia. Hamlet prometió al espectro que cumpliría sus deseos y éste se desvaneció.

Cuando Hamlet se quedó solo, tomó la solemne resolución de que todo lo que guardaba en la memoria, todo lo que había aprendido de los libros y de la propia observación, sería de inmediato olvidado para que en su mente sólo viviera el recuerdo de lo que el fantasma le había dicho y la tarea que éste le había encomendado. No contó a nadie los detalles de lo sucedido, excepto a su querido amigo Horacio, pidiéndole, tanto a él como a Marcelo, que guardaran en el más estricto secreto lo que habían presenciado aquella noche.

El terror que la visión del fantasma provocara en los nervios de Hamlet, que ya anteriormente se encontraba débil y desanimado, casi lo sacó de quicio, perturbando su mente. El, temiendo que el efecto continuara y lo hiciera objeto de observación, poniendo en guardia a su tío si llegaba a sospechar que tramaba algo contra él, o que Hamlet en realidad sabía más sobre la muerte de su padre que lo que decía, tomó la extraña resolución de simular, a partir de aquel momento, que estaba verdaderamente loco, con la idea de que sería menos sospechoso cuando su tío creyera que era incapaz de cualquier proyecto coherente, y que la verdadera perturbación de su mente se ocultaría y disimularía mejor bajo el disfraz de una locura fingida.

Desde entonces Hamlet fingió cierto desorden y extravagancia en su aspecto, su conversación y su conducta, y con tanta perfección simuló locura, que consiguió engañar al rey y la reina, a quienes no les pareció que la pena por la muerte de su padre fuera causa suficiente para producir ese mal; e, ignorantes de las apariciones del fantasma, supusieron que su trastorno se debía al amor y que sabían quién podía ser su dama



Antes de que Hamlet cayera en el estado de melancolía del cual hemos hablado, había estado tiernamente enamorado de una bella doncella llamada Ofelia, que era hija de Polonio, el antiguo consejero del rey en asuntos de estado. Él le había enviado cartas y anillos, demostrándole su afecto de muchas maneras, ofreciéndole su amor de la forma más honorable, y ella había respondido a sus juramentos y solicitudes. Pero el estado de melancolía a que se había entregado había hecho que la postergara y desde el momento en que concibió la idea de fingir locura, simulaba tratarla con dureza, hasta el punto de ser áspero con ella; pero la bondadosa doncella, en vez de reprocharle su olvido, se convenció de que todo se debía al mal de su espíritu y no a una dureza deliberada, y que ésta era la causa de que le prestara menos atención que en el pasado; y ella comparaba las cualidades de su antaño noble mente y excelente entendimiento, veladas como estaban por la profunda melancolía que le oprimía, a las dulces campanas que son capaces de producir la música más exquisita, pero que si son golpeadas en desorden, o manejadas con rudeza, sólo producen sonidos ásperos y desagradables.

La dura tarea que Hamlet había emprendido, esto es, la de vengar la muerte de su padre en su asesino, no se avenía con la disposición gentil de un galanteo, o con admitir la compañía de una pasión tan inútil como el amor, según le parecía ahora; sin embargo, no podía impedir que se intercalaran en su mente pensamientos tiernos hacia su Ofelia, y en aquellos momentos, cuando pensaba que el trato que le había dado a la amable doncella había sido excesivamente duro, le enviaba una carta llena de apasionamiento, escrita en los términos extravagantes que convenían a su supuesta locura, pero en la que también incluía algunas dulces expresiones del afecto que no podía ocultar y que a su venerada dama le demostraban que en el fondo de su corazón el amor por ella seguía vivo; y también esto lo expresaba con frases extravagantes, pidiéndole que dudara de que las estrellas eran de fuego y que el sol se movía y que la verdad podía ser mentira, pero que no dudara nunca de su amor. Ofelia, como corresponde a una hija virtuosa, mostraba estas cartas a su padre y el anciano pensó que era su deber informar al rey y la reina, que desde entonces creyeron que la verdadera causa de la locura de Hamlet era el mal de amores. Y la reina deseaba que la deslumbrante belleza de Ofelia fuera la causa de su desvarío, pues confiaba en que sus virtudes pudieran devolverlo a su antigua personalidad, para felicidad de todos.

Pero el mal de Hamlet tenía un origen más profundo que el supuesto por ella y su remedio no era el que ella creía. La visión del fantasma de su padre seguía ocupando su imaginación, y el voto sagrado de vengar su asesinato no

le concedería paz hasta que fuera cumplido. Cada hora de postergación le parecía un pecado y una trasgresión de las órdenes de su padre. Pero no resultaba fácil provocar la muerte del rey, rodeado como estaba de guardias. Y si lo hubiera sido, la presencia de la reina, la madre de Hamlet, que acostumbraba acompañar al rey, era un impedimento que no podía superar. Además, la misma circunstancia de que el usurpador fuera el esposo de su madre le hacía sentir algunos remordimientos y ponía freno a sus propósitos. Incluso el acto de causar la muerte a otro ser humano resultaba en sí mismo odioso y terrible para una criatura cuya naturaleza era tan gentil como la de Hamlet. La misma melancolía y el abandono que por tanto tiempo lo habían abatido lo hacían irresoluto y conseguían que su decisión sufriera vacilaciones que le impedían llegar a una solución extrema. Además no podía evitar los escrúpulos de su mente, que dudaba si el espíritu que había visto era efectivamente su padre o un ser demoníaco que, según había oído, tenía la capacidad de tomar la forma que quisiera y que podría haber tomado la apariencia de su padre sólo para aprovecharse de sus debilidades y su melancolía e instigarlo a realizar un acto tan desesperado como un asesinato. Y llegó a la conclusión de que debería tener más fundamentos que los ofrecidos por una aparición, o visión, que bien podía ser un engaño.

Mientras su mente se debatía entre las dudas, un grupo de actores llegó a la corte; en el pasado habían sido muy del agrado de Hamlet, en especial uno de ellos, que recitaba un pasaje trágico en el que se describía la muerte del anciano Príamo, rey de Troya, y los lamentos de Hécuba, su reina. Hamlet recibió a sus viejos amigos los actores y, recordando cuánto le había gustado aquel monólogo en anteriores ocasiones, le pidió al actor que lo repitiera. Este lo interpretó de manera tan realista, describiendo el cruel asesinato del rey anciano y debilitado, además de la destrucción de su pueblo y su ciudad por medio del fuego y el terrible dolor de la anciana reina, que descalza recorría su palacio de arriba abajo, cubriéndose la cabeza, que siempre llevara una corona, con un pobre paño y con el cuerpo envuelto en una manta cogida de prisa, en lugar de su vestimenta regia, que no sólo arrancó lágrimas a quienes lo veían creyendo presenciar la escena real, tan realista era la actuación, sino que hasta el mismo actor tenía la voz quebrada y derramaba verdaderas lágrimas al decirlo. Esto hizo pensar a Hamlet que si aquel actor era capaz de apasionarse en una representación y de llorar por Hécuba, a quien jamás había visto y que había muerto hace cientos de años, él era muy flemático, pues teniendo motivos y razones para la pasión, ya que habían asesinado a un verdadero rey y amado padre, su emoción era tan pobre que durante todo este

tiempo la venganza parecía haber dormido un olvido turbio y confuso. Y mientras así meditaba sobre los actores y la actuación y el poderoso efecto que tiene sobre los espectadores una obra de calidad representada de modo realista, recordó el caso de un asesino que, viendo un asesinato en escena, sufrió tal conmoción al ver el parecido de la escena y las circunstancias, que allí mismo confesó el crimen que había cometido. Y decidió que los actores representaran algo similar al asesinato de su padre en presencia de su tío, al que observaría atentamente para captar qué efecto tenía sobre él, y por su actitud podría saber con mayor certeza si era él el asesino o no. Con este fin ordenó que se ensayara un drama, a cuya representación invitó al rey y la reina.

La historia del drama trataba del asesinato de un duque en Viena. El nombre del duque era Gonzago, y el de su esposa, Baptista. La obra mostraba la forma en que Luciano, un pariente cercano del duque, lo envenenaba en su jardín para apropiarse de sus bienes y cómo el asesino, no mucho más tarde, conquistaba el amor de la esposa de Gonzago.

El rey, desconocedor de la trampa que se le había tendido, estaba presente en la representación de la obra, junto con la reina y el resto de la corte. Hamlet se había sentado cerca de él para observar sus reacciones. La obra comenzaba con una conversación entre Gonzago y su esposa, en la cual la dama hacía muchas declaraciones de amor, asegurando que nunca se casaría con un segundo marido, si por azar sobrevivía a Gonzago; decía que cayera la maldición sobre sí misma si alguna vez volvía a casarse, pues una acción así sólo era propia de aquellas que daban muerte a sus esposos. Hamlet vio cómo el rostro de su tío, el rey, cambiaba de color al oír esto, y tanto él como la reina tomaban una expresión amarga como el ajeno. Pero cuando, siguiendo el argumento, Luciano se dispuso a envenenar a Gonzago, que dormía en el jardín, el gran parecido con la acción perversa de que hiciera víctima al rey desaparecido, su hermano, a quien envenenara en el jardín, golpeó con tanta fuerza la conciencia del usurpador, que ya no pudo seguir presenciando la obra y pidió que se encendieran las luces para retirarse a sus habitaciones; y fingiendo, o tal vez sintiéndose realmente enfermo, se retiró del teatro intempestivamente. Cuando el rey se hubo retirado, se suspendió la representación. Hamlet ya había visto lo necesario para convencerse de que las palabras del espectro eran ciertas y no una ilusión, y, en un arranque de alegría propio de quien de pronto encuentra la solución para una gran duda o escrúpulo, juró a Horacio que se apostaba mil libras a que las palabras del fantasma eran ciertas. Pero antes de tomar una resolución sobre la venganza

que debería realizar, ahora que estaba seguro de que su tío era el asesino de su padre, la reina, su madre, lo hizo llamar para sostener con él una entrevista privada.

La reina había enviado a buscar a Hamlet a petición expresa del rey, y para que ésta hiciera ver a su hijo cuán disgustados estaban por su reciente conducta; y el rey, que quería saber todo lo que se hablaba durante la entrevista, pensando que el informe de una madre podía ser demasiado parcial y dejar pasar algunas de las expresiones de Hamlet que para el rey era de la mayor importancia conocer, ordenó a Polonio, el antiguo consejero, que se ocultara tras los cortinajes que cubrían la habitación de la reina, desde donde podría oír sin ser visto todo lo que se dijera. Este recurso era un encargo perfecto para Polonio, que había envejecido practicando la política de estado y las intrigas y que estaba encantado de llegar a conocer sus asuntos de manera indirecta y solapada.

Cuando Hamlet se presentó ante su madre, ésta comenzó a reprenderlo del modo más rotundo por su conducta y por sus acciones, diciéndole que había ofendido profundamente a *su padre*, refiriéndose al rey, su tío, al que por haberse casado con ella llamaba el padre de Hamlet. Hamlet, amargamente indignado de que diera un nombre tan querido y venerable como, en su opinión, era el de padre a un ser indigno que no era más que el asesino de su padre verdadero, replicó, de modo algo cortante:

—Madre, vos habéis ofendido gravemente a *mi padre*.

La reina respondió que aquel era un comentario innecesario.

—Tan bueno como el que este asunto merece —dijo Hamlet.

La reina le preguntó si había olvidado con quién estaba hablando.

—¡Ay! —dijo Hamlet—. Bien quisiera olvidarlo. Sois la reina, la esposa del hermano de vuestro marido, y también sois mi madre. Quisiera que no fuerais lo que sois.

—Está bien —dijo la reina—. Puesto que me tenéis tan poco respeto, os enviaré ante quienes podréis hablar.

Y tenía la intención de ir en busca del rey o de Polonio, pero Hamlet no quiso dejarla ir, ahora que por fin estaba a solas con ella, antes de haber intentado que sus palabras despertaran en ella alguna noción de su corrompido proceder, y, cogiéndola por la muñeca, la sujetó firmemente y la hizo sentarse.

Ella, asustada por la severidad de su actitud y temiendo que en su locura llegara a hacerle daño, grito, y desde detrás de los cortinajes salió una voz que llamó:

—Socorro, socorro, la reina...

Al oírlo Hamlet, convencido de que era el propio rey quien así se ocultaba, desenvainó la espada enterrándola en el lugar de donde venía la voz, como si diera caza a una rata que se escurría, y cuando la voz se apagó, supuso que la persona había muerto. Pero cuando arrastró el cuerpo, descubrió que no era el rey, sino Polonio, el viejo consejero, quien se ocultaba para espiar detrás de los cortinajes.

—¡Ay de mí! —exclamó la reina—. ¡Qué acción tan brutal y sanguinaria has cometido!

—Un hecho de sangre, madre —replicó Hamlet—, pero no tan perverso como el vuestro, que, habiendo dado muerte a un rey, os casasteis con su hermano.

Ya Hamlet había ido demasiado lejos como para dejar las cosas así. Ahora estaba dispuesto a hablar claramente con su madre, y prosiguió. Y aunque los hijos deben ver con benevolencia las faltas de sus padres, cuando se trata de un crimen terrible al hijo le está permitido hablar con rigor hasta a su propia madre, puesto que ese rigor tiene por objeto su bien, enmendando su mal proceder, y no pretende injuriar.

De este modo el virtuoso príncipe, en términos conmovedores, explicó a la reina la enormidad de su falta al haber sido tan ingrata con el difunto rey, su padre, habiéndose casado dentro de un plazo tan breve con su hermano y supuesto asesino; un acto como aquel, después de los juramentos que le había hecho a su esposo muerto, era lo suficientemente grave como para que todos los juramentos hechos por las mujeres resultaran sospechosos, y todas las virtudes, hipocresía; el contrato matrimonial tenía menos valor que los juramentos de los jugadores, y la religión resultaba una burla y un formulismo de palabras vacías. Le dijo que su acción merecía la vergüenza del cielo y el repudio de la tierra. Luego le mostró dos retratos, el uno del difunto rey, su primer marido, y el otro del rey actual, su segundo marido, y le pidió que observara las diferencias. ¡Cuánta gracia había en la frente de su padre, qué apariencia tan divina, dotado con los rizos de Apolo, la frente de Júpiter, los ojos de Marte y la actitud de un ágil Mercurio posado sobre un monte que toca el cielo! Aquel hombre, le dijo, *había sido* su esposo. Y luego le mostró a quien eligiera para reemplazar a aquél, una especie de espiga atacada por el tizón, que había sido capaz de destruir a su perfecto hermano. Y la reina, a quien había hecho escudriñar los secretos de su alma, se sintió amargamente avergonzada al encontrarse con que ésta era negra y deforme. Él le preguntó cómo podía seguir viviendo con un hombre semejante y ser su esposa, si sabía

que era el asesino de su primer marido y mañosamente había conseguido la corona, robándola. Y cuando decía esto último entró en la sala el espectro de su padre, tal como fuera en vida y tal como él lo había visto recientemente, y Hamlet, espantado, le preguntó qué quería. El espectro le dijo que venía a recordarle que le había prometido vengarlo, puesto que Hamlet parecía haberlo olvidado, y el espectro le pidió también que hablara con su madre, pues de otro modo su pena y su terror la matarían. Entonces desapareció, pero sólo lo había visto Hamlet, que, por más que señalaba y describía el lugar donde estaba, no logró que su madre viera nada. Durante todo este tiempo fue enorme el pavor de la reina, que lo oía hablar, a su parecer, con el vacío, atribuyendo lo sucedido a la enajenación de su mente. Pero Hamlet le dijo que no debía consolar su alma pecadora con la idea de que la locura de su hijo, y no las ofensas propias, había hecho volver el espíritu de su padre a la tierra; luego le pidió que sintiera el acompasado latir de su pulso, tan diferente al de un loco. Y con lágrimas en los ojos le rogó que confesara al cielo lo ocurrido y que en el futuro evitara la compañía del rey, dejando de ser su mujer, y cuando volviera a demostrar que era una madre para él y respetaba la memoria de su padre, como hijo pediría sus bendiciones. Ella prometió observar sus indicaciones y la entrevista concluyó.

Luego Hamlet se puso a considerar a quién había dado muerte en su desgraciado arrebató, y cuando se dio cuenta de que Polonio era el padre de Ofelia, a quien él amaba tan entrañablemente, apartó el cadáver y, con el espíritu más calmado, lloró por lo que había hecho.

La desgraciada muerte de Polonio dio al rey el pretexto para desterrar a Hamlet de su reino. De buena gana lo hubiera condenado a muerte, pues lo sabía peligroso, pero temía al pueblo, que quería a Hamlet, y a la reina, que por encima de sus faltas sentía un fuerte amor maternal por su hijo el príncipe. Y así el astuto rey, fingiendo preocupación por la seguridad de Hamlet, que hubiera debido rendir cuentas por la muerte de Polonio, hizo que embarcaran en un navío que se dirigía a Inglaterra, bajo la vigilancia de dos cortesanos con los cuales enviaba cartas para la corte inglesa, que por aquel entonces estaba sometida y pagaba tributos a Dinamarca, dando razones falsas que allí se explicaban, para que hicieran desaparecer a Hamlet en cuanto tocara las costas de Inglaterra. Hamlet, que sospechaba una traición, aquella noche se hizo con las cartas sin que nadie lo advirtiera y borró cuidadosamente su nombre, escribiendo en su lugar el de los cortesanos, sus guardianes, para que se les diera muerte; luego selló las cartas y las volvió a colocar en su sitio. Poco después el barco fue atacado por piratas y comenzó un combate, en el

curso del cual Hamlet, deseoso de demostrar su valor, abordó espada en mano el velero enemigo, mientras su propio barco se retiraba cobardemente, dejándolo abandonado a su suerte; los dos cortesanos siguieron viaje a Inglaterra portando las cartas cuyo sentido Hamlet había alterado para su propia y merecida destrucción.

Los piratas, que tenían al príncipe en su poder, demostraron ser caballerosos enemigos y, al enterarse de quién era el prisionero, esperando que en la corte el príncipe pudiera devolverles algún favor como recompensa por su benevolencia con él, desembarcaron a Hamlet tan pronto alcanzaron la costa danesa. Desde aquel lugar Hamlet escribió al rey para informarle de los extraños sucesos que lo habían traído de vuelta a su país, diciéndole que al día siguiente se presentaría al rey, su majestad. Al llegar a casa, lo primero que se ofreció a sus ojos fue un triste espectáculo.

Se estaba realizando el funeral de la joven y hermosa Ofelia, que había sido la dama de su corazón. Desde la muerte de su padre, la razón de la joven había comenzado a extraviarse. Su muerte violenta y a manos del príncipe que amaba habían afectado tan profundamente a la joven y tierna doncella que, enloqueciendo totalmente, comenzó a vagar por la corte y, ofreciendo flores a las damas, decía que eran para el entierro de su padre; también cantaba canciones sobre el amor y la muerte y otras absolutamente sin sentido, como si no recordara lo que le había sucedido. Había un sauce llorón que se inclinaba sobre un arroyuelo, reflejando sus hojas en la corriente. Un día, en que no la vigilaban, se dirigió hasta aquel arroyuelo llevando las guiraldas que había estado haciendo y en las que había mezclado margaritas y ortigas, flores y malezas, y trepó al sauce para colgar la guirnalda de sus ramas. Entonces se partió la rama, precipitándose la doncella, su guirnalda y todo lo que había reunido al arroyo, donde por un momento sus vestidos la mantuvieron a flote mientras ella cantaba trozos de antiguas canciones, como si no se diera cuenta del peligro o como si fuera una criatura para la cual aquel elemento fuera el natural. Pero sus ropas no tardaron mucho en empaparse de agua y, con su peso, la arrastraron cantando melodiosamente a una triste muerte en el fondo cenagoso del arroyo. Su hermano Laertes presidía el funeral de la hermosa doncella, al que asistían el rey y la reina y todos los cortesanos, y en aquel momento se presentó Hamlet. Este no sabía el significado de la ceremonia, pero permaneció apartado, sin querer interrumpir. Observó que la tumba estaba adornada con flores, como era costumbre cuando moría una doncella, y que la propia reina las iba dejando caer, y mientras esto hacía iba diciendo:

—Dulzura para la dulce. Quisiera haber adornado tu lecho nupcial, dulce doncella, y no tener que cubrir tu tumba. Esperaba que fueses la esposa de mi Hamlet.





Y él oyó decir a su hermano que quisiera que las violetas brotaran en su tumba, y se tiró dentro, enloquecido de dolor, pidiendo a los enterradores que echaran montañas de tierra sobre él y que lo enterraran con ella. Entonces volvió a adueñarse de Hamlet su viejo amor por la doncella y no pudo soportar que un hermano diera muestras de un dolor tan extraordinario, pues sentía que su amor por Ofelia era mayor que el de cuarenta mil hermanos. Entonces, dándose a conocer, se arrojó a la tumba donde ya se encontraba Laertes, tanto o más desesperado que él; y Laertes, reconociendo a Hamlet, la causa de la muerte de su padre y de su hermana, lo cogió del cuello como a un enemigo, hasta que los enterradores los separaron. Concluido el funeral, Hamlet pidió excusas por haberse arrojado a la tumba, provocando a Laertes con su arrebató, y le dijo que no había podido soportar que nadie sintiera más dolor que él por la pérdida de la hermosa Ofelia. Y al momento los nobles jóvenes parecieron reconciliados.

Pero en la pena y en la cólera de Laertes por la pérdida de su padre y la de Ofelia, el rey, el perverso tío de Hamlet, vio un medio para destruir a Hamlet. Indujo a Laertes para que, aparentando paz y reconciliación, desafiara a Hamlet a luchar amistosamente en un combate de esgrima, y cuando Hamlet aceptó, se fijó el día para el desafío. Toda la corte se hallaba reunida para presenciar el combate, pero Laertes, siguiendo las instrucciones del rey, había envenenado su arma. Se habían hecho muchas apuestas, pues todos los cortesanos sabían que tanto Hamlet como Laertes eran eximios esgrimidores. Y Hamlet, sin sospechar la traición de Laertes, eligió un florete, sin antes haber examinado el arma de Laertes, que en vez de un florete o espada roma, que es el arma exigida por las leyes de la esgrima, se sirvió de una espada punzante y envenenada. Al comienzo Laertes no hizo más que jugar con Hamlet, permitiéndole conseguir algo de ventaja, que el rey, en su hipocresía, alabó y magnificó más de lo necesario, bebiendo por el éxito de Hamlet y apostando por él; pero después de unos cuantos pases, Laertes se puso en forma y lanzó una estocada mortal a Hamlet con su arma envenenada, hiriéndolo. Hamlet, irritado pero sin saber la gravedad de la traición, en la confusión cambió su arma inofensiva por la mortífera de Laertes y devolvió la estocada, hiriendo a Laertes con su espada, que de este modo pagó su traición. En aquel momento la reina gritó que la habían envenenado. Sin darse cuenta había bebido de un cuenco que el rey había preparado para Hamlet en caso de que pidiera algo de beber por el calor de la lucha. Y el rey traidor había puesto veneno en el líquido para asegurar la desaparición de Hamlet si Laertes fallaba. Había olvidado advertir a la reina del contenido del cuenco, y

ella se lo bebió, muriendo de inmediato, no sin antes haber alcanzado a exclamar, con su último aliento, que había sido envenenada. Hamlet, que sospechaba una traición, ordenó que se cerraran las puertas, mientras él se enteraba de lo sucedido. Laertes le dijo que no buscara más, pues él era el traidor, y, sintiendo que la vida se le escapaba por la herida que Hamlet le hiciera, confesó el ardid de que se había valido y del cual también era víctima, diciendo a Hamlet que su espada tenía la punta envenenada y que a él no le quedaba más de media hora de vida, pues ninguna medicina podría curarlo; murió luego de haber pedido perdón a Hamlet y acusado al rey, en sus últimas palabras, por haber sido el instigador de la felonía. Cuando Hamlet vio que se aproximaba su fin, como todavía quedaba algo de veneno en la espada, de repente se volvió hacia su tío traidor y, dándole una estocada en el corazón, cumplió la promesa que le había hecho al espíritu de su padre, obedeciendo sus órdenes y vengando así su asesinato en su asesino. Entonces Hamlet, sintiendo que comenzaba a faltarle el aliento y a escapársele la vida, se volvió a su querido amigo Horacio, que había presenciado la fatal tragedia, y con lo que le quedaba de aliento le pidió que viviera para contar al mundo su historia (pues Horacio había hecho un movimiento como si quisiera darse muerte para acompañar al príncipe), y Horacio prometió relatarlo con toda fidelidad, ya que había sido testigo de todos los acontecimientos. Y así satisfecho, se rompió el noble corazón de Hamlet, y Horacio y los espectadores, derramando lágrimas, encomendaron el espíritu del dulce príncipe a la custodia de los ángeles. Pues Hamlet había sido un príncipe sincero y gentil, muy amado por sus cualidades nobles y principescas, y de haber vivido sin duda hubiera llegado a ser un ilustre y excelente rey de Dinamarca.

## *Otelo*

Brabantio, rico senador de Venecia, tenía una hermosa hija, la gentil Desdémona. Tanto por sus muchas virtudes como por su fortuna, eran muchos los pretendientes que querían cortejarla. Pero entre los pretendientes de su propio ambiente y color no veía a ninguno que le inspirara afecto, pues esta noble dama se interesaba más por el espíritu que por las facciones de los hombres y había puesto su afecto en un moro negro que gozaba de la estimación de su padre y a quien a menudo invitaba a su residencia. Y esta singularidad de la dama debería despertar más asombro que deseos de imitación.

Pero no se debe condenar severamente a Desdémona por la inadecuada elección del objeto de su amor. Aparte del hecho de que Otelo fuera negro, el noble moro tenía todas las cualidades como para ganarse el afecto de la dama más noble. Era soldado y muy valiente, y por su comportamiento en las sangrientas batallas contra los turcos, había sido ascendido al grado de general al servicio de Venecia y contaba con la estimación y la confianza del estado.

Había viajado mucho, y Desdémona, como es común entre las damas, se deleitaba oyéndole contar las historias de sus aventuras, que él relataba remontándose a sus primeros recuerdos: batallas, sitios y enfrentamientos en que había participado; los peligros que había corrido por mar y por tierra; sus escapadas por un pelo cuando había caído en una brecha o avanzado contra la boca de un cañón; y cómo el insolente enemigo lo había hecho prisionero, vendiéndolo como esclavo; las vejaciones que había sufrido en aquella situación y cómo había escapado: a todas estas historias se añadía la narración de las cosas extrañas que había visto en los países extranjeros, los extensos espantos salvajes y las románticas grutas, las canteras, las rocas y montañas cuya cumbre alcanza las nubes; o las naciones salvajes, los caníbales que comen carne humana y una raza de hombres, en África, cuyas cabezas crecen debajo de sus hombros. Estas historias de viajes cautivaban hasta tal punto la atención de Desdémona, que si en algún momento era requerida por asuntos

domésticos, despachaba lo que fuese con toda rapidez para volver a devorar, con oídos atentos, todo lo que Otelo le contaba. Y una vez, en un momento propicio, consiguió que ella le pidiera que le contara la historia completa de su vida, de la cual tanto había oído, pero sólo parcialmente, a lo cual él accedió, haciéndola derramar más de una lágrima al hablarle de un triste revés que había sufrido en su juventud.

Una vez concluida su historia, ella se la agradeció con muchos suspiros e hizo un bonito juramento; todo lo que había sucedido era extraño y doloroso y quisiera no haberlo oído (le dijo) aunque hubiera deseado que el cielo la hubiese hecho un hombre de su clase. Y luego le dio las gracias y le dijo que si tenía algún amigo que la quisiera, no tenía más que indicarle que le contara su historia y con ello se ganaría su voluntad. Ante esta sugerencia, hecha con más franqueza que modestia y acompañada con encantadores rubores, que Otelo no pudo dejar de comprender, le habló más abiertamente de su amor y en aquel extraordinario momento consiguió la promesa de la generosa Desdémona de casarse en secreto con él.

Ni el color de Otelo, ni su fortuna, hacían posible pensar que Brabantio lo aceptaría por yerno. Había dado libertad a su hija, pero esperaba que, como correspondía a una dama veneciana, no tardaría en elegir un esposo de gran futuro o perteneciente al Senado. Pero se engañaba en esto. Desdémona amaba al moro, aunque era negro, y entregó su corazón y su fortuna a su valor y cualidades; su corazón estaba sometido a una devoción implícita por el hombre que había elegido para ser su esposo, y su color, que para cualquiera menos para esta sensible dama hubiera resultado un obstáculo insuperable, tenía más valor para ella que todas las pieles blancas y rubicundas de los nobles jóvenes venecianos, sus pretendientes.

Su matrimonio, aunque secreto, no podía permanecer oculto mucho tiempo y el anciano Brabantio acabó por enterarse de él. Brabantio acudió al consejo solemne del Senado para acusar al moro Otelo, el cual, según dijo, mediante encantos y brujerías, había seducido a la bella Desdémona, induciéndola a casarse con él sin el consentimiento de su padre y transgrediendo así las leyes de la hospitalidad.

Por aquel entonces sucedió que el estado de Venecia requirió urgentemente los servicios de Otelo, pues se tenían noticias de que los turcos habían hecho grandes preparativos para equipar una gran flota que se dirigía a la isla de Chipre, con la intención de recuperar la fortaleza de manos de los venecianos. Ante este peligro, el Senado pensó en Otelo, a quien se consideraba como el guerrero más adecuado para defender Chipre contra los

turcos. Entonces llamaron a Otelo para que se presentara ante el Senado, al mismo tiempo como candidato a un gran cargo oficial y como acusado, pues pesaban sobre él cargos que, según las leyes de Venecia, merecían la pena capital.

La edad y la condición de senador del anciano Brabantio recomendaban que la seria asamblea le prestara la mayor atención; pero el padre, fuera de sí, expresó su acusación en términos tan desmedidos y sin más pruebas que sus argumentos y sus suposiciones que, cuando llamaron a Otelo para que llevara a cabo su defensa, no tuvo más que relatar la sencilla historia de su amor, lo que hizo en términos directos, contando la forma en que la cortejó, como ya se ha dicho antes, y expresándose con una simplicidad tan noble (pues así se evidencia la verdad), que el duque, que tenía el papel de juez, tuvo que reconocer que una historia así contada también hubiera ganado el amor de su hija. Y los hechizos y conjuros de que se acusaba a Otelo de haber usado para consumar la seducción aparecieron, simplemente, como los honestos recursos de que se valen los enamorados. La única brujería empleada por él fue su facultad de contar una historia sentimental, cautivando la atención de una doncella.

La declaración de Otelo fue confirmada por el testimonio de la propia Desdémona, que se presentó en la Corte declarando que estaba en deuda con su padre por la vida y por la educación que éste le había dado, pero que le pedía autorización para entregarse a un deber más alto: a su esposo y señor, del mismo modo que hiciera su madre que lo había preferido a él (Brabantio) a su propio padre.

El anciano senador, incapaz de sostener su queja, hizo venir al moro, expresando su pesar, pero, puesto que ya era un hecho consumado, le entregó a su hija, diciendo que, si hubiera estado en sus manos conservarla a su lado, la hubiera puesto fuera de su alcance, de todo corazón; añadió que en el fondo de su alma se alegraba de no tener otra hija, pues después de la conducta de Desdémona hubiera sido con ella un tirano y la habría cargado de impedimentos.

Superada esta dificultad, Otelo, que estaba acostumbrado a las durezas de la vida militar, como otros lo están a la buena comida y al reposo, no tardó en hacerse cargo de los preparativos de la defensa de Chipre: y Desdémona, prefiriendo honrar a su señor (aunque esto representara un peligro) antes que entregarse a los ociosos placeres en que los recién casados acostumbran perder el tiempo, se dispuso alegremente a seguirle.

Cuando Otelo y su esposa desembarcaron en Chipre, no tardaron en llegar noticias que decían que una terrible tempestad había dispersado la flota turca y que, por lo tanto, la isla estaba a salvo de un ataque inmediato. Pero entonces comenzó otra guerra que Otelo iba a sufrir y los enemigos, obra de la malicia contra su inocente señora, resultaron ser de naturaleza más dañina que los infieles o extranjeros.





Entre los amigos del general, nadie gozaba de la confianza de Otelo tanto como Casio. Miguel Casio era un joven soldado florentino, alegre, afectuoso y de trato amable, que son las virtudes preferidas por las damas; era apuesto y elocuente y su naturaleza era precisamente aquella que puede despertar los celos de un hombre entrado en años (y Otelo, en cierta medida, lo era) que ha desposado una dama joven y bella; pero Otelo estaba tan libre de celos como dotado de nobleza y era tan incapaz de abrigar sospechas como de realizar una acción ruin. Cuando cortejaba a Desdémona, Casio le había hecho favores, habiendo sido una especie de intermediario, pues Otelo temía que su conversación no fuera lo suficientemente dulce como para agradar a una dama y, notando que su amigo poseía aquellas virtudes, muchas veces delegó en Casio para que éste fuera, según decía, a cortejarla en su lugar: y esta inocente sencillez era más bien un rasgo positivo del carácter del moro que un motivo de vergüenza. Por esta razón no es de extrañar que, junto con Otelo (pero guardando la distancia que conviene a una esposa virtuosa), la gentil Desdémona confiara en Casio y lo quisiera. Y el matrimonio de la pareja no había hecho cambiar su comportamiento con Miguel Casio. Frecuentaba éste su casa y su charla, ágil y lúcida, representaba una variación que no desagradaba a Otelo, siendo él mismo de naturaleza más seria: puesto que a menudo se ha visto cómo aquellos temperamentos se complacen con sus opuestos para aliviar la opresión de su propia seriedad; y Desdémona y Casio conversaban y reían igual que en los tiempos en que él la cortejaba en nombre de su amigo.

Recientemente Otelo había conferido a Casio el grado de teniente, un puesto de confianza y muy cercano al gran general. Este ascenso ofendió grandemente a Yago, un oficial de más edad y que creía tener más merecimientos que Casio y que a menudo ridiculizaba a Casio diciendo que sólo servía para hacer compañía a las damas, sin que sus conocimientos del arte de la guerra o de disponer un ejército para la batalla fueran mayores que los de una niña. Yago odiaba a Casio y odiaba también a Otelo, tanto porque éste había favorecido a Casio como por la injusta sospecha, que abrigaba sin mayor fundamento, de que el moro sentía demasiada inclinación por la esposa de Yago, Emilia. Con estos motivos imaginarios, la tortuosa mente de Yago concibió una horrible maquinación de venganza que comprometería a Casio, al moro y a Desdémona, a quienes arrastraría a la ruina.

Yago era intrigante y había estudiado la naturaleza humana profundamente y sabía que, de todos los tormentos que pueden afligir la mente de un hombre (mucho más que la tortura física), el sufrimiento que

provocan los celos es el más insoportable y el aguijón más lacerante. Si conseguía que Otelo sintiera celos de Casio, le parecía que tan exquisita intriga sería su venganza, pues podría acabar con la muerte de Otelo o de Casio, o de ambos, cosa que le era indiferente.

La llegada del general y de su esposa a Chipre, donde había tenido noticia de la dispersión de la flota enemiga, fue motivo de una especie de festividad en la isla. Todos se entregaron a los festejos y a la alegría. El vino fluía en abundancia y no dejaban de alzarse las copas, brindando por el negro Otelo y por su esposa, la rubia Desdémona.

Aquella noche Casio estaba encargado de la guardia, y Otelo le había encomendado que evitara que los soldados se excedieran en la bebida para que no hubiera pendencias que atemorizaran a los habitantes, indisponiéndoles con las fuerzas recién desembarcadas. Ésa fue la noche que eligió Yago para comenzar a poner en práctica su elaborado plan de destrucción. Aparentando afecto y lealtad por el general, indujo a Casio a ser demasiado liberal en la bebida, lo que era una grave falta para un oficial que estaba de guardia. Casio resistió por algún tiempo, pero no pudo seguir rechazando la sincera cordialidad que Yago sabía cómo fingir, y despachó vaso tras vaso (mientras Yago lo entusiasmaba con la bebida y con canciones estimulantes) hasta que la lengua de Casio se desató en elogios por Desdémona, por la cual brindó repetidamente, afirmando que era la dama más exquisita, hasta que finalmente el enemigo que se había echado a la boca le robó la inteligencia y, provocado por un hombre que había sido instigado por Yago, salieron a relucir las espadas, y Montano, un oficial de grandes méritos, que intervino para apaciguar la disputa resultó herido en la refriega. Se generalizó entonces el desorden, y Yago, que había iniciado el conflicto, se adelantó a propagar la alarma, haciendo tañer las campanas del castillo (como si se tratara de un peligroso motín en vez de una pelea de borrachos); las campanas despertaron a Otelo, el cual se vistió apresuradamente y se dirigió al lugar de los sucesos, donde interrogó a Casio, preguntándole a qué se debía el alboroto. Casio había recobrado la lucidez, pues el efecto del vino comenzaba a disiparse, pero estaba demasiado avergonzado como para responder, y Yago, simulando grandes reparos en acusar a Casio, pero como si Otelo, con su insistencia por saber la verdad, lo forzara a hacerlo, explicó lo sucedido (sin mencionar su propia participación, que Casio no era capaz de recordar) en términos tales que, fingiendo atenuar la falta de Casio, de hecho la hizo aparecer mayor de lo que ésta había sido. El resultado fue que Otelo,

que era estrictamente respetuoso con la disciplina, se sintió obligado a despojar a Casio de su cargo de teniente.

De ese modo la primera intriga de Yago alcanzó un éxito completo; había conseguido poner en entredicho a su odiado rival, haciéndolo perder su puesto; pero de la aventura de aquella noche desastrosa todavía quedaba por hacer un uso más perverso.

Casio, a quien su desgracia había devuelto la sobriedad, se lamentó con su falso amigo Yago, diciendo que había sido tan necio que había llegado a comportarse como un animal. Estaba deshecho, porque ¿de qué modo podría pedir a su general que lo devolviera a su puesto? Este, sin duda, le echaría en cara que era un borracho. Se despreciaba a sí mismo. Yago, simulando aligerar la culpa, dijo que él, o cualquier ser viviente, podía emborracharse en algún momento y que ahora había que buscar la mejor solución para un mal asunto; la esposa del general se había convertido en general, puesto que podía conseguir cualquier cosa de Otelo; por eso lo mejor que podía hacer era recurrir a Desdémona para que ésta defendiera su causa ante su señor, dado que su actitud abierta y servicial la haría hacerse cargo de un favor de esa índole, haciendo que el general devolviera su favor a Casio; y, tras aquel malentendido, añadió Yago, seguro que su mutuo afecto saldría fortalecido. Si la intención no hubiera sido maligna, éste hubiera sido el consejo bueno de Yago, pero ya se verá lo que pretendía con él.

Casio siguió las recomendaciones de Yago y recurrió a Desdémona, que no era difícil de ganar si se trataba de una petición honesta. Ella le prometió a Casio que abogaría por él ante su marido y que antes estaba dispuesta a morir que a abandonar su causa. De inmediato se puso en acción, valiéndose de argumentos tan serios y afectuosos que Otelo, que estaba mortalmente enfadado con Casio, no pudo desoírle. Cuando él le dijo que necesitaría tiempo, pues aún era muy pronto para perdonar una falta de tal envergadura, ella no se doblegó, insistiendo en que lo perdonase la noche siguiente, o por la mañana o, a lo sumo, a la mañana siguiente. Entonces le hizo ver cuán humillado y arrepentido estaba el pobre Casio, y que su falta no merecía tanto rigor. Pero Otelo seguía reticente, y entonces ella dijo:

—Bien, mi señor, tengo muchas razones para rogar por Casio, Miguel Casio, el mismo que me cortejó en vuestro nombre y que a menudo, cuando os censuré por algo, él os defendió. Me parece que esto no es mucho pedir. Cuando desee de veras poner a prueba vuestro amor, será por un asunto de peso.

Otelo no podía negarse a tal solicitud y sólo pidió a Desdémona que dejara el plazo en sus manos, prometiéndole que Casio recuperaría su favor.

Casualmente, en el momento en que Otelo y Yago entraban en la habitación donde se encontraba Desdémona, Casio, que solicitaba su intervención, salía por la puerta opuesta; y Yago, cuyas argucias eran infinitas, dijo en voz baja y como para sí mismo:

—Esto no me gusta.

Otelo no prestó demasiada atención a su comentario y, desde luego, la conversación que sostuvo en seguida con su esposa lo borró de su mente, pero más tarde lo recordaría. Porque cuando Desdémona se hubo retirado, Yago, como para satisfacer su propia curiosidad, le preguntó a Otelo si Miguel Casio había sabido de su amor cuando cortejaba a Desdémona. El general le dio una respuesta afirmativa añadiendo que muy a menudo, durante su noviazgo, le había servido de intermediario. Yago hizo un gesto como si viera claro un asunto de gravedad y exclamó:

—Por supuesto.

Esto hizo que las palabras que Yago dejara caer cuando entraron a la habitación y encontraron a Casio con Desdémona volvieran a la mente de Otelo; entonces comenzó a pensar cuál sería el sentido de todo ello, porque consideraba que Yago era un hombre honesto, justo y afectuoso, y lo que en un bribón parecería artimaña en él aparecía como la conclusión lógica de una mente honrada que se encontraba con algo demasiado serio como para mencionarlo. Otelo le pidió a Yago que le dijera lo que sabía y que expresara hasta sus peores pensamientos.

—¿Qué pasaría —dijo Yago— si unos pensamientos muy viles se hubieran abierto camino hasta mi corazón, que es el lugar donde no deben entrar las falsedades?

Entonces Yago continuó diciendo que era una lástima que una observación equivocada pudiera provocar problemas a Otelo; que conocer sus pensamientos le quitaría la paz a Otelo; que el buen nombre de las personas no debía mancillarse con sospechas ligeras. Y cuando la curiosidad de Otelo hubo llegado casi hasta el paroxismo a causa de estas medias palabras e insinuaciones, Yago, como si estuviera seriamente preocupado por la paz del espíritu de Otelo, le pidió que se cuidara de los celos. Así, con esta única advertencia contra las sospechas, el villano se dio maña para despertar las sospechas del desprevenido Otelo.

—Sé —dijo Otelo— que mi esposa es bella y que le complacen la compañía y las diversiones; tiene facilidad de palabra, canta, juega y baila

bien, pero allí donde hay virtud estas cualidades son virtuosas. Antes de creerla deshonesto, debo tener pruebas.

Entonces Yago, como si se alegrara de que Otelo no se precipitara a pensar mal de su esposa, declaró francamente que carecía de pruebas, pero pidió a Otelo que observara con atención su conducta cuando Casio estaba próximo; que no se abandonara a los celos, pero que tampoco se sintiera demasiado seguro, porque él (Yago) conocía las inclinaciones de las damas italianas, sus compatriotas, mejor que Otelo, pues en Venecia las esposas tenían al cielo por testigo de muchas picardías que no se atreverían a confesar a sus esposos. Entonces insinuó maliciosamente que Desdémona había engañado a su padre al casarse con Otelo, guardando tan bien el secreto que el pobre anciano había creído que había sido obra de encantamientos. Otelo se sintió muy conmovido por este argumento que le atañía personalmente, pues, si había engañado a su padre, ¿por qué no habría de hacerlo con su marido?

Yago le pidió perdón por haberlo alterado, pero Otelo, fingiendo indiferencia, mientras en su interior las palabras de Yago lo tenían atenazado de dolor, le pidió a Yago que continuara, lo que éste hizo, disculpándose reiteradamente como si no quisiera decir nada contra Casio, a quien llamaba su amigo. Entonces llegó al meollo del asunto, recordándole a Otelo cómo Desdémona había rechazado muchas alianzas convenientes con hombres de su misma raza y costumbres, casándose con él, un moro, lo que demostraba una inclinación poco natural y gran obstinación; pero que, una vez recuperada la sensatez, era muy posible que le hubiera dado por comparar a Otelo con los jóvenes italianos, sus compatriotas de bellas formas y blanca tez. Finalizó recomendándole a Otelo que postergara un poco su reconciliación con Casio y que, mientras tanto, observara cuán diligentemente Desdémona intercedería en su favor, lo que sería muy significativo. Y el intrigante villano ¡con cuánta maldad tendió trampas para transformar las amables cualidades de la inocente dama en las herramientas de su propia destrucción, haciendo que su bondad se convirtiera en la red que la atraparía! Primero había instigado a Casio para que solicitara su mediación y ella, al interceder por él, precipitaría su ruina.

Al finalizar la entrevista, Yago le pidió a Otelo que creyera en la inocencia de su esposa, a menos que tuviera pruebas más contundentes; y Otelo le prometió conservar la paciencia, pero desde aquel momento, el engañado Otelo nunca más gozó de paz interior. Ni la infusión de amapolas, ni el jugo de la mandrágora, ni cualquier otra infusión conocida para provocar el sueño pudo devolverle el dulce reposo del que sólo el día anterior había disfrutado. Sus quehaceres lo enfermaban. Ya no le interesaban las armas. Su

corazón, que se inflamaba ante la vista de las tropas, los estandartes y los dispositivos para la batalla, y que solía saltar emocionado al oír un tambor o una trompeta o el relincho de un caballo de batalla, parecía haberse vaciado de todo el orgullo y la ambición que son las mayores virtudes del soldado; desapareció su ardor combativo y olvidó todos sus antiguos placeres. A veces creía que su esposa era honesta y a veces pensaba que no lo era; a veces creía que Yago tenía razón y a veces pensaba que era injusto; entonces deseaba no haber oído hablar nunca del asunto; no le importaría que ella amase a Casio con tal que él (Otelo) no lo supiera. Destrozado por esos pensamientos enloquecedores, una vez cogió a Yago por el cuello, exigiéndole que probara la culpa de Desdémona, amenazándole con una muerte instantánea por calumniarla. Yago, fingiendo estar indignado porque su honestidad había sido tomada por malicia, le preguntó a Otelo si no había visto un pañuelo con dibujos de fresas que su esposa acostumbraba llevar en la mano. Otelo le respondió que él se lo había regalado, siendo aquél su primer obsequio.

—Ese mismo pañuelo —dijo Yago— lo he visto en las manos de Miguel Casio, que se secaba el rostro con él.

—Si es como decís —dijo Otelo—, no tendré descanso hasta destruirlos con mi venganza. Primero, y como prueba de vuestra fidelidad, deseo que Miguel Casio muera antes de tres días; y en cuanto a ese demonio —dijo refiriéndose a su esposa—, ya me encargaré yo de encontrar un medio eficaz para darle muerte.

Detalles tan inconsistentes como el aire, para el que sufre de celos, se convierten en pruebas tan indudables como las santas escrituras. Un pañuelo de su esposa que había sido visto en las manos de Casio, para el engañado Otelo resultaba motivo suficiente para condenar a ambos a muerte, sin preguntarse ni por un instante cómo había llegado éste a manos de Casio. Pues Desdémona jamás se lo había regalado a Casio, ni esta fiel dama hubiera injuriado a su esposo cometiendo una acción tan grosera como la de dar sus regalos a otro hombre; tanto Casio como Desdémona eran inocentes de cualquier falta contra Otelo; pero el malvado Yago, cuyo espíritu nunca descansaba cuando se trataba de proyectar felonías, había hecho que su esposa (una mujer buena, pero débil) robara el pañuelo a Desdémona, pretextando que quería copiar el bordado, pero en realidad para dejarlo caer al paso de Casio, y éste lo había encontrado, proporcionando a Yago la justificación para decir que era un regalo de Desdémona.

Otelo, en cuanto se encontró con su mujer, simuló sufrir un dolor de cabeza (cosa que era más que probable) y le pidió que le diera su pañuelo para

ponérselo en la sien. Ella se lo dio.

—Éste no dijo Otelo—, sino el que yo te regalé.

Desdémona no lo tenía (pues como ya hemos dicho, se lo hablan robado).

—¿Cómo? dijo Otelo—. Esto es grave. Ese pañuelo se lo dio a mi madre una mujer egipcia. La mujer era bruja y podía leer el pensamiento. Le dijo a mi madre que mientras lo conservara resultaría atractiva y mi padre la amaría, pero que si lo perdía o si lo daba, la inclinación de mi padre sufriría un vuelco y tanto como la había amado, luego la repudiaría. En su lecho de muerte me lo entregó, para que, si llegaba a casarme, se lo diera a mi mujer. Y eso es lo que hice. Tomadlo en cuenta y que os resulte un tesoro tan precioso como vuestros ojos.

—¿Es posible? —preguntó la asustada dama.

—Así es —continuó Otelo—. Es un pañuelo mágico; una sibila, que habita este mundo desde hace doscientos años, lo hizo en un arranque de inspiración profética; los gusanos que hicieron la seda estaban encantados y la tiñeron con corazones disecados de doncellas muertas hace muchísimos años.

Al conocer las virtudes maravillosas del pañuelo, Desdémona casi se murió de miedo, pues sabía que lo había perdido y, con él, temía haber perdido también el amor de su esposo. Entonces Otelo, con ademán violento, le volvió a pedir el pañuelo, que ella no pudo encontrar, tratando entonces de distraer a su esposo para que no pensara en cosas tan graves. En tono desenfadado le dijo que sabía que la charla sobre el pañuelo tenía el único fin de distraerla de su petición en favor de Miguel Casio, a quien comenzó a alabar (tal como había pronosticado Yago) hasta que Otelo, totalmente fuera de sí, salió de la sala y entonces Desdémona, aunque con reticencia, comenzó a pensar que su señor estaba celoso.

No sabía qué motivos podría haberle dado, y entonces se culpó por acusar al noble Otelo y se consoló pensando que habría recibido noticias adversas de Venecia o que su espíritu estaría perturbado por algún problema de estado y por eso su carácter ya no era tan dulce como antes. Y se dijo: «Los hombres no son dioses y cuando están casados no debemos esperar el mismo comportamiento que cuando nos cortejan.» Y se culpó por haber juzgado con dureza su malhumor.

Cuando Desdémona y Otelo volvieron a encontrarse, él la acusó con más claridad de infidelidad y de querer a otro hombre, pero no dijo a cuál, y Otelo lloró, y Desdémona le dijo:

—Ay, triste día. ¿Por qué lloráis?

Y Otelo le respondió que podía haber soportado toda clase de desgracias con fortaleza: pobreza, enfermedades, infelicidad; pero que su infidelidad le destrozaba el corazón; y la llamó mala hierba de aspecto tan bello y dulce fragancia que hacía perder la cordura. Deseó que nunca hubiese nacido. Y cuando quedó a solas, la inocente señora estaba tan estupefacta por las falsas sospechas de su señor, que se apoderó de ella un profundo sopor, y sólo pudo pedir a sus criados que le prepararan el lecho con sus sábanas nupciales y dijo que cuando las personas mayores enseñan a los niños, lo hacen cuidadosamente, dándoles tareas fáciles de cumplir, y que Otelo podía haberla reprendido en esa forma; pues si la reprendía, la trataba como a un niño; la amable señora sólo expresó su queja con esas palabras.

Desdémona se retiró a descansar, esperando que su señor la siguiera, pero pronto cayó en un letargo causado por la confusión de su espíritu; entonces Otelo entró en la habitación, poseído por el oscuro propósito que lo obsesionaba de dar muerte a su esposa. Pero al verla dormida pensó que no derramaría su sangre ni dañaría su piel más blanca que el alabastro. Pero estaba decidido a darle muerte; de otro modo (se dijo) viviría para traicionar a más hombres, como ya lo había traicionado a él. Entonces la besó por última vez (dijo) y el beso resultó tan dulce que no pudo evitar el besarla una vez más, y lloró, diciendo que eran unas lágrimas crueles.

Sus besos despertaron a Desdémona, que miró a Otelo y notó que se mordía el labio inferior y que sus ojos se desorbitaban como siempre que se enfrentaba a un hecho fatal; él le pidió que se preparara para morir y que dijera sus plegarias, porque no destruiría su alma. Y la inocente esposa, enteramente a su merced, le rogó que tuviera compasión de ella y que le dijera cuál había sido su falta. Y entonces él pronunció el nombre de Casio y mencionó el pañuelo que (según dijo) ella le había dado; y cuando la inocente señora estaba tratando de demostrar su inocencia, de repente él no quiso oír más, y cubriéndola con las mantas, la privó de aire hasta ahogarla.

En aquel momento, Casio, herido y sangrando, pues Yago había ordenado a uno de sus secuaces que lo asesinara, fue conducido a la residencia de Otelo; pero el esbirro no había conseguido matar a Casio (a quien había herido, aunque no de muerte). Para evitar que lo delatara, Yago le había dado muerte, pero en los bolsillos le encontraron ciertas cartas que probaban la culpabilidad de Yago y la inocencia de Casio sin sombra de duda; Casio entonces le pidió perdón a Otelo, preguntándole en qué le había faltado para merecer que se valiera de Yago para asesinarlo.



Esta revelación golpeó a Otelo como un rayo y, en aquel momento, comprendió claramente que no se había comportado mejor que un asesino y que su esposa (pobre mujer inocente) siempre le había sido fiel. La insufrible angustia que le produjo este descubrimiento le hizo imposible seguir viviendo y se dejó caer sobre su espada y, arrojándose sobre el cuerpo sin vida de su querida esposa, murió.

Estos terribles sucesos despertaron el horror y el asombro de los observadores, pues Otelo se había ganado una gran reputación; y hasta que fuera manipulado por las artimañas de un villano, de quien su noble naturaleza le impidió sospechar, había sido un esposo tierno y enamorado. Había amado imprudentemente, pero demasiado, y sus ojos de varón (cuando comprendió su error), aunque no estaban acostumbrados a llorar por pequeñeces, derramaron lágrimas que cayeron con tanta abundancia como la goma del árbol arábigo. Y después de su muerte se recordaron sus actos de valor y sus antiguos méritos. Su sucesor ya no pudo hacer más que aplicar el máximo rigor de la ley contra Yago, que fue ejecutado haciéndole sufrir terribles torturas; y hacer llegar al estado de Venecia la noticia de la lamentable muerte de su renombrado general.

## *Pericles, príncipe de Tiro*

Pericles, príncipe de Tiro, se exilió voluntariamente de sus dominios para evitar las espantosas calamidades que Antíoco, el perverso emperador de Grecia, amenazaba hacer sufrir a sus súbditos y a la ciudad de Tiro, como venganza porque el príncipe descubriera un hecho reprobable que el emperador había cometido ocultamente; cosa que sucede habitualmente cuando se descubren los secretos crímenes de los poderosos. Dejando en manos de su honesto y capaz ministro Helicano el gobierno de su pueblo, Pericles se dirige por mar a Tiro, con la idea de ausentarse hasta que la cólera de Antíoco, que era poderoso, se hubiera apaciguado.

El primer lugar a donde el príncipe dirigió su curso fue Tarso, y habiendo sabido que por entonces la ciudad de Tarso sufría una calamitosa hambruna, llevó con él grandes cantidades de provisiones para prestarles ayuda. A su llegada encontró que la ciudad estaba sumida en la mayor penuria y que él llegaba como mensajero del cielo con sus inesperados socorros; Cleón, el gobernador de Tarso, lo recibió expresándole su infinito agradecimiento. Pericles no llevaba muchos días en este lugar cuando llegaron cartas enviadas por su fiel ministro que le advertían que no era seguro para él residir en Tarso, pues Antíoco estaba informado de su paradero y secretamente había enviado emisarios para que le quitaran la vida. Al recibir estas cartas, Pericles nuevamente se hizo a la mar, entre las bendiciones y las oraciones de todo un pueblo al cual su generosidad había dado de comer.

No había llegado muy lejos cuando su velero fue alcanzado por una espantosa tormenta y todos los tripulantes murieron, excepto Pericles, a quien las olas arrojaron sobre una playa desconocida, completamente desnudo, donde no tardó en ser encontrado, mientras caminaba sin rumbo, por unos pobres pescadores que lo invitaron a sus hogares, proporcionándole ropas y provisiones. Los pescadores le dijeron a Pericles que aquella tierra se llamaba Pentápolis y que su rey era Simónides, a quien se acostumbraba llamar «el buen Simónides», a causa de su buen gobierno y de, su pacífico reinado. Por ellos supo que el rey Simónides tenía una hija joven y bella, cuyo cumpleaños

se celebraría al día siguiente, por lo que se había organizado en la corte un gran torneo al que acudirían numerosos príncipes y caballeros venidos de todos los lugares para probar sus habilidades con las armas, y ganar el amor de Taisa, la linda princesa. Mientras el príncipe escuchaba este relato, secretamente lamentaba la pérdida de su excelente armadura, lo que le impedía unirse a los valerosos caballeros; pero entonces se presentó otro pescador que traía una armadura completa que había sacado del mar con su red, que resultó ser la misma armadura que Pericles había perdido. Cuando Pericles vio su propia armadura, dijo:

—Gracias, Fortuna; después de tantas pruebas me das algo que me hace reponerme. Esta armadura me fue legada por mi difunto padre, y en recuerdo de su querido nombre la he tenido en tanta estima que, dondequiera que iba, la llevaba conmigo; y el embravecido mar que me la quitó, habiéndose calmado, me la ha devuelto, cosa que le agradezco ya que, ahora que he recuperado el obsequio de mi padre, mi naufragio no me parece una desgracia.

Al día siguiente Pericles, llevando la armadura de su valiente padre, se dirigió a la corte real de Simónides, donde realizó proezas en el torneo, derrotando con facilidad a todos los caballeros y valientes príncipes que competían con él, con las armas, para conquistar el amor de Taisa. Cuando los guerreros valientes compiten en un torneo por el amor de la hija de un rey, si uno se impone como el único vencedor sobre los demás, era lo acostumbrado que la gran señora en cuyo honor se realizaban estos actos de valentía otorgara su respeto al ganador; y Taisa no dejó de hacer honor a la costumbre, pues rechazó a todos los príncipes y caballeros derrotados por Pericles y, distinguiéndolo con un favor especial, le puso la corona que lo designaba rey de tan feliz día; y Pericles se enamoró apasionadamente desde el momento en que posó sus ojos en la bella princesa.



El buen Simónides quedó tan bien impresionado por el valor y las nobles virtudes de Pericles, que sin duda era un caballero muy cabal y con grandes conocimientos de todas las artes excelentes, que, aun sin conocer el rango del real forastero (ya que Pericles, por temor a Antíoco, dijo que era sólo un caballero de Tiro), no se opuso a que el valiente desconocido se convirtiera en su yerno, cuando no le cupo duda de que su hija lo había distinguido con su amor.

Pericles llevaba casado con Taisa sólo unos pocos meses, cuando le llegó la noticia de que su enemigo Antíoco había muerto y que, impacientes por su larga ausencia, sus súbditos de Tiro amenazaban con sublevarse hablando de poner a Helicano en el trono vacante. El mismo Helicano le hizo llegar estas noticias, pues era un súbdito fiel a su señor y no estaba dispuesto a aceptar la alta dignidad que le ofrecían, e hizo que Pericles conociera sus intenciones, ahora que podía regresar y recobrar sus derechos. Para Simónides representó una gran sorpresa y alegría saber que su yerno (el oscuro caballero) era el renombrado príncipe de Tiro; pero también lamentó que no fuera sólo el caballero que él supusiera, viendo que tendría que separarse de su admirado yerno y de su adorada hija, a quien temía exponer a los peligros del mar porque Taisa estaba embarazada; y el mismo Pericles le pidió que se quedara con su padre hasta que diera a luz, pero la pobre señora deseaba tan sinceramente partir junto con su esposo, que acabaron por acceder, esperando llegar a Tiro antes de que diera a luz.

El mar no era un elemento benigno para el desgraciado Pericles, pues mucho antes de llegar a Tiro se levantó una terrible tempestad, que aterrorizó tanta a Taisa que ésta se sintió indispuesta y, antes de que transcurriera mucho tiempo, su aya Licórida se acercó a Pericles trayendo una niña entre sus brazos, dando al príncipe la triste noticia de que su esposa había muerto en el momento de dar a luz. Mostrando la niña a su padre, dijo:

—Este ser es demasiado joven para un lugar así. He aquí la criatura de vuestra difunta reina.

No hay palabras que puedan describir el espantoso sufrimiento de Pericles al enterarse de que la reina había muerto. En cuanto pudo hablar, dijo:

—¡Oh, dioses! ¿Por qué nos hacéis amar vuestros dones divinos, para arrebatárnoslos después?

—Resignación, mi buen señor —dijo Licórida—. He aquí una parte viviente de vuestra reina muerta, una hijita, y por bien de la niña debéis comportaros como un hombre. Resignación, buen señor, por el bien de esta preciosa carga.

Pericles tomó a la recién nacida en sus brazos y le dijo:

—Que en el futuro tu vida sea dulce, ya que nunca una criatura tuvo un nacimiento más tempestuoso. Que en el futuro tus cualidades sean apacibles y amables, pues al llegar al mundo has tenido el recibimiento más violento que jamás tuvo una hija de príncipe. Que tu futuro sea feliz, ya que tu nacimiento ha sido anunciado, cuando aún estabas en el útero, por el fuego, el aire, el agua, la tierra, el cielo, enfurecidos. Desde tu llegada al mundo tu pérdida, la muerte de tu madre, es mayor que todas las alegrías que, a manera de recompensa, pueda ofrecerte este mundo al cual acabas de llegar.

La tormenta seguía azotando furiosamente y los marineros, que tenían la superstición de que, mientras hubiera un muerto a bordo la tormenta jamás amainaría, hablaron con Pericles para pedirle que la reina fuera arrojada al mar.

—Coraje —le dijeron—, y que Dios nos proteja.

—Valor no me falta —dijo el doliente príncipe—. No temo la tormenta, que ya no puede hacerme un daño mayor; sin embargo, por amor a esta pobre niña, esta nueva navegante, quisiera que se calmase la tempestad.

—Señor —dijeron los marineros—, la reina tiene que ser arrojada al mar. El mar levanta sus olas y el viento ruge; la tormenta no amainará hasta que nos hayamos deshecho de la muerta.

Aunque Pericles sabía que esta superstición era infundada, aceptó resignado, diciendo:

—Se hará lo que os parezca mejor. Que arrojen al mar a la infortunada reina.

Y entonces el desdichado príncipe fue a ver por última vez a su querida esposa, y mientras contemplaba a su Taisa, dijo:

—Terrible lecho has tenido para dar a luz, querida; sin luz ni fuego; los elementos enemigos te olvidaron completamente, y no puedo llevarte a la tumba con bendiciones; en precario ataúd serás arrojada al mar, donde el monumento que honre tus huesos serán las aguas arremolinadas que cubrirán tu cuerpo, que reposará junto a humildes caracolas. ¡Oh, Licórida!, pedid a Néstor que me traiga especias, tinta, papel y mi cofre de joyas y que Nicandor me traiga el féretro de raso. Deja al bebé sobre ese almohadón y date prisa, Licórida, mientras yo digo una oración de despedida a mi Taisa.

Trajeron a Pericles una caja grande en la cual (envuelta en un sudario de raso) tendió a su reina, esparciendo sobre ella especias aromáticas, y junto a ella puso valiosas joyas y un papel que decía quién era y en el que rogaba que, si por fortuna alguien encontraba la caja que contenía el cuerpo de su esposa,

le diera sepultura. Entonces, con sus propias manos arrojó la caja al mar. Una vez calmada la tempestad, Pericles ordenó a los marineros que pusieran rumbo a Tarso.

—Porque —dijo Pericles— la niña no podrá resistir hasta que lleguemos a Tiro. La dejaré en Tarso, donde estará bien cuidada.

Tras aquella tempestuosa noche en que Taisa fuera arrojada al mar y cuando comenzaba a amanecer, Cerimón, distinguido caballero de Efeso y excelente médico, se encontraba a la orilla del mar, cuando sus criados le trajeron una caja que, según le dijeron, había sido arrojada a la playa por las olas.

En mi vida he visto una ola más grande que la que dejó esta caja en la playa —dijo uno de ellos.

Cerimón ordenó que llevaran la caja a su casa y, cuando la abrió, contempló con sorpresa el cuerpo de una joven muy bella, y las fragantes especias y el cofre con joyas le hicieron comprender que quien fuera así guardada debía de ser alguien de alcurnia; siguió investigando y descubrió el papel y supo que el cuerpo que yacía como muerto ante él había sido el de una reina, la esposa de Pericles, príncipe de Tiro. Y muy sorprendido por lo insólito del caso y sintiendo un sincero pesar por el esposo que había perdido a una dama tan dulce, dijo:

—Si estás vivo, Pericles, tu corazón se estará destrozando de dolor.

Entonces observó atentamente el rostro de Taisa y vio que su aspecto era muy fresco y distinto al de la muerte.

—Os arrojaron al mar con demasiada prisa —dijo, pues no le pareció que estuviera muerta.

Ordenó que se hiciera fuego y que se trajeran los cordiales adecuados y también que se interpretara una dulce música para que ayudara a calmar la estupefacción de su espíritu, si se reanimaba; y a quienes la rodeaban, maravillados ante lo que veían, les dijo:

—Por favor, señores, dadle aire; esta reina vivirá; no ha estado inerte más de cinco horas; mirad cómo comienza a volver a la vida; está viva; observad, sus párpados se mueven; esta bella criatura vivirá para hacernos llorar al conocer su aventura.

Taisa nunca había estado muerta, pero cuando nació su hijita había caído en un profundo desvanecimiento que hizo que cuantos la vieron la creyeran muerta; y ahora, gracias a los cuidados del buen caballero, había revivido para volver a gozar de la luz del sol.

—¿Dónde estoy? —preguntó al abrir los ojos—. ¿Dónde está mi señor? ¿Qué mundo es éste?

Con mucho cuidado Cerimón le hizo saber lo que le había ocurrido y, cuando consideró que ya estaba suficientemente fortalecida como para soportar la vista del papel escrito por su esposo, se lo mostró, y también las joyas.

—Es la escritura de mi señor —dijo, mirando el papel—. Recuerdo bien que embarcamos, pero cuándo nació mi criatura, por todos los dioses, no lo recuerdo con seguridad. Pero puesto que ya nunca volveré a ver a mi esposo, vestiré la túnica de las vestales y nunca más seré feliz.

—Señora —dijo Cerimón—, si tenéis el propósito que decís, el templo de Diana está a corta distancia de aquí; allí podréis recogeros como vestal. Es más, si os parece, una sobrina mía os asistirá en ese lugar.

Taisa aceptó la proposición, agradecida, y una vez que estuvo toda mente repuesta, Cerimón la dejó en el templo de Diana, donde se convirtió en vestal o sacerdotisa de esa diosa, pasando sus días lamentando la supuesta pérdida de su esposo y entregada a los más severos ejercicios de culto que se observaban por aquel entonces.

Pericles llevó a su hijita (a quien puso por nombre Marina, por haber nacido en el mar) a Tarso, con el propósito de dejarla con Cleón, el gobernador de la isla, y con su mujer Dionisia, pensando que, por el favor que les había hecho en la época del hambre, cuidarían bondadosamente de su hijita huérfana de madre. Cuando Cleón vio al príncipe Pericles y supo la gran desgracia que había sufrido, dijo:

—¡Oh, vuestra dulce reina; hubiera querido el cielo que hubierais podido traerla hasta aquí para bendecir mis ojos contemplándola!

Pericles replicó:

—Estamos a merced de los poderes superiores. Aunque me enfureciera y rugiera como el mar en cuyo fondo reposa Taisa, finalmente todo seguiría siendo como es. Debo encargáros que, por caridad, os hagáis cargo de esta hijita mía, Marina. Tan pequeña debo entregarla a vuestros cuidados; os ruego que le deis la educación que corresponde a una princesa —y volviéndose hacia la mujer de Cleón, Dionisia, continuó—: Buena señora, dadme la bendición de cuidar de mi hija.

Y ella respondió:

—También tengo una criatura que, en lo que a mí respecta, no será más querida por mí que la vuestra, mi señor.

Y Cleón hizo una promesa parecida, diciendo:



Vuestros nobles servicios, príncipe Pericles, cuando alimentasteis a todo mi pueblo con vuestro trigo (por lo cual os recuerdan diariamente en sus plegarias) serán recompensados en vuestra hija. Si descuidara a vuestra hija, todo mi pueblo, que recibió vuestro auxilio, me obligaría a cumplir con mi deber; pero si necesito ser espoleado a ello que los dioses tomen venganza en mí y en los míos hasta el fin de las generaciones.

Pericles habiendo recibido tales promesas de que su hija sería cuidadosamente criada, la dejó bajo la protección de Cleón y de su esposa Dionisia, y con ella dejó a la niñera Licórida. Cuando él hubo partido, la pequeña Marina no supo su pérdida, pero Licórida lloró amargamente al tener que separarse de su real amo.

—Basta de lágrimas, Licórida —dijo Pericles—. No llores; mira a tu pequeña señora, de cuya gracia dependerás de aquí en adelante.

Pericles llegó a Tiro sin dificultades y una vez más tomó posesión de su trono, estando la situación en calma, mientras su doliente reina, a quien creía muerta, permanecía en Efeso. La pequeña Marina, a la cual su desdichada madre no alcanzara a ver, fue criada por Cleón, recibiendo la educación adecuada a su noble nacimiento. Éste le dio la educación más esmerada, de manera que cuando Marina llegó a los catorce años, ni los más letrados tenían una sabiduría tan grande, para aquella época, como Marina. Cantaba como una criatura inmortal y danzaba como una diosa, y era tan hábil con la aguja, que parecía reproducir las verdaderas formas de la naturaleza en sus pájaros, frutas o flores y las rosas naturales se parecían unas a otras casi tanto como a las rosas de seda de Marina. Pero cuando la educación la hizo adquirir tantos talentos que hacían la maravilla de todos, Dionisia, la esposa de Cleón, se convirtió en su enemiga mortal debido a los celos, porque su propia hija tenía pocas luces y no era capaz de alcanzar la perfección que hacía destacarse a Marina. Y, como todas las alabanzas eran para Marina, mientras que su hija, que tenía la misma edad y que había sido educada con tanto esmero como Marina, aunque no con los mismos resultados, en comparación con ella quedaba postergada, concibió un proyecto para quitar a Marina de en medio, con la vana esperanza de que su mediocre hija sería más respetada cuando Marina hubiera desaparecido. Con ese fin contrató a un hombre para que asesinara a Marina y esperó la ocasión para consumir su perverso propósito, que se presentó cuando Licórida, la fiel aya, acababa de morir. Dionisia discutía con el hombre a quien había encargado el asesinato, mientras Marina lloraba la pérdida de Licórida. Leonine, el hombre empleado para cometer la vil acción, aunque era un hombre muy perverso, no terminaba de estar de

acuerdo en cometerla, hasta tal punto Marina había conquistado el amor de todos los corazones.

—Es una criatura tan encantadora —dijo.

—Lo que la hace más adecuada para reunirse con los dioses —replico su despiadada enemiga—. Aquí se acerca llorando por la muerte de su aya Licórida. ¿Estáis dispuesto a obedecerme?

—Estoy dispuesto —respondió Leonine, que temía desobedecerla.

Y así, con esta breve frase, la incomparable Marina fue sentenciada a una muerte prematura. Ya estaba cerca de ellos, llevando un cesto de flores en la mano, que dijo que iba a poner diariamente sobre la tumba de la buena Licórida. Las moradas violetas y las doradas caléndulas formarían una alfombra sobre su tumba mientras durara el verano.

—¡Ay de mí! —dijo—. Soy una doncella desdichada que nació en la tempestad en que muriera mi madre. Para mí el mundo es como una permanente tempestad que me aleja de mis amigos.

—Vamos, Marina —dijo la hipócrita Dionisia—, ¿lloras a solas? ¿Por qué mi hija no está contigo? No te apenes por Licórida. En mí también tienes un aya. A tu belleza le perjudica esta inútil tristeza. Vamos, dame las flores, la brisa marina las marchitará, y ve de paseo con Leonine. El aire fresco te reanimará. Tómala del brazo, Leonine, y camina con ella.

—No, señora —dijo Marina—, os ruego que no me hagáis que os prive de vuestro sirviente.

Pues Leonine era uno de los criados de Dionisia.

—Vamos, vamos —dijo la astuta mujer, que buscaba un pretexto para dejarla a solas con Leonine—. Quiero al príncipe, tu padre, y también te quiero a ti. Todos los días esperamos que tu padre se presente aquí; y cuando venga y encuentre que la tristeza te tiene tan alejada del dechado de belleza que le hemos dicho que eres, pensará que no nos hemos ocupado bastante de ti. Ve a dar un paseo, por favor, y recupera la alegría. Cuida tu belleza, que es capaz de robar el corazón a jóvenes y ancianos.

Ante tanta insistencia, Marina dijo:

—Bueno, iré, aunque no tengo ganas de hacerlo.

Al alejarse, Dionisia le gritó a Leonine:

—*Recordad lo que he dicho.*

Terribles palabras, pues querían decir que no olvidara dar muerte a Marina.

Marina miró hacia el mar, donde había nacido y preguntó:

—¿Sopla el viento del oeste?

—Del sudoeste —respondió Leonine.

—Cuando nació soplaban viento del norte —dijo ella. Y entonces la tempestad, las tristezas de su padre y la muerte de su madre invadieron su mente y continuó—: Mi padre, según me contó Licórida, nunca tuvo miedo y gritaba a los marineros: «Valor, buenos marinos», mientras se hería sus principescas manos con los cabos y, sujetando los mástiles, soportó una marea que casi partió el casco.

—¿Cuándo sucedió todo esto? —preguntó Leonine.

—Cuando yo nació —replicó Marina—. Nunca el viento y las olas fueron más violentas.

Entonces describió la tormenta, el ajetreo de los marineros, el silbido del contramaestre y las grandes voces del capitán que —dijo— aumentaban la confusión de la tripulación. Tantas veces Licórida le había contado a Marina la historia de su dramático nacimiento, que estas cosas siempre estaban presentes en su imaginación. Pero en aquel momento la interrumpió Leonine, que le pidió que dijera sus plegarias.

—¿Qué queréis decir? —le preguntó Marina, que comenzaba a tener miedo, sin saber de qué.

—Si necesitáis unos momentos para la oración, os los concedo —dijo Leonine—, pero no os demoréis; los dioses tienen el oído pronto y yo he jurado que cumpliría mi cometido con premura.

—¿Me mataréis? —le preguntó Marina—. ¡Ay de mí! ¿Por qué?

—Para complacer a mi señora —respondió Leonine.

—¿Por qué me quiere muerta? —preguntó Marina—. De lo que recuerdo, no la he ofendido en toda mi vida, ni he hecho daño a ninguna criatura viviente. Creedme que nunca he matado a un ratón, ni he tocado a una mosca. Sin quererlo, una vez pise a un gusanillo, pero lloré por ello. ¿Cuál ha sido mi ofensa?

El asesino respondió:

—No tengo el encargo de discutir sobre ello, sino de llevarlo a cabo.

Y se disponía a acabar con ella, cuando justo en esos momentos aparecieron unos piratas que, viendo a Marina, la hicieron prisionera, llevándosela como botín a su barco.

El pirata que había apresado a Marina la llevó a Mitilene y la vendió como esclava. Y allí, pese a su humilde condición, Marina no tardó en ser conocida tanto por su belleza como por sus muchas cualidades. Y la persona que la compró ganó tanto dinero con ella, que se hizo rica. Enseñaba música, danza y delicados trabajos de aguja y el dinero que recibía por sus enseñanzas

era para sus amos; y la fama de sus conocimientos y de su diligencia llegó a oídos de Lisímaco, el joven noble que gobernaba en Mitilene. Y Lisímaco fue personalmente a la casa donde vivía Marina para conocer a aquel dechado de cualidades a quien toda la ciudad prodigaba tan grandes alabanzas. Su conversación deleitó infinitamente a Lisímaco, pues aunque había oído muchas cosas sobre la admirada doncella, no esperaba descubrir que fuera una dama tan sensata, tan virtuosa y tan buena como le pareció Marina; y la dejó, deseándole que perseverara en su curso diligente y virtuoso y le dijo que si alguna vez volvía a tener noticias de él, sería para su bien. Lisímaco consideró que Marina era un milagro de sensatez, buena educación y excelentes cualidades y admirables su aspecto y su belleza y hubiera deseado casarse con ella y, pese a su humilde condición, esperaba descubrir que era de noble cuna; pero siempre que se le preguntaba por su familia se quedaba inmóvil en su silla y se echaba a llorar.

Mientras tanto, en Tarso, Leonine, temiendo la cólera de Dionisia le dijo que había matado a Marina, y la perversa mujer anunció 'su muerte, simulando que se le hacía un funeral, erigiendo un monumento en su memoria. Poco después Pendes, acompañado por su ministro real, Helicano, viajó de Tiro a Tarso con el propósito de ver a su hija y de llevarla a casa con él. Y como no la había visto desde que, siendo tan pequeña, la había dejado al cuidado de Cleón y de su esposa, era muy grande la alegría del buen príncipe ante la perspectiva de encontrarse con la querida criatura, hija de su difunta reina. Pero cuando le dijeron que Marina había muerto, mostrándole el monumento que habían erigido en su memoria, fue enorme el sufrimiento del desdichado padre e, incapaz de soportar la visión del país donde estaba enterrada su última esperanza y único recuerdo de su querida Taisa, volvió a su barco y se alejó velozmente de Tarso. Desde el día en que embarcó, hizo presa de él una infinita y terrible melancolía. No volvió a hablar y parecía totalmente insensible a cuanto lo rodeaba.

Navegando de Tarso a Tiro, el barco pasó por Mitilene, donde habitaba Marina; y Lisímaco, el gobernador del lugar, observó desde la playa el velero real y, deseando saber quién iba a bordo, para satisfacer su curiosidad se acercó al barco en una balsa. Helicano lo recibió muy cortésmente y le contó que el velero venía de Tiro y que volvían allí con Pericles, su príncipe.

—Un hombre —explicó Helicano— que en estos tres meses no le ha dirigido la palabra a nadie, ni se ha alimentado más que lo justo para prolongar su pesar. Sería tedioso relatar la historia de su mal, pero la causa principal se debe a la muerte de una hija y de una esposa bienamada.

Lisímaco rogó que lo llevara ante el doliente príncipe, y cuando contempló a Pericles, dedujo que antaño había sido apuesto, y le dijo:

—¡Salud, rey, que los dioses os guarden! ¡Salud, rey!

Pero Lisímaco le habló en vano; Pericles no respondió, ni pareció notar que estaba en presencia de un desconocido. Entonces Lisímaco recordó a la sin par Marina, que con sus dulces palabras podría tener la suerte de obtener alguna respuesta del príncipe. Y con el consentimiento de Helicano, mandó a buscar a Marina, la cual, al llegar al barco donde su propio padre permanecía inmovilizado por el dolor, fue recibida como si hubieran sabido que era su princesa.

—Es una noble dama —exclamaron.

Lisímaco, muy satisfecho al oír su comentario, dijo:

—Es tan excepcional, que si estuviese seguro de que es noble, no querría a otra más que a ella por esposa y pensaría que había recibido una bendición del cielo.

Entonces se dirigió a ella en términos muy corteses, como si la humilde doncella hubiese sido la noble dama que él deseaba que fuera y la llamó *buena y bella Marina*, y le contó que un gran príncipe que estaba a bordo se hallaba sumido en un triste y luctuoso silencio y, como si Marina tuviera el poder de dar salud y felicidad, le rogó que intentara curar al regio forastero de su melancolía.

—Señor —dijo Marina—. Usaré todas mis habilidades para conseguir su restablecimiento, siempre que los únicos que estemos con él seamos mi doncella y yo.

Ella, que había tenido tanto cuidado en ocultar su origen en Mitilene, pues tenía vergüenza de confesar que alguien de origen real había llegado a convertirse en esclava, comenzó por hablar a Pericles sobre los extraños cambios de fortuna que ella misma había sufrido y de qué encumbrada posición había caído. Y como si hubiera sabido que estaba ante su real padre, toda su conversación versó sobre sus propias penurias; pero la razón para actuar así era que sabía que no había nada mejor para atraer la atención de un desdichado que el relato de alguna triste calamidad comparable a la suya. El sonido de su dulce voz despertó al aletargado príncipe; levantó los ojos, que durante tanto tiempo habían permanecido fijos e inmóviles; y Marina, que era la imagen misma de su madre, apareció ante sus asombrados ojos exactamente igual a su difunta reina. Y una vez más pudo oírse la voz del príncipe largamente silencioso.

Mi queridísima esposa —dijo Pericles, despertando— era como esta doncella, y así también sería mi hija. Las rectas cejas de mi reina, su estatura, su porte erguido, su voz argentina y sus ojos como una joya. ¿Dónde vives, joven doncella? Dime cuál es tu familia. Creo que has dicho que tu fortuna ha ido de mal en peor y que te parecía que tus penas igualarían a las mías, si pudiéramos confrontarlas.

—Dije algo parecido —respondió Marina—, y no dije nada más que lo que mi pensamiento me dictó como cierto.

—Cuéntame tu historia —le pidió Pericles—. Si veo que has sufrido la milésima parte de mis desdichas, querrá decir que has llevado tus pesares como un hombre, y yo como una mozuela; y en verdad pareces una Paciencia que contempla la tumba de los reyes y que sonríe a los infortunios. ¿Cómo perdiste tu nombre, bondadosa virgen? Cuéntame tu historia, te lo ruego. Ven, siéntate junto a mí.

Pericles sufrió un sobresalto cuando ella dijo que su nombre era *Marina*, pues sabía que no era un nombre común, habiéndolo él mismo inventado para indicar que su hija había *nacido en el mar*.

—Te burlas de mí —dijo él—, y te ha enviado hasta mí la cólera de algún dios, para que el mundo se ría de mí.

—Paciencia, buen señor —dijo Marina—, o no seguiré adelante.

—No —dijo Pericles—. Seré paciente. No puedes saber cuánto me sorprendes cuando dices que tu nombre es Marina.

—Ese nombre —replicó ella— me fue dado por alguien muy poderoso, por mi padre, que es un rey.

—¿Cómo? —exclamó Pericles—. ¿La hija de un rey, y que se llama Marina? ¿Eres de carne y hueso? ¿No eres un hada? Continúa: ¿dónde naciste y por qué te llamaron Marina?

—Me llamaron Marina porque nací en alta mar —replicó ella—. Mi madre era la hija de un rey y murió en el momento en que nací, como muchas veces me contó entre sollozos mi buena aya Licórida. El rey, mi padre, me dejó en Tarso, hasta que la cruel esposa de Cleón quiso que muriera. Fui rescatada por unos piratas que me trajeron a Mitilene. Pero, buen señor, ¿por qué lloráis? Es posible que me creáis una impostora. Pero es verdad, señor, que soy hija del rey Pericles, si es que ese buen rey todavía vive.

Entonces Pericles, espantado por lo que parecía una felicidad demasiado súbita y dudando de que fuese real, llamó a voces a sus criados, que se alegraron al volver a oír la voz de su querido rey.

—Oh, Helicano —le dijo—, golpéame, pínchame, hazme daño, para que la inmensa marea de mi alegría, inundándome, no supere los límites de mi mortalidad. ¡Oh, ven aquí, tú que naciste en el mar, fuiste enterrada en Tarso y que ahora el mar me devuelve! ¡Oh, Helicano, de rodillas da gracias a los dioses! Ésta es Marina. ¡Los dioses te bendigan, niña mía! Dame ropa nueva, mi querido Helicano. No ha muerto en Tarso, como hubiera querido la feroz Dionisia. Te lo contará todo cuando te arrodilles ante ella y la llames princesa. ¿Quién es ése? —preguntó viendo a Lisímaco por primera vez.

—Señor —dijo Helicano—, es el gobernador de Mitilene quien, al tener noticias de vuestra melancolía, ha venido a visitaros.

—Os abrazo, señor —dijo Pericles—. Pasadme mis vestiduras. Estoy fuera de mí por lo que veo. ¡Que el cielo bendiga a mi hija! Pero, escuchad, ¿qué música es ésa? —pues ahora, o bien un dios bondadoso le hacía oír una dulce música o era un engaño de su propia y maravillada fantasía.

—Señor, no oigo nada —dijo Helicano.

—¿Nada? —preguntó Pericles—. Entonces será la música de las esferas.

Como nadie más oía la música, Lisímaco llegó a la conclusión de que la súbita felicidad había alterado los sentidos del príncipe, y dijo:

—No conviene contradecirle. Que sea lo que él diga.

Entonces todos le dijeron que oían música; y él dijo que se apoderaba de él un letargo, ante lo cual Lisímaco lo persuadió para que reposara en un diván y, poniéndole una almohada bajo la cabeza y completamente agotado por el exceso de alegría, cayó en un sueño profundo, mientras Marina, junto a él, velaba el sueño de su padre.

Mientras dormía, Pericles tuvo un sueño que hizo que decidiera ir a Efeso. Su sueño era que Diana, la diosa de Efeso, se le aparecía y le ordenaba ir al santuario de Efeso para contar, ante su altar, la historia de su vida y de sus desgracias; y, por su arco de plata, le juró que si él cumplía su mandato, tendría una alegría muy especial. Cuando despertó, milagrosamente descansado, contó su sueño y les dijo que había decidido obedecer la invitación de la diosa.

Entonces Lisímaco le pidió a Pericles que bajara a tierra y se repusiera con todas las diversiones que era posible encontrar en Mitilene, y Pericles aceptó la amable invitación, accediendo a permanecer con él durante uno o dos días, en el curso de los cuales es de imaginar el júbilo y las festividades y los grandes espectáculos y diversiones que organizó el gobernador de Mitilene para agasajar al regio padre de su querida Marina, a quien tanto había respetado cuando su fortuna era oscura. Pericles no opuso objeciones a

las pretensiones de Lisímaco cuando supo cuánto había honrado a su hija en los días en que su condición era humilde; sólo puso una condición y ésta era que, antes de darles su consentimiento, deberían visitar junto con él el santuario de Diana en Efeso; poco después los tres emprendieron viaje con destino al templo y, como la misma diosa soplab a sus velas con vientos propicios, después de unas semanas llegaron a Efeso sin dificultades.

El buen Cerimón estaba cerca del altar de la diosa cuando Pericles y su comitiva entraron en el templo. Cerimón (ahora muy anciano) fue el que había devuelto la vida a Taisa, la esposa de Pericles; y la propia Taisa era ahora una sacerdotisa del templo y se encontraba frente al altar. Y, a pesar de que los muchos años de padecimiento habían cambiado grandemente a Pericles, Taisa creyó reconocer las facciones de su esposo y cuando, aproximándose al altar, comenzó a hablar, recordó su voz y escuchó sus palabras con sorpresa y alegría. Estas fueron las palabras que Pericles dijo ante el altar:

—Salud, Diana: para cumplir tus justas órdenes, digo ante ti que soy el príncipe de Tiro. Cuando me fui de mi país a Pentápolis, desposé allí a la hermosa Taisa; ella murió en alta mar, durante el parto, pero dio a luz una niña a la que llamé Marina. En Tarso la crió Dionisia, la cual, cuando la niña tenía catorce años, quiso asesinarla; pero su buena estrella quiso que llegara a Mitilene, en cuyas playas navegaba yo y entonces su fortuna dispuso que fuera a bordo de mi barco, donde el relato de sus recuerdos me la reveló como mi hija.

Taisa, incapaz de contener el júbilo que le producía su relato, gritó:

—Eres tú, eres tú, el rey Pericles —y cayó desmayada.

—¿Qué quiere decir esta mujer? —preguntó Pericles—. Se muere. Ayuda, caballeros.

—Señor —dijo Cerimón—, si habéis dicho la verdad ante el altar de Diana, esta mujer es vuestra esposa.

—No, venerable señor —dijo Pericles—. Con estos brazos la arrojé por la borda.

Entonces Cerimón le contó cómo, una mañana tempestuosa muy temprana, aquella dama había sido depositada en la costa de Efeso y cómo, al abrir su ataúd, encontró que contenía joyas preciosas y un papel; y cómo tuvo la suerte de hacer que se recuperara, dejándola después en el templo de Diana. Ya Taisa se había repuesto de su desmayo y dijo:

—¡Oh, mi señor! ¿No eres Pericles? Hablas como él y tu aspecto es parecido al suyo. ¿No has hablado de una tempestad, un nacimiento y una



muerte?

—La voz de la difunta Taisa —exclamó él, asombrado.

—Esa Taisa soy yo —replicó—. A quien se suponía muerta y ahogada.

—¡Oh, honrada Diana! —exclamó Pericles en un raptó de devoción y asombro.

—Ahora te reconozco mejor —dijo Taisa—. El anillo que veo en tu dedo te lo regaló el rey, mi padre, cuando, con lágrimas, nos separamos de él en Pentápolis.

—Basta, dioses —exclamó Pericles—. Vuestra bondad presente hace que mis pasadas desdichas me parezcan un juego. ¡Oh, acércate Taisa, para que mis brazos te cubran!

—Mi corazón se encabrita por conocer el pecho de mi madre —dijo Marina.

Entonces Pericles mostró a su hija su madre, diciendo:

—Contempla a quien aquí se arrodilla, carne de tu carne, tu carga en el mar, llamada Marina porque allí nació.

—Bendita seas —dijo Taisa.

Y mientras estrechaba a su hija en un raptó de felicidad, Pericles se arrodilló frente al altar y dijo:

—Pura Diana, bendita sea vuestra visión. Todas las noches os haré ofrendas en agradecimiento.

Y allí y entonces, y con el consentimiento de Taisa, Pericles prometió solemnemente en matrimonio a su hija, la virtuosa Marina, con Lisímaco, que tanto la merecía.

Y de este modo hemos conocido en Pericles, en la reina y en su hija, un ejemplo de virtud asediada por las calamidades (cosa que el cielo permite para enseñar a los hombres a ser pacientes y constantes), que finalmente alcanza la felicidad sometiéndose a la misma guía y triunfando sobre la suerte y las vicisitudes. En Helicano hemos conocido un memorable modelo de lealtad, de sinceridad y fidelidad, que, cuando podía haber llegado al trono, prefirió hacer venir a su legítimo poseedor, antes de alcanzar la grandeza perjudicando a otro. En el buen Cerimón, que devolvió la vida a Taisa, vemos cómo la bondad, cuando se apoya en la sabiduría para ayudar a la humanidad, casi alcanza naturaleza divina. Sólo queda por contar que Dionisia, la perversa esposa de Cleón, encontró el fin que se merecía; cuando se conoció su cruel atentado contra Marina, los habitantes de Tarso se levantaron en tumulto para vengar a la hija de su benefactor y, poniendo fuego al palacio de Cleón, causaron la muerte de ambos y de todos sus servidores entre las

llamas; y parecía que los dioses hubieran estado de acuerdo en que un asesinato tan vil, aunque sólo en intención y nunca llevado a cabo, fuera castigado del modo que correspondía a su perversidad.

## Apéndice

En 1805, Charles Lamb, joven escritor todavía desconocido, traba amistad con el editor de literatura infantil William Godwin, que le encarga la realización de los *Cuentos basados en el teatro de Shakespeare*. Emprende la tarea en colaboración con su hermana Mary, quien de hecho es autora de catorce de las veinte adaptaciones que conformaron el volumen. La obra apareció en 1807 y se puede saber algo de los pormenores de su elaboración leyendo las cartas en que los hermanos hablan de su trabajo. En 1806, Mary escribe a una amiga que en su cerebro flotan dramas, novelas, poemas «y toda clase de temas vaporosos y fugaces». En mayo de ese año, Charles escribe que Mary ya ha dado fin a seis de los cuentos: *La tempestad*, *Cuento de invierno*, *El sueño de una noche de verano*, *Mucho ruido y pocas nueces*, *Los dos hidalgos de Verona* y *Cimbelino*. Charles había hecho *Otelo* y *Macbeth* y decía que tenía la intención de dedicarse a las tragedias.

Lamb  
y el editor  
de literatura  
infantil

Mary escribe, por su parte: «Le gustaría ver la forma en que trabajamos, sentados frente a la misma mesa, pero no sobre el mismo cojín (como Hermia y Helena, en *El sueño de una noche de verano*)... Yo aspiro rapé y él gruñe constantemente diciendo que no puede hacer nada, cosa habitual en él hasta que ha terminado y entonces descubre que, en efecto, pudo hacer algo.» Y Charles cuenta: «Mary está atascada en *A buen fin no hay mal principio*. Se queja de que tiene que dar vida a demasiados personajes femeninos vestidos de hombre ¡y comienza a pensar que a Shakespeare le faltaba imaginación! Yo, para estimularla (pues a menudo desmaya en su empresa), la halago diciéndole lo bien que ha logrado una obra u otra. Pero está atascada y me he visto obligado a prestarle ayuda.» Más tarde Mary escribe que «Charles está leyendo el cuento que le había dicho que me costaba tanto y él cree que es uno de los mejores». Y Charles, al despachar los originales, escribe a Wordsworth: «Creemos que *Pericles* es la narración mejor lograda por ella y que *Otelo* es la mejor entre las mías, pero espero que en todas haya algún valor.»

Los dos  
hermanos

Charles Lamb siempre se sintió atraído por el teatro y en sus posteriores *Ensayos de Elia* (que le dieron una enorme popularidad) contó la emoción que experimentó a los seis años, cuando por primera vez en su vida pudo asistir a una representación: cómo aquella tarde esperó que dejara de llover — condición para poder salir— y cómo, al abrirse el telón, le pareció encontrarse ante un prodigio. Más adelante esta afición lo haría dedicar ensayos a la actuación y a la crítica teatral, llegando a tener una fracasada experiencia como autor.

*Teatro contado a los «jóvenes lectores»* En cuanto a los *Cuentos*, el prefacio explica que la tarea no sólo consistió en dar forma narrativa a unas obras teatrales, sino en hacerlo para los «jóvenes lectores», a quienes los pudores de la época impedían acercarse a unos originales en que las pasiones humanas aparecen en toda su grandeza o miseria (y Shakespeare no tenía reparos en llamar a las cosas por su nombre), lo cual no resultaba propio para los recatados oídos de las jóvenes. Así, al reducir las enormes dimensiones expresivas de los originales, limitándose casi al relato de la anécdota, del argumento, lo que de suyo no da lugar a profundizar en las motivaciones psicológicas y en el contexto histórico de los personajes, caen en una tendencia moralizante que enfatiza valores más propios, tal vez, de los comienzos del siglo xix que de la época isabelina. *La fierecilla domada*, una farsa jocunda y algo violenta, es convertida por los Lamb en una apología de la sumisión de la mujer. También en *Medida por medida* prefirieron «casar» a unos personajes que no lo estaban para justificar un procedimiento a todas luces —para la moral decimonónica— inmoral. Esto, sin embargo, no debe entenderse como crítica al cuidadoso trabajo de los hermanos, sino que recuerda que toda obra se vincula al contexto en que es creada y en que existen sus autores.

## La época

Durante la vida de Charles y Mary Lamb, en Inglaterra hubo tres reyes y comenzó el reinado de Victoria. Es un período en que se producirían dramáticos cambios sociales y económicos y, así como Francia tuvo su Revolución, Inglaterra tendría la suya y de distinta índole: la Revolución Industrial. Sin embargo, aunque por una puerta se entraba en el mundo moderno y amplios grupos de población eran alcanzados por los cambios — especialmente con la incorporación de mujeres y niños de familias pobres al trabajo asalariado—, otra parte de la sociedad continuaba intocada y aferrada a los viejos valores. Son los años en que el doctor Johnson<sup>[18]</sup> ridiculiza la

*Cambios  
sociales  
y económicos*

capacidad de pensar las mujeres exclamando: «¡Oh, Señor!, una mujer que filósofa es como un perro que camina sobre las patas traseras: no lo hace bien, pero en cualquier caso a uno le sorprende que sea capaz de hacerlo.» Y, como prolongación de los tiempos de Cromwell, la sociedad puritana seguirá identificando el placer con el pecado y la pobreza con un justo castigo a la falta de diligencia. Las oraciones y las diarias lecturas de la Biblia recuerdan que la obediencia es la mayor de las virtudes, que el lugar de la mujer está en el hogar y que, aun dentro de ese ámbito, sus intereses y sus expresiones deben ser controlados. Este es, en parte, el espíritu que refleja el trabajo sobre Shakespeare hecho por los Lamb.

Jorge III llegó al trono en 1760. Pese a su ascendencia alemana se «vanagloriaba de llamarse británico» y se veía como un rey capaz de gobernar y de elegir a sus ministros a su antojo. Con esta actitud puso fin al sistema de gobierno basado en el gabinete y provocó el colapso de la oligarquía *whig* (liberal). *Jorge III*

Las relaciones con las colonias de América del Norte mientras tanto comenzaban a deteriorarse. Aunque tenían un gobierno autónomo, estaban obligadas a aceptar que Inglaterra regulara el comercio en su propio interés; y, ante la insistencia inglesa de que las colonias pagaran impuestos por las batallas sostenidas en su defensa, éstas protestaron argumentando que, sin representación a la hora de decidir, no estaban dispuestas a aceptar una imposición; pero, aun después de algunos incidentes, el Parlamento británico mantuvo el impuesto sobre el té. Como culminación a las tensiones, los irritados colonos de Boston arrojaron al mar un cargamento de té de la Compañía de la India, acción que sería el detonante de la rebelión. George Washington fue nombrado comandante de las fuerzas armadas, y el 4 de julio de 1776 el Congreso declararí la independencia de las colonias. Canadá permaneció leal. La derrota de Inglaterra en Saratoga fue motivo de que los reyes despóticos de Francia y España, aguijoneados por la debilidad de su viejo adversario, se convirtieran en campeones de la libertad de Norteamérica declarando la guerra a Inglaterra; a continuación Holanda y la mayoría de los poderes europeos formaron una liga de neutralidad armada. La guerra en las colonias contó con el apoyo francés y, al firmarse la paz en 1782, Inglaterra se vio forzada a ceder el territorio sur de Canadá a las trece colonias. George Washington fue proclamado presidente de los Estados Unidos de Norteamérica. *Las colonias americanas*

*Reajuste  
ministerial*

A causa de la caída de esta parte del imperio se restauró el sistema ministerial encabezado por un primer ministro que fuera el jefe del partido mayoritario en la Cámara de los Comunes. En 1783 comenzó el gobierno de William Pitt, joven de veinticuatro años, hijo del anterior ministro del mismo nombre.

*Literary Club* En otro campo, el período de gobierno personalista de Jorge III vio la formación del *Literary Club*, entre cuyos miembros se encontraban el ya citado doctor Johnson y su amanuense Boswell, Joshua Reynolds (pintor), Goldsmith (escritor), Garrick (actor), Sheridan (dramaturgo), Adam Smith (economista). Los pintores Reynolds, Gainsbourough, Richard Wilson, estaban en su mejor momento, mientras que Robert Adam transformaba los interiores de las grandes mansiones de la nobleza. Fue la culminación del clasicismo inglés, una era de elegancia que parecía tan firmemente asentada que costaba imaginar su fin. Sin embargo, se puede decir que el año 1784, en el que se inicia el gobierno de Pitt y muere el doctor Johnson, dejando el campo a los pensadores revolucionarios de quienes tanto desconfiaba, cerraría el período. El mismo año de la Declaración de la Independencia, Adam Smith publicaría la *Riqueza de las naciones*-, el científico Joseph Priestley descubriría el oxígeno y en 1782 el ingeniero James Watt conseguiría poner en funcionamiento las máquinas de vapor.

La Inglaterra de 1784, a la muerte de Johnson, no era radicalmente diferente a lo que había sido en su juventud. Pese al crecimiento de la población (en parte gracias a la desaparición de las epidemias de peste), los modos de vida no habían variado considerablemente. No habían nacido las grandes ciudades industriales y los pueblos seguían siendo el núcleo vital. Los oficios se realizaban en casa: las mujeres hilaban y los hombres tejían en los telares manuales. La mayoría de las familias tenían algunos medios independientes de ganarse la vida, tales como tierras o derechos a un pastizal común o, incluso, una sencilla máquina aserradora. En los puertos los barcos eran muy parecidos a los de los días de Pepys<sup>[19]</sup>. El carbón, allí donde lo había, servía para uso doméstico y casi las únicas fuentes de energía (aparte de una primitiva bomba de vapor) eran el agua y el viento. En el conocimiento de las leyes de la naturaleza, casi no se había avanzado más allá de Newton.

A mediados del siglo se produjo un cierto progreso en agricultura y, en algunos campos, convertidos en haciendas, se

¿Un nuevo período?

Progreso agrícola

experimentaba con formas de cultivo más eficaces; no tardarían en ponerse en práctica los métodos científicos que aumentarían la productividad. Las cosechas fueron mucho mayores, pero también fue la causa de que los terratenientes ricos desposeyeran a los pequeños agricultores de sus derechos a los pastizales comunes, pérdida que los convirtió en peones agrícolas sin tierra.

*Progreso mecánico* Mientras tanto, el progreso mecánico estaba revolucionando las industrias del algodón y de la lana. La máquina de hilar patentada por Arkwright en 1769 podía hacer el trabajo de una docena de mujeres y requería la energía hidráulica que era posible encontrar en Lancashire y Yorkshire. En 1785 Cartwright inventó un telar de características similares, pero la industria del tejido continuó siendo un trabajo doméstico hasta el perfeccionamiento de la máquina, unos treinta años más tarde, cuando (como antes sucediera con sus mujeres e hijos) los hombres se convirtieron en operarios de las fábricas, ya desposeídos de unos medios de producción que no podrían pagar.

*Progreso industrial* El carbón mineral sustituyó al carbón vegetal, razón por la que la industria se alejó de los exhaustos bosques para instalarse cerca de las minas de carbón donde, gracias también a la máquina de vapor inventada por Watt, comenzaron a desarrollarse las ciudades industriales del norte. Esta revolución en la industria debía provocar, naturalmente, una revolución en los transportes, y el final del siglo vio la construcción de canales que, uniéndose a los ríos, conectaban los principales puertos de Inglaterra. Asimismo, los caminos, que en invierno resultaban casi intransitables, fueron mejorados, iniciándose un servicio de correos.

*Dos clases, dos mundos* A partir de 1780, la producción en gran escala de alimentos y productos manufacturados comenzó a dejar obsoleto el sistema de producción doméstico y la pequeña agricultura, con lo cual se produjo un cambio importante en las formas de vida. La política del *laissez-faire*, o sea, la no intervención del Estado en la regulación del comercio y la industria que planteara Adam Smith, hizo que se multiplicara rápidamente la riqueza de unos pocos mientras que, con igual rapidez, la pobreza y el desamparo de la gran mayoría iba en aumento. Los trabajadores se encontraban totalmente abandonados por el Estado, desposeídos de los medios de producción, soportando larguísimas horas de trabajo —tanto niños como hombres y mujeres<sup>[20]</sup>—, muchas veces hacinados en habitaciones misérrimas. El país se había dividido en dos mundos: propietarios y trabajadores; ricos y pobres.

El primer gobierno de Pitt y de la conservadora oligarquía *tory* se ocupó principalmente de las finanzas y las colonias. En la India, el gobierno asumió el control de la administración mientras que la Compañía de la India manejaba los asuntos comerciales. Canadá se dividió en dos provincias que gozaban de bastante autonomía: Quebec, mayoritariamente francesa, y Ontario, donde se habían establecido muchos leales que habían abandonado los Estados Unidos. Pero en Australia la política de Pitt fue menos ilustrada. La nueva colonia al otro extremo del mundo se convertiría en colonia penal, y en 1788 el primer grupo de convictos desembarcó en Botany Bay.

*Las finanzas  
y las colonias*

No tardaría en crecer el contingente de penados. Al año siguiente estalló la Revolución Francesa. En Inglaterra, el atemorizado gobierno suprimió el *babeas corpus*, las manifestaciones, se promulgó una nueva ley de traición y se impuso un impuesto a la prensa, que hizo desaparecer la prensa barata. Entre otras consecuencias, aumentó el flujo de convictos enviados a Australia. Pero al gobierno no le faltaba razón para alarmarse, pues los revolucionarios triunfantes habían prometido ayudar a todos los pueblos oprimidos por reyes y, para comenzar, la República Francesa inició guerras contra Austria, Prusia, Holanda y España y ocupó los Países Bajos. La consecuencia natural sería la guerra contra Inglaterra.

*Las  
consecuencias  
de la  
Revolución  
Francesa*

Cuatro años más tarde, Inglaterra estaba sola. Prusia y Austria se habían sometido y Holanda y España estaban aliadas con los franceses. En el tenso año de 1797, Pitt pagó a sus aliados para que se enfrentaran a Francia en Europa, mientras él se dedicaba a resolver problemas internos: Irlanda estaba una vez más al borde de la rebelión y hubo motines en la flota. La crisis financiera, la escasez de alimentos y el alza de los precios agravaban la pobreza de los desposeídos. La única acción gubernamental en este sentido fue poner a los sindicatos fuera de la ley. En cuanto a la guerra, la supremacía marítima de Inglaterra permitió a Pitt formar una segunda coalición, pagando a Austria y a Rusia para que lucharan contra Napoleón, ya transformado en Primer Cónsul. Pero esta coalición no fue de larga vida. En 1801 los agotados protagonistas firmaron la paz.

*La guerra  
y la paz*

*El auge  
del dinero* Internamente la clase alta pagaba una proporción demasiado pequeña de la guerra, lo que le permitía disfrutar del arte, de las obras de los grandes paisajistas que trabajaban para ella. Nunca la vida campestre fue más entretenida —con cacerías, deportes, grandes



bibliotecas— mientras los señores conducían sus coches por los caminos recién mejorados, totalmente ajenos a las vicisitudes externas. Además las guerras dieron la oportunidad de realizar contratos con el ejército a cuantos tuvieran capital suficiente para ello. Como la mayoría de las operaciones en el siglo xviii, estos contratos se obtenían mediante sobornos y regalías, siendo banqueros y contratistas miembros del Parlamento (y no los más honorables). Había un permanente entrecruzamiento entre la aristocracia terrateniente y la clase de los banqueros y comerciantes. Los magnates de la *City*<sup>[21]</sup> compraban tierras y títulos nobiliarios. Fuera de los crecientes ingresos que producía la explotación capitalista de la tierra, su posesión confería un estatus social que no podía ser adquirido de otra manera.

*Bloqueo continental* Para Napoleón, la paz de Amiens había sido sólo un respiro que le había permitido consolidar su posición y en 1803 reinició las hostilidades contra Inglaterra. En 1804 se convirtió en emperador, pero su plan de anexionar Inglaterra a su imperio continental fue finalmente destrozado por Nelson con la victoria de Trafalgar. A la muerte de Nelson y también de Pitt, la guerra tuvo nuevos protagonistas encabezados por el duque de Wellington. Napoleón, el amo del continente, intentó arruinar a Inglaterra imponiendo el *bloqueo continental*, no proporcionándole mercancías europeas; pero Inglaterra mandaba en el mar y devolvió la jugada declarando el bloqueo a todos los puertos que la excluyeran. El bloqueo continental resultó un arma de doble filo para Napoleón, pues para hacer efectivas sus disposiciones se vio obligado a ocupar la mayoría de los países europeos, y así la fuerza de los pueblos — superior a la de sus gobiernos— se alzó en su contra (como en el caso de la ocupación de España). En 1814 se produce la abdicación de Napoleón, seguida por el epílogo de su fuga de Elba, el gobierno de los cien días y su última batalla en Waterloo. Había finalizado la guerra de los veinte años.

Los estadistas reunidos en Viena mostraron poca *Reacción y represión* consideración por las fuerzas nacionalistas e intentaron hacer retroceder el tiempo a 1789. La monarquía francesa fue restaurada y la reacción se impuso en Europa. Inglaterra salió de la guerra con un imperio ampliado que le compensaba el que había perdido cuarenta años atrás. Sin embargo, esta potencia mundial no estaba lejos de la revolución. Los últimos veinte años habían sido un período de represión durante los cuales la condición de los pobres se había deteriorado progresivamente, agravándose con la prohibición de importar grano a precios baratos, para mantener los altos precios internos. Pese a la miseria (gran

engendradora de niños), la población se había multiplicado. La paz no trajo consigo la abundancia y el malestar del pueblo se enfrentó a una represión cada vez más dura que culminó en la masacre de Peterloo, Manchester, en la que murieron seis manifestantes.

En otro campo, la convulsión provocada por la Revolución Francesa y la guerra estimuló una revolución en el arte, y las altas esperanzas y el heroísmo del período inspiraron a una constelación de escritores sólo comparable a los de la época isabelina. *Prometeo desencadenado*, de Shelley, apareció el mismo año de Peterloo, y Byron no tardaría en perder la vida luchando por la libertad de Grecia. Los poetas románticos Shelley, Byron y Keats murieron en plena juventud. La revolución en la poesía, que busca la inspiración en la naturaleza y expresión en un lenguaje más natural, se inició con las *Baladas líricas*, de Wordsworth y Coleridge, publicadas en 1798. La gran novelista Jane Austen, sin dejarse arrastrar por el movimiento romántico, relata la vida de jóvenes que se aman y galantean en sus casas de campo, durante una guerra a la cual parecen estar totalmente ajenos. También los pintores se volvían hacia la naturaleza. Constable y Turner se apartaron del clasicismo grandioso de Reynolds y su escuela. Entre los científicos se destacaban Dalton, que estudiaba su teoría atómica; Davy, descubridor de nuevos metales e inventor de la lámpara de seguridad para los mineros, y Faraday, que comenzaba a experimentar con la electricidad.

Revolución  
artística

Jorge IV El anciano rey murió en 1820, ciego, loco y mal querido, siendo sucedido por su hijo Jorge IV, regente durante los nueve años anteriores. La reorganización del Ministerio puso fin al período reaccionario de posguerra. En 1824 se derogó la ley que había puesto fuera de la ley a los sindicatos. También se creó la fuerza de policía, más conocida como *Bobbies*, y se abolió la ley que excluía a católicos y disidentes de los puestos oficiales; y, a raíz del problema irlandés, se permitió que los católicos ocupasen escaños en el Parlamento.

«Un mundo  
sin pájaros  
ni caballos...» En el verano de 1830 se inauguró la línea férrea entre Liverpool y Manchester. El *Rocket*, diseñado por Stephenson, alcanzó una velocidad de casi 60 kilómetros por hora. El público, alarmado, imaginó la visión de «un mundo sin pájaros ni caballos, vacas que no daban leche y gallinas que no ponían». Aquel mismo año ascendería al trono Guillermo IV, hermano del anterior rey, y se modificaría la composición del Parlamento. Un cambio radical bien pudo haber salvado a Inglaterra de la rebelión: en vez de un orden impuesto por el

rey y/o la aristocracia, sería el pueblo quien crearía un nuevo orden. Mejor dicho, sólo una parte del pueblo, pues la reforma sólo alcanzó a la clase media y a los hombres. Con todo, resultó ser el primer paso hacia la democracia.

*Parlamento reformado* Este Parlamento reformado no perdió el tiempo y en 1833 aprobó una serie de medidas revolucionarias: se abolió definitivamente la esclavitud y se reguló el trabajo infantil, limitando a nueve horas el trabajo en las fábricas de algodón y prohibiendo que fueran empleados menores de nueve años, y además se dispuso que hubiera inspectores que vigilaran el cumplimiento de la ley. La Iglesia recibió una ayuda del Tesoro para promover las sociedades que se dedicaran a la educación infantil, con lo cual el Estado reconocía su responsabilidad frente al empleo y la educación de los ciudadanos. También se promulgó una *ley de pobres* que establecía que quienes pudieran trabajar serían acogidos en un asilo-taller. Esta drástica disposición fue muy combatida.

En 1834 lord Melbourne se convirtió en Primer Ministro, y cuando en el año 1837 llegó a ocupar el trono la reina Victoria (*La reina Victoria* año en que aparecían los *Pickwick Papers*<sup>[22]</sup> de Dickens), Melbourne se dedicó a enseñar a la joven reina las obligaciones de una soberana constitucional. Sin embargo, no eran tiempos felices. La clase trabajadora, vejada por la represión y por la dureza de la ley de pobres (la protesta de Dickens —*Oliver Twist*— contra los asilos-taller estaba apareciendo por entregas), había perdido la fe en los *whigs* y sus aliados de la clase media. Para enmendar los males serían necesarias reformas más radicales. Se elaboró una Carta del Pueblo, que pedía el sufragio universal, y su rechazo por el Parlamento provocó serios desórdenes en Newport; los dirigentes fueron perseguidos y arrestados. El movimiento, derrotado, se desintegró poco más tarde.

La reina Victoria se casó con su primo Albert de Saxe- Coburg en 1840 y cayó el gobierno de Melbourne. Las condiciones de los trabajadores seguían siendo lamentables, pero se iniciarían años de grandeza para Inglaterra.

## Los autores

Todavía en plena infancia, John Lamb, hijo de una familia humilde de Lincolnshire, llega a Londres para trabajar en el servicio doméstico. Con el correr de los años se convierte en amanuense de Samuel Salt, un miembro del Inner Temple<sup>[23]</sup>, junto al cual permanecería hasta la muerte de Salt. Contrajo matrimonio con Elizabeth Field, hija del ama de llaves de una conocida *Los padres*

familia de Blakesware, Hertfordshire. John y Elizabeth tuvieron siete hijos, de los cuales sólo tres sobrevivieron la primera infancia: John, Mary Ann y Charles, los dos últimos nacidos con un año de diferencia, en 1774 y 1775, respectivamente.

*El colegio* Charles y Mary recibieron educación en una humilde escuela para externos. A los siete años de edad, y gracias a la influencia del patrón de su padre, Charles fue aceptado en Christ's Hospital, colegio distinguido y venerable donde transcurrieron los siguientes siete años de su vida. A lo largo de su trayectoria literaria dedicaría diversos ensayos a su paso por el colegio, donde parece haber sido feliz, a pesar de su rigor. Es estremecedor un párrafo en que describe las celdas de castigo en la parte más aislada del edificio, donde los alumnos díscolos eran mantenidos a pan y agua. Por la noche, encerrados con llave, los dejaban abandonados a la oscuridad y a los terrores nocturnos.

*Un alumno destacado* Charles, en cambio, fue un alumno destacado. Cuando a los catorce años tuvo que dejar el colegio, sabía muy bien latín y no había alcanzado niveles más altos sólo porque su destino no sería la universidad. Además de la falta de recursos económicos, una insuperable tartamudez le impediría dedicarse a la carrera religiosa, a la que sus aptitudes e inclinación parecían haberle destinado. Pero además de conocimientos, su paso por Christ's Hospital le dejó un legado de incalculable valor. Samuel Taylor Coleridge, su condiscípulo —que permaneció en el colegio para ir posteriormente a Cambridge—, sería su amigo para toda la vida y la más marcada influencia sobre su intelecto.

Por la época en que Lamb dejó el colegio, su hermano John *Contable* había conseguido empleo en la South Sea House, y Charles, gracias a los buenos oficios de Samuel Salt, no tardó en ocupar un puesto más modesto en la misma compañía, y a comienzos de 1792 comenzó a trabajar en la oficina de contabilidad en la India House, puesto que mantendría durante los treinta años siguientes.

Samuel Salt murió aquel mismo año, dejando varios legados a su fiel servidor, que a causa de su desaparición debería abandonar su residencia en Temple. Eran pobres. El sueldo de Charles y lo que su hermana podía ganar realizando bordados y costuras y la pequeña herencia de Salt eran sus únicos medios de subsistencia. John Lamb, el hijo mayor, vivía independientemente. El padre, muy envejecido, daba muestras de chochez. La madre, inválida, padecía aparentemente una enfermedad mental. El 22 de *La pobreza y la tragedia*

septiembre de 1796 se produjo la tragedia. Mary Lamb, irritada con una joven aprendiz que trabajaba con ella, cogió un cuchillo de la mesa y persiguió a la muchacha alrededor de la sala, apuñalando finalmente a su propia madre, que se había interpuesto para proteger a la niña. Su muerte fue instantánea. También el padre fue alcanzado por la furia de Mary Ann. Charles sólo llegó a tiempo de arrebatarse el cuchillo y evitar mayores daños. El juicio emitió un veredicto de locura momentánea, y si se hubiera seguido el procedimiento habitual, Mary tendría que haber sido internada en un manicomio; pero se consiguió ablandar a las autoridades, que la pusieron bajo la custodia de su hermano Charles: éste acababa de alcanzar la mayoría de edad y se comprometió a ser su guardián.

Después del entierro de la señora Lamb, y mientras Mary recibía atención en una casa de reposo, Charles, con su anciano padre y una vieja tía, se trasladaron a otro domicilio. No tardó en morir la tía y Charles quedó solo para cuidar de su padre hasta la muerte de éste, en 1799.

*El joven  
tutor*

Los pormenores de la vida de Charles Lamb se pueden conocer a través de su correspondencia. En la primera de sus cartas dirigidas a Coleridge cuenta que aquel invierno había estado internado en una institución, recuperándose de algún desorden mental que no parece haberse vuelto a repetir. Es posible que en ellos existiera una tendencia a la locura, heredada de la madre, y parece haber sido una decepción amorosa la causa que desencadenara el desajuste latente en Charles.

*Desórdenes  
mentales*

*Una decepción amorosa y dos sonetos* Es seguro que Charles había entregado su corazón a una joven que vivía cerca de la residencia de su abuela en Hertfordshire. Como prueba existen dos sonetos que Lamb envió a Coleridge y que hablan de Hertfordshire y de una «gentil doncella» llamada Anna y con la cual «en días más felices había tenido trato». Pero un año más tarde escribe a Coleridge y le cuenta que su amor no había sido más que una ilusión y que estaba olvidado para siempre. Sin embargo, muchos años más tarde, el nombre de la joven Anna volverá a aparecer en uno de sus ensayos más conocidos y tal vez el más tierno: *Dream Children, a Reverle* (Niños imaginados, una ensoñación).

Por entonces Coleridge hacía su primera aparición como poeta en un pequeño volumen que incluía cuatro sonetos de Lamb. Dos de estos poemas también se refieren a Anna, la de los ojos azules y rubios cabellos. Un año después de esta primera publicación apareció una segunda edición de los

poemas de Coleridge, a los cuales se habían agregado poemas de Charles Lamb y de Charles Lloyd. Entre ellos se incluían los poemas a Anna y otros en honor a su abuela, la señora Field —recientemente fallecida en Blakesware—, que tanta importancia tuviera en el desarrollo del mundo afectivo de su niñez.

*Versos y cuentos* Charles dedicó sus cortas vacaciones del verano de 1797 a visitar a Coleridge, en cuya casa tuvo la suerte de conocer a Wordsworth. Al año siguiente, y junto con Charles Lloyd, publicó un delgado volumen titulado *Blank Verse* (versos libres), donde aparece un poema conmovedor llamado *Oíd Familiar Faces* (Viejos rostros familiares). Más tarde publicó *A Tale of Rosamund Gray and Old Blind Margaret* (Cuento de Rosamund Gray y Margaret, la anciana ciega), una historia sentimental en prosa que transcurre en las cercanías de Hertfordshire, los parajes favoritos de Lamb.

El padre de Charles murió y Mary volvió a vivir con su hermano, de quien ya no volvería a separarse excepto durante los violentos brotes recurrentes de su enfermedad, siendo para él ama de casa, compañera y colaboradora literaria. Pero los rumores de su mal los seguían a donde quiera que fuesen. Comienza así una serie de mudanzas, en la que los hermanos van de casa en casa hasta que vuelven a producirse dificultades, pero finalmente consiguen asentarse durante algunos años en su antiguo barrio de Temple.

*El alcohol y el teatro* Una vez instalados, Charles intenta engrosar sus magros ingresos escribiendo para la prensa y envía sus colaboraciones al *Morning Post*, al *Morning Chronicle* y al *Albion*. En 1802 publicó *John Woodvil*, un drama en verso libre que trata del período de la Restauración, pero que resultó un tanto crudo y poco dramático. Mientras tanto, Charles y Mary luchaban contra la pobreza y contra otro enemigo solapado. Los amigos periodistas y literarios exigían hospitalidad y la buena compañía trajo sus tentaciones. Charles Lamb tenía cierta inclinación al alcohol y no lo resistía bien. En 1804, Mary escribe que son «muy pobres» y que Charles usa su ingenio para ganar dinero extra. Todavía soñaba con alcanzar el éxito como dramaturgo, pero éste no llegaría jamás. Da a conocer sus versos sobre Hester Savory, una joven cuáquera de la cual se había enamorado sin que ella lo supiera y que acababa de morir. También proyecta escribir una farsa. *Mr. H.*, la farsa, fue aceptada por los propietarios del Drury Lane<sup>[24]</sup>, pero el público consideró que el secreto del verdadero nombre de *Mr. H.* (Hogflesh, carne de cerdo) era bastante trivial y vulgar y el fracaso de

la representación fue rotundo. Pero Lamb abordó entonces otros campos relacionados con el teatro. En 1805 conoció al editor William Godwin, para quien él y Mary comenzaron a trabajar en *Tales from Shakespeare* (Cuentos basados en el teatro de Shakespeare), que aparecieron en 1807, reeditándose por segunda vez un año más tarde. Este fue su primer éxito y con él comenzó a ser considerado como más importante.

*Público infantil* A continuación, y una vez más con la colaboración de Mary, trabajaron en una adaptación de las aventuras de Ulises dirigida al público infantil. Entonces Charles recibió un encargo de mayor envergadura, que consistió en realizar una selección de dramaturgos isabelinos, que también apareció en 1808 bajo el título de *Specimens on English Dramatic Poets contemporary with Shakespeare* (Selección de poetas dramáticos ingleses contemporáneos de Shakespeare). De inmediato Lamb fue reconocido como crítico de primera línea y de una clase todavía desconocida en la literatura inglesa, estabilizándose desde ese momento su posición como escritor de prosa. En 1809 Charles y Mary trabajan en colaboración una vez más. Aparece *Mrs. Leicester School* (La escuela de la señora Leicester); es una colección de cuentos que supuestamente habían relatado las alumnas de un colegio de Hertfordshire. Este es el período de mayor actividad literaria de Mary, que también publica *Poetry for Children* (Poemas para niños). Entre ese año y 1818 Charles escribió críticas y ensayos, algunos de gran envergadura, como el que dedicara a las tragedias de Shakespeare y que fuera publicado en *Reflector*. También publica por entonces sus primeros ensayos de tipo misceláneo: *Recollections of Christ's Hospital* (Recuerdos de Christ's Hospital) y *Confessions of a Drunkard* (Confesiones de un borracho), cuyo contenido es bastante autobiográfico.

*Los ensayos del London Magazine* En enero de 1820 apareció el *London Magazine*, y Lamb fue invitado a colaborar en él con ensayos, el primero de los cuales fue *Recollections of the South Sea House* (Recuerdos de South Sea House). Mientras escribía el ensayo recordó a un oscuro empleado del tiempo en que, casi en su niñez, había trabajado en aquella oficina. Su nombre era Elia y en broma dio este nombre al personaje del relato. Y como también firmó los ensayos posteriores con ese mismo nombre, éste se hizo inseparable de la serie. A lo largo de dos años, Lamb entregó sus colaboraciones mensualmente, llegando a escribir 22 ensayos, que en 1823 fueron recopilados en un volumen titulado: *Elia-Essays that have appeared under that signature in the «London Magazine»* (Elia, Ensayos aparecidos bajo esa firma en *London Magazine*).

Mientras tanto había muerto su hermano mayor y a la creciente soledad de Charles se debe *Dream Children*, relato en el que cuenta la historia de la abuela Field, de Hertfordshire, a unos hijos que finalmente resultan ser inexistentes, como inexistente es su madre, Anna, la novia de la juventud, que todavía estaba viva en su memoria.

Durante el único viaje que Charles y Mary realizan al extranjero —visitan a un amigo dramaturgo que reside en Versalles— Mary vuelve a tener una recaída de su enfermedad, recaídas cada vez más frecuentes. Sin embargo, a sus vidas llegará la alegría de un nuevo afecto. En Cambridge han conocido a una pequeña huérfana, Emma Isola, a quien invitan a pasar temporadas con ellos. Finalmente adoptan a la niña. Durante los siguientes diez años, la compañía de Emma sería el mayor alivio a las penurias de su vida doméstica. Ambos hermanos se volcaron en darle educación; la niña permaneció con ellos hasta el día de su matrimonio, salvo durante algunas temporadas en que tuvo que ausentarse para dedicarse a la enseñanza.

*La niña  
adoptada*

Charles se mantenía ocupado escribiendo más ensayos de Elia, pero su salud comenzaba a resentirse y aumentaba la inquietud de su ánimo. Comenzaba a considerar la posibilidad de retirarse de la India House. Una grave enfermedad hizo que llegara a una decisión y, por consejo de los médicos, abandonó su trabajo burocrático, recibiendo una pensión que también aseguraba una renta para su hermana en el caso de que llegara a sobrevivirle. «Después de treinta y tres años de esclavitud escribió a Wordsworth— me encuentro convertido en un hombre libre y disponiendo de 441 libras anuales para el resto de mi vida.» Dedicó su recién adquirida libertad a visitar la campiña, los alrededores de su querido Hertfordshire. Finalmente alquilaron una pequeña vivienda, pero comenzó a pesar sobre ambos la prueba de los monótonos días de ocio. Charles todavía gustaba de dar largas caminatas y recordar sus experiencias infantiles. También mantenía contacto con sus amigos de toda la vida en Londres, a quienes visitaba tanto como podía. Pero los viejos amigos comenzaban a morir y la naturaleza leal de Charles acusó hondamente el golpe. «Ya no tengo a nadie que me llame Charley», escribió con gran melancolía. En ese período, una de sus distracciones favoritas era ir, en compañía de Emma, al colegio de una amiga suya y contar historias a las niñas.

*«Ya no tengo  
a nadie  
que me llame  
Charley»*

*Otros  
trabajos  
literarios*

En 1828 realizó algún trabajo literario e hizo extractos de las obras interpretadas por Garrick. También escribió una serie de



ensayos llamada *Popular Fallacies* (Falacias comunes). A veces escribía versos, y entre ellos, uno de sus poemas más conocidos: *On a Infant Dying as soon as born* (Sobre un niño que muere en el momento de nacer), motivado por la muerte en el momento de nacer del primer hijo de un amigo suyo. También escribió acrósticos que luego recopiló en *Album Verses with a Few Others* (Versos para un álbum y otros poemas).

La última En 1829, una vez más, hermano y hermana tuvieron que residencia cambiar de residencia. La salud de Mary se debilitaba progresivamente y sus ataques y períodos de ausencia se hicieron cada vez mayores. Le era intolerable el trabajo que representaba hacerse cargo de las tareas domésticas. Entonces se fueron a vivir a una casa de pensión, donde Mary pareció recuperar la salud y el ánimo, pero Charles se sentía cada vez más a disgusto con la vida campestre. En 1833 se mudaron a la que sería su última residencia. La mejoría de Mary había sido sólo temporal y se hizo necesario que recibiera cuidados más especializados y permanentes. Durante sus períodos de enajenación había sido cuidada por un matrimonio residente en Edmonton y ambos hermanos pasarían los que serían los dos últimos años de su vida en común bajo el techo del matrimonio Walden, en Edmonton. Aquel mismo año Emma se comprometió en matrimonio, realizándose la boda en 1833, con lo cual aumentó la falta de contactos sociales y la dolorosa soledad de Charles. Con la muerte de Coleridge, ese mismo año, desapareció su último amigo. Los «Últimos ensayos de Elia» (*Last Essays of Elia*), del *London Magazine*, fueron publicados por Moxon, el marido de Emma. Aquí termina la carrera literaria de Charles. Triste y solitario, sobrevivió algunos meses. Un día de diciembre se cayó, hiriéndose superficialmente en la cara. Sobrevino una erisipela y ya no tuvo fuerzas para oponerse a la enfermedad. Murió sin mayores dolores el 27 de diciembre de 1834, siendo enterrado en el cementerio de Edmonton. Su hermana lo sobrevivió trece años y fue enterrada junto a su tumba.

Charles Lamb fue un hombre querido por muchos amigos. Su entrega de toda una vida al cuidado de su hermana, por la cual abandonó cualquier idea de matrimonio; la singular unión entre ambos; la lealtad de Lamb a sus amigos; su única y gran debilidad, una inclinación demasiado marcada a la bebida, despertaron una profunda compasión en aquellos que conocieron las incesantes dificultades domésticas que tan valientemente sobrellevó durante más de treinta y ocho años. En todos esos años es posible que la necesidad de proteger a su hermana lo ayudara a conservar su propia cordura, pero su

«San  
Charles»

pronunciada tartamudez, sumada a las tensiones cotidianas y a una confesada timidez y falta de brillo, le hizo buscar su propio apoyo en el alcohol. Esa tendencia, sin embargo, nunca interfirió con sus obligaciones ni con sus responsabilidades domésticas. Era siempre tan sereno y bondadoso, tan imaginativo y gentil, que Thackeray, el autor de *La feria de las vanidades*, le llamaba «San Charles».

Sus *Ensayos* lo han convertido en un escritor entrañable para generaciones de ingleses. Éstos, anónimos en un comienzo, gustaron tanto a sus lectores, que de inmediato quisieron saber más acerca de la vida del autor. ¿Cuál es el grado de identificación entre Elia y Lamb? ¿Es realmente ese personaje sentimental y sonriente o es Elia la máscara que oculta al verdadero Lamb? Su estilo elaborado y, sin embargo, amablemente humorístico le sirve para relatar los sentimientos e insignificancias de la vida cotidiana. Nunca tocó temas conflictivos, y aunque fuera capaz de exponer sus problemas alcohólicos, tal vez la propia tragedia de su vida le hiciera limitarse a los temas menores, a los cuadros de costumbres, a los recuerdos nostálgicos, pero no dramáticos. Y así aparece en su retrato de la Portrait Gallery de Londres: un hombre de expresión bondadosa, casi frágil. (Su hermana Mary, en cambio, nos resulta más severa.)

Los  
Ensayos

Pese a la enorme popularidad de Lamb, el interés por su obra casi ha desaparecido en el siglo xx, aunque continúa siendo materia de lectura escolar. Pero en su momento tuvo muchos imitadores y hasta ayudó a conformar la literatura que vendría después de él. Dickens, por ejemplo, admiraba grandemente *Dream Children*, ensayo al que se refirió con estas palabras: «El ensayo más delicioso concebido por la tierna imaginación de Lamb, lo representa sentado junto al hogar en una noche de invierno, mientras cuenta historias a sus queridos hijos (historias acerca de su propia infancia) y goza de su compañía, hasta que regresa a su propia realidad de solitario solterón, que descubre que sus hijos no son más que ensoñaciones y que pudieron haber existido, pero que eso nunca sucedió.»

La belleza  
de las cosas  
ordinarias

El sentido del pasado es el tema de alguno de sus ensayos y, como en los grandes novelistas que le siguieron, es el resultado de un largo proceso de acumulación; su imaginación se prodigó en cosas que normalmente, y más aún para el romanticismo de la época, no se consideran bellas, pero a las que dio belleza, o más bien dignidad, al tratarlas poéticamente; y así se pasea por los olores del asado de cerdo, la intensidad de un juego de cartas y el sentimiento de culpa de un

alcohólico, con la gracia elaborada de una prosa, tan apreciada por sus seguidores más grandes que él, que darían testimonio de su pensamiento y su manera de narrar: Charlotte Brontë en *Jane Eyre*, Charles Dickens en *David Copperfield* y George Elliot en *The Mili on The Floss* (El molino a orillas del Floss). También Thackeray está en deuda con él. Y si bien nuestro siglo ha olvidado a este autor menor, en su momento no fue pequeña su influencia sobre la literatura inglesa, y sobre un público fiel que esperaba con avidez sus relatos.

## **William Shakespeare**

### **y las obras que componen este libro**

El 26 de abril de 1564 nace William Shakespeare en Stratford-upon-Avon, el tercero de ocho hermanos. Su padre, John, pertenecía a una familia de labradores y se había dedicado al comercio; se dice que era carnicero. Su madre, Mary Arden, descendía de agricultores hidalgos del condado de Warwick. Ni John ni Mary sabían escribir. Sin embargo, William, siendo hijo de una familia más bien acomodada, asistió a la escuela, donde aprendió las primeras letras (en aquel tiempo aún se usaba la escritura gótica que se conservó en Alemania), pero no parece haber adquirido grandes conocimientos de latín. A los diecinueve años, y habiéndose deteriorado notablemente la situación económica de sus padres, se casa con la hija de unos labradores acomodados —Anne Hathaway— mujer ocho años mayor que él y que por añadidura estaba embarazada. No parece haber sido éste un matrimonio muy feliz, ni inspirado por el amor, y el joven Shakespeare no tarda en marchar a Londres. Si lo hizo movido por una inclinación al teatro o por algún contacto previo con grupos de cómicos, no queda muy claro. Se da el año de 1584 como fecha de su llegada a Londres.

*William  
Shakespeare*

Es un período agitado, con las consiguientes luchas políticas y religiosas en que se produce la tragedia de María Estuardo y la amenaza de la Armada Invencible. El protestantismo gana terreno en las ciudades, mientras que el campo se mantiene católico. La actividad teatral, seriamente amenazada por los puritanos, se limitaba a Milagros, Misterios y Moraldades y no podía haber actrices de sexo femenino. Existía un cierto número de teatros, pero los más estables eran *The Mermaid*, *The Globe*, *Blackfriars* y *The Swann* y podían ser abiertos, como *The Globe*, o cerrados, como *Blackfriars*. No tenían asientos y las representaciones comenzaban a las tres de la tarde con luz natural que, al caer la tarde, era reemplazada por la luz de las antorchas. Se amenizaban los

*Londres  
y el teatro*

entre actos con música. Casi no existía escenografía, pero sí algunos recursos de la estructura del escenario, como balcones —escena del balcón de *Romeo y Julieta*— o nichos —escena de la muerte de Desdémona, en *Otelo*—, que al cambiar la escena se tapaban con cortinajes. El vestuario, aunque rico, no era de época. Cada compañía tenía su dramaturgo, y así Shakespeare, que había comenzado como actor, llegó a ser accionista de *The Globe* y de *Blackfriars*.

En 1613 se produjo el incendio de *The Globe*, durante el estreno de *Enrique VIII*, y en él se perdieron casi todos los manuscritos de Shakespeare y también su comedia *Cardenio*, que nunca volvió a escribir. Tres años más tarde, cuentan que después de una fiesta, Shakespeare contrajo unas fiebres que le causaron la muerte el 23 de abril de 1616.

*Transmisión* Las condiciones de la época no permitieron una publicación fidedigna de sus obras. A menudo aparecieron en forma de copias manipuladas y que no habían sido corregidas por su autor. Cada volumen contenía una obra y éstos se llamaban *Quartos* a causa de su formato. Después de su muerte, dos actores de su grupo consiguieron recopilar y revisar 36 obras que constituyen la edición de 1623. A John Heminges y Henry Condell debemos el que la obra de Shakespeare haya sido reunida y conservada.

*Cronología y*

*fuentes de las*

*obras que componen*

*este libro*

El orden cronológico aproximado de las obras que aparecen en este libro y sus antecedentes, es el siguiente:

*La comedia de las equivocaciones* (1592-93). La fuente del argumento es *Los meneemos*, de Plauto.

*La fierecilla domada* (1593-94). Se basó en Ariosto y en *El conde Lucanor* de don Juan Manuel (siglo xiv), parte I, cuento XXXV, *De lo que contesció a un mancebo que casó con una muger muy fuerte et muy brava*.

*Los dos hidalgos de Verona* (1594-95). El argumento procede de la historia de Félix y Felismena, en el libro II de la *Diana* de Montemayor.

*Romeo y Julieta* (1594-95). Se basa en sucesos que se dieron por ocurridos realmente en Verona en 1303 Shakespeare representaba a Mercutio.

*El sueño de una noche de verano* (1595-1596). Fue escrita para unas fiestas nupciales y publicada con el nombre de William Shakespeare.

*El mercader de Venecia* (1596-97). Aparece en momentos de agitación antisemita en Inglaterra, pues se suponía que los judíos apoyaban a España.

*Mucho ruido y pocas nueces* (1598). De origen griego e italiano, posiblemente Ariosto.

*Como gustéis* (1599-1600). De origen inglés. *Noche de Epifanía* (1599-1600). De origen inglés. *Hamlet* (1600-1601). Se basa en una antigua narración muy popular entre los islandeses. Shakespeare representaba al espectro.

*A buen fin no hay mal principio* (1602?). La fuente está en el *Decamerón* de Boccaccio.

*Medida por medida* (1604). De origen italiano e inglés. *Otelo* (1604). De origen italiano.

*El rey Lear* (1605?). De origen inglés y galés. Leyenda céltica datada en 1135.

*Macbeth* (1605-6). Historia sucedida en 1040, que aparece en las Crónicas de Holinshed.

*Timón de Atenas* (1607-8). También tiene su origen en Plutarco y otros autores de la antigüedad.

*Pericles, príncipe de Tiro* (1608). El argumento procede de la novela de Apolonio de Tiro, de donde pasó a la literatura medieval.

*Cimbelino* (1609-10). Basado en un cuento del *Decamerón* de Boccaccio y, para su parte histórica, en las Crónicas de Holinshed.

*Cuento de invierno* (1610). Se basa en la novela de Robert Greene, *Pandosto*, y en *de Grecia*.

*La tempestad* (1611). Basada en una obra del poeta alemán Jacob Ayrer y en otras fuentes.

Como ya se ha dicho, estos *Cuentos basados en el teatro de Shakespeare* nacen a petición de un editor de literatura juvenil. Charles Lamb amaba a los niños, a los cuales gustaba de contar entretenidas historias y era también un gran aficionado al teatro, habiendo estudiado el drama isabelino que por entonces —en su forma escrita— se limitaba al ámbito de los eruditos y los anticuarios. Sin embargo, en lo que a Shakespeare respecta, nunca ha dejado de ser una presencia viva en Inglaterra y hasta nuestros días la representación de sus obras es seguida por un público conocedor e implacable que, muchas veces, texto en mano, controla el perfecto desarrollo de la acción y la propiedad del discurso.

*Amor a  
los niños  
y al teatro*

*El peligro de las Obras Completas* Pero, en tiempos de los Lamb, las *Obras Completas* pertenecían a la biblioteca paterna, donde no dejaban de representar un cierto peligro, sobre todo para las pequeñas inocentes. En 1765 había aparecido la edición realizada por el ya mencionado doctor Samuel Johnson que, con su Prefacio crítico, contribuyó grandemente

a la mejor comprensión de las obras, aclarando algunos aspectos dudosos, pero que se cuidó mucho —como sucedió en ediciones posteriores— de tocar aquellos pasajes que consideró obscenos.

*Un «anticipo»* Así que estas obras grandiosas, poéticas, pero no pocas veces brutales, debían convertirse en un «anticipo» comprensible y púdico a la posterior lectura de los originales. El *Prefacio* de los Lamb no deja lugar a dudas sobre la orientación de su trabajo. Con gran fidelidad dieron forma narrativa a la línea central de la acción, pero suprimieron todo aquello que pudiera resultar chocante y además, para mayor claridad de la trama, pasaron por alto todos aquellos personajes y anécdotas paralelas que enriquecen y muchas veces sitúan en su contexto el argumento principal. En *El rey Lear*, por ejemplo, Edmundo y Edgar, los hijos del conde de Gloucester, aparecen en forma muy secundaria, pero se omite que la lealtad de su padre al anciano rey que lucha contra la locura, le ha costado que el duque de Cornualles, esposo de Regan, le arranque los ojos con sus manos, escena grandiosamente horrible. Y de este modo también otros personajes desaparecen o se desdibujan, para no alterar la linealidad del desarrollo de la acción principal.

*Estilo* Tal vez para el lector actual el estilo de los Lamb resulte algo reiterativo y tedioso. Para que el lector no pierda el hilo del relato, da la impresión de que no quieren dejar ningún cabo suelto y llegan a caer en la insistencia. Es aquí evidente el esfuerzo que significa trabajar sobre el texto de otro autor, el querer hacerlo lo mejor y más fielmente posible y el no perder de vista que se hace para un público no acostumbrado aún a la lectura. En los *Ensayos*, el estilo de Lamb fluye ágil y cálido, dejándose llevar por su propio mundo subjetivo, en el que los recuerdos concretos se expresan desde una visión interior y sin el temor de traicionar el texto de otro. En los *Cuentos*, en cambio, la necesidad de resultar comprensible, coherente, lleva a una cierta sequedad, a una medida un tanto buscada y poco libre, por lo que cuando se intercalan trozos auténticos de Shakespeare, especialmente en los diálogos, a veces éstos aparecen como un préstamo: otra boca es la que habla y con otra intensidad.

Andrea MORALES VIDAL

# Bibliografía<sup>1</sup>

<sup>1</sup> La bibliografía se refiere a Charles Lamb. Las obras escritas en colaboración por los dos hermanos llevan asterisco. Hay ediciones completas que contienen la correspondencia de ambos.

<sup>2</sup> Libro de Samuel Taylor Coleridge (1772-1834) que contiene cuatro poemas de Charles Lamb.

<sup>3</sup> Segunda edición del anterior, con poemas de Lamb y Charles Lloyd.

<sup>4</sup> Contiene también versos de Charles Lloyd.

<sup>5</sup> Tragedia en cinco actos, en prosa y verso.

<sup>6</sup> Versión poética del famoso cuento de Madame de Beaumont, atribuida a los hermanos Lamb.

<sup>7</sup> Farsa en dos actos, que fue representada en el Philadelphia Theatre.

<sup>8</sup> Texto tomado de la segunda parte de sus Ensayos.

| <u>AÑO</u> | <u>TÍTULO ORIGINAL</u>                                  | <u>TÍTULO CASTELLANO</u>                                   |
|------------|---------------------------------------------------------|------------------------------------------------------------|
| 1796       | <i>Poems on Various Subjects</i> <sup>2</sup> .         | Poemas sobre temas diversos.                               |
| 1796       | <i>The Grandam</i> (a fragment in verse).               | Grandam (fragmento en verso).                              |
| 1797       | <i>Poems by S. T. Coleridge</i> <sup>3</sup> .          | Poemas de S. T. Coleridge.                                 |
| 1798       | <i>Blank Verse</i> <sup>4</sup> .                       | Versos libres.                                             |
| 1798       | <i>A Tale of Rosamund Gray and Old Blind Margaret</i> . | Cuento sobre Rosamund Gray y Margaret, la anciana ciega.   |
| 1802       | <i>John Woodvil</i> , a Tragedy <sup>5</sup> .          | John Woodvil, tragedia.                                    |
| 1806       | <i>The King and Queen oí Hearts</i> .                   | El rey y la reina de corazones.                            |
| 1807       | <i>Tales from Shakespeare</i> *.                        | <i>Cuentos basados en el teatro de Shakespeare</i> (1931). |
| 1808       | <i>Specimens of English Dramatic Poets</i> .            | Selección de poetas dramáticos ingleses.                   |
| 1808       | <i>The Adventures of Ulysses</i> *.                     | Las aventuras de Ulises.                                   |
| 1808       | <i>Mrs. Leicester's School</i> *.                       | El colegio de Mrs. Leicester.                              |
| 1809       | <i>Poetry for Children</i> *.                           | Poemas para niños.                                         |
| 1811       | <i>Prince Dorus</i> .                                   | El príncipe Dorus.                                         |
| 1811       | <i>Beauty and the Beast</i> <sup>6</sup> .              | La Bella y la Bestia.                                      |
| 1813       | <i>Mr. H., or Beware a bad name</i> <sup>7</sup> .      | Mr. H., o Cuidado con la mala reputación.                  |
| 1813       | <i>Recollections of Christ's Hospital</i> .             | Recuerdos de Christ's Hospital.                            |
| 1818       | <i>The Works of Charles Lamb</i> .                      | Obras de Charles Lamb.                                     |
| 1823       | <i>Essays of Elia</i> .                                 | Ensayos de Elia.                                           |
| 1830       | <i>Album Verses with a Few Others</i> .                 | Versos para un álbum y otros poemas.                       |
| 1831       | <i>Satan in Search of a Wife</i> .                      | Satanás busca Esposa.                                      |

|      |                                                 |                                                           |
|------|-------------------------------------------------|-----------------------------------------------------------|
| 1833 | <i>The Last Essays of Elia.</i>                 | Ultimos ensayos de Elia.                                  |
| 1854 | <i>Confessions of a Drunkard</i> <sup>8</sup> . | Confesiones de un borracho.                               |
| 1872 | <i>On the Genius and Character of Hogarth.</i>  | Genio y carácter de Hogarth.                              |
| 1908 | <i>A Dissertation upon Roast Pig.</i>           | <i>Disertación sobre el cochinitillo asado</i><br>(1982). |



## Notas

[1] Acto I, escena 2.<sup>a</sup>. <<

[2] Acto V, escena única. <<

[3] Acto, II, escena 2.<sup>a</sup>. <<

[4] Se dice que, en su juventud, Shakespeare solía recorrer el bosque de Arden, en el condado de Warwick, y muy cercano a Stratford-upon-Avon, su pueblo natal. La madre de Shakespeare se llamaba Mary Arden, nombre que seguramente tuvo en cuenta Shakespeare a la hora de bautizar el bosque de *Como gustéis*. <<

[5] «Sir» es un título inglés que se antepone al nombre de un caballero o baronet. Baronet es el último de los títulos hereditarios y es superior a caballero (*knight*) e inferior a barón. <<

[6] Acto I, escena 4.<sup>a</sup>. <<

[7] Acto III, escena 2.<sup>a</sup>. <<



[8] Aunque aquí no se dice, el mendigo no es otro que Edgar —que aparecerá más adelante—, legítimo heredero del conde de Gloucester, que se había ocultado bajo aquel disfraz para escapar a las maquinaciones de su hermano. En cuanto a la palabra *Bedlam*, es una alteración de la palabra Bethlehem (Belén). El hospital de St. Mary of Bethlehem (fundado en 1247 en Londres como Priorato) comenzó a ser usado como manicomio en 1547. Además de designar en general «manicomio», la palabra *bedlam* se refería también a los locos o a los ex internos que, sin estar totalmente curados, eran puestos en la calle con autorización para mendigar. <<

[9] Los autores de los cuentos llaman al rey Duncan *Duncan the Meek*, lo que no aparece en Shakespeare, quien sí se refiere al carácter *meek* del rey, es decir: manso, apacible, amable, dulce. <<

[10] *Thane* en el original. Título de los señores feudales de Escocia. <<

[11] En Inglaterra se da el tratamiento de *lady* a la esposa o hija de un par o caballero del reino. <<

[12] Este dato histórico lo aportan los autores de los *Cuentos* y no aparece en la obra de Shakespeare. Banco es un personaje imaginario, pero Fleance, su hijo, habría sido el origen de la dinastía de los Estuardo. <<

[13] En francés en el original: *St. Jacques le Grand*. Se refiere, naturalmente, a Santiago de Compostela. <<

[14] Juego de palabras intraducible. *Green*, en el original, significa «verde» y, también, «joven, lozano, terso». <<

[15] Los autores de los cuentos se refieren a Mariana como la esposa (*wife*) de Angelo y a éste como a su marido (*husband*). Sin embargo, Shakespeare dice que Angelo estaba prometido a Mariana en matrimonio, por juramento, pero que éste no llegó a realizarse debido al naufragio y la pérdida de su dote. <<



[16] Este parlamento ha sido incluido por los autores de los cuentos. En la obra de Shakespeare, Mariana y Angelo no estaban casados, pero, al consumir su entrega, Mariana podía exigir a Angelo una reparación. <<

[17] Acto II, escena 4.<sup>a</sup>. <<

[18] Samuel Johnson (1709-1784), figura dominante en la literatura de su siglo, editó, entre otras, las obras de Shakespeare y su *Diccionario*, sobre el cual siguen basándose los posteriores estudios lexicográficos. <<

[19] Samuel Pepys (1633-1703). Fundador de la Marina inglesa y autor de un *Diario*, que es un documento de las costumbres y el acontecer de su época. <<

[20] La incorporación de mujeres y niños al trabajo asalariado fue un elemento de control de salarios en manos del capitalista. Las mujeres y los niños -cuyo aporte a la economía familiar era complementario- recibían salarios menores, por lo que los primeros sindicalistas (hombres) llegaron a verlas como una competencia desleal. <<

[21] La parte más antigua de Londres y centro financiero. <<

[22] Los documentos póstumos del Club Pickwick, novela inicialmente publicada por entregas, en la que se narran las peripecias de los extravagantes componentes de un club. La obra puede interpretarse como una sátira de la filantropía. <<

[23] Uno de los colegios de abogados de Londres, institución anterior al siglo xvi, en donde los maestros en la ley instruían a los aprendices. El edificio que ocupaba el *Inner Temple* fue parcialmente destruido durante la segunda guerra mundial. <<



[24] Famoso teatro en la calle londinense del mismo nombre. En el siglo xvii había sido un local dedicado a las peleas de gallos. <<